
Los misterios de Merlín 3
Conducta Mágica Reprobable
Autora bestseller del USA TODAY
Kim Richardson

# CONDUCTA MÁGICA REPROBABLE

LOS MISTERIOS DE MERLÍN, LIBRO 3

**KIM RICHARDSON**

Este libro es una obra de ficción. Cualquier referencia a acontecimientos históricos, personas o lugares reales se utiliza con fines ficticios. Los demás nombres, personajes, lugares y sucesos son fruto de la imaginación del autor, y cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

Conducta mágica reprobable, Los misterios de Merlín, Libro 3
Copyright © 2026 por Kim Richardson
Diseño de portada de Kim Richardson
Editado por Ana Desiree Baehr
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción en su totalidad o en cualquier forma.

# ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Bruja bajo asedio
Libros De Kim Richardson
Sobre La Autora

# 1

Me monté en un dragón.

Sí, eso sonaba loco *y* obsceno, y probablemente tú tampoco me habrías creído si te lo hubiera contado. Joder, yo apenas me lo creía.

Pero sucedió. Y tengo las ampollas en las manos para demostrarlo.

Hace dos noches, Eryk me había llevado a dar un paseo salvaje. Sí, lo acabo de decir otra vez. No estoy hablando de sexo, aunque esos pensamientos eran un recordatorio constante. Estoy hablando de sobrevolar Gallows Gate por la noche y ver lo diminutas que eran las casas desde las alturas.

Grité, me reí, y puede que me hiciera un poco de pis.

Pero ahí lo tienes, una hechicera arcana volando con un dragón.

Y no cualquier dragón. Eryk: alto, taciturno y lleno de secretos, con la molesta costumbre de lucir mejor sin camiseta de lo que ningún hombre tiene derecho a hacerlo. Excepto que esta vez no iba sin camiseta. Era escamas, garras, alas y un montón de *«Dios mío, no dejes que muera».*

Era a partes iguales mágico, impresionante y aterrador. Imagina estar atada al techo de un coche a toda velocidad mientras alguien lo conduce por un precipicio, y te harás una idea. La vista era

increíble, claro, pero también lo era la sensación de que mi estómago intentaba salirse por la garganta.

El aire me quemaba de frío en los pulmones. El pelo me azotaba la cara, una maraña de Medusa que habría quedado genial en un anuncio de champú y absolutamente espantosa en la realidad. Mis piernas se aferraban con fuerza a los músculos escamosos de su espalda, y lo único en lo que podía pensar era: *No resbales. No resbales. Dios mío, no resbales.*

Eryk ni siquiera se inmutó. Se movía como si volar fuera tan natural como respirar, con sus alas cortando las nubes y los ojos brillando plateados a la luz de la luna. Mientras tanto, yo me aferraba a él como un niño pequeño gritando en su primera montaña rusa.

Y sí, una pequeña y traicionera parte de mí pensó: *Nunca me he sentido tan segura.* Lo cual, en mi línea de trabajo, era decir mucho.

El vuelo terminó conmigo medio tentada de besar el suelo o vomitar sobre él. Quizás ambas cosas.

Eryk descendió más, extendiendo las alas mientras se dirigía hacia un claro en el borde del bosque. El aterrizaje fue… más suave de lo esperado. Me había preparado para un impacto que me sacudiera los huesos, pero, en cambio, fue como deslizarse sobre seda. Bueno, seda si la seda oliera a fuego y ozono quemado.

Me deslicé de su lomo con toda la gracia de un mapache borracho, caí de rodillas sobre la hierba e intenté recordar cómo se respiraba.

—Ha sido divertido —chillé, agarrándome a la tierra como si fuera lo único que me mantuviera anclada a la realidad—, pero no estoy segura de querer volver a hacerlo.

Un destello de luz blanca resplandeció y, de repente, Eryk estaba allí de pie: ya no era un dragón, solo él mismo. Demasiado alto y estoico. Demasiado torso desnudo para un hombre que acababa de ser una máquina de muerte de veinte metros que escupía fuego. Tenía el pelo húmedo por la niebla y sus ojos dorados seguían brillando como si no se hubiera despojado del todo del dragón.

Inclinó la cabeza, estudiándome con esa expresión indescifrable que me daba ganas de darle un puñetazo y besarlo al mismo

tiempo.

—Has sobrevivido.

—Por dos pelos. —Me puse en pie tambaleándome, me sacudí el polvo de los vaqueros e intenté no darme cuenta de que mis manos aún temblaban—. Y la próxima vez, quizá podrías avisarme antes de hacer todo eso de «dar vueltas en las nubes». Estoy bastante segura de que dejé parte de mi alma allí.

La comisura de su boca se crispó.

—¿La próxima vez?

Sí, acababa de meter la pata, porque mi boca siempre iba más rápido que mi cerebro.

—Además, que conste, gritar mientras me aferro a tus escamas no es precisamente excitante.

Levantó una ceja.

—Entonces ¿hay cosas que sí lo son?

Sentí cómo me subía el calor por el cuello. Muy bien, Rhea. Muy bien.

Crucé los brazos y lo miré con ira, como si eso pudiera borrar el hecho de que mi cerebro acababa de ofrecerme un resumen de todas las veces que lo había imaginado desnudo. Lo cual, sí, había sido más de una vez. Muchas más.

Me aclaré la garganta, intentando soltar una respuesta sarcástica para desviar el tema.

—No te creas tan importante. Que puedas volar no significa que no sigas siendo el hombre-dragón más irritante que he conocido jamás.

Lo cual, por si te lo estás preguntando, en lenguaje de bruja significa: *Por favor, por el amor de todas las cosas malditas, nunca suspendas estas actividades.*

Eryk no respondió. Se quedó allí de pie, con sus más de metro ochenta de músculos esculpidos y amenaza silenciosa, mirándome con una intensidad que me hizo arder la piel. Sus ojos aún brillaban tras la transformación, reluciendo en la oscuridad como un depredador que no acababa de decidir si protegerme o devorarme.

Y sí, mi cerebro se fue directamente a *«devorarme»* de una forma que no tenía nada que ver con dientes de verdad.

*Basta ya, Rhea. Por el amor de todas las malas decisiones que has tomado en tu vida,* basta ya*.*

Intenté mirar a cualquier parte menos a su pecho, lo cual era imposible porque, al parecer, al universo le pareció divertidísimo cubrir cada centímetro de su cuerpo con una fina capa de sudor que le hacía brillar bajo la luz de la luna como una especie de modelo de portada de fantasía viviente. Sus hombros se tensaron mientras se pasaba una mano por el pelo húmedo, y tuve que morderme el interior de la mejilla para no gemir en voz alta.

Se dio cuenta. Por supuesto que se dio cuenta.

La mirada de Eryk bajó, lenta y deliberadamente, recorriendo todo mi cuerpo como si pudiera ver más allá del vaquero y el cuero, directamente hacia mis pensamientos muy, muy poco profesionales. Mi pulso se aceleró como si intentara abrirse paso a puñetazos hasta salir por mi garganta.

—Irritante —dijo en voz baja, como si probara la palabra en su lengua. Levantó la mirada hacia mí, con el calor bullendo bajo esa apariencia tranquila—. ¿Así es como me llamas?

—Entre otras cosas.

Mi voz se quebró a mitad de la frase, lo cual fue injusto. Quiero decir, vamos, se suponía que yo era la sarcástica aquí.

Sus labios se curvaron, no en una sonrisa, sino en algo mucho más peligroso.

—¿Y cómo lo llamarías si yo… —Su mirada se detuvo en mi garganta y luego bajó, haciendo una pausa lo suficientemente larga como para hacer que cada nervio de mi cuerpo se estremeciera—. ¿Decidiera dejar de ser civilizado?

Civilizado. Claro. Porque la forma en que me miraba no era nada civilizada. Era cruda, primitiva, como un hombre luchando contra el impulso de destrozarme y saborearlo.

Las piernas me fallaron. Me dije a mí misma que solo era adrenalina residual del vuelo y mi cuerpo me dijo que era una mentirosa.

—Entonces —logré decir, forzando las palabras a pasar por el nudo de deseo que tenía en la garganta—, probablemente diría que es una muy, muy mala idea.

Eryk se acercó, tan cerca que podía sentir el calor que aún emanaba de su piel. Su aroma era a fuego y metal, a humo y a algo más oscuro, y se enroscaba a mi alrededor como una tentación.

—Sin embargo —gruñó—, no me detendrías.

Mi cerebro hizo corto circuito, mis hormonas se rebelaron y mi boca —la traidora— decidió que era el momento de seguir huyendo.

—No me pongas a prueba, hombre-dragón. Tengo… límites.

Inclinó la cabeza, con sus ojos dorados ardiendo aún más.

—Creo que te gustaría que los rompiera.

Se acercó, y el espacio entre nosotros se redujo hasta que el calor que emanaba de su piel se volvió sofocante. Podía ver cada línea de su pecho, la forma en que los músculos se movían bajo la piel bronceada, húmeda por el sudor del cambio. Su mano se cernió cerca de la mía, sin llegar a tocarme, pero lo suficientemente cerca como para que jurara que ya podía sentir el roce de sus dedos.

Me dije a mí misma que no me moviera, que no me inclinara hacia él, que no lo deseara…

*Has cometido errores peores, Rhea. Adelante. Añade «desnudarme con un hombre-dragón» a la lista.*

Los ojos de Eryk no se apartaron de los míos. Ahora estaban encendidos, brillando a la luz de la luna, con esa mirada que atravesaba todas las barreras que había levantado a mi alrededor. Levantó una mano, lenta y deliberadamente, para apartarme un mechón de pelo de la cara. Sus dedos se demoraron una fracción de segundo de más en mi sien, dejando un rastro de calor en mi piel.

Se me cortó la respiración. Hormonas: uno. Sentido común: cero.

Y entonces, como un traidor, mi cerebro eligió ese preciso momento para recordar las palabras de Yula.

*«Deberías saberlo. Los dracónidos no se vinculan fácilmente. Pero cuando lo hacen, es para siempre. Sus corazones son fuego. Su ira es peor. Si ese te está rondando, no es por casualidad».*

Para siempre. Fuego. Furia.

Genial. Justo lo que necesitaba: un recordatorio de que, si me permitía desear esto, no sería solo sexo y diversión. Sería atarme a una criatura cuya idea de «compromiso romántico» probablemente implicara juramentos de sangre y daños materiales.

—Eryk —susurré, aunque no tenía ni idea de si se trataba de una advertencia o de una invitación.

Su mano se deslizó hacia abajo, sus dedos rozaron el lado de mi cuello mientras su pulgar me rozaba la mandíbula.

—Dime que pare— dijo con voz grave y gutural, como si apenas pudiera contenerse.

Debería haberlo hecho. Dios, debería haberlo hecho. En cambio, me quedé allí, temblando por el esfuerzo que me costaba no inclinarme hacia él, no acortar la distancia a pasar de las consecuencias.

—Estás jugando con fuego —logré decir, esbozando una sonrisa forzada. Me sentía extraña, vulnerable, pero tampoco me movía.

La boca de Eryk se curvó, no era exactamente una sonrisa, más bien como un depredador que muestra los dientes divertido.

—Entonces arde conmigo.

Madre mía.

Antes de que pudiera pensar, antes de que pudiera recordarme todas las terribles decisiones de la vida que habían empezado exactamente así, acortó la distancia. En un segundo estaba mirando fijamente sus ojos dorados, llenos de ansia. Al siguiente, su boca estaba sobre la mía.

No fue suave ni cuidadoso. Fue fuerte, exigente, *posesivo.* Su mano me rodeó la nuca, atrayéndome hacia él como si estuviera hambriento y yo fuera lo único que pudiera satisfacerlo. Las rodillas casi me fallaron por el calor que desprendía.

Y, por los dioses, me gustó.

No, me gustó más que eso. Me derretí en él, en el fuego que lamía mi piel, en la forma en que su pecho se presionaba contra mí, caliente y húmedo, sus músculos moviéndose como un poder apenas contenido. Cada nervio se encendió, cada centímetro de mi cuerpo cobró vida bajo su tacto.

Y había algo más.

No era solo calor. Era… energía. Emanando de él en oleadas, enroscándose a mi alrededor, hundiéndose en mis huesos. Mi piel hormigueaba, mis hilos arcanos zumbaban bajo la superficie como si estuvieran electrificados.

¿Feromonas de dragón? ¿Existía eso? Quién sabe. Lo único que sabía era que mi corazón galopaba como si intentara escapar y mi cuerpo estaba listo para firmar un contrato vinculante con sangre allí mismo, en la hierba.

Sus labios profundizaron el beso, feroz e insistente, como si quisiera devorar cada palabra sarcástica que le había dicho jamás. Mis manos, traicioneras, se deslizaron por sus hombros, clavando mis dedos en su piel húmeda. Sentí la onda de poder vibrando bajo él. Primitivo, crudo, profundamente dragontino.

Jadeé contra su boca, mareada, embriagada por el fuego y por él.

—Eryk…— salió a medio camino entre un gemido y una advertencia.

No se detuvo. Su boca se desplazó hacia mi mandíbula, mi garganta, dejando un rastro de calor que me marcaba la piel.

Jadeé, agarrándome a sus hombros como si pudiera anclarme a sus músculos y a su fuego. Su barba incipiente me rozaba el cuello, áspera y real, enviando chispas por mi espina dorsal.

—No deberías dejarme hacer esto— murmuró, con voz grave y gutural. No era una súplica. Era una advertencia. Sentí la vibración tanto en el pecho como en los oídos.

—Y, sin embargo —susurré, sin aliento—, aquí estás.

Levantó los ojos, clavándolos en los míos, con los labios aun rozándome el cuello. El calor de su mirada casi me derrumba. Me miró como si quisiera derribar cada muro, cada excusa, cada comentario sarcástico que jamás hubiera hecho. Como si, de todos modos, ya pudiera ver a través de ellos.

—Nunca pensé que… —Se interrumpió, apretando la mandíbula como si pronunciar esas palabras le costara algo—. Nunca pensé que querría esto… con una bruja.

Me quedé paralizada, con la respiración entrecortada y el corazón a punto de fallar ante la cruda honestidad de su tono.

—Se supone que debo odiar lo que eres —continuó, con la voz grave como el fuego.

— Todo aquello para lo que me criaron me dice que eres peligrosa. Un error. Algo que debería destruir. —Su pulgar rozó el

hueco de mi garganta—. Pero, Rhea, no quiero destruirte. Quiero…—

Su pecho subía y bajaba contra el mío, pesado por el control.

—Te quiero a ti.

Joder. Joder. Joder.

Esas palabras me impactaron más que el beso, lo cual era mucho decir, porque el beso ya me había frito todas las neuronas.

—Vaya, sí que sabes cómo halagar a una chica— logré decir, aunque mi voz se quebró a mitad de la frase, delatándome. El humor, mi único mecanismo de defensa, se estaba derritiendo en escoria bajo el calor de un dragón.

Sus labios se curvaron.

—Estos no son halagos.

Su mano se apretó contra mi cintura, atrayéndome contra él. Podía sentir sus líneas duras, cada centímetro que gritaba peligro y deseo.

—Esto es lo que soy. Lo que quiero.

Y, por todos los dioses, yo también lo quería.

Su boca se cernió sobre la mía, su aliento caliente acariciando mis labios y sus ojos clavados tan profundamente en mí que juraría que podía ver mi pulso. Por un instante, pensé que iba a empujarnos a ambos más allá del límite, sin importarle las consecuencias.

En cambio, se quedó quieto. Me apretó la cintura con la mano, como si tuviera que contenerse físicamente para no ir más allá. Luego dio un paso atrás.

—Buenas noches, Rhea.

Así, sin más. Sin caricias prolongadas, sin un segundo beso. Solo dos palabras, ásperas como la grava, y luego se dio la vuelta y se adentró en las sombras como si nada trascendental hubiera ocurrido.

Me quedé allí de pie, atónita, todavía temblando, con los labios hinchados y el corazón latiendo tan fuerte que habría despertado a un muerto.

Lo cual, por suerte, fue justo cuando los muertos decidieron intervenir.

—Vaya —dijo Morty con tono holgazán, materializándose a mi lado como si me hubiera estado espiando todo el tiempo. Lo cual era

cierto—. El hombre dragón te está haciendo sudar en lugares que ni siquiera sabía que los fantasmas podían observar.

Di un respingo y casi tropiezo con mis propios pies.

—¡Por todos los demonios, Morty!

Él sonrió con aire burlón, con su forma semitransparente apoyada contra la pared. Sí, podía hacer eso.

—No te hagas la inocente, Roja. Prácticamente estabas escribiendo tus votos de boda en tu cabeza. ¿O era solo una lista de reproducción de striptease?

El calor me abrasó las mejillas, pero me obligué a reír, restándole importancia como si no siguiera vibrando por el contacto de Eryk.

—Por favor. Como si fuera a perder el tiempo fantaseando con él.

Las cejas oscuras de Morty se arquearon con aire de suficiencia.

—Claro. Sigue autoconvenciéndote.

Me metí las manos en los bolsillos. Porque la verdad era que no había sabido nada de Eryk desde aquella noche. Ni una palabra. Ni una sombra. Nada. Y odiaba lo mucho que ese silencio vacío me retorcía por dentro.

—¿Por qué no lo llamas?

Me giré de golpe.

—¿Qué? No. Ni hablar. Eso me haría parecer demasiado necesitada. Demasiado… acosadora.

Sí, definitivamente no era una de esas mujeres.

La sonrisa maliciosa de Morty se extendió.

—Necesitada. Acosadora. Roja, en mi época, solo tenías que aparecer con flores y una buena mandíbula. Nadie lo llamaba acoso. Esta generación…

Soltó un suspiro dramático, sacudiendo la cabeza.

—Lo complica todo innecesariamente.

Me burlé, tratando de ocultar el hecho de que se me estaban sonrojando las mejillas.

—No es complicado. Se llama no humillarme a mí misma. No voy a ir detrás de un…

Me mordí la lengua para no terminar la frase, pero las palabras ya estaban ahí. *Un hombre dragón sexy que besa como si el mundo se acabara.*

La sonrisa de Morty se amplió. Podía leer mi rostro como un libro abierto.

¿Y lo peor de todo? No se equivocaba. No quería empezar nada. No debía empezar nada. Se suponía que debía ser una Merlín seria, con mi insignia pendiendo de un hilo, demostrando que no era una desastre y no soñando despierta con un hombre cuya sola presencia gritaba *peligrosas complicaciones mitológicas*.

Yo no era esa chica.

Al menos, se suponía que no debía serlo.

Morty ladeó la cabeza, mirándome demasiado de cerca. Luego sonrió, con una sonrisa aguda y cómplice.

—No te preocupes, Roja. Probablemente lo veas esta noche.

—¿Qué hay esta noche?

Se enderezó, con los ojos brillantes.

—Oh, solo el mayor evento de Gallows Gate: el Carnaval de las Máscaras. Música, magia, alcohol, elecciones de vestuario cuestionables. Ya sabes, una fiesta de brujas.

Parpadeé.

—Estás bromeando.

Morty esbozó una sonrisa aún más amplia.

—¿Bromearía yo sobre disfraces, alcohol y drama garantizado? Por favor. Vivo para estas cosas.

Suspiré. Ahora era una Merlín, una de verdad, con licencia. No debería perder el tiempo pensando en una relación que estaba condenada al fracaso.

*Únete a nosotros.*

—¿Qué has dicho?— le pregunté a Morty.

Él parpadeó.

—No he dicho ni una palabra.

Definitivamente había oído una voz. O eso, o por fin me estaba volviendo loca.

*Eres una de los nuestros, Rhea Morven.*

Se me heló la sangre. Esa no era la voz de Morty. No era un eco. Estaba *dentro* de mi cabeza. Era *yo.* Mi propia voz —suave, monótona y extraña— saliendo de la nada.

El fantasma se inclinó hacia mí, entrecerrando los ojos.

—¿Estás oyendo cosas, Roja? Porque, eh, ya sabes lo que pasa cuando los Merlins empiezan a oír cosas.

Yo lo sabía muy bien. Una bruja que empezaba a oír voces tenía un billete solo de ida a la prisión paranormal, la Ciudadela de Grimway.

—No he oído nada —dije rápidamente—. Solo estoy cansada.

Morty entrecerró los ojos.

—Claro.

Pero la verdad se me hacía un nudo en el estómago. Si la Junta de Merlín se enteraba de esto, perdería mi licencia antes de que pudieras decir *«evaluación psiquiátrica*». Quizá fuera la maldición de los Morven mutando de nuevo. Oír voces encajaría perfectamente con la serie de desastres mágicos de mi familia.

Aun así… esa voz sabía mi nombre.

Y si no era la maldición, algo, o alguien, me estaba llamando.

# 2

Nunca había estado en un Carnaval de las Máscaras ni en ningún tipo de carnaval, para el caso. Incluso de pequeña, cuando mis padres y nuestra comunidad organizaban fastuosas fiestas, siempre me aseguraba de estar ocupada con otra cosa.

Había sido una niña socialmente torpe, la niña de la maldición, y no tenía amigos que me invitaran a hogueras o bailes, así que me quedaba en casa, encerrada en mi habitación con un libro y la débil esperanza de que, si ignoraba al mundo el tiempo suficiente, este me ignoraría a mí también. Sí, pues no fue así.

La edad adulta no fue muy diferente. Evitaba las fiestas como si fueran la peste. Claro, había ido a algunas, las justas para convencerme de que no era una completa chiflada antisocial, pero normalmente acababa sola en un rincón, dando vueltas al vino en mi copa y fingiendo que era sofisticada en lugar de patética. Mi fiel mejor amigo, el «Cabernet Sauvignon», siempre me acompañaba, leal hasta el final.

La verdad era que estar maldita había empañado mi vida social. Joder, la había aniquilado. ¿Quién quiere salir con la chica cuya magia podría explotar si estornuda demasiado fuerte? Nadie. Por eso pasé mi adolescencia sudando sobre grimorios, sigilos y noches en vela mientras intentaba lo imposible: librarme de la maldición.

Acabar con ella. Como mínimo, controlarla para que no me controlara a mí.

Sí, bueno. La broma me ha salido cara.

Porque ahora, dos días después del enfrentamiento con Nyra —la retorcida auditora de Merlín que casi me destroza—, mi maldición se había desatado por completo.

Y por «desatada», no me refiero a como una vela que se apaga. Me refiero a como una tubería de gas que explota bajo tus pies. ¿Todo el poder que había pasado años manteniendo enterrado? Despierto. Desatado. Observándome desde debajo de mi propia piel como un animal salvaje esperando a que cometiera un desliz.

Tenía miedo, lo admito. No es que se lo fuera a contar nunca a Morty, a Selene o incluso a Marla, pero sí: miedo de esos que te hacen un nudo en el estómago, te hacen sudar frío y te tienen mirando al techo a las 3 de la madrugada, porque no sabía en qué me había convertido ahora que la maldición se había desatado por completo.

¿En el peor de los casos? La maldición se apoderaría de mí. Al final, siempre lo hacía. Me retorcería desde dentro hasta que no quedara nada más que locura.

Eso es lo que les había pasado a mis padres. Un día estaban bien —centrados, funcionales, fingiendo que podían controlarla— y al día siguiente ya no. La maldición les había carcomido la cordura, susurro a susurro, hasta que se volvieron contra sí mismos.

Así es como terminaba siempre la maldición de Morven. Te volvías loco y luego morías, ya fuera por tu propia mano o porque la magia se aseguraba de que así fuera.

¿Y ese miedo? ¿Ese miedo silencioso y horrible que me mantenía despierta por las noches? Era la idea de que quizá ya estuviera a medio camino.

Y seamos sinceros. Mi suerte no gritaba precisamente «el mejor de los casos».

Así que ir a una feria, rodeada de gente, mientras llevaba en el pecho el equivalente mágico de una granada activa no era precisamente una idea brillante.

Tenía que volver a hablar con Yula.

La última vez que la vi, sabía que mi maldición estaba «dando problemas». Esa era su forma educada de decir: *«Tu magia parece dispuesta a salir de ti a mordiscos, mujer».* Pero ni siquiera ella sabía lo mal que se había puesto desde entonces y cómo había dejado de ser un susurro bajo mi piel para convertirse en un rugido en toda regla.

Yula no era como el resto de mi familia. No me tenía miedo. Era tranquila, perspicaz y siempre olía a incienso y peligro, el tipo de mujer capaz de mantener el contacto visual hasta que te olvidas de tu propio nombre. Una parte de mí odiaba que hubiera mantenido las distancias todos estos años, y la otra parte sabía que probablemente era lo mejor.

Aun así… ella era la única que podría tener respuestas.

Si alguien podía enseñarme a controlar esa cosa antes de que me devorara, era ella.

Pero la pregunta era: ¿aún me quedaba tiempo?

¿Cuánto tiempo tenía antes de que la maldición acabara por doblegarme, como había doblegado a mis padres? ¿Un año? ¿Seis meses? ¿Dos semanas? No existía precisamente un manual de instrucciones para brujas malditas. Lo único que sabía era que podía *sentirlo* como una fiebre que hierve a fuego lento justo debajo de la piel. Siempre ahí. Siempre esperando.

Algunos días estaba tranquila, un zumbido sordo en el límite de mis pensamientos. Otros días, como hoy, latía con algo parecido al hambre: un peso detrás de las costillas que me hacía estremecer si respiraba demasiado profundamente.

Lo odiaba. El calor, la presión, el constante recordatorio de que no era normal, por mucho que fingiera lo contrario. Podía sentir cómo me observaba, paciente y cruel, esperando el momento adecuado para tomar el control.

¿Y lo peor de todo?

No sabía si siquiera lucharía contra ello cuando llegara ese momento.

Sí, definitivamente necesitaba ver a Yula.

Pero primero, al parecer, tenía que ir a esa especie de feria esta noche. Después iría a ver a la Bruja Oscura y le suplicaría que me

dijera cómo evitar explotar o empezar a guardar partes de mi cuerpo en frascos. Lo que ocurriera primero.

—No irás así, ¿verdad? —dijo una voz detrás de mí, una que reconocí demasiado bien.

Me di la vuelta.

Selene estaba en la puerta como un pecado andante: una mujer voluptuosa con una espesa y gloriosa melena oscura que caía en ondas sobre sus hombros desnudos, ojos tan oscuros como la medianoche y un rostro demasiado bello para ser mortal. Su vestido negro ceñía sus curvas como si lo hubiera cosido alguien que odiara la autoestima de los demás. La tela brillaba, con una abertura tan alta que sería ilegal en tres estados.

—Por favor, dime que no vas a llevar esos pantalones al carnaval —dijo Selene, sacudiendo la cabeza con esa gracia lenta y desaprobadora que solo los vampiros y las modelos de pasarela pueden permitirse.

Me miré.

—¿Qué? Al menos están limpios.

Selene suspiró como si acabara de admitir que le había puesto salsa de tomate al filete.

—No vas a ir a tu primer Carnaval de las Máscaras en esos pantalones— dijo con tono seco—. Ten un poco de dignidad. Al menos ponte un vestido.

Antes de que pudiera discutir, se oyó una segunda voz.

—Ay, Dios mío. Has hecho muy bien en traerlo.

Marla salió de detrás de Selene, una contradicción andante con un vestido anticuado que parecía sacado del plató de *Macbeth*. Cuello alto, tela pesada, sutiles bordados que evocaban *el estilo «bruja chic» de alrededor de 1870*. Su cabello con mechas grises estaba recogido en su habitual moño.

—Hola a ti también— dije—. Me encanta lo que has hecho con la estética de fantasma victoriano.

Marla me lanzó una mirada capaz de congelar a un demonio en pleno ataque.

—El sarcasmo no oculta las malas elecciones de vestuario, querida.

Selene se deslizó hacia delante, con un gran bulto verde en las manos.

—Toma. Ponte esto.

Lo miré con el ceño fruncido.

—¿Qué es?

—Un vestido— dijo Selene con dulzura, aunque la sonrisa que me dedicó ocultaba unos colmillos— de seda, hecho a medida. Quedará perfecto con tu tez y, tal vez, solo tal vez, haga que la gente se olvide de que te dedicas a estar melancólica.

—Yo no me paso el día rumiando.

¿Me pasaba el día rumiando? Ni idea.

Marla arqueó una ceja.

—Te dedicas a rumiar de manera profesional.

Abrí la boca para discutir, pero antes de que pudiera decir una palabra, se movieron. Juntas. Como depredadoras que perciben una debilidad.

Me estremecí.

—Esperen… ¿Qué están…? ¡Eh!

Selene me agarró por una manga mientras Marla murmuraba algo entre dientes. Antes de que pudiera pestañear, el aroma de las flores silvestres y las agujas de pino me inundó las fosas nasales mientras una ráfaga de fresca magia blanca recorría la habitación. Mi ropa desapareció. Simplemente… puf. Se esfumó. Sí, solo yo en sujetador y braguitas. Genial.

Me quedé paralizada, y mis brazos se movieron instintivamente para taparme.

—¡Marla! No puedes simplemente...

—Oh, relájate, querida— dijo ella, sin inmutarse lo más mínimo —. Tienes un cuerpo muy normal.

—¡No me importa! ¡No puedes *desnudar* a la gente sin avisar!

Selene sonrió con aire burlón, sosteniendo la bata como un verdugo que muestra la espada.

—Deja de retorcerte. Llevas ropa interior a juego. Eso es prácticamente ropa de gala en tu caso.

La miré con el ceño fruncido.

—Te odio.

—Rhea, cariño —ronroneó, acercándose—, si vas a insistir en esconderte del mundo, al menos luce espectacular mientras lo haces.

Emití un sonido ahogado mientras las dos me metían a la fuerza en el vestido, tirando de él por mis piernas y por encima de mis caderas mientras yo solo ofrecía protestas a medias. La seda susurraba contra mi piel, fresca y suave, y para cuando logré meter los brazos por las mangas correctas, Selene ya estaba ajustando el corpiño con una precisión inquietante.

Marla dio un paso atrás, inspeccionándome con ojo crítico como una conservadora de museo que evalúa un artefacto maldito.

—Ya está. Precioso. El color resalta tus ojos.

Contemplé la brillante tela verde. Me quedaba perfecta, por supuesto que sí. El color era un esmeralda intenso, que reflejaba la luz en suaves ondas.

Selene dejó escapar un murmullo de satisfacción.

—De nada.

Crucé los brazos.

—Las dos están locas.

Marla sonrió serenamente.

—Somos funcionales. Tú estás reprimida.

—Es lo mismo.

Marla ladeó la cabeza y entrecerró los ojos mientras me miraba de arriba abajo. Los sanadores ponían esa misma mirada antes de anunciar que probablemente no sobrevivirías a la noche.

Selene también se dio cuenta, y sus labios se curvaron con curiosidad.

—¿Qué?— dije, poniéndome a la defensiva automáticamente.

Marla juntó las manos con recato.

—¿Qué hacemos con el cabello?— preguntó con el mismo tono que alguien usaría para hablar de una planta muerta.

—¿Perdón?— balbuceé—. *Su cabello* está aquí mismo y puede oírte.

Selene dejó escapar un sonido pensativo, rodeándome como un depredador que evalúa a su presa.

—Hmm. Si, es trágico. Todo ese precioso rojo desperdiciado, aplastado como si fuera una disculpa.

—¿Aplastado?

Antes de que pudiera protestar, las dos se abalanzaron de nuevo. Los fríos dedos de Selene se deslizaron por mi cabello, soltando mechones de mi coleta. Marla murmuró algo entre dientes y, de repente, mis horquillas salieron volando en todas direcciones como diminutos traidores metálicos.

—¡Marla!

—Oh, cállate— dijo, peinándome ya el pelo con un destello de magia en las yemas de los dedos—. Si vas a llevar un vestido de gala, más vale que tengas un peinado a la altura.

—Me gustaba como estaba. Lo despeinado está de moda últimamente.

Selene arqueó una ceja perfecta.

—¿En qué universo?

Marla emitió un pequeño sonido de asentimiento. Las dos trabajaban en un silencio inquietante —una tirando, la otra dando forma— mientras yo permanecía allí, mirando fijamente al vacío y murmurando promesas de venganza.

Por fin, Selene dio un paso atrás y alisó un último mechón para colocarlo en su sitio.

—Ya está— dijo en voz baja.

Marla asintió una vez, orgullosa como si acabara de obrar un milagro.

—Medio recogido. El resto suelto. Le queda bien.

Me giré hacia el espejo.

Vaya, se veía bien. Quizá tenían razón.

Mi larga melena pelirroja caía por mi espalda en suaves ondas, con unos cuantos rizos sujetos con un adorno para el pelo enjoyado del mismo tono verde intenso que el vestido, resplandeciente de Glamour. El semirecogido reflejaba la luz, elegante sin resultar demasiado pretencioso. Casi parecía… bueno, mágica.

Selene posó una mano fría sobre mi hombro, sonriendo burlonamente a mi reflejo.

—Ya está. Ahora pareces alguien capaz de arruinar vidas.

Cruze mi mirada con la suya en el espejo.

—Solo si se lo merecen.

Marla hizo un ruido evasivo, mientras ya se ajustaba los guantes.

—Ya está bien. Esperemos que tu comportamiento esté a la altura de tu vestuario.

—Es poco probable —dijo Selene con sequedad—. Pero estará divina mientras se porta mal.

Suspiré, resignada.

—Esto es una conspiración.

Selene se dirigió hacia la puerta, con su vestido negro ondeando a su paso.

—Querida, se llama amistad. Vamos. Es hora de tu gran debut.

Eché un vistazo a mi reflejo —bruja, maldición, seda verde y todo eso— y gemí.

—Esto es tan raro.

—Estás guapa, Roja— dijo la voz de Morty.

Me di la vuelta y, efectivamente, mi pesado favorito de entre los muertos estaba apoyado en el marco de la puerta, con las manos en los bolsillos como si fuera el dueño del lugar.

—Ni se te ocurra— le advertí.

Morty se encogió de hombros, sonriendo con aire burlón.

—Ni de coña el hombre dragón va a poder mantener sus escamas alejadas de ti esta noche.

—Ja, ja.

Entrecerré los ojos, intentando expulsar con la mirada esa estúpida calidez de mi pecho. Por desgracia, mis entrañas estaban ocupadas interpretando rutinas de danza interpretativa llamadas *negación* y *lujuria*.

No ayudó que Marla y Selene intercambiaran una mirada, una de esas conversaciones silenciosas y telepáticas que solo las amigas íntimas o las alborotadoras inmortales podían llevar a cabo. Tenía toda la sutileza de un letrero de neón parpadeando: *Nuestra chica está en apuros.*

—No me miren así— dije—. Esto no es una cita. Es un evento comunitario con aperitivos.

Selene sonrió, dejando al descubierto la punta de un colmillo.

—Lo que sea que te ayude a dormir por la noche.

Sin decir nada más, cogí el único par de zapatos de tacón que tenía —unos tacones bajos negros, porque con unos más altos necesitaría un seguro médico—, me subí un puñado de faldas y bajé las escaleras antes de que pudieran «arreglar» nada más.

El aire nocturno me golpeó como un suspiro fresco. Olía a hierba mojada, a un ligero aroma a humo de leña y a algo dulce que no lograba identificar, tal vez azúcar. Las estrellas estaban esparcidas como sal derramada por el cielo, y el débil sonido de unas risas llegaba con la brisa.

No tenía pensado ir a ningún tipo de feria. Joder, el último «evento social» al que había asistido consistió en un debate del aquelarre sobre los impuestos del barrio y terminó con alguien echándole una maldición al café. Pero tal vez, solo tal vez, esta noche sería diferente.

Una distracción. Eso era todo lo que quería.

Si tan solo pudiera dejar de pensar en la maldición, en esa fiebre que se arrastra bajo mi piel, en esa cosa que espera su momento para tomar el control, lo consideraría una victoria. Podría fingir, por una noche, que no era la próxima tragedia de Morven en ciernes.

Me acerqué a mi camioneta y abrí la puerta, solo para darme cuenta de un nuevo problema: las faldas. Demasiada falda. Me subí la seda hasta las rodillas hasta que me hice una especie de pantalones improvisados y luego me deslice detrás del volante. Graciosa, desde luego que no estaba.

Selene ya estaba en el asiento del copiloto, viéndose como si hubiera salido de una revista de moda gótica. Arqueó una ceja oscura, cruzando una elegante pierna sobre la otra. La abertura de su vestido subía lo suficiente como para hacer llorar a los ángeles.

—Eres un caso perdido —dijo.

—¿Qué? —Cerré la puerta de un portazo—. Tengo que poder conducir con esto puesto. Además, tengo que respirar, y cada vez me cuesta más.

Tiré del corpiño, que bien podría haber sido un corsé diseñado por alguien a quien le odiaban las costillas.

—En serio, ¿cómo lo haces?

Selene esbozó una sonrisa burlona.

—Práctica. Y motivación.

Marla apareció en mi ventanilla, con sus faldas en capas balanceándose mientras se ajustaba el chal.

—No vamos muy lejos— dijo con brío—. Solo a la plaza del pueblo. A la izquierda del juzgado, en el parque. Ahí es donde está la feria.

Arranqué el motor, y este carraspeó al despertarse, como si compartiera mi sensación general de aprensión.

—Suena genial.

Selene alisó una arruga imaginaria de su vestido, con expresión impasible.

—Si tropiezas, hazlo con estilo.

Marla se subió a la camioneta.

—Y quizá intenta no matar a nadie.

Les lancé una mirada fulminante a ambas.

—Me encanta la confianza que tienen en mí. Es realmente inspiradora.

Quizá la feria no arreglara nada. Quizá la maldición siguiera esperando, agazapada y hambrienta, lista para arruinar mi vida en cuanto bajara la guardia.

Pero por esta noche… podía fingir.

Solo una noche en la que no estuviera maldita, ni perseguida, ni peligrosamente cerca de perderlo todo. Una noche en la que pudiera ser simplemente Rhea Morven. Bruja, desastrosa y fiestera a regañadientes.

Sin decir nada más, saqué la camioneta del camino de entrada de Merlín Station y me dirigí hacia la calle. Como dijo Marla, era un trayecto corto, y antes de darme cuenta, incluso antes de que mi mente pudiera divagar hacia otra ronda de ensoñaciones no deseadas relacionadas con dragones, el Carnaval de las Máscaras apareció ante mi vista.

Reduje la velocidad; el zumbido de la camioneta se desvaneció bajo el sonido de la música que se colaba por las ventanas abiertas, algo grave y evocador, entremezclado con risas y el tintineo metálico de las atracciones lejanas. El aire nocturno entró a raudales, fresco y

denso, con aroma a azúcar caramelizada, frutos secos tostados, tierra húmeda y algo más penetrante en el fondo: ozono y magia, como huele un hechizo justo antes de estallar.

El parque se había transformado en algo de otro mundo. Filas de carpas, cada una de un tono diferente de medianoche, brillaban bajo guirnaldas de luces doradas. La lona parecía viva, cambiando de color cuando la mirabas demasiado tiempo. El índigo intenso se fundía en rojo vino y luego en negro antes de desvanecerse en esmeralda. El aire vibraba con encantamientos. Podía sentirlos rozando mi piel como dedos invisibles.

Farolas antiguas bordeaban los senderos, con sus globos de cristal brillando en tono ámbar. Polillas del tamaño de mi palma revoloteaban perezosamente a su alrededor, con las alas salpicadas de una tenue bioluminiscencia. Más allá de la luz de las farolas, se movían siluetas, cientos de ellas.

Gente. Por todas partes.

Y no era gente cualquiera.

La multitud era un mar de vestidos y trajes, de colores intensos y resplandecientes bajo las luces. Las mujeres vestían sedas y terciopelos, con máscaras que brillaban con piedras preciosas, plumas y delicados encajes. Los hombres, y unos cuantos seres que definitivamente no eran hombres, lucían esmoquin y abrigos a medida, con máscaras talladas en madera oscura u oro bruñido. Las risas se desbordaban en el aire, agudas y extrañas, el tipo de sonido que podía ser alegría o algo completamente distinto.

Aparqué la camioneta en un espacio junto a la carretera principal, con los faros iluminando el enorme letrero que se arqueaba sobre las puertas del parque.

CARNAVAL DE LAS MÁSCARAS

Las letras brillaban como si estuvieran escritas con luz de luna y magia de hadas.

Selene se inclinó hacia delante, con los ojos reflejando el resplandor de las luces como un gato a punto de abalanzarse.

—*Este*— dijo— es mi tipo de fiesta.

Marla emitió un sonido de desaprobación que, de alguna manera, lograba contener tanto juicio como afecto.

—Intenta no morder a nadie.

Los labios de Selene se curvaron en una lenta sonrisa que dejaba ver sus colmillos.

—No prometo nada.

Apagué el motor y me quedé mirando el carnaval como si fuera a devolverme la mirada. Quizá ya lo estaba haciendo. La energía que emanaba de él no era solo sobrenatural, era más antigua, más salvaje, el tipo de magia que parecía demasiado hermosa como para confiar en ella.

—Vaya— dije en voz baja, más que nada para mí misma.

Selene ya estaba a medio salir por la puerta, con las faldas arrastrándose como sombras. Marla se recogió las capas y la siguió, murmurando algo sobre «jóvenes brujas y dobladillos cuestionables».

Me quedé un momento más, contemplando los colores arremolinados, las máscaras, el destello de la luz de las lámparas sobre el cristal y la magia.

Decidida, abrí la puerta, dejando que la fresca noche se colara, y salí al bullicio de la feria.

Por primera vez en días, quizá semanas, la opresión en mi pecho se alivió un poco.

Quizá esto ayudara. Quizá unas pocas horas rodeada de risas, luz y la ilusión de normalidad bastaran para hacerme olvidar la maldición, el miedo, el tictac del reloj que hacía la cuenta atrás en mi sangre.

La música se intensificó, las luces brillaron. Pero en algún lugar en lo más profundo de mi ser, ese susurro febril de mi maldición se agitó.

Quizá venir aquí había sido un error garrafal.

# 3

—Oh, casi se me olvida.

Marla rodeó la camioneta y se acercó a mí, rebuscando en su bolso sin fondo como si fuera a sacar un libro de hechizos o un pollo vivo. Finalmente, sacó una máscara verde que brillaba a la luz de la farola.

—Toma. Esto es para ti.

Parpadeé.

—¿Llevas máscaras de repuesto? ¿Por si acaso?

La expresión de Marla no cambió.

—Por supuesto. Las emergencias ocurren.

—Claro.

Cogí la máscara y la examiné. Era una de esas máscaras sencillas que solo cubren los ojos, gracias a los dioses, no de esas con nariz o plumas que podrían servir como arma. La superficie reflejaba la luz como el cristal pulido, verde con cintas doradas que la atravesaban. Las cintas eran de seda, suaves al tacto, teñidas del color del musgo fresco.

Era preciosa. Y absolutamente ridícula.

Aun así, pensé *al lugar que fueres, haz lo que vieres,* y me la coloqué sobre la cara atando las cintas por detrás. La máscara se ajustó a mi piel con un leve tintineo, como campanas lejanas mecidas por la brisa de verano. Una oleada de calor me inundó las

mejillas, no incómoda, pero sí extraña, como si la magia estuviera tomando mis medidas.

Me enderecé, parpadeando.

—Vaya, eso ha sido… raro.

—Está encantada para adaptarse a tus rasgos —dijo Marla, colocándose su propia máscara. La suya era una auténtica obra maestra del desorden.

Plumas negras que se abrían a los lados, diminutos rubíes que reflejaban la luz de la lámpara y delicadas conchas marinas incrustadas en los bordes de una forma que, de alguna manera, la hacía elegante en lugar de demencial. Deja que sea Marla quien parezca un cruce entre una duquesa bruja y un cuervo encantado.

—De acuerdo, entonces —suspiré—. Gracias.

Selene, que se había estado admirando en el espejo lateral de la camioneta, se volvió hacia nosotras. Levantó su máscara, una elegante pieza negra que le cubría la mitad del rostro, ribeteada con cuentas de obsidiana e es que brillaban como la luz estelar capturada. Cuando se la puso, pareció fundirse con su piel, realzando las líneas marcadas de sus pómulos y la peligrosa curva de su boca.

Si el pecado tuviera una línea de moda, ella acababa de convertirse en la modelo de portada.

—Bueno —dijo Selene—, al menos ahora no me avergonzarás por asociación.

—Gracias —dije secamente—. Me siento tan querida.

—Bien. Aférrate a ese sentimiento —respondió ella, acercándose y ajustándome un mechón de pelo para que enmarcara la máscara a la perfección—. Puede que incluso pases por misteriosa si mantienes la boca cerrada.

Marla asintió con aire recatado.

—Una excelente sugerencia.

Fruncí el ceño y apreté más la cinta.

—Las dos saben que puedo oírlas perfectamente, ¿verdad?

Los ojos de Selene brillaron tras la seda negra.

—Eso es parte de la diversión.

Entonces cambió el viento, acercando los sonidos de la feria: música, risas, el murmullo de la magia flotando como perfume. El olor a humo y algo más oscuro se arremolinaba a nuestro alrededor. Me vi reflejada en la ventanilla del camión y me quedé paralizada.

Por una vez, no parecía la bruja fuera de lugar. No parecía maldita ni torpe, ni alguien a punto de estallar en una combustión mágica. Parecía… como si perteneciera a este lugar.

Quizá la máscara estaba ejerciendo algún tipo de hechizo, o quizá solo fuera la ilusión de control. En cualquier caso, lo aceptaría.

—Muy bien —dije, enderezando los hombros y alejándome de la camioneta. Entonces tropecé inmediatamente con mi propia falda— Perfecto. Ya estoy totalmente normal.

Selene sonrió con malicia.

—Habla por ti misma.

Marla suspiró.

—Solo compórtate.

—Define «portarse bien» —dije, pero ellas ya se dirigían hacia las resplandecientes puertas de la feria.

—Estoy segura de que está aquí —gritó Selene por encima del hombro, con la voz rebosante de diversión presumida.

Marla también dijo algo, probablemente un sermón sobre el decoro o la hidratación, pero se perdió entre la música que iba creciendo a medida que avanzábamos.

El *«él»* en cuestión, por supuesto, era Eryk.

Y yo no iba a mentir y fingir que no era la única persona a la que quería ver esta noche. Especialmente después de ese beso.

Ese beso estúpido, alucinante, que distorsionaba la realidad.

Me irritaba no haber sabido nada de él desde entonces. Ni mensajes de texto, ni pájaros mensajeros mágicos, ni siquiera un *«hola»* de cortesía*, ni siquiera «sigo pensando en aquella vez que casi te prendo fuego de deseo*». Nada.

Así que, sí. ¿Adentrarme en una multitud de cientos de personas, la mitad de las cuales llevaban máscaras, sabiendo que existía la posibilidad de que lo viera? Mi estómago daba volteretas. Mi corazón estaba haciendo una audición para una banda de percusión.

La música flotaba en el aire, interpretada por una banda invisible, algo con cuerdas y campanas que brillaba con encanto. El ritmo latía bajo mi piel, como si la magia se sincronizara con los latidos de mi corazón. Las linternas flotaban sobre la multitud, resplandeciendo en tonos carmesí, dorado y zafiro, y volviendo al blanco al compás de la música.

El aire estaba cargado de aromas de nueces tostadas, azúcar hilado, la dulzura ahumada de las manzanas acarameladas y un leve toque metálico de magia. También percibí el olor de algo floral, probablemente Glamours de las hadas, flotando en el aire como un perfume.

La gente se arremolinaba a nuestro alrededor en todas direcciones, y las risas burbujeaban a mi alrededor. Dondequiera que mirara, las máscaras brillaban a la luz de las lámparas: terciopelo, cristal, plumas, hueso. Los vestidos de las mujeres centelleaban como el cielo nocturno. Los trajes oscuros y las máscaras afiladas de los hombres los convertían en criaturas misteriosas. Incluso los niños llevaban trajes tejidos con encantamientos mientras se deslizaban entre la multitud con capas y pequeños cuernos brillantes, persiguiendo burbujas luminosas que estallaban en chispas.

Todo parecía irreal —hermoso, encantador y ligeramente aterrador—, como entrar en el sueño de otra persona.

Me ajusté la máscara, rozando con los dedos la suave cinta del borde. La magia que contenía vibraba contra mi piel, haciéndome sentir expuesta e invisible al mismo tiempo.

Selene y Marla se movían con facilidad entre la multitud. El vestido negro de Selene se deslizaba entre las luces como una sombra líquida, mientras que las faldas de estilo antiguo de Marla susurraban con tranquila autoridad. Parecían estar en su sitio.

¿Y yo? Me sentía como una impostora envuelta en seda que acababa de aprender a caminar.

Aun así, las seguí.

Las risas, la música y el remolino de luces me rodeaban hasta el punto de que casi me olvidé de la maldición, del miedo, del dolor siempre presente bajo las costillas. Casi.

Un destello de luz dorada me llamó la atención cerca de una de las carpas.

*Oro. Sus ojos son dorados.*

Negué con la cabeza, obligándome a respirar. Probablemente solo sea la luz de una linterna. Probablemente.

Pero mientras la multitud se movía, esa pequeña parte de mí, la imprudente y estúpida que se negaba a rendirse, seguía escudriñando cada rostro, cada máscara, con esperanza.

Quizá estaba aquí. Quizá estaba mirando. Quizá fingía que no le importaba, igual que yo.

La música se intensificó, un tono reverberante, de ese tipo que te hace vibrar los huesos. Las linternas se balanceaban sobre nuestras cabezas como estrellas capturadas, proyectando sombras que bailaban sobre las tiendas y los rostros bajo sus máscaras.

Intenté concentrarme en cualquier cosa que no fuera él. Los juegos, las risas, el tintineo de las copas de vino especiado, el olor a masa frita. Podía hacerlo. Ser normal. Pasar desapercibida. Fingir que no era un peligro mágico andante a punto de implosionar.

Entonces lo volví a ver.

Un destello dorado, justo más allá de la carpa del tiovivo.

No era solo luz. Era *él*. Ese color inconfundible, atravesando la oscuridad como una promesa y una advertencia a la vez.

Me quedé paralizada, tratando de no parecer demasiado obvia mientras mi cerebro se atascaba. Mis dedos se crisparon a los lados y la cinta de mi máscara palpitó, el hechizo reaccionando al repentino aumento de mi ritmo cardíaco.

—No lo hagas— dije en voz baja—. No seas esa chica. No vas a correr detrás de un chico como una adolescente hormonal en un cuento de hadas. Eres una Merlín, una agente del mundo mágico. Compórtate como tal.

Sin embargo, mis pies tenían otros planes.

—¿Rhea? —La voz de Marla flotó sobre la multitud en algún lugar detrás de mí—. ¿Adónde vas?

—Eh, por allá —respondí, mientras ya me abría paso entre la multitud. Definitivamente no iba a perseguir a un hombre. No. En absoluto.

Era más bien una situación en la que *exigía algunas respuestas*. Sí. Eso sonaba mejor. Más fuerte. Empoderado.

Porque no se lleva a una chica a dar un paseo de medianoche en dragón, se deja que se aferre a tu camisa como un percebe aterrorizado, se la besa como si fuera el fin del mundo y luego se desvanece en el éter como un fantasmal dragón mitológico melancólico.

Así no es como funcionaba esto.

Él no podía hacerme cosas —emocionales, físicas, dragontinas— y luego desaparecer como si yo fuera solo una casilla más en su lista mágica de cosas por hacer.

No era una bruja débil y desconsolada suspirando por un chico de ojos dorados y abdominales esculpidos por el rencor divino. Era una Merlín con licencia. Una profesional. Una mujer con prioridades.

Quizá también quería saber si todo eso de «arde conmigo» era una metáfora o una preocupación legítima por la seguridad.

Pero, sobre todo, solo quería la verdad.

Me abrí paso entre un trío de hadas que reían tontamente tras unas máscaras emplumadas, murmurando una disculpa cuando una de ellas derramó algo brillante sobre mi falda. Chisporroteó y luego se evaporó dejando un aroma a vainilla tostada. Genial. Hasta las bebidas eran mágicas.

Seguí avanzando. La multitud me engulló por completo mientras mi corazón latía con fuerza, más por irritación que por nervios.

No lo *necesitaba* a él. Solo necesitaba un cierre. Respuestas. Un cierre lógico, sensato y definitivamente no impulsado por las emociones.

Aun así, ese estúpido tirón persistía en mi pecho, como una cuerda que se tensaba. Tenía la misma sensación que la noche en que me besó. El calor, el peligro, la chispa imposible que se negaba a apagarse.

Y bajo todo eso, algo más bullía. Ese pulso febril e inquieto de la maldición. Ahora siempre estaba ahí, merodeando al límite de mi control y susurrándome que no tenía tiempo para juegos. Ni con él. Ni con nadie.

Ya había dejado de esperar.

Si Eryk pensaba que podía aparecer de repente, encenderme y desaparecer, se iba a llevar una sorpresa.

No solo iba a encontrarlo, iba a obligarlo a hablar.

Preferiblemente antes de darle un puñetazo.

O besarlo de nuevo.

Lo que ocurriera primero.

La risa grave de Selene me siguió, sedosa y pecaminosa.

—Sabemos adónde vas.

Me abrí paso entre un par de brujas que admiraban una exposición de máscaras encantadas —una que se reía, otra que gruñía— y seguí el destello a través del mar de gente en movimiento. El olor a azúcar y humo era más intenso aquí, mezclado con algo más que no podía nombrar.

Doblé la esquina cerca de una tienda rayada de plata y negro, con el corazón latiéndome con fuerza. La multitud se dispersó por un momento y alcancé a ver una figura alta de pie justo más allá de la luz de la lámpara.

Hombros anchos. Chaqueta oscura. Máscara.

Y cuando se giró, solo un poco, el oro volvió a brillar bajo el borde de la máscara.

Eryk.

A pesar de la máscara, lo supe. Reconocería esa quietud en cualquier parte, la forma en que se mantenía erguido, firme y vigilante, como si el mundo pudiera derrumbarse y él simplemente… lo detuviera. Su traje negro le quedaba increíble, su máscara era de un dorado mate intenso que reflejaba la luz cada vez que giraba la cabeza.

Estaba observando a la multitud, escudriñando rostros como si buscara algo, o a alguien. A mí. Quizás.

Dudé, con una mano suspendida cerca del borde de mi máscara. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Acercarme a él y decirle: *«Oye, ¿te acuerdas de ese beso que me cambió la vida y en el que no puedo dejar de pensar?*

No. Definitivamente no. Preferiría que me echaran una maldición en público.

Pero entonces se giró, lo justo para que nuestras miradas se cruzaran entre la multitud. Su mirada se fijó en mí: aguda, firme, inconfundiblemente consciente.

Durante un latido, el mundo se redujo a esa única mirada. El ruido de la feria se desvaneció. El aire entre nosotros se sintió cargado, chispeando como el aliento antes de una tormenta.

Entonces alguien me dio un codazo en el hombro, rompiendo el momento.

Cuando miré atrás, ya se había ido.

—Por supuesto —suspiré, escudriñando la multitud de nuevo—. La típica rutina del hombre dragón misterioso. Todo un clásico.

Aun así, mi corazón no se calmaba. Todos mis instintos vibraban, mi magia se agitaba como si reconociera su presencia, aunque mis ojos no pudieran encontrarlo.

Selene apareció de repente a mi lado, silenciosa como la niebla, con su máscara negra brillando bajo las luces.

—¿Se te perdió algo?

Di un respingo.

—No hagas eso.

Sus labios se curvaron.

—Estás sonrojada. Lo has visto. ¿Verdad?

Exhalé temblorosamente.

—Quizá.

Tragué saliva con dificultad, escudriñando de nuevo el mar de máscaras. La multitud brillaba bajo la luz dorada de las lámparas, cada movimiento era un borrón de color, purpurina y demasiadas posibilidades. Me dije a mí misma que solo estaba siendo paranoica, que no todos los chicos altos con máscara oscura y hombros anchos eran Eryk.

Y entonces lo volví a ver. Hablando con otros dos.

El hombre a su lado era pura amenaza contenida. Alto, con una complexión como un muro que había sobrevivido a varias guerras, el pelo entrecano cortado al ras y los mismos inconfundibles ojos dorados brillando a través de las rendijas de su máscara. Su chaqueta era de corte militar, austera, negra ribeteada con un tenue ribete dorado.

Veyrix.

Y esa mujer era Draya.

Incluso bajo la máscara, era imposible no fijarse en ella. Esbelta y deslumbrante, su larga trenza brillaba como tinta bajo las luces. Su vestido relucía, y cada movimiento captaba la luz de las lámparas en destellos de plata y sombras. La abertura lateral parecía no tener fin, como era de esperar.

Giró ligeramente la cabeza, riendo ante algo que dijo Eryk —con naturalidad, sencillez, intimidad— y fue entonces cuando sus ojos dorados se encontraron con los míos.

Ahí estaba. El reconocimiento. Y luego algo más frío.

Su sonrisa no vaciló, pero lo vi en la forma en que su mirada se agudizó, en la forma en que se acercó sutilmente a Eryk, rozando su brazo con el suyo como si estuviera marcando su territorio.

Oh, vamos a hacer *eso*. ¿Verdad?

Me quedé paralizada, medio escondida detrás de una pareja de hadas enmascaradas que intercambiaban manzanas acarameladas encantadas, con la mandíbula apretada.

Lo único que quería era hablar. Solo *hablar*. Quizá exigir una explicación sobre todo eso de «besar y desaparecer como un héroe de novela romántica malhumorado». Pero, al parecer, el universo tenía otros planes que incluían a mujeres dragón altas y hermosas marcando su territorio como si fuera la última temporada de apareamiento antes de la extinción.

Eryk dijo algo, en voz baja, con la boca curvada en esa irritante media sonrisa. Draya se rio de nuevo, inclinándose hacia él, con los dedos rozando su manga. Fue sutil. Deliberado.

Me mordí el interior de la mejilla con tanta fuerza que noté el sabor de la sangre.

Selene, que ahora estaba a mi lado, siguió mi mirada y dejó escapar un sonido tranquilo y divertido.

—Ay, Dios mío.

—No estoy celosa —susurré automáticamente.

—Por supuesto que no—dijo ella, con los labios curvados de una forma que sugería que no me creía en absoluto—. Simplemente la

estás mirando con tanta intensidad que podrías incendiar el aire a su alrededor.

—Estoy mirando con ira—le informé—. Es algo totalmente diferente.

La voz de Marla flotó detrás de nosotras, tranquila y con un tono demasiado perspicaz.

—Quizá sería prudente abordar tus sentimientos antes de que provoques un incidente mágico en medio de una feria.

Exhalé lentamente, con la mirada fija en Eryk y su séquito de dragones.

—Solo quiero respuestas.

Pero en cuanto lo dije, mi pulso me traicionó, acelerándose como si la maldición misma hubiera decidido disfrutar del drama.

Tomé una decisión y avancé, como si mis piernas hubieran decidido por mí. Que le den a Draya y a sus ojos de daga. Al diablo con su trenza perfecta y su vestido metálico de diosa de . No iba a quedarme ahí parada haciendo de mujer celosa en la telenovela de dragones de otra persona.

Quería respuestas, y las iba a conseguir.

Me abrí paso entre un grupo de brujas enmascaradas que discutían sobre los precios del caramelo e ignoré el leve y divertido chasquido de lengua de Selene. La multitud se abrió lo justo para que pudiera volver a ver a Eryk, que seguía allí de pie, alto e impenetrable.

Bien. Él podía hacerse el misterioso. Yo podía hacerme la loca.

Me subí las faldas, lista para dirigirme hacia allí y exigir explicaciones…

Y un grito rasgó el aire.

No era el tipo de grito juguetón de una feria. Era un grito agudo, de puro terror.

La música se detuvo y las risas se apagaron.

El instinto se apoderó de mí. Corrí hacia el grito.

La multitud se dispersó, la tela y las plumas se difuminaban mientras me abría paso a empujones. El aire había cambiado, se había vuelto más denso y pesado. La magia zumbaba, no del tipo

seguro que se siente en los amuletos o los hechizos, sino algo irregular, que vibraba como cristales rotos contra mi piel.

Doblé una esquina pasando el tiovivo. Las luces seguían girando perezosamente, los caballos congelados en un bucle infinito de alegría que no encajaba con el caos que los rodeaba.

La gente se había reunido frente a una carpa roja y dorada, con los rostros pálidos y las voces temblorosas. El aroma a azúcar, humo y ozono se mezclaba en algo que me revolvió el estómago.

Un niño, de unos doce años, yacía inmóvil en el suelo. Su máscara de zorro estaba rota a su lado, con la pintura manchada. Una mujer rubia estaba arrodillada junto a él —supuse que era su madre—, sollozando y agarrándole la mano.

Un hombre con una máscara de zorro a juego se agachaba inútilmente, tratando de levantarlo mientras le susurraba:

—Despierta, Kevin. Vamos, despierta.

Marla llegó hasta el chico antes que yo, con su magia ya iluminando el aire alrededor de sus manos con un suave resplandor blanco. Selene era una sombra oscura y serena a su lado, con los ojos escudriñando a la multitud.

Me arrodillé, con la falda extendiéndose a mi alrededor, y toqué la muñeca del chico. Estaba caliente. Y sentí el pulso.

—¿Marla? —pregunté.

Frunció el ceño.

—Está vivo. Pero es como si… —Vaciló, y su voz se debilitó con incredulidad—. Algo lo mantuviera dormido.

Recurrí a mi magia y liberé un único hilo —delgado, carmesí, vivo — dejándolo desplegarse desde mi palma como seda que capta la luz. Se deslizó por el aire hacia el chico, rozando el latido de magia que se aferraba a su piel.

Normalmente, si se tratara de una maldición, un maleficio o incluso un hechizo mal lanzado, podría sentir su patrón. Podría seguir el entramado, encontrar el nudo y tirar hasta que todo se deshilachara como un jersey mal tejido.

Pero esta vez no.

En el momento en que mi hilo lo tocó, retrocedió como si hubiera chocado con una pared de electricidad estática y hielo. La resistencia

me recorrió el brazo, un frío punzante que me hizo silbar y retroceder bruscamente.

—¿Qué demonios...? —susurré.

Lo intenté de nuevo, más despacio, enviando otro hilo más profundo y guiándolo para buscar puntos débiles. Nada. No cedía. No había costuras. Fuera lo que fuera, no estaba tejido como ningún hechizo que hubiera visto jamás. No vibraba con vida. Vibraba de forma extraña y desigual, como si alguien hubiera forzado el poder a adoptar una forma para la que nunca estuvo destinado.

Un tenue parpadeo se propagó bajo la piel del chico, ahora apenas visible, un destello de luz pálida que se arrastraba por líneas invisibles. La magia se sentía fría. Artificial.

La voz de Marla sonó suavemente a mi lado.

—¿Puedes retirarlo?

Negué con la cabeza, con el corazón latiéndome con fuerza.

—No. Ni siquiera puedo tocarlo. Es como si no estuviera hecho de ningún tipo de magia que yo conozca. Esto es algo completamente distinto.

El pecho del chico apenas se movía. El destello se desvaneció hasta desaparecer.

—Está en coma —dije, con voz baja y áspera—. Y es mágico.

Pero incluso las palabras salieron de mi boca, supe que eso no era del todo cierto.

No era magia normal. No era un hechizo que hubiera salido mal. Ni siquiera era algo que pudiera clasificar.

Fuera lo que fuera, era nuevo. Antinatural.

Y mantenía al chico sumergido, atrapado entre la respiración y la nada.

Esto era malo.

# 4

—¿Coma mágico?— exclamó la madre de Kevin y se secó los ojos, con el rímel corriéndole por las mejillas.

—Pero… ¿cómo…? ¿Quién…? No lo entiendo.

Yo tampoco, la verdad.

Esto debería haber sido fácil para mí, la llamada hechicera arcana.

Todo lo que tenía que hacer era desentrañar la magia, deshacer los hilos arcanos, tirar del nudo correcto… y ¡puf! Una sacudida y problema resuelto.

Excepto que no pude hacerlo.

Cada intento se deslizaba por él como el agua sobre el cristal. Lo que fuera que lo tenía atrapado era resbaladizo, extraño, construido a partir de algo que se suponía que no existía.

Y, por primera vez en mucho tiempo, me sentí completa y absolutamente inútil.

El ruido de la feria se difuminó a mis espaldas: las risas, la música, el murmullo de los encantamientos. Ahora todo me parecía incorrecto, demasiado brillante y ruidoso.

Entonces lo sentí.

Ojos.

Muchos.

Cuando levanté la vista, la multitud se había aglomerado, había un círculo de rostros enmascarados que me observaban como si fuera a obrar un milagro.

Y allí estaba él.

Eryk estaba cerca de la parte delantera, junto a Selene, sin máscara. Sus ojos dorados estaban fijos en el chico, con la mandíbula apretada y los músculos de los hombros tensos, como si estuviera conteniendo algo. La luz de la lámpara reflejaba el tenue brillo del sudor en su piel y, por un segundo, casi pude ver al dragón bajo la superficie, inquieto y a la espera.

A su lado estaba Veyrix, imponente y estoico, escudriñando la escena como si estuviera evaluando amenazas, y Draya, con la mirada oscilando entre el chico y yo, evaluando y con una expresión indescifrable.

La madre de Kevin me agarró del brazo de repente, devolviéndome al presente. Tenía los ojos muy abiertos y una mirada desesperada.

—Por favor. Tú puedes ayudarle. ¿No es así? Eres una bruja. Tienes que hacer algo.

Su voz se quebró en esa última palabra y me impactó más de lo que esperaba.

Bajé la mirada hacia el chico, Kevin, con el rostro demasiado inmóvil, demasiado sereno. El tipo de paz que no pertenecía a los vivos.

—Lo estoy intentando —dije, esforzándome por mantener la voz firme—. Pero sea lo que sea esto, no es un maleficio ni un hechizo normal. Es otra cosa.

—Por favor— susurró—. Tienes que intentarlo.

Asentí con la cabeza mientras el sudor me resbalaba por las sienes. Dudé, con mi magia aun ardiendo en las palmas de las manos, como si quisiera otra oportunidad de volver a tocar esa energía extraña y errónea. Pero el recuerdo de cómo se había vuelto contra mí antes seguía siendo nítido, como una mano fría en mi garganta.

Si presionaba más, si intentaba desentrañar algo que no entendía…

Podría hacerle daño.

O algo peor.

Podría volver a perder el control.

Y esta vez, tendría público.

Porque eso era lo que todos veían ahora: a la bruja maldita arrodillada junto a un niño en coma mientras su magia hervía bajo su piel como un arma cargada.

Respiré hondo a la fuerza.

—No puedo —dije por fin, en voz baja—. Todavía no. Si lo fuerzo de forma incorrecta, podría empeorarlo.

La madre de Kevin negó con la cabeza, sollozando con más fuerza.

—Por favor… solo es un niño… mi único hijo…

Me ardía la garganta. Quería ayudar. *Debería* haber podido ayudar.

Una mano me tocó el hombro, cálida y firme.

Eryk.

Levanté la vista. Sus ojos dorados se encontraron con los míos, con algo feroz e indescifrable en ellos.

—Rhea— dijo en voz baja—, déjame a mí.

Se agachó a mi lado, con la luz de la lámpara iluminando el perfil de su rostro. Sus ojos ardían con una intensidad silenciosa. De cerca, podía sentir el calor que emanaba de él, sutil pero vivo, como estar cerca de una hoguera que se esforzaba por fingir que no era un auténtico infierno.

No tocó a Kevin de inmediato. En su lugar, extendió la mano, con la palma suspendida a unos centímetros del pecho del chico. El aire se espesó. El pulso de magia alrededor del cuerpo de Kevin se agitó, ondulando como agua.

Sentí el roce del poder de Eryk antes de verlo, una vibración baja bajo mi piel, antigua y profunda, como algo más antiguo que el propio lenguaje. No era llamativo, como la brujería. Era elemental, primordial, y me erizó el vello de la nuca.

Aun así, estaba emocionada y un poco nerviosa al mismo tiempo. Nunca había sentido una magia como la suya antes. Era embriagadora.

Draya estaba cerca, con los brazos cruzados y el plateado de su vestido reflejando la luz.

—Ten cuidado —dijo—. No sabes lo que te hará.

Eryk la ignoró.

Veyrix cambió el peso de un pie a otro, silencioso y tenso, con la mirada oscilando entre el chico y la multitud, como si esperara que algo saliera mal.

La expresión de Eryk no cambió, pero pude sentir cómo se agudizaba su concentración. Sus dedos se curvaron ligeramente y el aire volvió a vibrar. El pelo de Kevin se agitó, como si una brisa hubiera pasado solo a través de él.

Y entonces… algo nos golpeó a ambos.

No físicamente. Era como un sonido, pero más grave, más profundo, resonando en los huesos. Una oleada de energía bruta brotó del chico, invisible pero lo suficientemente pesada como para que varias personas cercanas tropezaran hacia atrás.

Jadeé y agarré a Eryk por el brazo.

—¿Qué ha sido eso?

No respondió. Apretó la mandíbula y un destello de algo peligroso le cruzó los ojos.

—Esto no es magia de magos —dijo por fin, en voz baja—. No es brujería, ni élfica ni de hadas.

No me digas. Eso ya se lo podía haber dicho yo.

—¿Qué crees que es?— pregunté—. ¿Demoníaca, tal vez?

Era una suposición arriesgada e, incluso al pronunciarla, mi instinto ya me estaba observando con incredulidad. Había sentido magia demoníaca antes: fría, extraña y siempre con ese quemazón característico al tocarte. Además, venía acompañada de un olor, como a azufre y a malas decisiones.

Esto no era eso. Esto era peor.

Sacudió la cabeza una vez.

—No lo sé.

Esas palabras me secaron la garganta.

Draya frunció el ceño y se acercó.

—Retrocede. No estás hecho para este tipo de energía.

Eryk la miró, con voz firme.

—Él tampoco.

El cuerpo del chico se sacudió de repente con una convulsión que hizo gritar a su madre. Marla la sujetó antes de que pudiera llegar hasta él.

—¡No te acerques!

Los ojos de Kevin se abrieron por una fracción de segundo, vidriosos y desenfocados, y juraría que vi algo brillar detrás de ellos. Parecía un destello de luz, incoloro y agudo, como un rayo atrapado bajo la piel.

Luego volvió a quedarse quieto.

Eryk inspiró lentamente, su mano tembló una vez antes de retirarla. El calor a su alrededor se atenuó.

—Se ha ido— dijo—. Sea lo que sea que fuera, se retrajo cuando lo toqué.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Se ha retraído?

—Como si supiera que estábamos aquí.

Genial. Así que ahora teníamos una magia misteriosa que podía esconderse de los dragones. Fantástico.

Los sollozos de la madre rompieron el silencio, y la culpa me invadió. Quería decir algo, cualquier cosa, pero mi cerebro estaba demasiado ocupado tratando de procesar lo que acababa de pasar.

Marla, que seguía abrazando a la madre del niño, dijo con delicadeza:

—Deberíamos llevar al niño a mi laboratorio. Allí podremos examinarlo como es debido y mantenerlo lo más cómodo posible mientras averiguamos qué ha pasado.

—Sí —dije automáticamente, con la mente ya dando vueltas—. Es lo mejor.

Me levanté y miré a la multitud. La música se había apagado de nuevo, sustituida por un murmullo bajo y nervioso. Las caras me devolvían la mirada: algunas preocupadas, otras curiosas, la mayoría simplemente esperando a que alguien les dijera que todo iba bien para poder volver a beber cócteles luminosos y fingir que esto no estaba pasando.

Pero mi instinto sabía que no era así.

Un niño no *caía,* así como así, en un coma mágico. No sin un desencadenante. Un maleficio, un hechizo, una maldición, algo intencionado.

Y por lo que sabía de la mayoría de las maldiciones, había que estar cerca para lanzarlas, lo suficiente como para tocar, susurrar, mirar a la víctima a los ojos y pensar: *«Esta vez sí».*

Sí. Quienquiera que hubiera hecho esto no se había ido. Tendría que ser un hijo de puta malvado para hacerle eso a un niño inocente. Y a ese tipo de maldad le gustaba contemplar su obra.

Mi mirada recorrió la multitud de nuevo, pasando de rostro en rostro, de máscara en máscara. ¡Había tantos! Demasiados. De plata, de oro y con plumas, enjoyadas y blancas como el hueso, con sonrisas pintadas y ojos vacíos que me devolvían la mirada. Cada uno de ellos podría estar ocultando algo.

A alguien. Quizá incluso alguien lo suficientemente cerca como para oírme ahora mismo.

Un escalofrío me recorrió la nuca, esa intuición instintiva de bruja que grita cuando la magia y la malicia comparten el mismo espacio.

Las luces de la feria parpadearon de nuevo brevemente, casi demasiado débilmente como para notarlo, y la multitud se agitó inquieta.

Perfecto. Justo lo que necesitaba. Un misterioso ataque mágico y un posible sociópata escondido tras lentejuelas decorativas.

Crucé los brazos, sobre todo para evitar que temblaran.

—Genial— murmuré entre dientes—. Porque nada dice "noche divertida" como cazar a una hechicera posiblemente homicida entre una multitud de bichos raros demasiado elegantes.

Selene, que seguía cerca, arqueó una ceja.

—¿Qué has dicho?

—Nada —dije—. Solo manifestando paz interior.

—Mm, pues lo estás haciendo mal.

Eché una última mirada a la multitud, de esas que traspasan tanto las máscaras como las apariencias. El estómago se me revolvió de nuevo, con fuerza.

Quienquiera que hubiera hecho esto seguía aquí, observando, esperando. Estaba segura de ello.

Y si eran tan estúpidos como para hacerle daño a un niño, no tenían ni idea de la pesadilla en la que se acababan de meter.

Respiré lentamente, de esa forma que se supone que me calma pero que en realidad nunca lo hace. Mi magia zumbaba bajo mi piel, inquieta y salvaje, la maldición siempre al acecho, enroscada como una víbora lista para atacar.

Busqué en mi interior los hilos arcanos.

Podía sentir la intensa mirada de Eryk sobre mí, pero no lo miré.

Aparecieron con impaciencia, brillando con un tenue tono rojizo mientras se deslizaban por mis palmas como seda viva. Normalmente, las sentía cálidas, firmes, como una extensión de mí misma. Esta noche, latían demasiado rápido, de forma errática, febril, haciéndose eco de la tormenta que se agitaba en mi sangre.

*Tranquila, Rhea. No dejes que te domine.*

Exhalé y solté los hilos arcanos, lanzándolos hacia la multitud como zarcillos invisibles, en busca de algo.

En el momento en que tocaron el aire, lo sentí: presión. El zumbido de cientos de firmas mágicas golpeándome todas a la vez. Glamours, hechizos, algunos hechizos de amor cuestionables. Me latía la cabeza por el ruido.

—Vamos, vamos… —susurré entre dientes, concentrándome aún más.

Los hilos se extendieron más, buscando el zumbido frío que había percibido en el chico. Cada conexión se sentía como arrastrar alambre por cemento húmedo. Mi cuerpo se estaba sobrecalentando, el sudor perlaba en mis sienes, mi garganta estaba en carne viva.

La maldición dentro de mí se agitó, ávida de la oleada. Le encantaba este tipo de caos. Le encantaba el poder. Susurró: «Déjate llevar, *solo un poco*. Déjame ayudarte».

—No— siseé entre dientes.

Apreté la mandíbula y luché contra ella. La fiebre se disparó detrás de mis costillas y la magia gritaba bajo mi piel. Mi visión se volvió borrosa, podía sentir los hilos arcanos temblando como si fueran a romperse, o peor aún, a azotarme y arrastrarme con ellos.

Entonces... ahí.

Una chispa.

Un pulso familiar. Frío. Errado.

Mis hilos arcanos se fijaron en ella al instante, tensándose como una trampa. La misma energía irregular que había sentido en Kevin vibraba a través de ellos, trepando por mis brazos como una quemadura por frío.

La seguí, con la mirada escaneando la multitud. Los hilos arcanos latían en mi visión, guiándome a través de la masa de rostros enmascarados y la luz de las farolas hasta que se detuvieron.

En él.

Una figura encapuchada se encontraba cerca del borde de la plaza, medio oculta tras un puesto de juegos. Hombros anchos. Demasiado alta para ser una mujer. Su máscara era oscura, sencilla, sin plumas, sin joyas, solo unas rendijas vacías a modo de ojos que se volvieron hacia mí en el instante en que se dio cuenta de lo que había hecho.

Nuestras miradas se cruzaron y él lo supo.

*Sintió* que estaba atada a él.

Durante una fracción de segundo, el espacio entre nosotros ardió con ese mismo zumbido gélido. Entonces salió corriendo.

—¡Oye!— grité, ya persiguiéndolo.

Eryk me llamó, pero la música había vuelto a sonar y yo ya estaba en movimiento. No pensé, no lo planeé. Simplemente corrí.

Maldije, con las faldas enredándose en mis piernas mientras me abría paso entre la multitud. La gente gritaba en señal de protesta mientras yo pasaba a toda velocidad. El hombre encapuchado se abrió paso rápidamente entre las luces de la feria, deslizándose entre las carpas como el humo.

Apreté con fuerza los hilos arcanos y la luz roja resplandeció alrededor de mis manos.

—Te has metido con la bruja equivocada.

Esquivé a una hada malabarista y casi tropecé con un cubo de ranas brillantes.

La maldición dentro de mí palpitaba, ansiosa por liberarse. No me importaba. No en ese momento.

Fuera quien fuera ese hombre, había tocado el mismo poder que había hecho daño a aquel chico y no iba a dejar que se escapara. Ni hablar.

Aceleré el paso, lo cual era mucho decir teniendo en cuenta que llevaba un vestido largo hasta el suelo y zapatos de tacón bajo. Digamos que me estaba esforzando el doble solo para lograr *un tiempo mediocre.*

La seda se me enredó en las piernas y estuve a punto de caer de bruces sobre un barril de manzanas acarameladas.

El hombre encapuchado se abrió paso entre la multitud como el humo; la gente se apartaba demasiado tarde mientras él los arrollaba. Cada vez que creía que estaba acortando distancias, se escabullía detrás de otra carpa o puesto de venta, desapareciendo en el remolino de luces y colores.

Recogí la falda con un puño y seguí adelante, murmurando maldiciones que habrían hecho desmayarse a mi antiguo supervisor de formación en el Grupo Merlín.

—¿Por qué nunca me pasa nada malo cuando llevo pantalones de yoga?

Un dragón se interpuso en mi camino, exhalando una llamarada que abrasó el aire. Me agaché, tropecé y choqué de lleno contra una hada que vendía collares con amuletos. Su mesa volcó y las joyas salieron volando por todas partes como confeti brillante.

—¡Lo siento! ¡Es culpa de la magia Merlín!— grité, echando a correr de nuevo.

Ella gritó algo sobre que pagara los daños. Sí, claro. Ponlo a mi cuenta.

El hombre miró hacia atrás una vez, y su capucha se deslizó lo justo para que pudiera vislumbrar un destello cuando la luz parpadeó en sus manos. El aire detrás de él se deformó, brillando con tenues y pulsantes cintas de luz fría.

Oh, sí. Era la misma energía, la misma vibración errónea que había sentido en Kevin.

Una ráfaga de viento surgió de la nada, lo suficientemente fuerte como para derribar un grupo de faroles y hacer que llovieran chispas

por toda la pasarela. La gente gritó, dispersándose en todas direcciones.

El desconocido encapuchado se escabulló detrás del tiovivo.

Rodeé la atracción, con el corazón latiéndome con fuerza y mi magia ya chispeando en las yemas de los dedos. Alcancé a ver su capa desapareciendo entre dos tiendas, el puesto de lanzamiento de cuchillos y el puesto de pociones, y me esforcé aún más.

—¡Alto! —grité, porque al parecer todavía creía que eso funcionaba.

No se detuvo.

En cambio, giró ligeramente la mano y el aire *se onduló.* Mis hilos arcanos se encendieron instintivamente, reaccionando al cambio, pero no fue lo suficientemente rápido. Una pared de fuerza me golpeó, invisible pero sólida como una roca, lanzándome hacia atrás contra una pila de fardos de heno.

Gemí, incorporándome con paja en el pelo y mi orgullo tirado en el suelo.

Cuando parpadeé para despejar el mareo, él ya se había ido. Desaparecido. Solo quedaba un rastro de esa energía fría y brillante flotando en el aire, disolviéndose rápidamente.

La voz de Selene llegó desde detrás de mí, aguda e irritada.

—¡Rhea! ¿Qué demonios estás haciendo?

—Practicando deportes extremos —dije, quitándome el heno del pelo—. Resulta que se me da muy bien.

Sí, el muy cabrón se había ido, desapareció como un mago.

Pero había cometido un desliz y me había dejado algunas pistas. Era un hombre poderoso, usaba una magia que nunca había sentido.

No sabía por *qué* ni *quién* era. Pero pronto lo sabría.

Porque si había algo en lo que era buena... era en perseguir monstruos.

# 5

Me quedé de pie junto a la camilla, mirando al niño que parecía estar simplemente echándose una siesta, solo que no era así. Llevaba horas sin parpadear, sin moverse ni respirar profundamente. Ni por mucho que le gritara, le sacudiera o le pinchara con magia había conseguido que se moviera.

Los padres de Kevin estaban destrozados. No podía culparlos. Si hubiera sido mi hijo, habría quemado la mitad del pueblo hasta los cimientos hasta que alguien me diera una respuesta. Al final —tras mucho insistir y después de que Marla sacara a relucir su mejor voz de «confía en mí, soy una bruja profesional»— cedieron y se fueron a casa a descansar.

Ahora solo quedábamos Marla, yo y la morgue.

Y déjame decirte que nada dice *«gran noche de viernes»* como el olor a desinfectante, formaldehído y metal frío. El aire era denso, quieto y vibraba con magia antigua. Las luces del techo zumbaban con ese suave parpadeo que siempre te hacía pensar que los fantasmas estaban jugando con el regulador de intensidad.

Marla se movía alrededor de la mesa, con el rostro concentrado. Llevaba el pelo recogido en su habitual moño severo y había cambiado su elegante vestido de carnaval por una bata de laboratorio impecable.

—Pásame ese cable conductor —dijo, señalando una maraña de cables y cristales brillantes sobre la encimera.

Se lo entregué con cuidado.

—¿Seguro que esto no lo freirá?

Marla ni siquiera pestañeó.

—Si es así, me disculparé más tarde.

—Es bueno saberlo.

Me lanzó una mirada severa, de esas que suelen preceder a un sermón sobre la responsabilidad o el consumo moderado de cafeína, y luego volvió al trabajo.

Me apoyé contra la encimera, tratando de ignorar el frío que se me metía en los huesos mientras observaba trabajar a la Bruja Blanca.

Marla conectó finos hilos de plata a pequeños nodos de cristal y los presionó suavemente a lo largo de las sienes, el pecho y las muñecas de Kevin. Los cristales latían, sincronizándose con los latidos de su corazón… o al menos lo intentaban. Un artilugio más grande cobró vida con un zumbido junto a su codo, una mezcla de latón antiguo, glifos brillantes y tubos que silbaban con vapor arcano.

Si Frankenstein hubiera ido a la universidad de brujas, así habría sido su proyecto de tesis.

La máquina emitió una serie de pitidos y chasquidos, y los cristales se iluminaron uno a uno con un ritmo lento y desigual.

—Los signos vitales son estables —dijo Marla, comprobando un indicador que parecía sospechosamente propio de una aeronave steampunk—. Pero, mágicamente, está… estático. Es como si su esencia estuviera suspendida entre dos estados.

—¿Como en el limbo? —pregunté.

—Como si se hubiera quedado congelado en medio de un hechizo —dijo con gravedad—. Sea lo que sea esto, está suprimiendo su magia natural.

Eso me dio un vuelco al estómago. Todos los seres paranormales tenían una chispa, algo vivo que los vinculaba a su poder. Que se *apagara* era antinatural. Como quitarle la batería a un cuerpo, pero dejando las luces encendidas.

Tragué saliva con dificultad y volví a mirar al chico. Tenía los labios pálidos y las manos pequeñas e inmóviles.

—¿Crees que es contagioso?

Marla ajustó otro cable, cuyo cristal en la punta brillaba con un destello verde.

—No, pero creo que es inteligente.

Parpadeé.

—¿Estás diciendo que el coma está *pensando*?

—Estoy diciendo que está reaccionando. Como si supiera que lo estamos observando.

Genial. Justo lo que necesitaba. Un coma consciente.

Me froté los brazos, tratando de sacudirme el escalofrío que me recorría el cuerpo. La maldición dentro de mí se agitó, inquieta y curiosa, como si quisiera tocar ese extraño poder y ver qué pasaría.

—No —dije en voz baja, entre dientes—. Esta noche no. Quédate donde estás.

Marla me miró de reojo, con una expresión indescifrable.

—Si esta magia te resulta extraña, Rhea, eso me preocupa.

—Sí, a mí también —dije secamente—. Normalmente al menos puedo insultar a un hechizo por su nombre mientras lo desentraño.

Marla suspiró, inclinándose hacia las pantallas mientras estas parpadeaban con estática.

—Sea lo que sea esto, es como si alguien hubiera reescrito su código mágico borrando la parte de él que conecta con nuestro mundo.

—¿Así que ahora hay alguien por ahí hackeando a los niños?

Marla no sonrió.

—Eso es lo que parece.

Me quedé mirando el rostro inmóvil del chico, el tenue destello de luz que latía bajo su piel, y sentí un nudo en el estómago.

Esto no era solo un hechizo cualquiera. Era deliberado, calculado.

Y quienquiera que lo hubiera hecho estaba ahí fuera, todavía jugando a su enfermizo jueguito.

La puerta de la morgue se abrió con un chirrido y Selene entró como en un anuncio de una revista gótica. Su postura era perfecta,

el pelo inmaculado y los tacones resonaban contra las baldosas como si quisieran dejar algo claro.

—Este lugar huele a lejía —dijo, arrugando la nariz—. Y a rana hervida.

Me enderecé en seco.

—¿Rana hervida? ¿Debería preguntarte por qué conoces ese olor?

Selene me lanzó una mirada.

—Digamos que tuvo que ver con un pantano, un aquelarre y un mal juicio romántico.

Parpadeé.

—Por favor, dime que el amante no era la rana.

Levantó una elegante ceja.

*—Al principio,* no.

Suspiré.

—Por eso no hago preguntas.

—Ya es demasiado tarde— dijo Selene, pasando a mi lado con un tono seco como el polvo—. Ya estás metida en esto.

Se acercó a la mesa.

—¿Alguna mejora?

—No— dijo Marla, sin apartar la vista de sus lecturas.

Selene se inclinó sobre la camilla, y su rostro, de una belleza inquietante, se suavizó ligeramente.

—Parece estar en paz.

—Sí— dije—excepto por el hecho de que no se despierta. Eso estropea un poco todo el ambiente sereno.

Marla no levantó la vista.

—Rhea, necesito que vuelvas a extender tus hilos arcanos. Con suavidad. Veamos si reaccionan a las lecturas.

—Con suavidad —repetí—. Lo dices como si mi magia tuviera un regulador de volumen.

Selene arqueó una ceja.

—Pues haz como si lo tuviera, cariño. Prueba con el nivel bajo.

Dudé.

Marla levantó la vista de sus instrumentos.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

El problema era que no se lo había dicho. Todavía no. Que mi maldición por fin se había desatado por completo, que ahora cada hechizo conllevaba el riesgo de que me convirtiera en una granada mágica.

*Debería* decírselo. Lo sabía. Sobre todo, porque, últimamente, estar cerca de mí probablemente fuera una pésima decisión. Pero no ahora. No cuando la vida de un niño pendía de un hilo y mi control estaba, literalmente, al límite.

Exhalé, me acerqué y dejé que mi magia se agitara. Los hilos arcanos volvieron a titilar en mis manos. Los guie hacia el pecho de Kevin, con cuidado esta vez. Medida, contenida.

En el momento en que tocaron el aire a su alrededor, lo sentí de nuevo: ese mismo escalofrío, esa sensación de que algo no estaba bien. No era solo frío. Era *vacío*, como si la magia misma hubiera sido aspirada del espacio, dejando tras de sí un residuo que me ponía los pelos de punta.

Mis hilos arcanos temblaban, tratando de encontrar una forma de entrar. Podía sentir cómo se tensaban, deseando profundizar más, *comprender.* La maldición que había en mí se desató en respuesta, mi sangre se calentó y mi visión se volvió borrosa por los bordes.

Apreté los dientes.

—Tranquila —susurré.

Selene ladeó la cabeza.

—¿Te estás hablando a ti misma o a tu magia?

—A ambas —dije con voz tensa.

Marla ajustó un dial en una de sus máquinas, y esta comenzó a zumbar más fuerte, emitiendo un tenue resplandor azul que proyectaba sombras extrañas por las paredes.

—¿Qué sientes, Rhea?

Tragué saliva con dificultad.

—Frío. Muerte. Como si alguien hubiera pulsado el botón de pausa en su alma.

Marla frunció el ceño y anotó algo en un portapapeles.

—¿Y tu magia?

—Agitada. Como si estuviera captando interferencias de… lo que sea que sea esto.

Se oyó un fuerte crujido procedente de una de las máquinas. Una luz azul saltó entre los nodos de cristal de la piel de Kevin, un delgado arco de energía que atravesó el aire. El olor llegó al instante: ozono, humo y algo más. Algo metálico.

Selene dio un rápido paso atrás.

—¿Se supone que eso debe pasar?

La energía volvió a pulsar, esta vez con más intensidad. Los cristales parpadearon rápidamente, uno tras otro, en una secuencia que casi parecía deliberada.

Marla abrió mucho los ojos.

—Está respondiendo. Pero no a mí.

Se me erizaron los pelos de la nuca. Di medio paso hacia delante, con la maldición retumbando en mis venas como una advertencia.

—Entonces, ¿a quién demonios le está respondiendo?

Durante un largo momento, nadie dijo nada. El zumbido llenaba el aire, bajo y constante, vibrando a través de mis huesos.

Entonces las luces parpadearon. Una vez. Dos veces.

Y el cuerpo de Kevin *se movió.*

No fue gran cosa, solo un espasmo de su mano con un ligero movimiento de la cabeza, pero fue suficiente para que se me revolviera el estómago.

Marla se quedó paralizada.

—No se está despertando. Es… un reflejo.

Selene entrecerró los ojos.

—Eso no fue un reflejo.

Me quedé mirando al chico, con el corazón latiéndome con fuerza. La maldición se intensificó, susurrando: *Déjame ver. Déjame sentir lo que él siente.*

Ni hablar. Ni hablar.

Obligué a mis hilos arcanos a retraerse por completo.

—Estoy de acuerdo con Selene.

Marla me miró a los ojos.

—Entonces, ¿qué es?

—No lo sé— dije en voz baja.

Selene suspiró dramáticamente, y el sonido resonó en las baldosas de la morgue como si estuviera actuando para un público

invisible.

—No me gustan los niños. Apestan. Son ruidosos. Siempre tienen las manos pegajosas de algo: mermelada, sangre, angustia existencial, quién sabe. Pero…— hizo una pausa elegante y se llevó una mano al pecho—en algún rincón lejano y polvoriento de mi alma de no muerta, siento algo por esto.

—Él— la corregí, con más brusquedad de la que pretendía—. Kevin no es un "*esto*".

Selene parpadeó lentamente, sin inmutarse.

—Sí, bueno, *Kevin* debería plantearse seriamente no quedar maldito la próxima vez. Es bastante incómodo para el resto de nosotros.

Puse los ojos en blanco.

—Sí, me aseguraré de añadir eso al informe médico.

Intentando ignorarla, me volví hacia Marla.

—Sus padres. ¿Los conoces?

Marla levantó la vista de sus notas, con las gafas deslizándose por su nariz lo justo para que pareciera cualquier profesora que alguna vez me hubiera reprobado.

—Sí. Kathy y Elliot Havers. Son cambiaformas. Águilas, creo. Gente agradable. ¿Por qué?

—Me preguntaba si tenían enemigos.

Selene destapó una petaca plateada y dio un sorbo con naturalidad. El aroma a sangre y bourbon inundó el aire.

—Tendrían que ser enemigos muy poderosos—dijo con voz suave y divertida—para maldecir a su hijo en lugar de limitarse a arrancarle las alas. No es que lo esté sugiriendo.

Se humedeció los labios, dejando entrever un colmillo.

La vampiresa no se equivocaba.

—Eso es lo que pienso— suspiré, cruzando los brazos—. No se maldice a un niño por accidente. Alguien quería dejar las cosas claras.

Marla negó con la cabeza, frunciendo el ceño.

—No. Eso no es posible. Me habría enterado si hubiera habido chismes. Y créeme, en Gallows Gate, los chismes vuelan más rápido que el fuego de bruja.

Selene esbozó una sonrisa burlona.

—A menos que los que cotillean sean los que tienen algo que ocultar.

Marla le lanzó una mirada que habría podido congelar la lava.

—Esto no es una de tus telenovelas de vampiros, Selene.

Selene dio otro largo trago a su petaca, sin mostrar ningún remordimiento.

—Cariño, todo es una telenovela cuando vives lo suficiente.

Me froté la nuca, sintiendo el familiar ardor de mi maldición bullendo justo bajo la superficie.

—Sí, bueno, esta va a ponerse fea.

—Pero ¿qué hay de ese hombre que viste?—continuó Marla—. Dijiste que su firma mágica era la misma que la que encontramos en Kevin. ¿Crees que alguien lo contrató para hacerle daño al chico o a los Haver?

Asentí lentamente.

—Eso es exactamente lo que pienso. Kevin es solo un niño. Sin deudas, sin rivales, sin un rastro de corazones rotos. A menos que este año la competencia en sexto curso se haya vuelto muy dura, es imposible que él sea el objetivo. Ir a por un niño no es algo aleatorio. Es algo personal.

Volví a mirar a Kevin. Su pequeño pecho subía y bajaba tan levemente que casi no parecía real. El resplandor de los instrumentos de Marla se reflejaba en su piel, de un azul pálido contra el ritmo constante del cristal del pulso.

—Sea lo que sea lo que ese desconocido le haya hecho— dije en voz baja—. No solo lo está hundiendo. Lo está carcomiendo. Si no descubrimos cómo revertirlo, esta cosa acabará matándolo.

El silencio se prolongó un instante. Ni siquiera Selene supo qué responder a eso.

Exhalé.

—Así que tengo que investigar a los Havers. Averiguar en qué se han metido, a quién se han cruzado, qué esconden. Todo el mundo tiene secretos, incluso los que parecen brillantes por fuera.

Selene finalmente sonrió, una sonrisa lenta y depredadora que dejaba ver los colmillos lo justo para recordarte que probablemente

alguna vez se había comido a alguien que la molestaba.

—Suena divertido. Me *encantan* los secretos sucios, y aún más cuando también son sangrientos.

Marla suspiró.

—No saquemos conclusiones precipitadas. Ni siquiera sabemos quién es este hombre. Podría ser un asesino a sueldo, sí, pero ¿contratado por quién? ¿Y por qué usar una magia tan inestable?

—Porque es nueva— dije, más que nada para mí misma—. Porque es imposible de rastrear, y porque quienquiera que lo haya enviado no quiere que lo encuentren.

Y ese pensamiento se me clavó con fuerza en el pecho.

El hombre de la feria no había dudado al verme. Me había mirado directamente, como si me estuviera esperando. Ese tipo de seguridad no era casual. Era profesional. Profesional al nivel de un asesino.

—Sí —dije—. Alguien lo contrató. Y tengo la sensación de que quienquiera que esté moviendo los hilos no solo va tras los Havers.

Selene ladeó la cabeza, con los ojos brillando en la penumbra.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que creo que la lista de objetivos podría ser más larga de lo que pensábamos. Quiero probar otra cosa —dije, inclinándome hacia delante sobre Kevin—. Mi resonancia sanguínea.

Marla levantó la cabeza de golpe.

—¿Crees que podrás obtener una lectura?

—Quizá— Me froté la nuca—. Si tengo suerte, podría ver lo que él vio justo antes de desmayarse. Quizá incluso la cara del tipo.

Selene arqueó una ceja con elegancia.

—Y ¿cómo piensas hacerlo exactamente, cariño? No está *sangrando*.

La miré.

—Para eso sirven las agujas.

La vampiresa esbozó una sonrisa burlona.

—Oh, menos mal. Por un momento pensé que ibas a morderlo. Iba a estar muy orgullosa.

No supe muy bien qué responder a eso.

Me volví hacia Marla.

—¿Puedes extraerle un poco? No hace falta que sea mucho, solo lo suficiente para que pueda conectar.

Marla dudó, frunciendo los labios.

—Rhea, esa técnica es peligrosa. Especialmente en un sujeto vivo.

No discutí. Tenía razón. La resonancia sanguínea no era precisamente brujería para principiantes. La mayoría de las brujas ni siquiera podían intentarlo sin romperse un vaso sanguíneo o freírse el sistema nervioso. A mí me resultaba más fácil, como una mala herencia de la que no podía deshacerme.

—Lo sé—admití—. Pero si hay la más mínima posibilidad de que pueda ayudarle, tengo que intentarlo.

Marla me estudió durante un largo rato, el peso de todos los riesgos posibles destellando tras sus ojos penetrantes. Finalmente, asintió una vez.

—De acuerdo. Pero en cuanto notes que algo va mal, para. ¿Entendido?

—Por supuesto —dije, aunque ambas sabíamos que era mentira.

La bruja blanca sacó una pequeña aguja de plata de su bandeja, tarareando un hechizo en voz baja que la esterilizaba. El aire vibró, oliendo a hierbas y ozono. Entonces, con una precisión que solo Marla poseía, pinchó el brazo de Kevin lo justo para extraer una pequeña gota de sangre.

La gota carmesí brotó lentamente, oscura contra su piel pálida.

Selene se inclinó hacia delante, con tono de burla.

—Vaya, qué adorable. Feria de ciencias de brujas, ahora con sangría. Despiértame cuando el experimento haya explotado.

Cerré los ojos y dejé que mis hilos arcanos se deslizaran libremente, finos hilos de luz roja que se deslizaban desde mis dedos hasta la diminuta gota. El zumbido de la magia me llenaba los oídos, grave y vibrante, como un trueno lejano que se va intensificando. Mi pulso se sincronizó con él, constante al principio, pero luego más rápido, al compás de la energía que estaba concentrando.

—Rhea —me advirtió Marla, con voz distante—. Ve despacio.

Asentí con la cabeza, sin atreverme a hablar. En el momento en que mi hilo tocó la sangre, el mundo cambió.

*La morgue desapareció de la nada: las frías baldosas, el olor metálico, el perfume de Selene… todo se esfumó.*

*La oscuridad se cerró a mi alrededor. Espesa, pesada. Luego llegó el sonido. Un débil estruendo de risas, el zumbido de la música de feria flotando en el aire como si estuviera atrapada bajo el agua.*

*A continuación, llegó el olor. Caramelo y humo. Azúcar hilado pegándose al cálido aire nocturno. Debajo, ese tenue aroma almizclado de la magia. Antiguo, inquieto, siempre más fuerte donde se reunían demasiados seres paranormales.*

*Las luces centelleaban más adelante, difuminándose en los bordes. Doradas, violetas y verde luciérnaga. Las carpas se alzaban como coronas torcidas, su tela ondulando con hechizos destinados a atraerte. Una carcajada estalló en algún lugar a la derecha, brillante y aguda, seguida del tintineo de cristales y el suave zumbido de una atracción en movimiento.*

*Me giré —el cuerpo de Kevin se giró— y las luces se difuminaron juntas. Máscaras resplandecientes. El destello de la luz de las lámparas sobre las atracciones giratorias. Un borrón de color, movimiento y sonido.*

*Y entonces... movimiento.*

*Una sombra atravesando el ruido.*

*Alguien caminando a contracorriente de la multitud, tranquilo, mientras todos los demás se arremolinaban en el caos.*

*Alto. Encapuchado. El destello de su capa reflejó el resplandor de una luz cercana, brillando.*

*El corazón de Kevin se aceleró. Lo sentí en mi pecho. El chico no sabía por qué tenía miedo.*

*El aire parecía espesarse. Los sonidos se distorsionaban, las risas se volvían frágiles, con un tono agudo en los bordes. Alguien llamó a Kevin por su nombre desde atrás, una mujer, probablemente su madre, pero ahora sonaba lejano, resonando a través de un túnel.*

*La magia lo golpeó antes de que pudiera verla.*

*No fue un rayo ni un destello. Fue más sutil que eso: una presión invisible que se le clavó en la piel atravesó sus venas y llegó hasta lo más profundo de su ser. Frío. Algo que no estaba bien. El mundo se inclinó, las rodillas le fallaron y se le cortó la respiración.*

*Lo sentí todo.*

*El mareo. El pánico creciente. El escozor de las lágrimas que no tuvo tiempo de secarse.*

*Sus manitas temblaban. Las luces de arriba giraban y se fragmentaban en cientos de rayos plateados y dorados. En algún lugar, alguien gritaba, pero no era él. No podía.*

*Podía saborear el azúcar en su lengua, de lo que fuera que hubiera comido hacía unos minutos, dulce y artificial, y debajo de eso, algo metálico. Sangre, tal vez. O el residuo de la magia que lo quemaba por dentro.*

*Kevin intentó moverse, alcanzar a alguien, pero su cuerpo se negaba. El sonido de sus latidos resonaba en mis oídos —rápido, frenético— y luego comenzó a ralentizarse.*

*Golpe sordo.*

*Golpe.*

*Golpe.*

*El desconocido se acercó. No pude distinguir su rostro, solo un atisbo de movimiento bajo la capucha.*

*Entonces, un susurro. Débil, casi imperceptible, serpenteando entre el ruido como el humo.*

*«Rhea…»*

*Se me cortó la respiración.*

*Era* mi *voz.*

*«Únete a nosotros», repitió, esta vez más cerca.*

*El pánico me invadió —a él también—; era lo mismo.*

*¿Qué demonios...?*

*La sombra se movía ahora más rápido, y la visión de Kevin se volvió borrosa, mientras su cuerpo se desplomaba al suelo. El impacto me sacudió con tanta fuerza que sentí un nudo en el estómago. El mundo se oscureció, con los bordes doblándose hacia dentro.*

*Todo quedó en silencio, salvo el eco.*

*Mi voz. Susurrando de nuevo: «Eres uno de los nuestros».*

*Y luego... nada.*

*Solo oscuridad.*

Jadeé, saliendo a rastras de la resonancia, con el pulso acelerado.

¿Qué demonios fue eso?

# 6

Había oído mi voz. Mi maldita voz. Otra vez.

Eso no era posible. Era como si hubiera sido yo quien maldijera al pobre Kevin hasta dejarlo en coma, pero no había sido yo. No pude haber sido yo. En ese momento estaba demasiado ocupada intentando no babear sobre los estúpidos hombros de Eryk.

Aun así, lo había oído alto y claro, recorriendo mi espina dorsal como un eco que no pertenecía allí. Igual que me había pasado en la estación Merlín y ahora en la feria.

Sí. Definitivamente iba a necesitar terapia de verdad después de esto.

Me había marchado de la morgue justo después, mintiendo descaradamente a Marla y Selene cuando les dije que no había visto nada. Que no había rostro ni pistas.

Y desde luego, no dije nada sobre *mi propia voz.*

Ahora, veinte minutos después, entraba en la estación Merlín medio corriendo, medio tropezando, todavía intentando convencerme de que no había perdido la cabeza. La puerta principal se cerró de golpe detrás de mí.

El silencio de la estación me envolvió, cálido, familiar, casi reconfortante. Casi. Me dirigí directamente a la mesa de la cocina, donde estaba mi portátil, lo abrí y pulsé el botón de encendido.

Mi corazón seguía latiendo con fuerza, mi cerebro seguía reproduciendo ese susurro, una y otra vez.

*Únete a nosotros. Eres uno de los nuestros.*

Me froté las sienes.

—Quizá lo imaginé. Quizá solo fue… la maldición volviendo a hacer de las suyas. Alucinaciones por estrés. Totalmente normal.

—¿Otra vez hablando sola, Roja?

Di un respingo tan fuerte que casi vuelco la silla.

—Maldita sea, Morty.

Estaba apoyado en el marco de la puerta con su habitual traje de los años veinte, con una sonrisa fantasmal firmemente grabada en el rostro.

—Vaya, parece que te has peleado con un jaguar y has perdido.

Exhalé un suspiro tembloroso y me dejé caer en mi silla.

—No tienes ni idea.

Frunció el ceño, y su habitual expresión bromista se suavizó.

—¿Qué ha pasado? Parece que has visto un fantasma. Lo cual, para que conste, suele ser cosa mía. ¿No estaba allí el hombre dragón?

—Estaba allí. Esto no tiene nada que ver con él.

—Dime qué pasa.

Algo en su tono, ligero, pero no burlón, hizo que las palabras salieran antes de que pudiera detenerlas. O tal vez solo estaba cansada de guardármelo todo dentro.

—Oí una voz —dije—. *Mi* voz. Durante una resonancia sanguínea.

Morty frunció el ceño.

—¿Como lo que pasó antes, cuando creíste que te estaba hablando?

Lo miré.

—Sí. No. Como si *estuviera realmente allí,* hablando. Diciéndome que me uniera… a ellos. Quienesquiera *que* sean.

Silbó en voz baja.

—Cielos, eso es nuevo. Normalmente la gente espera hasta haber tenido al menos tres crisis nerviosas antes de que empiece el diálogo interno.

Me pasé una mano por el pelo, inquieta.

—No sé qué fue. Quizá me lo imaginé. Quizá la maldición me está volviendo a jugar una mala pasada.

Morty se enderezó, sin rastro alguno de diversión.

—La maldición. Te refieres a…

—Sí— dije en voz baja—. Está completamente fuera de control. Nyra se aseguró de ello cuando intentó destrozarme por dentro. Y si Eryk no hubiera estado allí…

Dejé la frase en el aire, sacudiendo la cabeza.

—Digamos simplemente que no estaría aquí sentada.

No. O bien me habría eliminado el Grupo Merlín o habría perdido la batalla contra la maldición, y esta habría terminado lo que había empezado.

Morty se acercó, con una expresión inusualmente seria.

—Espera. ¿Qué significa "*fuera de control*"? ¿Estamos hablando de fuegos artificiales y actitud extra, o estamos hablando de niveles de maldad del tipo "cuenta atrás para la explosión"?

Solté una risa seca que sonó demasiado a pánico.

—Opción B. Con inestabilidad emocional incluida.

Frunció el ceño.

—¿Entonces es cuestión de tiempo? ¿Antes de que… qué? ¿Tome el control?

—Sí.

La palabra salió en voz baja, y eso me disgustó.

—Así es la maldición de Morven. Una vez que se manifiesta por completo, empiezas a perder la línea divisoria entre tú y la cosa que hay dentro de ti. Cada hechizo que lanzas, cada oleada de emoción, la alimenta. Si te esfuerzas demasiado, la maldición contraataca.

Morty se quedó en silencio un momento. Incluso el aire a su alrededor parecía más denso.

—¿Cuánto tiempo te queda?

Exhalé entre dientes.

—Ni idea. Podría ser un año, seis meses, una semana. Es como vivir con un cable pelado en la sangre. Nunca sabes cuándo va a saltar la chispa.

Esbocé una sonrisa que no convencía a nadie.

—Pero bueno, al menos me iré por todo lo alto. Probablemente me lleve a la mitad del pueblo conmigo.

—Qué reconfortante— dijo Morty—. Así que, básicamente, eres una bomba de relojería mágica con un pelo espectacular.

—Exactamente—, me llevé las manos a los ojos—. He intentado mantenerlo bajo control, pero cada vez que conecto con mis hilos arcanos, lo noto. Es como una fiebre justo debajo de la piel, esperando una excusa para apoderarse de mí.

Me miró fijamente, con el ceño fruncido.

—¿Y Eryk lo sabe?

—Sí. Lo vio pasar. Me salvó. Pero no creo que ni siquiera él entienda lo que realmente significa.

Bajé las manos; las palabras salieron más duras de lo que pretendía.

—No puedo dejar que vuelva a pasar. Si pierdo el control delante del Grupo Merlín, estoy acabada. Me clasificarán como una amenaza y entonces se acabó.

Morty silbó entre dientes.

—Joder, Roja. ¿Nunca te cansas de vivir al límite?

—Constantemente— respondí—pero al parecer, el destino no recibió el memorándum.

Se quedó callado un momento. Solo… mirándome.

—¿Por qué tuviste que hacer lo de la sangre? ¿Mataron a alguien en la feria?

Suspiré y seguí hablando, las palabras salían ahora más rápido, imparables.

—Había un chico, Kevin. Se desmayó en la feria. Le dio un coma mágico. La energía más extraña que he sentido nunca: fría y retorcida. Marla cree que es inteligente. Intenté una resonancia sanguínea para ver lo que él vio, a su atacante, y…

Dudé, mirándome las manos temblorosas.

—Y me oí a mí misma. Como *yo-yo, s*usurrándome a mí misma.

Morty silbó suavemente.

—Bueno, Roja. O eso es una muy mala noticia o has alcanzado un nivel completamente nuevo de autoconciencia.

—Sí —dije, con la voz tensa—. Yo voto por las malas noticias.

Morty se inclinó hacia mí.

—¿Qué crees que significa?

Negué con la cabeza.

—No lo sé.

La pantalla del portátil finalmente se iluminó, y el resplandor proyectó una luz pálida sobre mi rostro. El inicio de sesión encriptado del Grupo Merlín parpadeaba en la pantalla, pidiéndome mi identificación y mi código.

Los tecleé con dedos temblorosos.

—Voy a consultar los archivos— dije—. A ver si la base de datos tiene algo sobre magia que imite voces. O quizá… maldiciones que repitan la voz del propio lanzador.

Morty se acercó, y su reflejo translúcido parpadeó en la pantalla junto al mío.

—¿Crees que alguien está intentando fastidiarte?

Cruze mi mirada con la suya en el cristal.

—Creo que alguien ya lo está haciendo de maravilla.

La base de datos del Grupo Merlín se cargó con su habitual y alegre mensaje de *«Bienvenida, agente Morven*», que de alguna manera me pareció más condescendiente de lo habitual. Escribí *«magia de imitación de voz»* en la barra de búsqueda, seguido de *«duplicación de maldiciones»* y luego *«resonancia autoproyectada».*

Nada.

Maldije entre dientes y lo intenté de nuevo, esta vez limitando la búsqueda a *proyectos clasificados, desmantelados o restringidos.* Porque si el Grupo Merlín se hubiera topado alguna vez con algo lo suficientemente espeluznante como para hacerme hablar en la mente de otras personas, sin duda lo habrían ocultado.

La página falló una vez, dos veces... y entonces apareció una nueva pestaña por sí sola.

ARCHIVO RESTRINGIDO. SE REQUIERE AUTORIZACIÓN DE NIVEL 7.

Debajo, un nombre parpadeaba en una tipografía descolorida:

Proyecto VOICEBORNE.

Me quedé paralizada. «Bingo».

Morty se asomó por encima de mi hombro.

—Qué nombre más espeluznante. Muy al estilo de Expediente X. ¿Seguro que no te acaba de hackear algún becario con gusto por el drama?

—Los becarios del Grupo Merlín no tienen este tipo de autorización—le dije—. Y no suelen resucitar proyectos ultrasecretos olvidados del cementerio digital.

Entrecerró los ojos para mirar el encabezado.

—Proyecto Voiceborne… eh. Suena como una banda de rock que no pasó de los ochenta.

—Concéntrate —le dije, mientras tecleaba mi código de anulación. El sistema dudó, pero luego abrió el archivo a regañadientes con un suave *clic.*

Una pared de texto censurado llenó la pantalla. La mitad de las frases estaban tachadas, y el resto parecía haber sido escrito por alguien al borde de la locura. Fechas: 1962. 1974. 1989. Cada una sellada con *«FALLO DE CONTENCIÓN»* en negrita.

—Magia transmitida por la voz— leí en voz alta—. Experimental… resonancia taumaturgica… huella auditiva autorreplicante…

Morty frunció el ceño.

—¿Me lo repites en un inglés que no sea de frikis?

—Es magia que puede usar la voz como portadora —dije lentamente, echando un vistazo—. No solo imita el habla. Se *monta* en ella. Se incrusta en el sonido.

—Vaya, sí, eso es material para pesadillas— dijo el fantasma.

A medida que el archivo se desplazaba hacia abajo, saltaron a la vista algunos fragmentos que se habían conservado:

*—Sujeto capaz de proyectarse a través de la percepción del huésped.*

*—La resonancia transporta la huella emocional del infectado.*

*—Se ha observado una fusión de identidades.*

Se me revolvió el estómago.

—Esto no es mimetismo. Es posesión a través del sonido.

Morty silbó entre dientes.

—Como la radio de los demonios, pero a nivel personal.

Le lancé una mirada.

—¿Has visto algo así antes?

Morty había sido un Merlín como yo antes de su prematura muerte, así que quién sabe a qué tipo de villanos se había enfrentado por aquel entonces.

El fantasma se frotó la nuca, pensativo, un gesto muy mortal.

—No estoy seguro. Una vez, allá por el veintisiete, me enfrenté cara a cara con un mago Oscuro que podía secuestrar las mentes de la gente. Aunque no necesitaba hablar. Solo tenía que mirarte. Parpadeabas y, puf, tu cerebro era suyo.

—Control mental —dije, desplazándome hasta el final del archivo —. Esto… no es exactamente lo mismo. Eso es manipulación externa. Esto parece más bien… una infestación. Imita al huésped hasta *convertirse* en él.

La última página estaba casi totalmente tachada, salvo por una línea que no se había borrado.

*Proyecto cancelado. Supervivientes: 0.*

El cursor parpadeaba en la parte inferior de la pantalla; el único sonido era el suave zumbido del frigorífico a mis espaldas.

—Cero—dije en voz baja—. Intentaron borrarlo.

El reflejo de Morty parpadeaba en la pantalla del portátil junto al mío.

—Supongo que no se quedó borrado.

Me quedé mirando las palabras luminosas.

—No. No se quedó así.

La pantalla parpadeó una vez, con estática ondulando por el texto.

—Entonces, ¿crees que es esta magia de Voiceborne? —preguntó Morty, flotando tan cerca que el borde de su hombro atravesó el mío.

Me froté la nuca, con la mirada fija en la pantalla que fallaba.

—No lo sé. Pero cerca del cuerpo de Kevin… sentí algo.

Morty arqueó una ceja.

—Algo ¿Cómo qué…?

—Extraño— dije, buscando la palabra adecuada—. Pero no en el sentido de *los hombrecitos verdes*. Se sentía, como ensamblado. Incorrecto. Como si no hubiera surgido de la vida o la naturaleza, sino cosido . Frío. Vacío. Una especie de magia que no debería

existir, y sin embargo ahí estaba, arrastrándose bajo mi piel como estática.

Él silbó entre dientes.

—Suena como mi exnovia.

—Morty.

Levantó ambas manos.

—¿Qué? Tú la describes, yo solo le pongo nombre.

Lo ignoré.

—En la feria, después de encontrar a Kevin tirado en el suelo, vi a alguien. Un hombre con capa y capucha. Quienquiera que le hubiera echado un maleficio al chico tenía que estar cerca; este tipo de magia no recorre kilómetros, a menos que estés invocando a los dioses o tengas ganas de morir.

Morty asintió lentamente.

—Sí. Tiene sentido. Un golpe así tiene que ser personal. Concreto.

Se me revolvió el estómago.

—La magia que sentí en ese tipo era la misma firma que encontré en Kevin. El mismo pulso frío y vacío. Quienquiera que fuera, le hizo esto a Kevin. No sé por qué, pero hay que ser un tipo muy especial de cabrón para hacerle esto a un niño.

—Estoy de acuerdo—. Frunció el ceño—. Así que quizá sea eso, lo del Voiceborne. Quizá sea eso lo que está usando.

Volví la mirada hacia el portátil encendido, con el cursor parpadeando.

—Quizá.

La palabra quedó suspendida entre nosotros, pesada y etérea.

Porque si *se trataba de* magia de los Voiceborne… esto no era solo un hechizo rebelde. Era algo más antiguo. Algo enterrado, algo que el Grupo Merlín había intentado matar sin éxito.

Y ahora, al parecer, quería hablar. Con mi maldita voz.

—¿Dónde está el chico ahora?— preguntó Morty.

—En el laboratorio de Marla—, respondí—. Está haciendo todas las pruebas que se le ocurren. Espectrometría rúnica, ecografía arcana, todo el repertorio de diagnósticos de bruja. Está intentando

extraer rastros de la magia para ver si puede hacer ingeniería inversa. Quizás incluso despertarlo.

—¿Crees que podrá? —Su tono era mitad sarcástico, mitad de un fantasma realmente preocupado, lo cual resultaba una combinación extrañamente reconfortante.

Tragué saliva.

—No lo sé. Espero que sí. Intenté despojarlo de la magia con mis hilos arcanos, pero rebotó como si llevara una armadura. No cedió. No había nada que deshacer. Si Marla no encuentra una puerta trasera, un contra-patrón, algo…

Dejé la frase en el aire.

La expresión de Morty se suavizó.

—Entonces ese chico morirá.

Las palabras me golpearon como un puñetazo. No porque fueran nuevas. Ya lo sabía, sino porque decirlas en voz alta las hacía más crudas. Reales. Y, maldita sea, no quería eso en mi conciencia.

—Así es— exhalé con fuerza—. No puedo quedarme aquí sentada sin hacer nada. Hay cosas que podemos intentar.

Morty juntó sus manos de fantasma y se inclinó hacia delante.

—Enuméralas rápido. Y trata de no incluir "sacrificio a la luna" a menos que sea estrictamente metafórico.

Conté con los dedos como una idiota.

—Uno: mantener a Kevin estable. Marla ya se está encargando de eso. Dos: rastrear la firma. La magia tiene una firma distintiva, así que intentamos aislarla. Encontrar la magia. Encontrar al hombre de la capucha. Tenía la misma firma. Si él es el cabrón, es la clave.

Mi voz se aceleró, mi respiración se volvió entrecortada.

Morty asintió enérgicamente.

—De acuerdo. Eso es… sensato. El número tres debería ser "no te mueras en el intento", porque me gustas viva.

—Lo añadiré como punto opcional— le dije.

Él miró fijamente la pantalla.

—¿Cuánto tiempo crees que te queda? Me refiero a Kevin. Una magia como esa, si lo está devorando por dentro, probablemente no sea una muerte tranquila. Podrían ser horas. Podrían ser días. Podría ser… desagradable.

—No lo sé. No mucho.

Puse mala cara.

Hay un pequeño y desagradable cálculo con estas cosas: tiempo frente a riesgo. Si te pasas con contrahechizos que solo entiendes a medias, lo empeoras. Si no haces nada, ves cómo un chico se desliza hacia la muerte. La maldición en mi sangre sabía a impaciencia; quería una solución que funcionara ayer.

—Tengo que volver a la feria— dije de repente. Las palabras salieron a borbotones antes de que mi cerebro pudiera vetarlas—. Tiene que haber algo más. Algo que se me haya pasado por alto.

Morty arqueó una ceja.

—¿Qué? ¿Vas a entrar tranquilamente en una escena del crimen llena de borrachos y niños paranormales hiperactivos por el azúcar en busca de pistas? Suena como un plan genial.

—Lo digo en serio —dije, apresurándome—. No tuve tiempo de mirar antes. Quizá el niño dejó caer algo, quizá haya restos del hechizo, cualquier cosa. La magia deja huellas. Solo tengo que encontrarlas.

Su sonrisa se desvaneció.

—Sí… tiene sentido. Y si tienes razón, quienquiera que haya hecho esto podría seguir usando esa zona como conducto. Si vuelves, quizá encuentres el rastro.

—Exacto. Puede que el carnaval siga vibrando con esa energía. Si consigo captarla, quizá pueda aislarla, rastrearla.

Morty asintió, con expresión pensativa.

—De acuerdo, Roja. Ponte en modo bruja-detective. Me gusta.

Pero antes de que pudiera empezar a meter cosas en mi bolso, un único y molesto pensamiento me golpeó como un ladrillo: *el protocolo.*

Gruñí.

—Mierda. Tengo que informar al Grupo Merlín.

Morty hizo una mueca.

—Ah, claro. La policía de la diversión burocrática.

—Sí— murmuré—. Si no lo hago, Lysandra enviará a otro auditor, y no estoy lo suficientemente estable emocionalmente para otra ronda.

Salí de la cocina y me dirigí hacia la oficina. La máquina de escribir Merlín estaba sobre el escritorio, esperando en silencio, como si supiera que estaba a punto de arruinarme la noche.

Hice rodar los hombros, me senté e introduje una hoja nueva de pergamino encantado.

—Manos a la obra.

Me crují los nudillos y empecé a escribir.

INFORME DE CAMPO DE MERLIN — RHEA MORVEN

CASO: COMA MÁGICO — SUJETO: KEVIN HAVERS (MENOR)

UBICACIÓN: FERIA DE LAS MÁSCARAS DE GALLOWS GATE

DETALLES: NIÑO DE SEXO MASCULINO ENCONTRADO INCONSCIENTE, NO RESPONDE A LOS ESTÍMULOS. EL ANÁLISIS MÁGICO INDICA PATRONES DE RESONANCIA ATIPICOS, INCONSISTENTES CON LOS HECHIZOS CONOCIDOS DE BRUJAS, HADAS O DEMONIOS. LA FIRMA ENERGÉTICA ES FRÍA, EXTRANJERA Y AUTÓNOMA. POSIBLE CONEXIÓN CON EL PROYECTO DESACTIVADO CON EL NOMBRE EN CÓDIGO «VOICEBORNE».

INVESTIGACIÓN EN CURSO.

Me recosté, exhalé y esperé.

Las teclas permanecieron quietas por un momento. Luego comenzaron a teclear por sí solas.

CENTRAL DE DESPACHOS DEL GRUPO Merlín — CORRESPONDENCIA OFICIAL

A: AGENTE DE CAMPO RHEA MORVEN

DIRECTIVA: CONTINÚE LA INVESTIGACIÓN IN SITU. DETERMINE EL ORIGEN Y LA INTENCIÓN DE LA MAGIA NO IDENTIFICADA. ASEGURE LA CONTENCIÓN SI ES POSIBLE. EVITE LA EXPOSICIÓN HASTA QUE SE CONFIRME LA CLASIFICACIÓN.

La máquina de escribir se detuvo y luego escupió una línea más, esta vez más despacio:

NO INTERACTÚE SI LA RESONANCIA INTENTA COMUNICARSE.

Me quedé mirando las palabras.

—Si, claro. Simplemente no interactuaré con ese susurro espeluznante y sin cuerpo que suena exactamente como yo. Fácil.

—¿Y ahora qué?— dijo Morty desde detrás de mí.

—Ahora— dije, poniéndome de pie—, vuelvo a la feria. Antes de que se enfríe el rastro.

Morty me hizo un saludo fantasmal.

—Tráeme algo divertido. Quizá un globo con conjuro.

Cogí mi bolso y me dirigí hacia la puerta.

—Si encuentro uno, le pondré tu nombre.

—Espeluznantemente dulce— me gritó—. Intenta no morir ahí fuera, Roja. Me estoy quedando sin material nuevo para escribir.

Salí al aire de la noche y la verdad me golpeó como una patada en el estómago.

Alguien en esa feria había hecho daño a un niño inocente.

Si no conseguía encontrar la verdadera fuente de la magia, al cabrón que había hecho esto… si no conseguía quitarle esa cosa a Kevin con mis hilos arcanos… si Marla no podía revertirlo…

Moriría.

Sí, sin presión.

# 7

Cualquier otra noche me habría acordado de quitarme mi vestido, o, mejor dicho, *el de* Selene. Pero por suerte, o por pura idiotez, no lo hice.

Así que ya te puedes imaginar lo difícil que fue andar con esta cosa tan pesada, por no hablar de la gimnasia de nivel olímpico que se necesitaba solo para subir y bajar de mi camioneta.

Sí. Una auténtica chapuza. Muy digno. Toda una Merlín en potencia.

Porque nada dice «profesional de la magia con licencia» como tropezar con la seda prestada y esperar que tu escote no salga en las noticias de la noche.

Para cuando aparqué en el borde del recinto de la feria, mi dignidad ya había solicitado la jubilación anticipada. Apagué el motor, saqué las llaves y traté de salir con un atisbo de elegancia. El vestido, naturalmente, tenía otros planes. Mi tacón se enganchó en el dobladillo a mitad de paso y la gravedad, servicial como siempre, presentó mi cara al asfalto.

Con fuerza.

—Genial— murmuré entre lo que esperaba que no fuera vómito, pero que casi con toda seguridad se le parecía mucho. El aroma a cerveza rancia, algodón de azúcar y desesperación me golpeó la nariz como una maldición.

Me quedé allí tumbada durante tres segundos, debatiéndome entre si merecía la pena levantarme o si simplemente debía aceptar mi destino y quedarme a vivir allí. Finalmente, me levanté del suelo, hice un rápido chequeo mental en busca de huesos rotos u orgullo destrozado, y decidí que, sí, técnicamente seguía viva.

El lugar estaba ahora en silencio. No se oía el zumbido de las atracciones, ni música, ni risas, solo el susurro del viento y el leve crujir de las carpas. La noche se había tragado el parque de atracciones por completo, dejando tras de sí luces fantasmales que parpadeaban como luciérnagas moribundas.

El ambiente perfecto para una investigación nocturna y una crisis existencial.

Me subí el vestido para que no se arrastrara por el barro.

En algún lugar de la oscuridad, una pancarta ondeó débilmente y se desprendió de su mástil, cayendo al suelo con un triste golpe sordo. La miré fijamente durante un instante.

—Sí, yo también.

Me sacudí el polvo de la falda, enderecé los hombros y respiré hondo lentamente. El aire era húmedo y frío, impregnado de ese aroma residual del carnaval a azúcar, humo y algo metálico.

Y fue entonces cuando volví a sentir ese tirón familiar, justo en el pecho. Ese zumbido grave y magnético de la magia esperando a ser desentrañada.

—De acuerdo— susurré para mis adentros, agarrándome la falda —. Vamos a ver qué me he perdido.

El parque de atracciones estaba casi vacío ahora, despojado de los visitantes que había tenido antes. Unas pocas figuras se movían en la penumbra. El turno de noche: trolls, un par de cambiaformas tatuados y una bruja que parecía que preferiría lanzar un maleficio a su fregona antes que usarla. Me echaron un vistazo al pasar, con la mirada saltando del vestido a mi rostro y viceversa.

Por un instante, pensé que iban a decirme que me largara, que el parque de atracciones estaba cerrado. Pero, al parecer, no merecía la pena molestarse conmigo. Se encogieron de hombros, murmuraron algo en trolés y volvieron a limpiar con la manguera los pasillos y a apretar tornillos.

—Sí, no se preocupen por mí—me subí las faldas—. Solo soy la bruja desastrosa y simpática del barrio.

Me dirigí hacia la misma carpa donde Kevin se había desmayado. La tela a rayas ondeaba suavemente al viento, con los bordes rasgados y manchados de suciedad y azúcar derramada. Mi corazón latía con fuerza contra las costillas. El suelo aún se sentía… cargado. Como si recordara.

Exhalé lentamente y dejé que mi magia se despertara. Hilos arcanos cobraron vida alrededor de mis manos, brillando en la tenue luz. Los envié hacia delante, extendiéndolos, buscando ese mismo zumbido frío que había sentido antes.

Nada.

Fruncí el ceño y lo intenté de nuevo, esforzándome más esta vez y llamándolos como siempre hacía.

—Vamos, no es momento de hacerse los tímidos. Mamá necesita una pista.

Aún nada.

Y entonces, un zumbido de respuesta equivocado recorrió mi cuerpo.

Un zumbido febril y salvaje.

—Mierda— siseé entre dientes— Ahora no.

Mi maldición se agitó como un depredador que se despierta, extendiendo sus garras a través de mi sangre. Los hilos arcanos que rodeaban mis manos pasaron de brillar a arder, chispeando y retorciéndose como cables con corriente.

—Joder.

Uno se disparó hacia un lado y atravesó una pancarta cercana, haciendo que cayera revoloteando como confeti. Otro chocó con la estructura metálica de una atracción, chispeando con tanta intensidad que hizo que un troll soltara su llave inglesa.

—¡Oye!— ladró el troll—. ¡Ten cuidado, zorra loca!

—¡Lo estoy intentando!— le grité, lo cual era mentira.

Estaba fracasando estrepitosamente. Mi piel ardía, mi visión se nublaba mientras la maldición empujaba y tiraba, como si ambas intentáramos conducir el mismo coche por un precipicio.

Un cambiaformas se agachó cuando otro hilo pasó zumbando, clavándose en la viga de madera de un puesto de buñuelos. El puesto estalló en llamas al instante.

—Ups.

Agarré la magia, obligándola a calmarse con todas mis fuerzas.

—No vamos a hacer esto ahora mismo. Si quieres autodestruirte, hazlo cuando no lleve un vestido prestado.

La maldición gruñó dentro de mí, un eco oscuro y burlón que me revolvió el estómago. Mi pelo me azotaba la cara mientras los hilos arcanos se volvían locos, chasqueando en todas direcciones como serpientes enfurecidas.

Alguien gritó. Otro lanzó un cubo de agua… hacia mí.

—¡Señorita, salga de aquí!— gritó un troll—¡Va a hacer volar todo el lugar por los aires!

—Ya me estoy encargando— le grité, ahogando el pánico que me subía por la garganta.

Me esforcé, con el cuerpo temblando mientras me aferraba a cada gramo de control, a cada pizca de fuerza de voluntad, para recuperarlo todo. Los hilos arcanos parpadearon y finalmente se hundieron en mi piel, dejando tras de sí tierra calcinada y un leve olor a azúcar quemada.

Me quedé allí, jadeando, con el vestido medio rasgado, el pelo probablemente pareciendo el de un extra de una película de terror. Selene iba a matarme.

El mismo troll de antes me miró con el ceño fruncido, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Ya has terminado?

Esbocé una débil sonrisa.

—Creo que sí. Siento lo de tu puesto de buñuelos.

Miró hacia los restos humeantes.

—Era nuestro mejor puesto.

—Sí— dije, sacudiéndome el hollín del corpiño—. Tengo ese efecto en la gente.

Refunfuñaron y volvieron al trabajo, sin dejar de mirarme de reojo como si fuera a estornudar rayos.

Me quedé mirando mis manos temblorosas, con el corazón aun latiéndome con fuerza. La maldición se había calmado, pero solo porque quería que yo pensara que era así.

—Bien—suspiré—. Ganaste el primer asalto, pero la próxima vez, traeré agua bendita y terapia.

El aire crepitó, solo por un segundo, como si algo invisible se riera en la oscuridad.

—Sí —susurré—. Eso es lo que pensaba.

El aire seguía zumbando a mi alrededor, como si la estática intentara recordar que antes era un trueno. Me agaché cerca del trozo de tierra donde Kevin se había desplomado.

— Esta vez nada de explosiones. Nada de fuegos artificiales de brujas accidentales. Solo una investigación tranquila y profesional.

Sí. Porque *ese es* mi punto fuerte.

Apreté la mano contra el suelo y solté un pequeño hilo, solo uno. Se deslizó de mis dedos, un tenue destello de luz roja que se hundía en la tierra. La maldición se agitó bajo mi piel, pero no se abalanzó. Un avance, supongo.

Durante un largo rato, no pasó nada. Luego, un destello. Cálido esta vez, no frío y metálico como antes. La energía no era agresiva. Latía, suave y rítmica, como un latido del corazón.

Extraño.

El aire se movió, trayendo consigo un ligero olor a azúcar quemada y algo más. Algo ácido y dulce, como la descomposición tratando de disfrazarse de perfume. Mi hilo rozó algo sólido justo debajo de la superficie. Metal.

Curiosa, bajé la mano y hurgué con los dedos hasta que tocaron algo liso y redondo.

Cuando lo saqué, el hilo se tensó de nuevo.

Era una moneda.

Negra. Mate. Fría como un cadáver.

—Bueno— dije al aire—. Un recuerdo espeluznante.

La superficie brillaba, no como un reflejo, sino más bien como si absorbiera la luz en lugar de reflejarla. Pequeños grabados bordeaban el borde, intrincados y en forma de bucles, pero no

reconocí ningún símbolo. Y eso que había visto un buen montón de chatarra maldita.

Le di la vuelta. Los mismos grabados, el mismo negro imposible que parecía absorber el resplandor de las lámparas. Cuando la rocé con un hilo, sentí un vuelco en el estómago.

Un susurro se deslizó por mi mente.

Débil. Familiar. Mi voz.

*Únete a nosotros.*

Di un respingo hacia atrás y se me cayó la moneda. Golpeó el suelo con un tintineo sordo, y el susurro se cortó, como si alguien hubiera pulsado el botón de silencio.

Mi respiración se aceleró y se volvió entrecortada.

—Oh, no. Ni hablar.

Di un paso atrás, mirando fijamente a esa cosa como si fuera a salirle un par de piernas.

—Tú no vas a hablar, pequeña ficha del horror.

Un trabajador troll al otro lado del campo levantó la vista de una atracción.

—¿Todo bien, bruja?

Esbocé una sonrisa temblorosa.

—Sí. Todo bien. Solo discutiendo con el suelo. Sigue con lo tuyo.

Parpadeó, murmuró algo sobre «brujas inestables» y volvió a apretar tornillos.

Me agaché de nuevo, mirando la moneda sin tocarla esta vez. Fuera lo que fuera esa cosa, no era solo un resto de basura de la feria. *Parecía* algo intencionado. Algo dejado atrás, como si alguien quisiera que lo encontrara.

¿Y ese calor que había sentido a través de mis hilos arcanos? Ya se había ido. En su lugar había una leve vibración, lenta, pulsante, casi como una respiración.

—¿Magia transmitida por la voz… quizá?

Pero incluso mientras lo decía, no me lo creía.

La moneda volvió a latir una vez más, débilmente. Como si me hubiera oído.

—Sí—. Di un paso atrás—. Eso no es inquietante en absoluto.

Metí la mano en mi bolso, saqué una pequeña bolsa para pruebas de mi kit de Merlín y dejé caer la moneda dentro.

Cerré la bolsa y la metí en lo más profundo de mi bolso.

—Tú y yo vamos a tener una charla más tarde. Preferiblemente con guantes.

—¿Rhea?

Me sobresalté y me giré.

Eryk estaba a unos metros de distancia, con la luz de la luna reflejándose en el oro de sus ojos. Sin máscara. Solo ese rostro, injustamente guapo, de una forma que debería llevar una etiqueta de advertencia.

—¿Qué haces aquí? —logré decir, aunque lo que quería decir era: *¿Me estás acosando otra vez, o es simplemente tu talento natural para aparecer justo cuando estoy a punto de perder la cabeza?*

Sonrió, esa sonrisa lenta y exasperante que podría derretir metal o desencadenar guerras.

—Tienes barro en la cara.

—Riesgos del oficio —dije secamente, sacudiéndome el vestido —. Intenta tú cazar maldiciones con ropa de alta costura.

Su mirada recorrió mi figura de arriba abajo, fijándose en el dobladillo rasgado, las manchas de suciedad y las tenues marcas de quemaduras. Esbozó una mueca.

—¿Qué te ha pasado?

—Es una larga historia— le dije—. Tiene que ver con mala suerte, trolls y una trágica falta de tela resistente a los hechizos.

Dio un paso hacia mí y su aroma me inundó. Humo, lluvia y algo más profundo, ese tipo de calor que me hacía perder la cabeza. Odiaba que pudiera causarme eso. Hacía dos noches, me había besado como si quisiera incendiar el mundo. Y luego… silencio total. Ni una palabra. Ni una visita. Simplemente se había esfumado.

Y ahora ahí estaba, mirándome como si nada hubiera pasado.

Crucé los brazos, fingiendo que eso ayudaría.

—¿Qué haces aquí, Eryk?

Me estudió un momento y luego dijo en voz baja:

—Estás enfadada. Lo noto.

Maldita sea.

—No, no lo estoy—. Mantuve una expresión neutra.

Su mirada recorrió mi rostro por un momento.

—¿Algún avance con el chico?

—¿Kevin?

Asintió.

—Sigue inconsciente. ¿No? ¿Has averiguado algo más?

Por un instante, consideré contárselo todo: lo de la moneda, la voz, el susurro que había salido de *mí.* Pero no. Todavía no.

En lugar de eso, me encogí de hombros, esforzándome para que mi tono sonara despreocupado.

—Nada concreto. Marla está haciendo pruebas, intentando aislar la magia. Esperamos que encuentre una forma de revertirla, de despertarlo.

Los ojos de Eryk se suavizaron, y ese tono dorado se intensificó.

—Encontrarás la manera. Apostaría por ello.

Las palabras tocaron algo que no quería nombrar.

—Cuidado —dije, intentando bromear—. Los halagos me hacen sospechar.

Sonrió brevemente, con un gesto controlado y peligroso. Levantó la mano y sus dedos rozaron los míos. Su piel estaba cálida, no, caliente y callosa, increíblemente firme.

Debería haberme apartado. En cambio, me quedé paralizada, cada nervio de mi cuerpo encendiéndose como una bengala de advertencia. *Maldito seas, cuerpo.*

—Ese vestido te va a costar la vida— murmuró, rozando mis nudillos con el pulgar.

—¿Por qué? ¿Piensas ayudarme?

*¿Por qué demonios dije eso?*

—Quizá —dijo y se inclinó, lo suficientemente cerca como para que pudiera sentir el calor que desprendía y oler el humo en su aliento. Mi corazón latía como un animal acorralado.

Iba a besarme de nuevo.

Y yo, sin duda alguna, iba a dejarlo.

Entonces...

—Eryk.

La voz cortó el aire, afilada como una cuchilla.

Eryk se quedó inmóvil y apretó la mandíbula una vez antes de girar la cabeza.

Draya estaba de pie al borde del claro, con su trenza oscura brillando bajo la luz de la linterna. Veyrix se alzaba a su lado, con los brazos cruzados, los ojos dorados entrecerrados e indescifrables.

La mirada de Draya se clavó en mí, gélida y llena de veneno.

—¿Te has vuelto loco?

El tono de Eryk se enfrió al instante.

—Ahora no, Draya.

—¿Ahora no? —espetó ella, avanzando con paso firme—. Estás aquí solo con *ella*, la bruja maldita que el consejo apenas tolera, mientras toda nuestra orden está bajo escrutinio.

—Tranquila —dijo Veyrix, pero su atención estaba puesta en mí, y no era amistosa.

Me enderecé, con todos mis instintos defensivos en alerta.

—Hola a ti también. Bonita noche para un juicio público.

Los labios de Draya esbozaron una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Solo nos estamos asegurando de que nuestra comandante no se vea comprometida.

Su mirada me recorrió de arriba abajo, fría y evaluadora.

—Tienes una reputación, *bruja*. Inestable. Peligrosa. El tipo de bruja que deja cenizas a su paso.

Le devolví la sonrisa, mostrando todos los dientes.

—Y, sin embargo, ahí estás, todavía en pie.

Sus ojos se encendieron y, por un segundo, juraría que vi brillar sus colmillos.

Eryk se interpuso entre nosotros, con voz grave y severa.

—Ya basta.

Draya entrecerró los ojos mientras miraba a Eryk.

—¿Tú y ella? No puedes hablar en serio.

Su mirada se deslizó hacia mí como si fuera algo que se hubiera quitado del zapato.

—No nos mezclamos con brujas.

Abrí la boca porque, *vaya*, eso era intolerancia de las de antes, pero Eryk habló primero.

—Draya…

—No —espetó ella, acercándose—. Sabes lo que pasa cuando se difuminan las líneas. Sabes lo que hará El Legado si se enteran. Ya estás en terreno pantanoso con ellos, Eryk. No empeores las cosas para todos nosotros.

—¿El Legado? —repetí, cruzando los brazos—. ¿Qué pasa con este Legado del que no paro de oír hablar?

Veyrix me lanzó una mirada.

—Deberías irte, bruja. Esto no te incumbe.

—¿En serio? Porque, por lo que he visto, estáis discutiendo *sobre mí* como si no estuviera aquí mismo. Es un poco grosero, ¿no crees?

Draya me ignoró, con la mirada fija en Eryk.

—Lo llamarán contaminación —siseó—. Ya sabes cómo ve el consejo a los mestizos. El Legado no lo tolerará. Dirán que te has vuelto salvaje.

—¿Salvaje?— dije, incrédula—. Creo que te refieres a *irresistible*, pero claro, sigamos con la terminología racista.

Eryk se volvió hacia ella, con voz monótona.

—Hago lo que me da la gana. No pueden detenerme.

—Quizá no —replicó Draya—, pero siguen vigilándote. A todos nosotros. ¿Crees que van a dejar que esto pase?

Su mano cortó el aire entre nosotros, como si la idea de que compartiéramos el mismo oxígeno fuera ofensiva.

—Las brujas y los dracónidos son como el aceite y el fuego, Eryk. Ya sabes cómo acaba.

Resoplé.

—Déjame adivinar… ¿mal?

Su mirada se clavó en mí, fría y precisa.

—Con uno de ustedes muerto.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire.

Eryk apretó la mandíbula y el dorado de sus ojos se oscureció hasta convertirse en ámbar.

—Ya basta, Draya.

Pero ella no había terminado. Se acercó, y su ira se transformó en algo aún más feo: los celos.

—No lo entiendes. ¿Verdad? ¿Crees que esto tiene que ver con el honor o con los linajes?

Su voz adoptó un tono venenoso.

—Lo estás arriesgando todo. Por *ella*.

Esa última palabra resonó como un latigazo.

La expresión de Eryk se endureció.

—Ten cuidado.

Draya se río con una risa grave y amarga.

—¿Qué? ¿La protegerás? ¿Contra nosotros? ¿Contra los de tu propia especie? No puedes. ¿Crees que los demás no se enterarán? El Legado vendrá a por ella, y tú arderás con ella.

—Bien —dije en voz alta, interponiéndome entre ellos antes de que la cosa se descontrolara—. Lo entiendo. Romance prohibido, rencores ancestrales, fatalidad política. El clásico drama de los dragones. Pero quizá, solo quizá, ¿podríamos dejar de hablar de mí como si fuera un problema en la lista de tareas pendientes de alguien?

Veyrix cruzó los brazos, sin parecer impresionado.

—Eres un problema.

—Qué gracioso— dije—. Tu personalidad también lo es.

La boca de Eryk se crispó como si estuviera conteniendo una sonrisa.

Draya lo vio y se quedó inmóvil. Su voz se volvió suave y peligrosa.

—Te arruinará, Eryk. Como siempre hacen las de su clase.

Aquello me sentó como una bofetada, pero no me inmuté.

—Sabes— dije—, siempre es agradable conocer a alguien capaz de hacer que siglos de prejuicios suenen como una cita desastrosa.

Los ojos de Draya brillaron con un destello dorado.

—Cuida tu lengua, bruja.

—Oh, créeme —dije, dando un paso adelante—, la he estado cuidando toda la noche. No deja de decir cosas *brillantes*.

Antes de que pudiera responder, la mano de Eryk se alzó, agarrándome la muñeca, no con brusquedad, sino con firmeza.

—Rhea—. Su voz era tranquila, una advertencia envuelta en algo más.

Y maldito sea, incluso enfadado, incluso interponiéndose entre su gente y yo, seguía pareciendo una tentación esculpida en la luz de la tormenta y el pecado.

—No te metas en esto —me advirtió.

—No es mi estilo —repliqué.

Draya frunció los labios.

—¿Ves? Ni siquiera escucha.

—Estoy aquí —dije entre dientes.

El silencio que siguió era tan denso que se podía ahogar en él.

Finalmente, Draya dio un paso atrás, entrecerrando los ojos.

—Te vas a arrepentir de esto— dijo en voz baja—. Los dos.

Luego dio media vuelta y se alejó con paso firme hacia la oscuridad. Veyrix se quedó un momento más, con su mirada clavada en mí, antes de seguirla.

Cuando se hubieron ido, solté mi mano de un tirón y miré a Eryk con ira.

—Vaya, qué divertido. ¿Y ahora qué? ¿Me vas a enviar una nota de agradecimiento por arruinar tu reunión familiar?

Suspiró, frotándose la nuca.

—No lo entienden.

—Oh, creo que sí lo entienden —dije—. Simplemente no están de acuerdo con ello.

Sus ojos se encontraron con los míos, intensos y sin reservas.

—No me importa.

Por un momento, el espacio entre nosotros se tensó con calor, desafío y algo demasiado peligroso para expresarlo con palabras.

Y entonces, como mi boca no tiene sentido del momento oportuno, dije:

—Tienes un gusto pésimo para las mujeres.

La sonrisa de Eryk volvió a aparecer.

—No tienes ni idea.

Negué con la cabeza, sin saber qué responder a eso.

—Debería ir tras ellos— dijo el dracónido. Algo destelló tras su expresión, arrepentimiento, tal vez.

—Te buscaré más tarde.

—Promesas, promesas».

Me apartó un mechón de pelo suelto de la cara, con el calor irradiando de su mano, y luego se dio la vuelta y se adentró en la oscuridad.

Lo vi alejarse, con la mandíbula apretada.

Claro, yo estaba allí para localizar al desconocido que había sumido a un niño en un coma mágico, un desconocido que utilizaba una magia fría, extraña y peligrosa.

Pero algo en mi interior me susurraba que Eryk era igual de peligroso.

# 8

No dormí mucho esa noche.

Menuda sorpresa.

Entre el niño en coma mágico, algún lunático por ahí lanzando magia de Voz y Draya y Veyrix mirándome como si les hubiera rayado el dragón, sí, descansar no era precisamente lo que me esperaba.

¿Y cuando *por fin* conseguí dormir? Mi cerebro decidió proyectar la película más extraña de la historia: pollos asados con la cabeza de Draya persiguiéndome por una feria. Aunque les arranqué las cabezas de un puñetazo, así que, ya sabes. Victoria.

Me desperté empapada en sudor, medio estrangulada entre las sábanas, con el corazón latiéndome a mil por hora como si acabara de correr una maratón con tacones. Una ducha fría me ayudó un poco. La cafeína me ayudó más. Una taza se convirtió en tres, y para cuando iba por la mitad de una barrita proteica que sabía un poco a cartón, casi me había convencido de que estaba bien.

Morty se deslizó por la cocina mientras cogía mis llaves.

—Trae a Selene contigo esta vez— me gritó—. Ella le hace cosas a mi corazón muerto que no puedo explicar.

Sonreí con aire burlón.

—Veré qué puedo hacer.

Se apoyó en la encimera.

—En serio, Roja, ¿crees que le gusten los chicos malos?

—Eres un fantasma de los años veinte que todavía dice *"cara de muñeca"*. Creo que más bien te define como una pesadilla.

Morty sonrió.

—Pesadilla es solo otra palabra para chico malo.

Me reí sacudiendo la cabeza.

—Tienes problemas.

Me señaló.

—Se necesita ser uno para reconocer a otro, cariño.

Sonreí mientras me dirigía hacia la puerta.

—Si la veo, le diré que sigues siendo un caso perdido.

—Irremediablemente encantador— me gritó.

—Delirante— le espeté, sonriendo.

Morty se rio entre dientes, con voz grave y presumida.

—Es lo mismo, Roja. Es lo mismo.

Afuera, el aire de la mañana era frío y denso, y aún conservaba un ligero rastro de humo de feria y azúcar frita. Me subí a mi camioneta, cerré la puerta de un portazo y me quedé allí sentada un segundo, dejando que el silencio se instalara.

Luego abrí la guantera.

Y allí estaba.

La moneda.

Negra como el pecado y el doble de presumida, estaba exactamente donde la había dejado, dentro de la bolsa de pruebas.

—Sigues dando miedo— le dije—. Buenos días a ti también.

Me quedé mirándola fijamente durante un largo rato, con un nudo en el estómago. No parecía gran cosa, sin pulso, sin susurros extraños, pero en cuanto me concentré en ella, la magia que había en su interior zumbó como un motor dormido.

Había intentado buscar de nuevo en la base de datos de Merlín antes de quedarme dormida anoche. Nada. Ni una sola mención de nada que se le pareciera. El resultado más cercano fue una moneda de oro de duende que supuestamente concedía suerte infinita y mal gusto musical. Lo cual no me servía de nada.

Esta cosa era diferente. Estaba mal. Tenía una oscuridad que no parecía obra de brujas ni de hadas. Como si alguien la hubiera

forjado a partir de una pesadilla y le hubiera dado un latido.

Exhalé un suspiro.

—Bueno, pequeño y espeluznante objeto misterioso, tú ganas. Necesito refuerzos.

Solo se me ocurría una persona que pudiera saber qué era —o al menos fingir que lo sabía—.

Yula.

Y si quería su ayuda, iba a tener que confesarle lo de la maldición.

Eso iba a ser genial. Lo sabía.

Metí la marcha y salí del camino de entrada.

La mañana se extendía sobre Gallows Gate mientras conducía hacia el extremo sur de la ciudad, con un café en una mano y un plan a medio cocinar en la otra. El barrio de Ashrow tenía un aspecto diferente a la luz del día. Menos pesadilla, más resaca. Las calles eran estrechas y sinuosas, bordeadas de edificios que habían sobrevivido a demasiados percances mágicos y a muy poca pintura.

La mayoría de la gente fingía que esta parte de la ciudad no existía hasta que necesitaban algo turbio, como quitar una maldición, que les hicieran un favor o que alguien desapareciera discretamente de su camino. Yo no juzgaba. Literalmente, me dirigía allí.

Cuanto más me adentraba, más tenues eran las farolas y más extraños los olores. Café, incienso, aceite de motor y algo que quizá hubiera sido comida en su día, pero que claramente había tirado la toalla. Un ogro barría la acera con una escoba que le doblaba en tamaño, mirándome con ira como si le hubiera robado su piedra favorita.

Giré por una calle lateral donde las sombras se aferraban obstinadamente, aparqué y apagué el motor. El edificio que tenía delante era exactamente igual de como lo recordaba: tres pisos de ladrillo resistente con ventanas enrejadas.

El letrero sobre la puerta seguía inclinado, con el metal chirriando al soplo del viento. La pintura se había descolorido, pero las palabras se leían con claridad:

TIENDA DE MAGIA NEGRA DE YULA

*Especialista en magia negra y oscura*

Cogí la bolsa de pruebas y salí sigilosamente de mi camioneta.

Antes de que pudiera llegar a la puerta, esta se abrió de golpe con tanta fuerza que casi golpeó la pared.

—¡Vieja bruja loca! —gritó un hombre bajito y regordete, con una calva reluciente y un bigote que parecía haberse quedado a medio crecer. Agitó el puño—. ¡Te denunciaré ante el consejo!

De la puerta salió Yula. Apenas metro y medio de autoridad imperturbable envuelta en capas de seda negra, encaje deshilachado y actitud. Su cabello con mechas grises estaba recogido en un moño alto en la cabeza, atravesado por un alfiler de hueso torcido como una señal de advertencia. Una enorme lente de aumento colocada sobre su ojo izquierdo le daba el aspecto de alguien que acababa de atracar una joyería, y el otro ojo era una rendija entrecerrada de puro juicio.

—Adelante —dijo con tono seco, cruzando los brazos—. Diles que intenté salvar tu matrimonio.

El hombre se puso de un color tomate que legalmente podría calificarse de alarmante.

—¿A eso le llamas salvar? ¡Mi mujer me matará!

—Entonces al menos uno de tus problemas estará resuelto.

Abrió y cerró la boca varias veces antes de soltar un gruñido indignado y salir corriendo por la calle, gritando algo sobre «normativas municipales» y «peligro para la moral pública».

Lo vi alejarse tambaleándose, a punto de tropezar con sus propias túnicas.

—¿Qué ha sido *eso*?— pregunté mientras Yula se ajustaba las túnicas.

—Un hechizo de disfunción eréctil— dijo sin perder el ritmo.

Parpadeé.

—¿Perdón?

—Entró exigiendo algo para, y cito textualmente, "recuperar su antigua gloria". Le advertí que no era un hechizo de resurrección, pero los hombres nunca escuchan.

Se me escapó una risa antes de que pudiera evitarlo.

—¿Y?

—Y— dijo Yula con ironía—ninguna cantidad de magia puede arreglar a un hombre que se niega a seguir unas simples instrucciones. Le dije tres gotas, no media maldita botella.

Resoplé tan fuerte que casi se me cae la bolsa de monedas.

—Dios mío, ¿en serio?

—Por favor— dijo Yula, rozándome al pasar hacia la puerta de su tienda—. Si a los dioses realmente les importara la virilidad de los hombres mortales, no necesitaríamos la mitad de las pociones que vendo.

Sin dejar de reír, la seguí al interior de la tienda.

Una oleada de magia me recorrió la piel en cuanto entré: fría y resbaladiza. Magia oscura.

Entonces me llegó el olor, una mezcla de humo, hierbas y ese leve cosquilleo a azufre que siempre flotaba en los lugares donde se habían lanzado demasiados hechizos a la vez. Las estanterías estaban apiladas en un caos : frascos de huesos, manojos de plantas secas, libros antiguos con títulos siniestros y un cuervo disecado con un sombrero de copa.

Yula se dirigió hacia el mostrador, murmurando para sí misma mientras apartaba un montón de piedras brillantes con una mano arrugada.

—Bueno, parece que no has dormido, tu aura es un desastre y llevas algo que no deberías. ¿Qué pasa esta vez?

Levanté la bolsa de pruebas.

—Eres psíquica.

Me miró entrecerrando los ojos.

—No, tú eres predecible.

Entonces, sin previo aviso, Yula se abalanzó hacia mí, me agarró con fuerza de la manga y me tiró dos pasos hacia ella.

—Quédate quieta— me espetó, como si acabara de confesar que había matado a su planta de interior favorita.

Antes de que pudiera protestar, se inclinó y *me olisqueó*, igual que la última vez que estuve aquí.

No fue un gesto cortés. Oh, no. No se trataba de una situación delicada en la que «se percibía un ligero aroma a perfume». Fue una inhalación completa, profunda e investigadora, del tipo que cabría

esperar de un sabueso con problemas de límites. Me rodeó con pasos lentos y deliberados, con la nariz temblando, la túnica susurrando y los ojos entrecerrados, como si estuviera descifrando mi estructura molecular.

Me quedé allí de pie, con las manos a medio levantar.

—Eh… ¿debería invitarte a cenar primero?

Ella me ignoró por completo, murmurando entre dientes.

—A azufre… a sombra… a malvaviscos quemados...

Hizo una pausa y frunció aún más el ceño.

—Y algo más. Algo nuevo. Caliente, salvaje, estúpidamente temerario.

Parpadeé.

—Vaya. Bueno. Eso… no es nada inquietante.

Yula dio un paso atrás, arrugando la nariz.

—Tu maldición está en pleno apogeo.

—Lo has olido, ¿verdad?

—Lo he olido desde tres manzanas antes de que llegaras. Probablemente la mitad del barrio esté estornudando ceniza en este momento.

—Genial— dije—. Así que básicamente soy un contaminante aéreo. Qué reconfortante.

Yula no se rio esta vez. Frunció el ceño y, por una vez, parecía… mayor. No en el sentido de frágil, sino en el sentido de *cansada de ver a la gente morir de estúpidas muertes mágicas*.

—Pensaba que tendríamos más tiempo— dijo en voz baja.

—¿Más tiempo para qué?— aunque ya sabía lo que iba a decir.

Levantó la mirada hacia mí, con una mirada aguda y suave a la vez.

—Antes de que la maldición se apoderara de ti por completo.

Intenté bromear porque eso es lo que hago cuando estoy a un paso del pánico.

—Así que eso es todo, entonces. Estoy acabada. No hay nada que pueda hacer para detenerlo ahora. Vaya manera de arrancar la curita con delicadeza. No es que me sorprendiera. Sabía que esto me acabaría pasando a mí como le pasó a mi familia. Es solo que… es solo que aún no estaba preparada.

Pero en el fondo, ahí estaba, esa burbuja ardiente de rebeldía.

No sucumbiría a esta maldición. Ni hablar. Lucharía. Lucharía con todas mis fuerzas para seguir siendo *yo misma.*

—No soy de las que lo hacen con delicadeza— dijo Yula—. Aún hay esperanza. Quizás. Antes de que te conviertas en un monstruo.

—Gracias —espeté—. Me encanta tu trato con los pacientes.

Sus labios se crisparon, sin llegar a esbozar una sonrisa.

—El hecho de que estés aquí de pie, sigas siendo *tú*, me dice que eres más fuerte de lo que pensaba. Ahora estás luchando contra ello. ¿No es así? ¿Contra la fiebre?

Dudé.

—Sí—. Mi voz sonó baja—. Siempre está ahí. Como calor bajo mi piel, esperando a que resbale. Algunas noches se pone tan mal que creo que puedo oírla respirar.

—Interesante.

Yula ladeó la cabeza, entrecerrando los ojos tras esas ridículas lentes. «

—La mayoría de los demás no duraron lo suficiente como para describirlo.

—¿Los demás?—pregunté, con un nudo en el estómago.

—Los Morven que vinieron antes que tú.

Su tono era pragmático, pero algo inquietante brillaba en el fondo. «

—Cuando la maldición despertó en ellos, ardió rápido. Días. Semanas, como mucho. Su magia se volvió contra ellos, los devoró, y luego...

Hizo un pequeño gesto de desprecio.

—Desaparecieron.

La miré fijamente.

—Bueno. Eso es… tranquilizador.

—Tú no eres como ellos— dijo simplemente—. Tú sigues luchando.

—Sí—dije, intentando esbozar una sonrisa que no llegó a cuajar —. Por ahora. Pero si empiezo a escupir fuego o a hablar en lenguas, por favor, dispárame.

—No me tientes— dijo Yula con sequedad.

Eso, al menos, me hizo reír, lo justo para no derrumbarme.

—¿Cuándo ocurrió? —preguntó la bruja Oscura en voz baja.

Exhalé.

—Hace dos noches. Nyra. Esa auditora de Merlín, ya sabes, la que tiene un complejo de superioridad permanente. Ella y su pequeño escuadrón de psicópatas burocráticos pensaron que podían arreglarme.

La expresión de Yula se ensombreció.

—¿Arreglarte?

—Me conectaron a una especie de máquina extractora mágica. Parecía un cruce entre un instrumento de tortura y un mal invento steampunk. Nyra pensó que podía extraer la maldición y usar sangre y magia vinculante para separarla de mí.

Solté una risa breve y sin humor.

—No solo quería eliminarla. Quería quedársela, usarla para aumentar su poder. Como si eso fuera a acabar bien alguna vez.

Yula entrecerró los ojos.

—¿Y?

—Se defendió —dije en voz baja—. La maldición… se protegió a sí misma. Como si lo supiera. Arremetió contra todos los que estaban en la habitación. Apenas logré detenerla antes de que atravesara las paredes. Pero está despierta, en todo su esplendor. Al cien por cien.

—Y ahora… —Señalé hacia mí misma— ahora solo estamos yo y el monstruo en mis venas. Y ya no se echa siestas.

Yula se quedó en silencio un momento, tamborileando con sus dedos arrugados contra la encimera. Luego suspiró, de esos suspiros largos y agobiados que suelen preceder a que alguien decida salvarte la vida en contra de su mejor juicio.

—Espera aquí— dijo, arrastrando los pies hacia las estanterías del fondo. Los frascos de cristal traqueteaban mientras rebuscaba entre el caos, murmurando para sí misma sobre «linajes imprudentes» e «idiotas con demasiada magia y muy poco sentido común».

Arqueé una ceja.

—Sabes, si me estás insultando, aún puedo oírte.

—Lo sé —respondió ella desde detrás de una cortina de botellas polvorientas.

Un minuto después, salió sosteniendo algo pequeño entre los dedos. Parecía una cadena de plata con un colgante que colgaba de ella. El colgante era sencillo, circular, con una única piedra roja en el centro que brillaba.

Lo dejó sobre la encimera, delante de mí.

—Toma. He estado trabajando en una cosita.

Lo miré con recelo.

—No va a explotar, ¿verdad?

—No, a menos que tú lo hagas.

—¿Qué hace?

—Es un encantamiento para domar la maldición— explicó Yula, ignorando mi tono.

—No es nada permanente, pero debería darte tiempo. Evita que la maldición te devore mientras encuentro una forma adecuada de arrancarla.

Lo miré con el ceño fruncido.

—¿Has estado *trabajando* en esto?

—Alguien tiene que hacerlo. Tu linaje dejó tras de sí un desastre que incluso los demonios calificarían de excesivo.

Eso me arrancó una risa débil.

—¿Y qué? ¿Esto es como un cinturón de seguridad mágico?

—Más bien como un torniquete —dijo, empujándomelo—. No pierdas el tiempo discutiendo. Póntelo.

Lo cogí con cuidado. El colgante estaba frío, de una forma antinatural, y el latido de la magia en su interior me hizo sentir un escalofrío en las yemas de los dedos: oscuro, pesado y cargado de algo antiguo.

—Yula —dije lentamente—, esto está… forjado por demonios. ¿No es así?

Ni siquiera pestañeó.

—Por supuesto que sí. ¿Quieres vivir o no?

—Solo me aseguraba de que las dos estamos de acuerdo en tomar decisiones moralmente cuestionables.

Aun así, me coloqué la cadena alrededor del cuello. El colgante se posó sobre mi clavícula, frío como el hielo, pero luego se calentó de repente mientras un zumbido constante se hundía en mi piel. Contuve el aliento cuando la fiebre bajo mi magia se calmó lo suficiente como para darme cuenta de lo mal que se había puesto la cosa.

Yula asintió, estudiándome.

—¿Mejor?

Asentí.

—Sí. Está… tranquilo. Por ahora.

—Bien— dijo ella—. Entonces está funcionando.

Alcé la mano y rocé la piedra con los dedos.

—No puedes quitarla, ¿verdad?. La maldición.

Yula levantó la cabeza de golpe.

—Nyra lo intentó— continué—. Pensó que podía romperla. Usar sangre y magia vinculante para desengancharla de mí. Casi me mata. No funciona.

La mirada de Yula se endureció.

—Lo intentaremos de todos modos.

—Yula...

—He dicho *que lo intentaremos*. —Su voz no dejaba lugar a discusión—. Puede que tú te hayas rendido, pero yo no.

La miré fijamente.

—Eso es… en realidad, algo bonito, en cierto modo aterrador.

Ella soltó un suave resoplido.

—Te acostumbrarás.

Entonces, su atención se desvió y sus ojos penetrantes se fijaron en la bolsa que tenía en la mano.

—¿Y qué es, exactamente, lo que estás escondiendo?

La dejé sobre la encimera, abrí la bolsa de pruebas y volqué la moneda sobre la encimera. El metal negro captaba la luz de la lámpara, pero no la reflejaba. La tragaba por completo.

Yula se quedó muy quieta.

—La encontré cerca del chico— dije, dejando la bolsa sobre la encimera—. Un chico que está en una especie de coma mágico. Es

una larga historia, pero ocurrió anoche en el Carnaval de las Máscaras.

Yula frunció el ceño.

—¿Un carnaval?

—Sí. El Carnaval de las Máscaras o como se llame. Lo habrías odiado. O te habría encantado. Con ti es difícil saberlo. —Exhalé—. No pude despertarlo. Tampoco pude quitarle el hechizo. La magia era… diferente.

Yula ladeó la cabeza.

—Diferente ¿cómo?

—Como nada que haya sentido antes. Fría. Extraña. No solo se posaba sobre él. Estaba *dentro* de él, entretejida en cada vena como escarcha.

Hice una pausa y la miré a los ojos.

—Cuando intenté usar mi resonancia sanguínea, oí algo.

Entrecerró los ojos detrás de la lupa.

—¿Algo?

—Mi voz— dije en voz baja—. Me habló. Y utilizó mi propia maldita voz, además.

La expresión de Yula no se alteró, lo que de alguna manera lo empeoró todo.

—Lo busqué después —continué—. Lo único parecido que encontré en los archivos de Merlín era algo llamado *«magia transmitida por la voz».* Supuestamente enterrada hace décadas, lo cual encaja perfectamente con nuestros genios de la burocracia. Nunca había oído hablar de ella, pero volví a *sentir* esa misma magia en otra persona. Un desconocido en la feria. Llevaba una capucha, no pude verle la cara.

La mirada de Yula se posó en la moneda.

—Lo perdí antes de poder interrogarlo— concluí— ¿Pero esa moneda? No aparece en ninguna base de datos de Merlín. Así que pensé en traértela, ya que eres mi pariente favorita con flexibilidad moral.

Yula soltó un gruñido que podría haber sido de aprobación. O un pedo. Con ella es difícil saberlo.

No apartó la mirada de la moneda.

—Rhea —dijo en voz baja—, dime que no la has tocado con las manos desnudas.

La miré, sintiendo el pulso débil y rítmico contra la encimera.

—Define "*tocar*".

# 9

La expresión de Yula cambió tan rápido que me dejó atónita. En un segundo era la vieja bruja oscura malhumorada de siempre con problemas de actitud, y al siguiente se quedó inmóvil, como si el aire mismo se hubiera tensado a su alrededor.

—Atrás —espetó.

Eso era nuevo. No la conocía tan bien, pero era la primera vez que me hablaba así. Normalmente refunfuñaba, insultaba y, de vez en cuando, amenazaba, pero nunca había hablado así.

—Eh… —señalé el mostrador—. Está muy lejos.

—No lo suficientemente lejos.

Su voz tenía ese tono cortante capaz de cortar huesos: tensa, seca y asustada. Nunca había oído a Yula sonar asustada.

Eso fue el colmo. Se me erizaron todos los pelos de los brazos.

Di un paso atrás. Luego otro.

—Oficialmente estás empezando a asustarme. Y no me asusto fácilmente. Una vez luché contra un gnomo de jardín poseído con un tenedor de ensalada.

Yula no se rio, lo cual, ya sabes, *no* era *nada* tranquilizador.

Bajé la mirada hacia mis manos.

—Lo toqué— admití, alzando la voz—. *Tuve* que hacerlo. Tuve que cogerlo.

Me miró con tal cara como si acabara de confesar que lo había lamido.

—Pensándolo bien, sí, habría sido inteligente llevar guantes— dije rápidamente—. Pero no es que vaya por ahí con un par de manoplas anti-maldiciones de repuesto.

Una punzada de pánico me retorció las entrañas. Fantástico. Iba a morir por culpa de una mala elección de vestuario.

—¿Qué me va a pasar?— pregunté, notando cómo un tono de desesperación se colaba en mi voz—¿Me va a derretir el alma? ¿Le van a salir dientes y me va a comer la cara? Porque, solo digo, ya tengo suficientes problemas ahora mismo. Lo último que necesito es que una moneda malvada decida que parezco un bufé.

Yula no respondió de inmediato, lo cual fue genial. Se limitó a mirar fijamente la bolsa de pruebas, con el rostro arrugado y tenso, como si estuviera escuchando algo que yo no podía oír.

La vieja bruja se inclinó hacia delante, sin tocar la moneda, pero con la mano suspendida sobre ella. El aire entre sus dedos vibraba, como el calor que emana del asfalto. Siseó suavemente y se apartó.

—No solo está maldita— dijo—. Está hambrienta.

Genial. Simplemente genial. Estaba maldita, embrujada, posiblemente condenada y, al parecer, en el menú.

—Hambrienta ¿cómo? —pregunté con cautela—. ¿Hambrienta del tipo «te comeré el alma y lameré el plato hasta dejarlo limpio», o más bien del tipo «un tentempié ligero»?

Yula se arrastró hacia una estantería repleta de frascos, murmurando entre dientes en un idioma que sonaba como si el latín hubiera sufrido un derrame cerebral.

—¿Has visto antes este tipo de moneda?— pregunté, con los nervios empezando a vibrar.

Se detuvo, sin apartar la vista de las estanterías.

—Esta no, exactamente.

La pausa se alargó lo suficiente como para que sintiera un nudo en el estómago.

—¿Pero?— insistí.

—He oído hablar de monedas como esta —dijo por fin, volviéndose hacia mí. Su ojo agrandado brillaba como una linterna

—. Viejas leyendas. Cosas que se transmitían de una bruja a otra; más advertencias que historias. Decían que algunos objetos podían contener fragmentos de magia demasiado oscura, demasiado antigua como para rastrearla. Algunos decían que eran fabricados. Otros, que eran encontrados. En cualquier caso…

Volvió a mirar la moneda.

—Nunca acababan bien para quienes las guardaban.

—Menos mal que no me la voy a quedar —dije rápidamente—. No soy tan suicida.

Yula no respondió de inmediato. Su atención permaneció fija en la moneda, y su rostro se contrajo en una expresión demasiado seria para resultar tranquilizadora.

—Si esas historias son ciertas— dijo finalmente—, esta cosa no solo contiene una maldición. Es una pieza de invocación.

Fruncí el ceño.

—¿Una pieza de invocación? ¿Como una tarjeta de visita demoníaca?

—Se propaga— dijo, ignorándome—. No se alimenta. Invita. Lo que sea que la haya creado… quiere que algo al otro lado responda. El pulso, la forma en que vibra… no solo está viva, Rhea. Se está… anunciando.

Bajé la mirada. Efectivamente, el débil latido rítmico seguía ahí, como un segundo latido del corazón del paciente.

—¿Anunciándose a qué? —pregunté en voz baja.

Ella me miró, con su ojo agrandado brillando bajo la luz de la lámpara.

—Quizá no a qué, sino a quién.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Estás diciendo que no se está alimentando de mí? ¿Que está reclutando?

—Quizá —dijo ella—. O marcando. Algunas de estas antiguas reliquias de iniciación estaban destinadas a vincular. A poner a prueba a quienes las tocaban. Como… invitaciones escritas con sangre.

Bueno, eso era simplemente fantástico.

Exhalé.

—¿Y qué hacemos?

Yula suspiró y cogió un par de guantes gruesos de debajo del mostrador.

—Primero, lo contenemos. Luego vemos si es realmente lo que creo que es.

—¿Y qué es lo que crees que es?

Levantó la mirada y, por primera vez en mucho tiempo, vi algo parecido a la compasión en sus ojos.

—Una moneda de iniciación— dijo en voz baja—. Y si es real… ya te han invitado.

El aire entre nosotros parecía vibrar: grave, oscuro y expectante.

Y sí. Estaba empezando a odiar de verdad esa moneda.

Yula se puso los guantes con una especie de precisión sombría. El leve zumbido de la moneda no cesó. Simplemente se volvió más silencioso, como si supiera que estábamos hablando de ella y fingiera comportarse.

—Bueno —dijo Yula sin levantar la vista—, mencionaste que oíste tu propia voz cuando usaste tu resonancia sanguínea con ese chico.

Hice una mueca.

—Sí. Daba mucho miedo.

Ella gruñó.

—Y cuando cogiste la moneda por primera vez, también dijo algo. ¿No es así?

Dudé.

—Sí. Dijo: "*Únete a nosotros*".

La mirada de Yula se alzó de golpe, aguda y perspicaz.

—Entonces lo que dije tiene sentido. Esto no es una maldición aleatoria. Alguien te tiene en el punto de mira. Está intentando atraerte.

Parpadeé.

—¿Atraerme? ¿Como para que *me una a su club de lectura malvado* o algo así?

Su expresión ni siquiera se inmutó.

—O peor aún. Algunas órdenes antiguas, sectas, conspiraciones, llámalas como quieras, usaban monedas como estas como invitaciones. No aceptan un no por respuesta.

—Mala suerte para ellos. Eso nunca va a pasar.

Yula volvió a quedarse en silencio, mirando la moneda como si fuera a empezar a susurrarle secretos del oficio. Finalmente, exhaló por la nariz.

—Tendré que preguntar por ahí— dijo—. Algunas de las brujas más mayores que yo quizá recuerden estas monedas. Pero si es lo que creo, no pinta bien.

—Menudo susto— le dije— porque últimamente no han sido más que buenas noticias.

Yula ignoró eso, pero capté un leve destello de preocupación detrás de sus lentes.

—Si alguien te dio esa moneda, o se aseguró de que cayera en tus manos, Rhea… ya saben quién eres.

Eso me cayó como una bofetada.

Perfecto. Porque lo que realmente necesitaba, además de mi maldición, mis pesadillas y mi confusa situación con los dragones, era una sociedad secreta de espeluznantes entusiastas de las monedas que me enviaran invitaciones personalizadas.

Negué con la cabeza.

—Fantástico. Por una vez, me gustaría que me invitaran a un brunch en lugar de a una posible secta.

La moneda volvió a latir. Una vez. Más fuerte.

Crucé los brazos, mirándola como si fuera a brotarle piernas y empezar a cantar canciones de musicales.

—¿Crees que esto podría ser esa magia transmitida por la voz que mencioné? ¿La de la base de datos de Merlín?

Yula no respondió de inmediato. Se limitó a mirar fijamente la moneda, con los labios apretados.

—Es posible.

Arqueé una ceja.

— ¿De qué tipo de posibilidad estamos hablando?

Su ojo ampliado se desvió hacia mí.

—Solo he conocido a una bruja en toda mi vida que pudiera usar la magia transmitida por la voz.

Eso me revolvió el estómago.

—Y déjame adivinar: ¿llevó una vida larga y feliz regentando una panadería en algún lugar?

La expresión de Yula ni siquiera se inmutó.

—La quemaron en la hoguera.

Parpadeé.

—Claro. Debería haberlo visto venir.

Ella asintió, sin apartar la mirada de la moneda.

—La magia transmitida por la voz no solo es rara, Rhea. Es… incorrecta. No se lanza como la magia normal. Ella manda, se mete dentro de la gente, dentro de la sangre. Una vez que echa raíces, no puedes separar la voz del portador. Por eso la mataron. Temían que empezara a hablar desde el alma de otra persona.

Tragué saliva con dificultad.

—Así que… no es el tipo de magia amistosa, entonces.

—Ni por asomo— dijo Yula—. Y si esta moneda está ligada a ese tipo de poder, quienquiera que la haya fabricado sabía exactamente lo que hacía.

—Y yo que esperaba que solo fuera dinero maldito de un duende muerto— suspiré, frotándome el puente de la nariz.

—Bueno, si esto es una especie de… invitación, , ¿por qué yo? ¿Por qué tomarse tantas molestias para *meterme* en esto? Hay muchas otras brujas por ahí. Menos malditas, para empezar.

Yula me miró como si acabara de decir algo especialmente estúpido.

—Porque eres una hechicera arcana maldita— dijo simplemente —Y sigues viva.

—A duras penas —murmuré.

—Eso te hace especial— continuó—. Estás maldita y aun así consigues funcionar. *Luchar* contra ello. Si hay un grupo ahí fuera buscando reclutar un poder que no debería existir, tú serías su presa más codiciada.

La miré fijamente.

—Así que básicamente soy un animal raro con bagaje emocional.

Yula soltó un pequeño gruñido.

—Si eso te ayuda a dormir por las noches...

—Oh, definitivamente no voy a dormir esta noche— dije—. Entre la moneda parlante, la cuenta atrás de la maldición y el culto mágico secreto que intenta enviarme muestras de amistad, creo que paso.

Su mirada se suavizó solo un poco, aunque seguía pareciendo que estaba calculando mentalmente las probabilidades de que yo implosionara.

—Entonces no te asustes— dijo—. El pánico alimenta a estas cosas. Mantén la mente despierta, lleva ese colgante cerca y, por el amor de todo lo mágico, no escuches a ningún objeto parlante más.

—Sí— dije, echando otro vistazo a la moneda.

Pero incluso lo decía, aún podía sentir la leve vibración a través del mostrador.

Como si esa maldita cosa se estuviera riendo.

Eso me molestó.

Me quedé mirando la moneda, el leve zumbido bajo la bolsa de pruebas coincidiendo con el golpeteo en mis sienes.

—Pero ¿y si…?— dudé—¿Y si pudiéramos usarla?

Yula levantó la cabeza tan rápido que casi se le cae el monóculo.

—¿Usarla?

—Sí— dije, haciendo un gesto con la mano—. Ya sabes, revertir la maldición, desviarla, hacer tu jiu-jitsu de bruja oscura o lo que sea. Quizás podría despertar al chico. A Kevin.

Su expresión no cambió, pero su silencio decía: *Ni hablar, niña loca.*

Insistí de todos modos.

—Piénsalo. Quienquiera que haya creado esto, quienquiera que esté detrás, usó el mismo tipo de magia que afectó a Kevin. Así que quizá si se lo llevo, dejo que mis hilos arcanos… no sé, resuenen o algo así, ¿podría deshacerlo?

Yula frunció el ceño y me miró de la misma forma en que la gente mira a los mapaches que intentan abrir los cubos de basura.

—Rhea— dijo lentamente—, algo así no *se deshace*. Si lo tocas de forma incorrecta, no curará al chico. Lo acabará de rematar.

Eso me dio un puñetazo en el estómago.

—Entonces estás diciendo que es demasiado arriesgado.

—Estoy diciendo que es *una estupidez*.

Crucé los brazos.

—Es lo mismo.

Sus labios se crisparon, pero sus ojos se mantuvieron severos.

—Esa moneda no es solo magia. Es un conducto. Una llave. Si está vinculada a la maldición que afectó al chico, acercarla a él podría atraer lo que sea que le haya hecho esto, directamente hacia él, o hacia ti.

Sentí un fuerte nudo en el estómago, una sensación enfermiza y fría que se enroscaba en lo más profundo de mi ser. La imagen del cuerpo pequeño e inmóvil de Kevin en la camilla de la morgue me golpeó como un puñetazo, los rostros de sus padres vacíos de pánico, su mano flácida en la de su madre.

—No es más que un niño —dije con voz áspera—. Un *niño*, Yula. Alguien le hizo daño, lo utilizó, solo para llegar a mí.

Las palabras me quemaban al salir de mi boca. Se me hizo un nudo en la garganta y ese latido oscuro y maldito en lo más profundo de mi ser palpitó en respuesta, como si quisiera sangre por sangre.

Apreté las palmas de las manos contra la encimera, tratando de mantener la calma, pero lo único que podía imaginar era a ese bastardo sin rostro escondido tras una máscara, observando mientras Kevin se derrumbaba. La idea me hizo subir la bilis a la garganta.

No era aprensiva. Había visto mucha muerte, mucha oscuridad. ¿Pero utilizar a un niño como peón? Eso era caer muy bajo. Me hacía sentir mal… y furiosa.

Mi maldición se agitó bajo mi piel, susurrando: *Déjame salir. Déjame cazar.*

—Quienquiera que haya hecho esto —dije entre dientes—, quería que lo viera. Quería enviarme un mensaje.

La mirada de Yula se suavizó, pero solo ligeramente.

—Y por eso no puedes actuar movida por la ira —dijo en voz baja —. Si te precipitas, romperás algo que no podrás arreglar.

—La ira es lo único que tengo ahora mismo —espeté, y al instante odié lo descarnado que sonaba mi tono.

Yula no se inmutó.

—Entonces úsala— dijo, con voz baja y firme—, pero no dejes que ella *te* use *a ti*.

Exhalé un suspiro tembloroso. La maldición en mi sangre volvió a latir, ansiosa, hambrienta, como si estuviera de acuerdo con ella, pero por todas las razones equivocadas.

Me enderecé, forzando una sonrisa que no sentía.

—Sabes, para ser una bruja oscura, das unos discursos motivadores bastante buenos.

Yula soltó un gruñido seco y sin humor.

—No confundas los consejos para sobrevivir con optimismo, chica. Sigues en pie porque eres demasiado terca para caer. Que siga siendo así.

—Sí —dije, tragándome la furia que aún me quemaba como ácido en las entrañas—. Porque si alguna vez encuentro al cabrón que hizo esto…

Yula arqueó una ceja.

—¿Qué vas a hacer?

—Oh, seré profesional al respecto— dije—. Después de derretirle la cara.

Yula suspiró.

—Progreso. Al menos ahora piensas antes de la parte de derretirle la cara.

Pero la verdad era que pensar no detenía el fuego que me arañaba bajo la piel. Alguien había cruzado una línea, y si pensaban que usar a un niño para llegar a mí era inteligente… no tenían ni idea de qué tipo de monstruo acababan de despertar.

—Me quedo con la moneda —anunció Yula de repente.

—¿Qué? Ni hablar. Es evidente que esa cosa me quiere a mí. Debería...

—Exacto —la interrumpió Yula—. Te *quiere* a ti. Lo que significa que está más segura conmigo.

Tenía razón, por supuesto.

—Si, tiene sentido. De acuerdo. Voy a ver si Marla ha avanzado algo con Kevin— le dije, alejándome.

—Volveré más tarde.

Con suerte, Marla tendría mejores noticias, porque nada decía «gran día» como una moneda que podría estar tramando mi desaparición.

—Pero, Rhea…

El tono de Yula me dejó helada.

—¿Sí?

—Si esa moneda te llamó una vez— dijo en voz baja—, te volverá a llamar.

Sí, tenía la sensación de que lo haría.

# 10

Salí de la tienda de Yula con los dedos entrelazados alrededor del colgante que me había dado, la diminuta piedra roja fresca contra mi piel.

¿Funcionaba de verdad? ¿O era solo la versión de Yula de un placebo? ¿Un placebo mágico y brillante que me hacía *creer* que no estaba a punto de implosionar o de ser devorada viva por la maldición de Morven?

Sinceramente, no estaba segura de qué sería peor. Saber que no funcionaba o descubrir que sí, pero que solo retrasaba lo inevitable.

Quizá era solo su forma de ayudar. La versión de Yula de un abrazo, que al parecer se presentaba en forma de joyas resistentes a los maleficios y trauma emocional.

Respiré hondo. El aire en el barrio de Ashrow sabía a humo, aceite y algo que en su día podría haber sido comida.

Kevin.

El rostro pálido del chico se me pasó por la mente, la quietud antinatural de su pecho, ese pulso de magia ajena que se negaba a dejarlo ir.

Y ahora estaba la moneda.

Esa maldita moneda, palpitante y susurrante.

No solo estaba maldita; estaba llamando a algo. Yula pensaba que podría tratarse de algún tipo de invitación o iniciación. No me

gustaba ninguna de las dos opciones. Las invitaciones significaban invitados, y no tenía ningún interés en conocer a quienquiera —o lo que fuera— que estuviera al otro lado.

Si Yula no podía averiguar qué era esa moneda, íbamos a ciegas. Y Kevin no tenía tiempo para que yo fuera cautelosa.

Eché un último vistazo al letrero torcido que se balanceaba sobre su puerta antes de dirigirme hacia mi camioneta. El colgante que llevaba al cuello emitió un leve latido, pero no sabía si era una señal de protección o solo mi imaginación.

Empecé a caminar por la calle con el recuerdo del chico aún más pesado en mi mente, y el susurro de la moneda resonando en algún lugar recóndito de mi ser, como un secreto que se negaba a permanecer enterrado.

El cielo sobre Ashrow Quarter era del mismo gris desvaído de siempre, el tipo de color que te daba ganas de cometer pequeños delitos solo para sentirte vivo.

Me dirigí a mi camioneta, justo cuando un destello de movimiento me llamó la atención al final de la calle. Complexión alta, abrigo oscuro, hombros anchos que reconocería a mil millas.

Oh, no puede ser.

Por supuesto que era él.

Eryk.

Porque el universo claramente me odiaba lo suficiente como para volver a poner al dragón en mi camino.

¿Qué demonios hacía él aquí? Se movía rápido, con paso depredador, atravesando la niebla matutina hacia un callejón estrecho.

¿Y yo? Al parecer, yo era la idiota que lo seguía.

Me apresuré tras él tan silenciosamente como pude, aunque el sigilo no era mi fuerte. Sí. No hay nada raro en acechar a tu posible novio por un sórdido barrio paranormal. Totalmente sensato.

Me metí en el callejón justo a tiempo para oír un golpe sordo y un grito.

Eryk tenía a alguien inmovilizado contra la pared. Un troll fornido, a juzgar por la piel grisácea y el olor a ginebra barata que me

llegaba. El brazo de Eryk presionaba la garganta del tipo, y su voz sonaba grave y peligrosa.

—Dijiste que estarías de guardia —gruñó—. Ahora te lo voy a preguntar una vez más. ¿Quién ha entrado en Gallows Gate en los últimos días que no sea del circo? Nombres. Especies. Todo.

El hombre jadeó, arañando con las manos el antebrazo de Eryk.

—Estás… loco… dragón…

Eryk ni siquiera pestañeó. Su voz sonó grave y áspera, vibrando con algo que no era del todo humano.

—Nombres.

Incluso desde la distancia, sentí cómo el calor emanaba de él en oleadas, el aroma a humo enroscándose en el aire húmedo. La piel del cambiaformas comenzó a brillar con sudor, y el vapor se elevaba donde la mano de Eryk lo inmovilizaba contra la pared.

Un tenue resplandor parpadeó bajo la piel de Eryk —naranja y luego dorado— serpenteando por su cuello. Unas escamas brillaron brevemente a lo largo de su mandíbula antes de desaparecer, un destello del dragón que se escondía bajo el hombre.

—Nombres —repitió, y esta vez su voz tenía un gruñido que provenía de algún lugar mucho más profundo que su garganta.

El troll contuvo el aliento.

—Me… matarás…

—Todavía no.

Los ojos de Eryk se encendieron y, por un instante, vi el calor pulsar en el aire a su alrededor, igual que el asfalto se ondula bajo el sol de verano.

Me agaché detrás de un contenedor de basura, con el corazón latiéndome con fuerza. Era aterrador cuando quería serlo. Aterrador y, maldita sea, sexy. Esa combinación debería ser ilegal.

Entonces, el fuego brotó del brazo de Eryk —no una llama completa, sino una cinta enroscada de fuego vivo que se arrastraba por su piel—. Besó el cuello de la camisa del cambiaformas y la tela se ennegreció al instante.

El troll gritó, retorciéndose mientras Eryk lo apartaba unos centímetros de la pared.

—Habla —dijo Eryk, con una voz peligrosamente tranquila.

El olor a tela quemada y a miedo me golpeó como una bofetada. Debería haberlo detenido, haber dicho algo, pero una parte de mí se quedó paralizada. Porque este no era el Eryk que me sonreía a la luz de la luna o que me atrapaba en plena caída. Este era el otro: el dracónido que podía reducir ciudades a cenizas si quería.

El troll se derrumbó.

—Uno. Vino después de la feria. El tipo equivocado de magia.

Sus ojos se posaron en la mano de Eryk, que aún brillaba bajo la piel.

—Intentó pagarme con una moneda negra. Le dije que no. No hago tratos con esa podredumbre.

Se me hizo un nudo en el estómago.

*Moneda negra.*

Eryk apretó con más fuerza, tensando los músculos de su brazo. El resplandor bajo su piel volvió a arder, el ámbar fundiéndose en oro. El aire se espesó y, por un instante, todo el callejón pareció estar dentro de un horno.

—¿Qué quería?—preguntó Eryk con voz grave, firme y aterradora.

El troll tragó saliva, con el sudor chorreándole por la sien.

—Información. Quería saber sobre la nueva Merlín que hay en la ciudad.

*Mierda. Esa era yo.*

La mano de Eryk se aflojó lo justo para que el troll pudiera tomar aire. Las llamas retrocedieron, y las escamas brillaron una vez a lo largo de su muñeca antes de desaparecer.

—Descríbelo.

El troll negó con la cabeza rápidamente, con la voz temblorosa.

—No pude verle la cara. Llevaba capucha. Pero era frío, como estar junto a una tumba que respira.

Eryk lo soltó y el troll se derrumbó, aun humeando donde el calor le había lamido el cuello. El olor a carne quemada me provocó náuseas. El callejón volvió a quedarse en silencio, salvo por el sonido de mi corazón latiendo con fuerza en mis oídos.

—Ya puedes salir, Rhea —dijo Eryk, girándose ligeramente en mi dirección.

Maldita sea. Ahora me sentía como una tonta acechando.

Me quedé paralizada.

—¿Qué…? ¿Cómo…?

Por fin miró por encima del hombro, con sus ojos dorados brillando a la luz del callejón.

—Eres tan discreta como la llorona a medianoche con un megáfono.

Gruñí y salí de detrás de un contenedor que olía a sueños muertos y cebollas fritas.

—Fantástico. Todo ese entrenamiento de sigilo del Grupo Merlín realmente valió la pena.

La boca de Eryk esbozó una sonrisa divertida. Echó un breve vistazo al cuerpo inconsciente del troll, del que aún salía humo por el cuello chamuscado.

—No deberías estar siguiéndome.

—Sí, bueno —dije, quitándome una telaraña de la manga—, tú no deberías prender fuego a la gente en callejones, pero aquí estamos. Todos tomamos decisiones.

Su mirada se posó en mí, aguda pero indescifrable. El calor aún se desprendía de su piel, ese resplandor desvaneciéndose bajo la superficie.

—Es peligroso para ti estar aquí.

Crucé los brazos.

—¿Peligroso? Tendrás que ser más específico. Mi vida es prácticamente una lista interminable de peligros.

Soltó una risa entrecortada, el aire aún lo suficientemente cálido como para hacerme cosquillear la piel. Y, de repente, el calor de su poder me pareció mucho menos fuego y mucho más peligro.

Eryk se pasó una mano por el pelo, con los músculos tensos.

—Alguien está actuando contra Gallows Gate. Contra ti, al parecer. Estoy intentando averiguar quién es.

Bajé los brazos y me apoyé las manos en las caderas.

—¿Estrangulando a los testigos?

—Funciona más rápido que tu papeleo— dijo.

Lo miré con ira.

—Vaya. Me había perdido esta dinámica. La tensión romántica *y* el delito grave sin importancia.

Una sonrisa peligrosa se dibujó en sus labios.

—Rastreo a todos los recién llegados —dijo, volviendo a ponerse serio—. Es parte de mi… trabajo, por así decirlo. Aparece mucha gente nueva en la feria. Algunos no tienen antecedentes, huellas mágicas, nada. Normalmente son inofensivos.

—Por lo general, no atacan a los niños —añadí. Las palabras de Yula resonaban en mi cabeza: una invitación. Una llamada. Y empezaba a sentir que, sin querer, había confirmado mi asistencia.

—Ese desconocido encapuchado —dijo Eryk, con voz grave, casi un gruñido—. El que estoy bastante seguro de que hirió a Kevin. Te está buscando.

Me observó un instante, con los ojos ardientes en la penumbra.

—No pareces sorprendida. ¿Qué es lo que no me estás contando?

Se acercó, lo bastante como para que el aire a su alrededor pareciera vibrar. Cálido y humeante, estaba impregnado de ese aroma tenue y adictivo a almizcle y fuego. Ese tipo de aroma hacía que las malas decisiones parecieran ideas excelentes.

Tragué saliva con dificultad, obligando a mi cerebro a centrarse en las palabras en lugar de en su boca.

—Encontré una moneda cerca de Kevin —dije por fin—. El cabrón encapuchado la dejó allí. Me habló.

Frunció el ceño.

—¿Te habló?

—Sí. Susurró, en realidad—. Aparté la mirada—. Dijo: "Únete a nosotros".

Eryk apretó la mandíbula y su expresión se ensombreció de una forma que me hizo sentir un escalofrío recorriendo la espalda.

—¿Dónde está ahora?

—La tiene Yula —dije—. Es peligrosa. Está intentando averiguar qué es. Cree que es… maligna. O algo peor.

Inclinó la cabeza.

—¿Peor que maligno?

—Sí. Como "por favor, no lo toques a menos que quieras que te devoren el alma".

No sonrió. Ni siquiera un tic.

—¿Sabes quién es el desconocido? ¿O a qué grupo quiere que te unas?

Negué con la cabeza.

—No. No ha mostrado su rostro. Solo su magia. Y créeme, no es amistosa. Sea quien sea, le hizo daño a Kevin para llamar mi atención. Ese no es un grupo al que me uniría jamás.

La mirada de Eryk se suavizó, pero solo ligeramente.

—Bien.

Entonces se acercó aún más, tan cerca que su aliento rozó mi mejilla, cálido y constante. Levantó la mano, vacilante al principio, y luego sus dedos se deslizaron alrededor de los míos, ásperos, fuertes y demasiado seguros de sí mismos.

Se inclinó hacia mí, con la voz grave y peligrosa.

—Deberías saber algo sobre mí, Rhea.

—Oh, esto promete— dije, pero mi voz salió entrecortada.

—Protejo lo que es mío.

Mi corazón dio una traicionera sacudida.

—¿Lo que es tuyo?

Sus labios se curvaron lo justo para arruinarme.

—No finjas que no te has dado cuenta.

—Me he dado cuenta de muchas cosas— dije, mirando fijamente sobre todo su clavícula porque el contacto visual me parecía un deseo de muerte.

Se acercó aún más, y el calor de su piel abrasaba el aire.

—Siento lo de antes— dijo, y su voz se suavizó de verdad—. Draya y Veyrix. Tienen buenas intenciones. Es solo que… no confían fácilmente. Dales tiempo para que se acostumbren a la idea.

Le miré, parpadeando.

—¿La idea de qué?

Su sonrisa se hizo más amplia, con una seguridad exasperante.

—De nosotros.

Solté una risa seca y sin humor, tratando de no pensar en lo cerca que estaban sus labios de los míos.

—¿Ahora hay un "nosotros"?

—Lo hay —gruñó, rozando mis nudillos con el pulgar lenta y deliberadamente—. Si dejas de huir el tiempo suficiente para darte cuenta.

Entonces crucé mi mirada con la suya, la miré de verdad, y sentí que se me cortaba la respiración.

—Te das cuenta de que estoy maldita, ¿verdad? Eso echa por tierra cualquier posibilidad de tener una cita romántica. Y el resto de mi vida, ya de paso.

Se inclinó lo justo para que su aliento rozara mi piel.

—Entonces supongo que tendré que ser yo quien sobreviva a la maldición contigo.

Oh, que el caldero me ayude. Mi cerebro gritaba *«mala idea»*, pero mi corazón ya estaba medio perdido.

Los dedos de Eryk apretaron los míos con fuerza, seguridad y un poco demasiado posesivos para alguien que apenas *me saludaba* la mayoría de los días.

—Rhea— dijo, con una voz grave y retumbante que vibró en lo más profundo de mi pecho.

Y entonces me besó.

No fue un beso educado ni paciente. Fue como el fuego encontrándose con la mecha. En un segundo le estaba mirando con ira por ser tan críptico, y al siguiente mi cerebro se había cortocircuitado. Lo único que podía percibir era calor, mientras su poder se desprendía de él en oleadas. Mi corazón martilleaba contra mis costillas como si quisiera salirse.

Cuando gruñó, un gruñido de verdad, sentí como si me vibrara por los huesos. Mis dedos se deslizaron bajo su camisa antes incluso de que me diera cuenta de lo que estaba haciendo. Su piel estaba caliente, casi ardiendo, como si una llama se escondiera justo bajo la superficie, y juraría que podía sentir allí unas escamas tenues, lisas pero firmes.

Cada centímetro de mi cuerpo gritaba *«mala idea»,* pero mis hormonas estaban dando un golpe de estado.

Su mano se deslizó hasta mi mandíbula, ahora más suave, con un pulgar rozándome la mejilla como si se estuviera recordando a sí

mismo que no estaba hecha de cristal. O quizá recordándose a sí mismo que debía parar antes de incendiar toda la manzana.

Y entonces, porque el universo tiene un sentido del humor impecable, el troll gimió.

Eryk se quedó quieto. Parpadeé, aturdida, dándome cuenta de que mi mano seguía bajo su camisa y de que mi cuerpo estaba a dos grados de la combustión espontánea.

El troll tosió, dándose la vuelta con un sonido lastimero.

Di un paso atrás tan rápido que tropecé con mi propia dignidad.

—Claro. Eh... Tienes compañía.

Los ojos de Eryk, aún dorados y llenos de calor, se quedaron fijos en mí. Su sonrisa era perezosa y peligrosa.

—Vete— dijo en voz baja—. Yo me encargo de esto.

Vete. Claro. Fácil. Excepto que, al parecer, mis piernas habían olvidado cómo funcionar.

— De acuerdo.

Me di la vuelta de todos modos, obligándolas a moverse, con el corazón a mil y un cosquilleo en la piel donde habían estado sus manos. Cada paso que daba alejándome de él era como caminar a través de una bruma de calor.

*No* era el momento de empezar una relación, o lo que fuera que acababa de pasar, con nadie. Por muy ridículamente atractivo que fuera. Por mucho que hiciera que mis partes íntimas le dedicaran una ovación de pie. Por mucho que, de alguna manera, llenara ese espacio vacío dentro de mí que llevaba años resonando.

Genial. Simplemente genial. Había sobrevivido a maldiciones, demonios y Merlins homicidas, pero un beso de Eryk y mi cerebro ya estaba redactando invitaciones de boda.

Pero yo ya sabía la verdad.

Al parecer, mi autocontrol acababa de esfumarse en llamas de dragón.

Sí, estaba en serios problemas.

# 11

Era difícil no pensar en ese segundo beso. Joder, fue incluso mejor que el primero, y el primero ya había frito lo que me quedaba de neuronas. No es que no me hubieran besado antes. Lo habían hecho. Muchas veces.

Pero nunca un dracónido.

No hay forma de describirlo, salvo quizá como fuego y hambre envueltos en pecado. El tipo de beso que te hace olvidar tu nombre, tu misión y, posiblemente, todo tu sentido de la moral. Que te besara un dracónido no era como besar a un hombre. Era como besar a una tormenta con músculos y malas intenciones.

Así que, sí, mi autocontrol estaba en ese momento tirado en una cuneta, ondeando una bandera blanca.

Apreté el volante con más fuerza, concentrándome en la carretera que tenía delante. Había un niño en un coma mágico, un misterioso desconocido lanzando monedas espeluznantes y una antigua maldición carcomiéndome por dentro. No tenía tiempo para dragones, ni para sus estúpidos labios perfectos.

Aun así… mi mente divagó. Solo por un segundo.

Aún podía saborear el humo y el calor de él, ese roce áspero de su mano en mi cuello. Que el Caldero me ayude, ¿cómo sería siquiera el sexo con un dracónido? ¿Fuego? ¿Garras? ¿Un viaje seguro a urgencias?

Sacudí la cabeza con tanta fuerza que algo se soltó.

—No. No voy a pensar en eso.

Apreté más fuerte el acelerador, como si la velocidad pudiera borrar ese recuerdo de mi mente. La morgue no estaba lejos, gracias a los dioses. Si algo podía acabar con el ambiente, era el olor a desinfectante y cadáveres.

*Concéntrate, Rhea. Primero el chico en coma. Las hormonas después. Quizás.*

Para cuando llegué a la morgue de Marla, estaba sudando. Y no en el buen sentido. No es que haya un buen modo de sudar, pero ya te haces una idea.

Con la mente puesta en el chico, aparqué la camioneta en la acera, apagué el motor y me dirigí a la puerta principal. La morgue de Gallows Gate , un edificio sombrío y sin encanto, con un exterior de ladrillo gris. Encajaba con mi estado de ánimo.

Aunque no conocía muy bien a Marla, me daba la impresión de ser una bruja inteligente y muy capaz, así que tenía sentido que pudiera haber encontrado algo para ayudar a Kevin.

Me dirigí hacia las puertas con la inscripción LAB 1 escrita en letras mayúsculas y las empujé para entrar.

Lo primero que me golpeó fue el olor, estéril, penetrante y floral, como si alguien hubiera intentado ocultar el aroma de la muerte con desinfectante de manos, pero hubiera fracasado estrepitosamente. La morgue estaba llena de mesas cromadas, máquinas zumbando y luces demasiado brillantes que hacían que incluso las paredes parecieran nerviosas.

Marla estaba encorvada sobre una de las camillas, con el pelo medio suelto del moño y manchado de lo que podrían haber sido restos de café. Su bata blanca, normalmente impecable, parecía haber sobrevivido a tres explosiones de pociones y haber perdido las ganas de vivir en algún momento del proceso. No levantó la vista de inmediato, murmurando algo entre dientes sobre «degradación celular» y «bucles de retroalimentación mágica».

Sí. Estaba en su elemento, y posiblemente tres espressos más allá de la cordura.

Selene estaba recostada contra una encimera como si posara para un anuncio de perfume gótico, con un vestido negro inmaculado, el pelo cayéndole en cascada sobre los hombros y los labios pintados de rojo sangre.

Dirigió su mirada hacia mí.

—Te has tomado tu tiempo— dijo, con la voz chorreando sarcasmo—. Estás sonrojada… ¿ha pasado algo con el chico dragón?

Ignoré eso y me adentré más en la habitación.

—Por supuesto que no.

Sus labios carmesí se curvaron.

—Mentirosa.

Mi mirada se desplazó hacia la mesa en medio de la sala.

Kevin.

Yacía inmóvil como una piedra en la camilla, su pequeño pecho apenas se elevaba bajo la fina manta. Su piel había pasado de pálida a gris, con las venas ligeramente visibles, como escarcha extendiéndose por un e bajo un cristal. Por un segundo, no pude moverme. No pude respirar. Verlo así, tan quieto, tan mal, me impactó más de lo que esperaba.

Porque esto era culpa *mía*.

Marla finalmente levantó la vista, con el cansancio profundamente grabado alrededor de los ojos.

—Se está deteriorando —dijo en voz baja—. Sea cual sea la magia que haya hecho esto… se ha entretejido en cada parte de su ser. Lo he ralentizado, pero es como intentar contener una inundación con una escoba.

Tragué saliva, con la garganta oprimida.

—Entonces, ¿todavía no hay una cura milagrosa?

Selene suspiró, mirándose las uñas.

—Por favor, es una bruja, no una diosa. Aunque, a estas alturas, aceptaríamos a cualquiera de las dos.

Le lancé una mirada.

—Se te dan muy bien las charlas motivadoras. ¿Lo sabías?

Se encogió de hombros con elegancia.

—Es un don.

Volví a mirar a Kevin, con el estómago revuelto de nuevo.

—¿Has encontrado algo para frenarlo?

Marla exhaló, un sonido a medio camino entre un suspiro y un gemido. De cerca, tenía aún peor aspecto, con ojeras y el pelo fino erizado, como si hubiera intentado someter el problema con descargas eléctricas. Le temblaban ligeramente las manos mientras ajustaba los monitores junto a la cama de Kevin.

—Lo he intentado todo —dijo con voz ronca, agotada por tantas horas sin dormir—. Todos los encantamientos estabilizadores, todos los contrahechizos. Incluso saqué los reguladores de runas y los viejos dispositivos alquímicos de los archivos.

Sacudió la cabeza.

—Nada ayuda. Es como si la magia no solo lo estuviera reprimiendo. Lo está consumiendo y no consigo encontrar dónde empieza.

Un pesado silencio se apoderó de la habitación.

—Bueno —dijo Selene con tono arrastrado, con los brazos cruzados y su voz tan seca como siempre—, va a morir.

Me volví para mirarla con ira.

—Gracias por ese rayo de sol, condesa Empatía.

Selene arqueó una elegante ceja.

—Tú preguntaste. Yo respondí. De nada.

Respiré lenta y profundamente, porque en ese momento no tenía fuerzas para explicarle las emociones humanas a un vampiro.

Marla se llevó una mano a la frente.

—¿Por qué haría alguien algo así?— murmuró, más que nada para sí misma—. No es más que un niño. Apenas tiene doce años. ¿Quién se metería con un niño?

Se me hizo un nudo en el estómago. La culpa que había estado reprimiendo toda la mañana finalmente salió a la superficie.

—Por mi culpa— dije, antes de poder detenerme.

Marla parpadeó y sus ojos cansados se clavaron en mí.

—¿De qué estás hablando?

Dudé, con las palabras atascadas en la garganta como cristales. Entonces todo salió a borbotones: la moneda negra, la voz susurrante que sonaba como la mía, el recuerdo de la sangre de Kevin resonando con esas mismas palabras: *Únete a nosotros.*

Le hablé de Yula, de la moneda maldita que latía como un ser vivo, y de cómo Yula pensaba que no solo estaba maldita. Estaba llamando.

—¿Llamando a quién?— preguntó Marla con voz débil.

—A mí—. Tragué saliva con dificultad—. Yula cree que es una especie de invitación. Quizá de un grupo o de una secta. O de cualquier pandilla retorcida que use magia capaz de robarte la voz y freírle el cerebro a un niño solo para dejar las cosas claras.

Los ojos oscuros de Selene brillaron con algo parecido al interés.

—Así que alguien te envió… un recuerdo de la fiesta.

La miré con ira. «Sí, una fiesta en la que el pastel está maldito y todo el mundo muere».

Marla se apoyó pesadamente contra la encimera, sacudiendo la cabeza.

—Que el Caldero nos ayude, Rhea… si esto realmente está relacionado contigo, ese chico…

—Lo sé— dije en voz baja, con un tono más débil de lo que quería.

Volví la mirada hacia Kevin. Aquel niño pequeño e inocente yacía inmóvil sobre la mesa como una víctima de una guerra que ni siquiera sabía que existía.

—Él es el mensaje.

Las palabras me ardían en la lengua.

—Él es el mensaje— repetí, ahora más en voz baja, como si decirlo de nuevo le diera sentido. Pero no fue así.

Respiré con dificultad, con los dedos retorciéndose inútilmente a los lados.

—Y quienquiera que lo haya enviado…— se me hizo un nudo en la garganta por un segundo—, quienquiera que le haya hecho esto, lo ha convertido en algo personal.

Cuanto más lo miraba, más fuerte me golpeaba la verdad. Alguien ahí fuera había hecho daño a un niño, lo había *utilizado*, solo para llegar a mí. A mí. La maldita monstruo que apenas podía controlar su propia magia la mitad del tiempo. Yo no merecía ese tipo de dolor. Nadie lo merecía.

Esa idea hizo que algo caliente y furioso se retorciera en mis entrañas, lo suficientemente intenso como para ahuyentar el miedo gélido que se había instalado allí desde la feria.

—Tiene doce años—dije, con la voz temblorosa, pero no por debilidad. No, esto era ira. Pura y brillante—. Probablemente todavía duerme con la luz encendida y come galletas a escondidas cuando su madre no mira. Y alguien pensó que estaba bien utilizarlo como cebo.

Selene no dijo nada por una vez, lo cual fue tan extraño que casi levanté la vista solo para asegurarme de que seguía respirando. Marla se llevó una mano a la boca, con los ojos húmedos.

La ira hervía a fuego lento, pero debajo había culpa: una culpa pesada y asfixiante que me dificultaba respirar.

Le había fallado. No directamente, pero de la peor manera posible. Porque quienquiera que fuera ese cabrón, me quería a mí, y Kevin fue un daño colateral.

Me apoyé contra la fría mesa de metal, con la mano suspendida justo sobre el brazo de Kevin.

—No te merecías esto, chico— susurré—. Nada de esto.

Por un momento, casi pude sentir cómo la maldición se agitaba en mi sangre, inquieta y hambrienta, percibiendo mi rabia y deseando salir. La reprimí con fuerza, apretando la mandíbula.

¿Querían que fuera algo personal? Muy bien.

Acababan de convertirlo en una guerra.

Iba a quemar a ese cabrón.

Marla se frotó las sienes.

—De acuerdo, entonces— dijo finalmente—. ¿Cómo piensas encontrar a quienquiera que sea, Rhea? Ni siquiera sabes su nombre.

Antes de que pudiera responder, Selene esbozó una sonrisa burlona desde su atalaya en un taburete cercano, con las piernas cruzadas como si estuviera presidiendo un tribunal.

—Fácil— dijo, con una voz suave como la seda y el doble de peligrosa—. Solo tienes que seguir los cadáveres.

Por desgracia, por mucho que odiara admitirlo, no se equivocaba. Si el desconocido me buscaba, dejaría un rastro. Y Kevin… Kevin solo

era el principio.

Mi mirada volvió a posarse en el chico que yacía sobre la mesa. Pequeño, frágil, demasiado quieto. El aire de la habitación se sentía demasiado frío, demasiado estéril.

—¿Dónde están sus padres? —pregunté en voz baja.

La expresión de Marla se suavizó.

—Vinieron antes. Su madre se desmayó en cuanto lo vio. Elliot la llevó a casa. Dijo que volverían más tarde.

Se me hizo un nudo en la garganta. Parpadeé con fuerza, pero eso no detuvo el escozor detrás de mis ojos. Me acerqué a Kevin hasta quedarme justo encima de él. Su pequeño pecho apenas se movía bajo la manta. Sus labios estaban grises y sus pestañas, oscuras contra su piel pálida.

«¿Cuánto tiempo le queda?», susurré.

Marla dudó, lo que me lo dijo todo. «Quizá unas horas», dijo finalmente. «Un día como mucho».

Las palabras me golpearon como un puñetazo. Por un segundo, no pude respirar. Un día. Eso era todo lo que le quedaba a este chico porque alguien quería enviarme un mensaje.

Me incliné hacia él, y mi colgante se deslizó hacia delante y le rozó el brazo.

En el momento en que lo tocó, cambió.

Un zumbido surgió del colgante, suave al principio, pero cada vez más intenso. La cadena vibraba contra mi piel, resonando con energía. La diminuta gema roja de su centro se encendió, y su luz se tiñó de un carmesí intenso. La magia oscura que Yula había utilizado para crearlo se despertó.

—¿Marla? —susurré.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Rhea… mira.

La piel de Kevin, que hacía unos instantes tenía el color de la ceniza, ahora se sonrojaba. Su respiración, antes superficial y entrecortada, se estabilizó. Sus dedos se crisparon.

Marla se apresuró a acercarse y le tomó el pulso.

—¿Qué has hecho?

—¡Nada! —Retrocedí rápidamente, con las manos en alto—. Ni siquiera lo toqué. Quiero decir, no intencionadamente…

Pero tan pronto como me alejé, la luz del colgante se atenuó… y el color de Kevin volvió a desvanecerse.

La mirada de Marla se alzó, afilada como una navaja. Entonces me agarró del brazo y me empujó hacia delante, obligándome a acercarme a Kevin. Al instante, el colgante volvió a brillar.

La respiración del chico se estabilizó.

Marla señaló la cadena que llevaba alrededor del cuello.

—Esa cosa. Sea lo que sea, lo está estabilizando. ¿De dónde la has sacado?

—Yula —dije rápidamente—. Ella lo hizo. Dijo que me ayudaría a controlar mi maldición.

Marla abrió la boca.

—¿Por qué necesitas controlar tu maldición? ¿Qué está pasando?

Era ahora o nunca. Morty lo sabía. Más valía sincerarme.

Exhalé temblorosamente.

—Mi maldición, la maldición de Morven ahora está... en pleno apogeo. Nyra la desató. Yula dijo que el colgante podría darme tiempo antes de que...—hice un gesto vago hacia mi cuerpo— me devore viva.

Marla se limitó a mirarme fijamente, con los ojos penetrantes a pesar de lo agotada que parecía.

—¿Estás seguro?

El peso de su voz me hizo apartar la mirada. Tenía la garganta oprimida, pero asentí una vez.

—Sí. Estoy seguro. La maldición ya no está dormida. Está bien despierta, estirándose, probando la jaula. Ahora la siento bajo la piel todo el tiempo.

Marla apretó la mandíbula y, cuando volvió a hablar, su voz se había suavizado de esa forma que la gente usa cuando ya sabe la respuesta, pero desearía no saberla.

—Y sabes lo que va a pasar cuando ya no puedas controlarla.

Esbocé una sonrisa forzada, aunque me sentí más bien como si una grieta me partiera por la mitad.

—Sí— dije en voz baja—. Moriré de una forma u otra, como el resto de mi familia.

Las palabras quedaron suspendidas entre nosotras: crudas, sinceras y definitivas.

Los ojos de Marla brillaron, solo por un segundo.

—Rhea…

—No —dije, levantando una mano—. No me mires con lástima. Ya he tenido suficiente de eso para toda una vida.

Selene cruzó los brazos y murmuró:

—Bueno, al menos eres realista. La mayoría de las brujas en tu lugar estarían escribiendo listas de cosas que hacer antes de morir.

—Por favor— dije, poniendo los ojos en blanco—. Si hiciera una lista de cosas que hacer antes de morir, solo tendría una línea: *No morir de forma horrible por la estupidez de mis antepasados*.

Pero, aunque bromeaba, se me revolvió el estómago. La verdad era que Marla tenía razón. Sabía exactamente lo que se avecinaba, solo que no sabía cuándo.

Y si ese reloj estaba corriendo, tal vez… solo tal vez, mantener a Kevin con vida fuera lo único bueno que aún pudiera hacer antes de que se acabara el tiempo.

Pero entonces, algo dentro de mí hizo clic.

Kevin lo necesitaba. El colgante.

Bajé la mirada hacia la gema roja, que aún latía bajo la tenue luz de la morgue, y antes de que nadie pudiera detenerme, lo desabroché.

—Rhea, espera… —comenzó a decir Marla, pero ya era demasiado tarde.

Deslicé la cadena alrededor del cuello de Kevin. El resplandor se intensificó una vez y luego se estabilizó, brillante y fuerte. Su respiración se hizo más profunda. Recuperó el color, un tono saludable por primera vez desde que lo conocí.

Marla me miró fijamente.

—Eso empeorará la maldición para ti.

Esbocé una pequeña y triste sonrisa.

—Sí, probablemente. Pero él lo necesita más.

Se hizo el silencio. Las máquinas zumbaban suavemente. Por un momento, casi se sintió una paz.

Tragué en seco.

—Y esto… esto es culpa mía, de todos modos.

—Vaya —dijo una voz grave detrás de nosotros—. Qué interesante.

Todos nos dimos la vuelta.

En la puerta estaba Torren, corpulento, severo, con todo el aspecto de un magister supremo de los hombres lobo. A su lado estaban Kathy y Elliot Havers, los padres de Kevin.

Las expresiones de sus rostros —conmoción, miedo, confusión— me dejaron paralizada donde estaba.

Perfecto. Simplemente perfecto.

# 12

¿Alguna vez te han mirado los padres de un niño moribundo como si fueras el monstruo que se esconde debajo de su cama? Sí, bueno… era la primera vez para mí. Y no fue nada agradable.

—¡Tú has hecho esto! —gritó la madre de Kevin, con la voz quebrada por el peso de la furia y el desamor. Le salía saliva por la boca. Tenía las manos empuñadas. Había visto a demonios poseídos con menos energía asesina.

Levanté las manos, con las palmas hacia fuera, tratando de calmarla. «Escucha, no es lo que crees…»

*¡Zas!*

Mi cabeza se ladeó con tanta fuerza que vi estrellas y quizá hasta algunas constelaciones. El escozor se extendió por mi mejilla, ardiente y agudo, irradiándose hasta la sien.

—Vale —dije con voz ronca, parpadeando por el impacto—. Ay. Así que vamos a hacer lo del asalto. Entendido.

Pero incluso las palabras salieron de mi boca, lo sentí: mi maldición. Esa cosa fría, oscura y latente bajo mi piel que nunca dormía del todo. No le gustaba que la golpearan. En absoluto.

El aire a mi alrededor se transformó, pesado y cargado, como el momento antes de que un rayo rasgara el cielo. Mis instintos —la

maldición— cobraron vida, ardientes y hambrientos, susurrando: *«Devuelve el golpe».* Quería sangre, venganza y equilibrio.

Un zumbido sordo me llenó los oídos y, durante un segundo aterrador, pensé que era el sonido de mi propia magia desmoronándose. Hilos arcanos de luz roja comenzaron a serpentear desde mis dedos, tenues pero palpitantes.

—No —siseé entre dientes, apretando la mandíbula—. Ahora no. Aquí no.

Podía sentir cómo empujaba, arañando para salir, para arremeter contra la persona que me había hecho daño. Aunque lo entendía, aunque ella solo era una madre afligida que había perdido demasiado. A la maldición no le importaba el dolor. Le importaba el poder, el control, la supervivencia.

*Mátala.* La voz dentro de mi cabeza era mía, pero no lo era.

Cuanto más me resistía, peor se ponía. Mi visión se agudizó de forma antinatural, los sonidos se fragmentaron y cada latido del corazón en la habitación se convirtió en un tambor retumbando en mi cráneo. Mis manos temblaban mientras los hilos arcanos se espesaban, parpadeando como luciérnagas enfurecidas desesperadas por arder.

La voz de Marla atravesó la neblina.

—Rhea —dijo en voz baja, con un tono de alarma—. Respira.

Lo intenté. Maldita sea, lo intenté. Pero era como respirar a través del humo. La maldición quería salir, quería defenderme.

*¡Mátala!*

Kathy seguía gritando, pero las palabras se habían difuminado en ruido. Podía ver cómo se movía su boca, el destello de sus afilados dientes, el brillo salvaje de sus ojos, y mi maldición respondió, con el calor recorriendo mi espina dorsal. Mi piel se sentía febril, demasiado tensa, demasiado viva.

—Rhea —repitió Marla, esta vez con más dureza—. Estás perdiendo el control.

—No me digas —gruñí, apretando los puños y obligando a los hilos arcanos a retroceder—. Estoy un poco ocupada intentando no aniquilar a una madre afligida en este momento.

Me costó todas mis fuerzas reprimirlo, centímetro a centímetro, hasta que la luz se desvaneció de mis manos y el zumbido en mi cabeza se atenuó hasta convertirse en un susurro bajo y odioso.

Cuando por fin volvió a reinar el silencio, estaba temblando. La mejilla aún me palpitaba, pero el miedo que persistía no provenía de la bofetada de Kathy. Provenía de saber lo cerca que había estado de dejar que la maldición ganara.

Si Marla no hubiera hablado… si lo hubiera dejado pasar un latido más…

Sí. Las cosas se habrían puesto feas.

Alcé la vista y me encontré con Kathy. Estaba temblando, sus ojos amarillos de águila brillaban con un dolor salvaje.

—¡¿Por qué?! —gritó, con la voz áspera y quebrada—. ¿Por qué le has hecho esto?

Detrás de ella, su marido Elliot intentó agarrarla del brazo, con el rostro pálido y demacrado.

—Kathy… para… por favor…

Pero ella no le escuchaba. La mujer había perdido la razón, atrapada en una espiral de dolor, y yo… no podía culparla. Probablemente yo reaccionaría mucho peor si estuviera en su lugar.

Marla jadeó, avanzando ya con la mano extendida.

—Sra. Havers, por favor…

Selene, por supuesto, no se movió ni un centímetro. Se quedó a un lado, con los brazos cruzados, observando como si estuviera viendo un episodio especialmente bueno de *Las verdaderas amas de casa: edición paranormal.*

—Bueno— dijo secamente—, esto se ha intensificado rápidamente.

Le lancé una mirada fulminante.

—No estás ayudando.

Torren dio un paso al frente, y la imponente figura del magister principal rompió la tensión. Sus ojos brillaban de furia y su voz retumbaba grave.

—Basta.

Kathy se quedó paralizada a mitad de la respiración, temblando, y luego se cubrió la cara con ambas manos mientras el peso de su

ira se desbordaba en sollozos.

Me froté el lado de la cara con cuidado.

—No voy a mentir, eso me va a dejar un moratón.

Marla me lanzó una mirada preocupada, pero no dijo nada.

—Al menos es simétrico— dijo Selene con una sonrisa burlona—. Las brujas son muy dramáticas.

La ignoré y me acerqué a Kathy, con cuidado y cautela, como si me acercara a un animal herido.

—Sra. Havers —dije en voz baja—. Sé que tiene miedo. Sé cómo se ve esto, pero le juro que no le hice daño a su hijo.

Kathy levantó el rostro bañado en lágrimas.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

Antes de que pudiera responder, su voz se quebró de nuevo, aguda por el dolor y la furia.

—Dijiste que era culpa tuya. ¡Te oí!

Su mirada se movió frenéticamente por la habitación.

—¡Todos te oímos!

Todas las miradas se volvieron hacia mí. La de Marla, la de Selene, incluso la de Torren, con una expresión indescifrable pero cargada de sospecha.

Se me secó la boca.

—Yo...

Kathy se acercó, temblando, y su mirada, con los ojos brillantes, me dejó clavada en el sitio.

—Si no lo hiciste, ¿por qué dirías algo así?

El aire de la habitación se volvió de repente más denso. Podría mentir o esquivar la pregunta, pero algo en su voz quebrada no me lo permitía.

—Yo no lo hice— dije, sacando las palabras a la fuerza—, pero alguien que quiere llamar mi atención sí lo hizo.

Eso la detuvo. La furia de su expresión vaciló, y en su lugar apareció la confusión.

—¿Qué?— susurró.

Dudé. La verdad se cernía en mi garganta, luchando por salir. Un desconocido encapuchado, monedas negras, magia que robaba voces.

Pero ¿cómo explicaba eso sin parecer una psicópata? ¿O peor aún, una cómplice?

La mirada penetrante de Torren se movió rápidamente entre nosotros, con las fosas nasales ligeramente dilatadas. Podía oler la culpa en mí. Los hombres lobo siempre podían hacerlo. Pero no dijo nada.

Di un paso lento hacia atrás, dándole espacio, con cuidado de no sonar a la defensiva.

—Hay alguien ahí fuera usando un tipo de magia que nunca había visto antes. Es poderoso, peligroso y, por alguna razón, cree que hacerle daño a tu hijo es la forma de llegar a mí.

A Kathy le temblaba el labio, pero no dijo nada. Elliot le tomó la mano, con el rostro pálido como el pergamino.

Marla me miró, con el rostro tenso por la preocupación. Selene solo suspiró, como si estuviera viendo un accidente de coche que había visto venir desde lejos.

—Rhea… —comenzó Marla en voz baja, con un tono de advertencia.

—Sé cómo suena —dije rápidamente, con voz áspera—. Pero es la verdad. Y encontraré a quienquiera que haya hecho esto. Lo juro.

Kathy parpadeó con fuerza, y las lágrimas volvieron a brotar.

—Más te vale —susurró—. Porque si mi hijo muere…

No terminó la frase. No hacía falta.

Su dolor era algo vivo, que respiraba, y me envolvió como un tornillo de banco: apretado, asfixiante y entremezclado con toda la culpa en la que ya me estaba ahogando.

Me quedé donde estaba, con la mejilla palpitando y la culpa carcomiéndome como ácido bajo la piel.

Había pasado por muchas cosas en mi vida, pero ¿estar allí de pie, viendo el desgarro de una madre y sabiendo que yo era la razón por la que había comenzado?

Eso… eso era un nuevo tipo de infierno.

Torren pasó junto a Kathy sin decir palabra, el suelo crujiendo bajo su peso. Sus pasos eran lentos, deliberados, de esos que hacen que el aire se sienta más denso. Se detuvo junto a la camilla de

Kevin, su enorme corpulencia cerniéndose sobre el pequeño y quieto cuerpo del niño.

Durante un momento, nadie habló. El suave zumbido de los equipos del laboratorio llenaba el silencio.

El rostro de Torren estaba tallado en piedra, con la mandíbula apretada y los ojos dorados indescifrables. Pero capté ese destello, esa tenue sombra que no era ira. Era dolor. De ese tipo que nunca desaparece del todo.

Torren acababa de perder a su hijo hacía unas semanas. Esa herida aún estaba fresca, y dudaba que llegara a curarse alguna vez, sino que se endureciera y se convirtiera en otra cosa.

Cuando se volvió hacia mí, ya sabía lo que se avecinaba.

—Tu historia —dijo, con voz grave y áspera, llena de autoridad—. Tiene lagunas.

*Oh, genial. Allá vamos.*

Parpadeé, forzando una respiración temblorosa.

—No le hice daño. Lo juro. Hay un desconocido ahí fuera, alguien que usa un tipo de magia que nunca había visto antes. Él es quien hizo esto.

Torren entrecerró los ojos, su poder ondulando bajo la piel, el lobo a punto de salir a la superficie.

—¿Y dónde está ese desconocido?— preguntó, midiendo cada palabra—. ¿Por qué no me lo has comunicado? ¿Al consejo? Ese es tu trabajo, Merlín.

Eso me dolió.

—Iba a hacerlo —repliqué—. Informé de lo que le pasó a Kevin a la Junta de Merlín. Pero no es tan sencillo. Ni siquiera sé quién es…

—Eso no es una excusa —gruñó, acercándose, con su energía invadiendo la habitación como el calor antes de un incendio forestal —. ¿Esperas que me crea que hay un enemigo misterioso haciendo daño a los niños bajo tu vigilancia y que tú *no* has hecho *nada*?

—No es que no haya hecho nada —espeté, pero mi voz tembló —. He estado intentando localizarlo…

—Entonces has fracasado.

Eso fue el colmo.

La maldición dentro de mí se rompió como un cable pelado.

El zumbido comenzó suave, vibrando en mis huesos y trepando por mi columna vertebral. El aire crepitaba, con una estática tan aguda que picaba. Hilos rojos parpadeaban en los bordes de mi visión, enroscándose y retorciéndose como cintas vivas de energía.

*¡Ohhhhh, mierda!*

—Torren —le advertí, dando un paso atrás—. Tienes que calmarte.

—¿Que *yo* me calme? —Su gruñido se hizo más grave y mostró los dientes—. Tú eres la que esconde algo…

Mi maldición brotó con fuerza. Una luz roja estalló de mi interior, con hilos arcanos que azotaban el aire, salvajes y rápidos. La explosión golpeó a Torren de lleno en el pecho y, antes de que pudiera pestañear, el magister principal salió volando hacia atrás. Se estrelló contra la pared del fondo con un fuerte golpe, y las luces de arriba parpadearon por el impacto.

Todo el mundo se quedó paralizado.

—Mierda.

Haciendo un esfuerzo, reprimí la maldición, obligando a la energía a retraerse como una correa que me quemaba las palmas. El olor a aire quemado flotaba denso, metálico y extraño. Mi pecho se agitaba, la maldición gruñía dentro de mí, hambrienta de más.

Pero logré reprimirla… por los pelos.

Torren gimió, levantándose de las baldosas agrietadas, con sus ojos amarillos ardiendo de furia.

—Bueno— dijo Selene con tono burlón desde detrás de mí— , eso va a lucir bien en la próxima reunión del consejo.

Hice una mueca de dolor.

—Sí —dije, con el corazón latiéndome con fuerza—. Sin duda me van a despedir.

Torren avanzó lentamente, cada paso medido y deliberado. Sus hombros llenaban la habitación, y esa calma depredadora irradiaba de él como la electricidad estática antes de una tormenta. En el momento en que se movió, mi cuerpo reaccionó: temblando, sudando, con la maldición susurrándome por la columna vertebral, suplicando que la soltara.

Me mordí con fuerza la lengua, y el sabor metálico de la sangre me inundó la boca. El dolor me devolvió a la realidad. Más o menos.

Torren se detuvo justo delante de mí, lo suficientemente cerca como para que pudiera ver al lobo ardiendo detrás de sus ojos. Podía *sentir* su poder presionando contra mi piel, el dominio emanando de él como calor. Era primitivo, asfixiante. Todos mis instintos me gritaban que apartara la mirada. Que me sometiera. Pero la maldición de Morven no estaba hecha para la sumisión.

A mi maldición no le importaba que él fuera el magister supremo. Solo conocía la amenaza y quería responder.

—Rhea Morven —gruñó Torren, con una voz grave y profunda, como un trueno lejano—. Estás acabada.

Se me cortó la respiración, todos los músculos temblando por el esfuerzo de contener la maldición.

—Define «*acabada*» —logré decir, aunque mi voz se quebró.

Entrecerró los ojos.

—Me seguirás. Ahora. Y si te niegas… —su tono bajó hasta convertirse en un rugido que hizo vibrar el suelo— usaré la fuerza.

El gruñido de su voz me golpeó como algo físico, grave y resonante, el tipo de sonido que hizo que la maldición dentro de mí se despertara y *le respondiera con un gruñido.* Quería luchar, quería *arder.*

Y, maldita sea, podía sentirla, como un metal fundido enroscándose y desenroscándose bajo mi piel. Mi visión palpitaba en rojo por los bordes.

*Mierda. Mierda. Mierda.*

Empuñé las manos cada vez más fuertes hasta que sentí el mordisco afilado de mis propias uñas rompiendo la piel. La maldición se agitaba con más fuerza, poniéndome a prueba. La sentí deslizarse bajo mis costillas como un ser vivo, susurrando con una voz que no era la mía: oscura, ansiosa, hambrienta.

Quería soltar. Solo por un segundo. Un pequeño desliz, y Torren estaría al otro lado de la habitación de nuevo... o peor.

Pero no lo hice.

Tragué saliva con dificultad, temblando por el esfuerzo. El sudor me corría por la espalda, mi respiración era entrecortada. Mi magia

arañaba el interior de mi piel, furiosa porque no la dejaba defenderme.

Por el rabillo del ojo, vi el tenue parpadeo de hilos carmesí alrededor de mis manos, como ondas de calor ante el fuego. Apreté con más fuerza, obligándolos a desaparecer.

Si aún tuviera el colgante —el maldito salvavidas de Yula—, habría podido contenerlo más fácilmente. Había amortiguado la fuerza de la maldición. Pero ese colgante estaba ahora alrededor del cuello de Kevin, manteniéndolo con vida.

Y si tuviera que elegir entre salvar a un niño o salvarme a mí misma, bueno… sí. Demasiado tarde para arrepentirse.

Torren se acercó, su presencia de alfa me oprimía como la gravedad, cargada de su dominio, desafiándome a que le plantara cara.

A la maldición *le encantaba* el desafío.

Levanté la barbilla, sosteniendo su mirada, aunque cada célula de mi cuerpo gritara que no lo hiciera. Mis músculos se tensaron, mis manos aún sangraban, pero no me moví.

Porque si lo hiciera, si dejara que la maldición se apoderara de mí, no se detendría hasta que uno de nosotros muriera.

Arriesgué una mirada a Marla y Selene.

Marla estaba pálida, con los labios apretados, dividida entre protegerme y saber que no podía detenerlo. Selene parecía tan preocupada como alguien que espera las palomitas durante una pelea.

Tragué saliva con dificultad.

—¿Adónde me llevas exactamente?

A quemarme en la hoguera, por lo que parecía.

La respuesta de Torren fue tranquila, pero me golpeó como un puñetazo.

—A la cárcel del consejo.

Las palabras calaron hondo, frías y definitivas. Se me hizo un nudo en el estómago.

Selene silbó por lo bajo.

—Bueno— dijo con una sonrisa burlona— esto parece ir de maravilla. ¿Debería llevar vino, o ahora lo sirven en las celdas de

detención?

No me moví, no pude. La maldición se retorcía dentro de mí, furiosa y salvaje, susurrándome que, si la soltaba, podría acabar con toda esta conversación de un solo golpe de poder.

Pero no lo hice.

Y si la maldición quería sangre… bueno, iba a tener que esperar.

Porque en ese momento, me iba a la cárcel.

# 13

Estaba en la cárcel.

Una cárcel de verdad, de las de verdad.

Nunca había estado en una antes. Joder, se suponía que yo era la que tenía que meter a otros en la cárcel. Vale, quizá no «se suponía», pero, aun así. Era una cuestión de principios.

No parecía que fuera a ponerle esposas mágicas a nadie en un futuro próximo.

No cuando era yo quien estaba sentado en una celda.

El lugar era pequeño, de unos cuatro por cuatro metros si tuviera que adivinar, cosa que hice, porque Torren me había confiscado el teléfono. El suelo era de hormigón gris, agrietado y rayado con lo que parecían sospechosamente viejas manchas de sangre. O quizá salsa para pizza. Intentaba mantener el optimismo.

Había un catre pegado a la pared, con su delgado colchón hundido en el centro como si hubiera perdido toda esperanza. La única almohada estaba tan llena de bultos que podría servir de arma, y en la esquina había algo que *pretendía* ser un retrete. Eso era mentira. Una mentira de porcelana.

El aire olía a desinfectante y a almizcle de hombre lobo con un toque de desesperación. Casi se podían saborear las malas decisiones que se habían tomado allí.

Me senté en el borde de la cama plegable, con los codos apoyados en las rodillas, tratando de ignorar el débil goteo que provenía de algún lugar detrás de la pared. Probablemente agua. Ojalá fuera agua.

¿Cuánto tiempo llevaba allí? Cuatro horas. Quizá cinco. No había ventanas, ni reloj, y como Torren me había quitado el móvil, no me quedaba más remedio que intentar medir el tiempo por el ritmo de mis propios pensamientos negativos. Y tenía muchos.

—¿Cuánto tiempo tengo que quedarme aquí? —le grité cuando me metieron aquí por primera vez.

Torren apenas se había vuelto a mirar, con una expresión tan cálida y acogedora como una escultura de hielo.

—Cuando aclare tu historia, ya veré.

—¡Espera! ¿Qué? ¡Te *dije* la verdad! ¡No le hice daño a ese chico!

Pero ni él ni su guardaespaldas, del tamaño de una manada, se habían vuelto a mirar. La pesada puerta de hierro se había cerrado de golpe, resonando como un veredicto.

Y ahora aquí estaba yo. Sola.

Di una patada a una mancha oscura cerca de mi bota.

—Podría ser suciedad. Podría ser sangre. Fantástico.

La maldición que llevaba dentro se agitó, inquieta y amarga, enroscándose cada vez más cada vez que repasaba las últimas horas en mi cabeza. La pelea, las acusaciones, la forma en que Torren me había mirado como si estuviera a un paso de perder el control por completo.

No se equivocaba.

Mis dedos se crisparon, ansiosos por invocar los hilos arcanos, por demostrárselo. Podría haberlo derribado. Casi lo hice, allá en la morgue. Un empujón, un movimiento rápido, y habría vuelto a chocar con la pared.

La maldición quería eso. Quería ganar, golpear, demostrar que no éramos débiles.

Y sí, una parte de mí también lo quería. Porque si hubiera contraatacado, no estaría aquí sentada como una criminal enjaulada. Podría haber estado ahí fuera buscando al cabrón que había hecho

daño a Kevin en lugar de memorizar las grietas de la pared de esta celda.

Pero entonces exhalé lentamente, pasando las manos por la cara.

Sí. Eso habría quedado genial en mi próxima evaluación de rendimiento en Merlín.

—Nota para mí misma —murmuré—. Quizá la próxima vez no debería lanzar al magister principal contra otra pared.

La maldición zumbaba sombríamente en mi pecho, sin mostrar ningún arrepentimiento.

Perfecto. Solo yo, mi maldición ancestral homicida y un baño que me niego a reconocer.

¿Qué podría salir mal?

Todo, eso es lo que podría salir mal.

Me dejé caer sobre el catre, rezando a todos los poderes superiores de las brujas para que las manchas amarillas oscuras no fueran lo que pensaba que eran. El colchón soltó una deprimente *nube* de polvo. Perfecto. Justo el ambiente que quería para mi crisis existencial.

El techo tenía manchas de humedad que se asemejaban vagamente a continentes. Genial, ya podía planear mi próxima conquista del mundo desde la cárcel. Las miré fijamente y suspiré.

—Bueno, Rhea —me dije a mí misma—. Enhorabuena. Eres oficialmente la peor Merlín que ha tenido Gallows Gate. Y teniendo en cuenta la historia de este pueblo, eso es decir mucho.

Se suponía que yo era la protectora mágica de la ciudad, la que impedía que los monstruos se comieran a la comunidad y que las hadas cobraran de más en la panadería. Ahora yo era el monstruo, encerrada porque no pude evitar que mi maldición convirtiera al magister principal en arte mural.

Sí. Podía despedirme de mi trabajo. Suponiendo que Torren no decidiera matarme primero.

Aun así, aunque perdiera la placa —y seamos realistas, probablemente ya la había perdido—, no había terminado. No podía estarlo. Alguien ahí fuera había hecho daño a Kevin. Un desconocido con una magia tan retorcida que hacía que mi maldición pareciera purpurina y rayos de sol.

Y yo iba a encontrarlo.

Aunque eso significara hacerlo sin la elegante autorización o aprobación del Grupo Merlín. Aunque eso significara hacerlo como yo, la bruja maldita de Morven de la que todos murmuraban cuando creían que no podía oírlos.

Cuando lo encontrara, lo haría hablar. Le haría decirme por qué había elegido a Kevin. Por qué había usado mi voz. Por qué *me* había querido *a mí, y* qué demonios significaba realmente esa moneda negra.

—Únete a nosotros— había dicho. ¿Unirme *a qué?* ¿A algún culto mágico espeluznante con mal gusto para las invitaciones?

Gruñí y me presioné la frente con la palma de la mano. Mis pensamientos se desviaron hacia Eryk antes de que pudiera detenerlos.

¿Seguía él también buscando al desconocido? Probablemente. Estaba furioso en el callejón, todo calor y fuego de dragón. Quizá ya hubiera encontrado algo. O quizá se hubiera ido a l e a hacer… cosas de dragones, fuesen lo que fuesen. Volar por ahí, meditar dramáticamente, prender fuego a cosas.

Y vale, quizá también me estuviera evitando.

Ese beso había sido… sí. Una tontería. Definitivamente no estaba en el manual de Merlín. La forma en que sus labios me habían quemado, la forma en que su voz se había vuelto áspera cuando dijo mi nombre… uf. Me giré de lado, con la cara hundida en la almohada, y al instante me arrepentí de la decisión porque olía a moho y a perro mojado.

Aun así, la alternativa era pensar en el beso de Eryk o contar las grietas del techo.

Y si era sincera… el beso ganó.

Suspiré mientras la maldición latía bajo mi piel, inquieta y enfadada por estar atrapada.

—Atrapada en la cárcel, a lo mejor despedida, definitivamente maldita y quizá enamorada de un dragón. Estoy viviendo un sueño.

Desde el fondo del pasillo, unos pasos pesados resonaron en las paredes de piedra. Eran lentos, deliberados y demasiado pesados como para ser de otra persona que no fuera Torren.

Perfecto. El lobo feroz había vuelto para la segunda ronda.

La maldición se agitó de inmediato, sintiendo la presencia de Torren, o tal vez solo su arrogancia. Un calor me recorrió el cuerpo, ardiente y punzante, arrastrándose bajo mi piel.

Apreté la mandíbula y me senté más erguida, frotándome las palmas sudorosas contra los pantalones.

—Bien Rhea— murmuré entre dientes—. Si gruñe, solo di que lo sientes e intenta no explotar. Fácil.

Pero nada de aquello era fácil.

Los pasos se acercaban junto con el suave tintineo de las llaves, y la maldición resurgió de nuevo, ansiosa, susurrando. *Él te metió aquí. Cree que eres débil. Haz que lo pague.*

Un escalofrío me recorrió la espalda. El aire de la celda se espesó con el calor, y mis dedos hormigueaban como un rayo en busca de una salida. Mi respiración se aceleró, entrecortada, y los bordes del mundo se tiñeron ligeramente de rojo.

—No, no lo harás— siseé entre dientes apretados—. No vas a llevar las riendas.

Pero a eso no le importaba lo que yo quisiera. Nunca le importó. Presionó con más fuerza, una fiebre oscura enroscándose alrededor de mis costillas, elevándose como humo. Mi magia temblaba bajo mi piel, hilos arcanos ansiosos por escapar, por *arder*.

Cuanto más se acercaban los pasos, más luchaba por contenerla. Clavé las uñas en las palmas de las manos hasta sentir el agudo escozor de la sangre. El dolor me ayudaba, un pequeño ancla de bruja a la que aferrarme mientras la tormenta rugía en mi interior.

Cada latido me parecía demasiado fuerte, cada respiración demasiado caliente. Mi cuerpo palpitaba con una energía que ya no era del todo mía.

¿Cuánto tiempo pasaría antes de que perdiera el control? ¿Antes de que la maldición dejara de escucharme por completo y decidiera tomar las riendas?

Esa idea me revolvió el estómago.

Respiré hondo, empujé la oscuridad hacia abajo con todas mis fuerzas y susurré:

—Quédate ahí abajo, pequeño bastardo. Hoy no vas a matar a nadie.

La maldición siseó su descontento, pero retrocedió, como una bestia esperando otra oportunidad.

Los pasos finalmente llegaron a mi celda y una sombra se movió a través de los barrotes.

Me preparé, con gotas de sudor en las sienes.

No estaba seguro de quién sobreviviría a los siguientes cinco segundos. Él o yo.

Pero no era Torren.

Era Brunika.

La concejala troll ocupaba todo el estrecho pasillo, y sus anchos hombros rozaban la piedra al caminar. Su gruesa trenza le caía por la espalda y las cuentas tintineaban suavemente con cada paso. Llevaba una capa verde oscuro arrugada y ligeramente manchada, pero eso no le importaba en absoluto. Su piel, parecida al granito, brillaba bajo la luz parpadeante, y sus pesados pendientes de oro tintinearon cuando se detuvo frente a mi celda.

—Vaya, vaya —dijo con voz grave y ronca, un murmullo que transmitía diversión y exasperación a partes iguales—. Has liado un buen lío. ¿No es así?

Mi maldición se desvaneció cuando me puse de pie de un salto y me acerqué a los barrotes.

—¿Brunika? ¿Qué haces aquí?

Me lanzó una mirada que habría aplastado a brujas menos valientes.

—Torren le dijo al consejo que lo habías atacado. He venido a ver si era cierto.

Hice un gesto de dolor.

—Define «*atacado*».

Arqueó las cejas.

Suspiré.

—Bueno, quizá hubo algo de… magia involuntaria de por medio. Pero no fue a propósito. Lo juro. Simplemente… sucedió sin más.

Los labios de Brunika se crisparon.

—Lanzaste al magister principal contra una pared, Rhea. Eso no es *ir cuesta abajo a toda velocidad*. Es tirarse por un precipicio.

Apreté las manos contra los barrotes, con la desesperación filtrándose en mi voz.

—Mira, tú me conoces. Bueno, quizá no tan bien, pero sabes que no podría hacerle daño a ese chico. No tiene sentido. ¿Por qué iba a hacerle daño a alguien de una comunidad a la que intento proteger?

Su rostro impasible se suavizó ligeramente.

—Sí. Hiciste justicia por mi Brynna cuando nadie más pudo. Por eso vine.

—Entonces ayúdame. Por favor. Torren no me escucha. Cree que soy una amenaza mágica desquiciada.

—Bueno…— Brunika ladeó la cabeza, y sus labios esbozaron una leve sonrisa—. No está del todo equivocado.

Gruñí.

—¿Me ayudarás?

Cruzó los brazos, y las gruesas pulseras de oro de sus muñecas tintinearon al chocar entre sí.

—Hablaré con él. Intentaré hacerle entrar en razón. Pero si realmente lo agrediste…

Me encogí de hombros, medio avergonzada, medio a la defensiva.

—Fue un accidente.

La risa de Brunika fue profunda y sincera, resonando por el pasillo.

—Eres una bruja loca. ¿Lo sabes?

—Créeme, ya me lo han dicho.

Ella negó con la cabeza, sin dejar de sonreír.

—Está bien. Veré qué puedo hacer, aunque no te prometo nada. El orgullo de Torren es tan grande como sus hombros.

Exhalé, sintiendo cómo la tensión se desvanecía.

—Gracias, Brunika.

Ella empezó a darse la vuelta, pero se detuvo y me miró.

—Ah. Marla ha enviado un mensaje al consejo esta mañana.

—¿Sobre Kevin?

Brunika asintió, con sus colmillos reflejando la tenue luz.

—Dice que el chico está estable. Que el colgante de una bruja parece estar ayudándole.

Me quedé inmóvil, invadida por una extraña mezcla de alivio y culpa.

—Bien. Eso es bueno.

Parecía que el colgante de Yula seguía funcionando.

Brunika me observó durante un largo rato, con sus ojos oscuros pensativos.

—Por ahora sí.

Se dio la vuelta y sus pesadas botas resonaron en el pasillo mientras se alejaba, dejándome sola de nuevo en mi celda.

Me dejé caer sobre el catre, apoyando la frente contra los fríos barrotes.

—Una cosa buena—, susurré—. Sí. Esperemos que sea suficiente.

Debo decir que me sorprendió muchísimo ver a Brunika, precisamente a ella.

Sinceramente, si me hubieras dicho hace unas semanas que la concejala troll que una vez intentó que me reasignaran por «comportamiento mágico imprudente» me defendería, te habría dicho que estabas completamente loco.

Pero ahí estaba ella bajando a las mazmorras, con su voz grave y envuelta en ropas doradas, para ver cómo estaba.

No estaba segura de cuándo había decidido confiar en mí. En algún momento entre que la ayudara a encontrar al asesino de Brynna y que se diera cuenta de que, de hecho, no era un apocalipsis mágico andante. O tal vez simplemente le gustaba mi actitud. Los trolls respetaban la honestidad sin rodeos, y yo era básicamente un objeto contundente andante.

Aun así, era extrañamente agradable tenerla aquí. Me había acostumbrado a ser de quien la gente hablaba a escondidas, a quien miraban de reojo como si fuera a estallar en cualquier momento. ¿Que alguien, cualquiera, me creyera? Eso me hacía sentir… bien.

No es que fuera a ponerme sentimental por eso.

—Mírate, Rhea— me dije a mí misma una vez que Brunika se hubo ido—. Haciendo amigos en el consejo. Lo siguiente será que te inviten al brunch de los trolls.

Me recosté en la cama plegable y el metal crujió bajo mi peso.

Aun así, la idea se me quedó grabada. Alguien de allí arriba me creía. Alguien pensaba que quizá yo no era el monstruo de esta historia.

No era gran cosa, pero era algo.

Y en ese momento, «algo» me pareció el primer rayo de luz que había visto en días.

Me sobresalté al oír más pasos, pero estos eran diferentes. Más ligeros, mesurados. Alguien que intentaba no hacer ruido.

Entonces no era Brunika.

Eryk. Tenía que ser él.

Mi corazón empezó a dar saltos dentro de mi pecho mientras me levantaba de la cama. Quizás el chico dragón había venido a rescatarme. Sí, podría derretir estos barrotes en medio segundo y cargarme al hombro. Cabalgaríamos hacia la puesta de sol o, ya sabes, hacia otro desastre. De cualquier modo, mejor que la cárcel.

—¿Eryk? —grité, con un hilo de esperanza en la voz.

La silueta se acercó, alta, ancha y moviéndose con una calma deliberada. Sin duda, un hombre. Sin duda, fuerte. El tipo de andar que decía: «He matado gente antes y lo volvería a hacer antes del desayuno».

Pero cuando la figura entró en el débil charco de luz amarilla…

Se me hizo un nudo en el estómago.

No era Eryk.

No era nadie normal.

La capucha se deslizó lo justo para que pudiera ver el rostro que había debajo, y deseé no haberlo hecho. Su piel tenía un aspecto extraño, demasiado tensa sobre los huesos, con filamentos oscuros como tinta que latían bajo la superficie. Sus ojos… Que el Caldero me ayude, no eran ojos. Eran negros como el aceite y estaban surcados por finas fracturas de luz que se extendían hacia afuera como una telaraña, latiendo débilmente.

Y su cuerpo no estaba quieto. Se movía.

Hilos arcanos en forma de zarcillos oscuros y humeantes se desprendían de su abrigo como seres vivos, enroscándose y disolviéndose en el aire antes de volver a formarse, como si la

realidad misma no pudiera decidir si quería retenerlo. El aire a su alrededor se ondulaba con calor y frío a la vez, como si llevara dentro una tormenta que no pertenecía a este mundo.

A continuación, llegó el olor.

Metal quemado. Ceniza. Y algo… dulce. Dulce hasta dar náuseas. Como azúcar podrida y papel chamuscado. Me oprimió la garganta y despertó mi maldición con un escalofrío.

Porque eso era lo que sentía, algo familiar.

Mi maldición se despertó, no en defensa, sino en reconocimiento, como un animal enjaulado que se anima al oler a su amo. Mis manos comenzaron a temblar, y el aire de la celda se volvió caliente y denso, los hilos arcanos rojos se agitaban, ansiosos. *Felices.*

No. No, no, no.

Di un paso atrás, tambaleándome y sacudiendo la cabeza. «Quédate quieta», le susurré a la maldición, aunque no estaba segura de si me lo decía a la magia o a mí misma.

El hombre encapuchado se detuvo ante los barrotes y, aunque su rostro apenas se movió, sentí la sonrisa arrastrarse por el aire como electricidad estática.

Cuando habló, no fue solo sonido. Fue resonancia.

Las palabras vibraron en mis huesos, graves y resonantes, como mil susurros superpuestos en uno solo.

—Hola, Rhea Morven.

La maldición dentro de mí *ronroneó.*

Y así, de repente, supe que estaba metida en más problemas de los que había tenido en toda mi vida.

# 14

Mi maldición estaba zumbando. De verdad, zumbando, grave y ansiosa, como si acabara de ver al chico por el que llevaba tanto tiempo enamorada al otro lado de la calle.

Sí, esto era un desastre.

Apreté las palmas de las manos contra los muslos, tratando de mantener los pies en la tierra y recordar que esto era *malo*. Muy malo. El aire de la celda latía como si estuviera vivo, hilos arcanos se retorcían bajo mi piel y se estiraban hacia él. Mi maldición quería salir a rastras y *tocar* lo que fuera que él fuera.

Ni hablar.

—Eres el tipo que le hizo daño a Kevin —dije, con una voz más aguda de lo que me sentía—. Enhorabuena, te has ganado el premio de hoy al sociópata más espeluznante con sudadera con capucha.

No respondió. No se movió. Se limitó a mirarme fijamente con esos ojos negros como la tinta que brillaban, como el reflejo de un fuego que no debería existir.

Mi corazón latía tan fuerte que estaba segura de que él podía oírlo. Tragué saliva con dificultad y logré articular:

—¿Quién eres? ¿Y qué demonios quieres?

Su magia era como la mía, pero diferente, más fría, más salvaje. De eso estaba segura. Lo que no sabía era quién demonios era ni por qué me perseguía.

Las sombras bajo su capucha se movieron, retorciéndose y plegándose hasta formar algo que podría haber sido un rostro, algo lo suficientemente parecido a un humano como para ponerme los pelos de punta. Cuando volvió a hablar, las palabras eran ásperas y se superponían, como si varias voces hablaran a la vez desde diferentes direcciones.

—Una vez fuimos como tú.

Eso era reconfortante. Dijo nadie jamás.

—Una vez— continuó—, fuimos hechiceras arcanas. Brillantes, plenas, ardiendo de poder hasta que *nos* consumió. Pero nos negamos a desvanecernos. Nos negamos a morir.

Se acercó, y los barrotes que nos separaban crujieron como si quisieran apartarse. Su olor me envolvió. Ceniza, descomposición y algo metálico, como si un rayo hubiera besado sangre vieja.

—Así que encontramos una forma de sobrevivir— dijo en voz baja—. Nos despojamos de lo que era mortal, de lo que era débil. Realizamos los ritos, y el mundo nos llamó monstruos. Huecos, dijeron. Ensombrecidos.

Sus ojos negros y agrietados brillaron.

—Tenían razón. Somos los Huecos. Y tú…—su mirada se deslizó por mis brazos, donde el tenue resplandor rojo de mi tejido de hilos arcanos latía bajo la piel—. Ya estás a medio camino.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—Sí, estoy bastante segura de que recordaría haberme apuntado a eso.

Inclinó la cabeza, con un movimiento extrañamente fluido y extraño.

—Eres una de los nuestros, Rhea Morven. Solo que aún no lo sabes.

Detrás de mis costillas, la maldición *vibraba* como si estuviera de acuerdo con él.

Di un paso atrás, luchando por mantener la voz firme.

—Noticia de última hora— dije—. Me gusta estar viva, gracias. No me interesa unirme a tu secta emo del humo.

La cosa sonrió, o tal vez se partió en dos. No sabría decir cuál de las dos cosas.

—Cambiarás de opinión— susurró, y las palabras se deslizaron por el aire como aceite, hundiéndose en la piedra, en mí.

—Sí— dije, más que nada para mí misma—. Y quizá también me dedique a tejer y monte un grupo de apoyo para maníacos homicidas.

La maldición volvió a latir, hambrienta y temblorosa. Cuando su sombra comenzó a extenderse por el suelo de la celda hacia mí, me di cuenta de algo horrible:

No era solo *mi* magia la que reaccionaba ante él.

Era *la suya* llamando a la mía a casa.

El aire entre nosotros se espesó hasta que sentí como si estuviera respirando a través del humo. Mi maldición prácticamente daba volteretas bajo mi piel, emocionada como si acabara de encontrar la invitación a una reunión familiar perdida hace mucho tiempo. Mientras tanto, yo estaba a dos segundos de vomitar.

El Hueco ladeó la cabeza, y esa boca agrietada se contrajo en algo que podría haber sido una sonrisa o una fisura que se abría aún más.

—Crees que tu maldición te hace diferente— dijo, con esa misma voz que llevaba un eco superpuesto, como una multitud susurrando desde el interior de un pozo—. Pero el linaje Morven… tu preciada estirpe… nació de los mismos ritos que nos crearon a nosotros.

Parpadeé.

—Perdona, ¿qué has dicho?

Se acercó, y las sombras a su alrededor se estiraron como zarcillos hambrientos rozando los barrotes. El metal siseó donde la oscuridad lo tocaba.

—Tu antepasado— continuó— llevó a cabo los mismos rituales prohibidos: mitad de atar, mitad de consumir. La diferencia es que no logró terminarlo. Atrapó el poder dentro de tu sangre en lugar de liberarlo.

—Oh, perfecto— dije—. Así que mi tatarabuelo básicamente inició una franquicia de terror, y yo soy la secuela que nadie pidió.

Sus ojos brillaban: resbaladizos, negros e infinitos.

—Buscaba lo que nos convertimos. Casi lo consigue. Tú, Rhea Morven, eres su verdadera culminación. La siguiente evolución.

Sentí cómo se contraían mis hilos arcanos, el aire a mi alrededor temblando de rojo mientras mi maldición reaccionaba, emocionada y hambrienta.

—Mientes— dije, forzando la voz a través de mi garganta seca.

—¿Eso crees?— Su sonrisa se amplió—. Cuando te miras al espejo y ves que tus ojos brillan en rojo… cuando tus hilos arcanos se retuercen por sí solos… cuando la fiebre te invade y te susurra que podrías ser más… ¿Quién crees que te está hablando?

Di un paso atrás tembloroso, apoyando la espalda contra la fría pared.

—Sí, bueno, la próxima vez que mi fiebre hable, le diré que deje un mensaje de voz.

Se rio, o quizá se atragantó. Era difícil saberlo.

—Luchas contra lo que ya eres, pero no puedes luchar para siempre. La maldición que corre por tu sangre y nuestra magia son lo mismo. Cuando finalmente te derrumbes…

Se inclinó hacia delante, con las sombras extendiéndose hacia mí, y su aliento olía a metal quemado y tumbas antiguas.

—Me lo *agradecerás*.

Me temblaban las manos.

—No lo creo—dije, forzando una sonrisa que no sentía—. No me van las sectas. Ni las reuniones familiares que implican la muerte por asimilación.

—Entonces morirás —dijo simplemente—. Y tu poder se pudrirá dentro de tu cadáver, desperdiciado. O…

Inclinó la cabeza, y su voz se volvió casi tierna.

—Podrías unirte a nosotros, Rhea Morven. Terminar lo que tu antepasado comenzó. Convertirte en un todo.

Apreté los dientes.

—Puedes decirle a tu pequeño y humeante club de fans que tendrán que buscar otro cartel de reclutamiento. No voy a unirme a vuestra vacía hora feliz.

Las sombras palpitaban con ira.

—Lo harás.

—Sí, claro —dije, aunque mi corazón intentaba escapar a través de mis costillas—. Y quizá también monte un esquema piramidal

mientras estoy en ello.

—Hola, soy Rhea, ¿has oído las buenas noticias sobre la condenación eterna?

Se acercó hasta que las sombras rozaron los barrotes, y el leve zumbido del metal me puso los pelos de punta.

—Pronto— dijo—la maldición te vaciará. Cuando lo haga, vendrás a buscarnos. Suplicarás que te dejemos unirte.

—Sí— susurré al silencio—, quizá primero me apunte al yoga.

Su risa se deslizó por la celda, grave, hueca y demasiado humana para resultar agradable.

—Ahora bromeas—dijo, con la voz envolviéndose alrededor de mi nombre como el humo—, pero sin nosotros, morirás. La maldición terminará lo que empezó. Siempre lo hace.

Me enderecé.

—Entonces moriré luchando contra ella— dije—. ¿Unirme a ustedes? Ni hablar. Ni loca.

El Hueco ladeó la cabeza, un gesto extrañamente elegante para algo hecho de sombras.

—Eso lo dices ahora— murmuró—pero cuando la fiebre se apodere de tu mente, cuando tu magia te desgarre la carne desde dentro, te acordarás de mí. Te acordarás *de nosotros*. Y suplicarás.

—Lo siento— dije, cruzándome de brazos porque, si no lo hacía, le habría dado un puñetazo.

—No soy de las que suplican. Soy más bien de las que dan puñetazos en la cara. Lo cual, si te acercaras un poco más, podría demostrártelo.

La comisura de su boca se curvó hacia arriba, y la diversión se extendió por ese rostro distorsionado.

—¿Te crees especial? ¿Que el Grupo Merlín te protegerá? No eres nada para ellos. Solo otro nombre en un informe. Otra bruja maldita a la que mantienen atada porque temen lo que eres.

Eso le dolió, sobre todo porque no era del todo falso.

Se acercó de nuevo, y el aire se volvió gélido.

—¿Crees que alguna vez confiarán de verdad en ti? Susurran sobre ti. Te vigilan. Les das miedo, Rhea Morven. *Siempre* te tendrán miedo.

Se me hizo un nudo en la garganta y solté una risa forzada.

—Vaya. ¿Te especializaste en manipulación emocional, o es solo un efecto secundario de ser una fuga de gas demoníaca?

Sus ojos negros brillaron, infinitos y retorcidos.

—¿Por qué conformarte con sus migajas de aprobación cuando podrías tenerlo *todo*? Poder sin límites. Libertad del dolor. Libertad del miedo. Podrías ser más que una simple bruja. Podrías ser *como nosotros*.

La maldición se agitó de nuevo, hambrienta, susurrando en lo más profundo de mi cráneo: *sí, sí, sí.*

Me clavé las uñas en las palmas de las manos hasta sentir la sangre.

—No me interesa— espeté—. ¿Qué tal si te vas a la mierda ahora mismo?

Se inclinó tanto que los barrotes comenzaron a silbar y a echar humo donde le tocaba el aliento, como si hasta el metal fuera lo suficientemente inteligente como para retroceder.

—No soy paciente.

Su voz se volvió más grave, más oscura, envolviéndome como manos frías.

—Así que mientras te aferras a tu tiempo prestado, yo seguiré trabajando. Seguiré *vaciando* a los demás aquí. A tus amigos, a tu consejo, a tus queridos conciudadanos, hasta que entiendas lo que somos. Hasta que estés lista para unirte.

La palabra *«vaciar»* me golpeó como un puñetazo en el estómago. No era solo una amenaza. Era una promesa. Podía sentir la verdad de esta arrastrándose bajo mi piel, fría y vil.

Respiré con dificultad.

—Si tocas a alguien de este pueblo— dije con voz áspera— , te mostraré lo que pasa cuando una bruja Morven enfurece.

Él sonrió.

—Nos volveremos a ver pronto.

El aire a nuestro alrededor vibró una vez, con tanta fuerza que mi maldición se agitó contra mis costillas en respuesta. Mis hilos arcanos se tensaron como si quisieran saludarlo, pero los contuve con todas mis fuerzas. Se me nubló la vista.

Entonces, sin más, desapareció. Las sombras se derrumbaron hacia dentro y el silencio se abatió sobre la celda, denso y sofocante.

Me quedé allí temblando, con los barrotes aun humeando ante mí mientras mi corazón latía con fuerza.

—Cabrón —grité, con la voz temblorosa—. Nunca va a pasar. ¿Me oyes?

—¿Rhea? ¿A quién le estás hablando?

Me sobresalté y me di la vuelta.

Torren se interpuso en mi campo de visión, mirando alrededor de mi celda como si esperara ver a alguien conmigo. Detrás de él venía Eryk, con un aire demasiado tranquilo para alguien que se encontraba en una habitación que olía a orina y desinfectante.

Mi cerebro se apresuró a buscar algo —*cualquier* cosa— que no sonara a locura.

—¿Con quién estaba hablando?— dije, forzando una risa temblorosa—. Conmigo misma. Obviamente. Hay gente que canta en la ducha. Yo mantengo conversaciones completas en la cárcel. Es genial para el desarrollo del personaje.

Si hubieran entrado solo treinta segundos antes, lo habrían visto a él, el Hueco, allí mismo. ¿Y si hubieran *oído* lo que me había dicho? ¿Ese pequeño discurso de venta de «te unirás a nosotros»? Sí, mi esperanza de vida habría caído más rápido que mi dignidad en una cuba de agua de una feria.

El Grupo Merlín ya pensaba que era inestable. A Torren le habrían quitado la placa y la cabeza, y Eryk… Bueno, Eryk probablemente habría intentado arreglarlo o, peor aún, protegerme. No estaba segura de qué opción me daba más miedo.

Me froté la nuca e intenté no parecer culpable.

—Quiero decir, si metes a alguien como yo en una celda con nada más que cuatro paredes y mis demonios internos, ¿qué otra cosa se supone que debo hacer? ¿Tejer?

Torren me lanzó una mirada que decía que estaba a un comentario sarcástico de convertir esto en mi domicilio permanente.

Los labios de Eryk esbozaron esa irritante media sonrisa que hacía difícil saber si se estaba divirtiendo o simplemente disfrutando de verme sudar.

Perfecto. Simplemente perfecto.

Lo último que necesitaba en ese momento era que un dracónido fuera testigo de mi inminente crisis nerviosa.

—¿Siempre eres tan encantadora cuando te detienen?— dijo el dracónido, claramente entretenido.

—Solo entre semana —dije, echándome el pelo hacia atrás y fingiendo que no acababa de hablar con una pesadilla de las sombras que quería vaciarme como a una calabaza.

Torren no parecía tan entretenido.

—Te van a soltar.

Parpadeé.

—¿En serio? ¿Así sin más? ¿Sin un arreglo de frutas de disculpa del tipo "lo sentimos por meterte en el calabozo sin motivo"?

¿Qué? Tenía hambre.

Sus ojos se endurecieron.

—No te pases. No te has librado, Morven.

Eryk dio un paso al frente, su presencia llenando el espacio: cálida, sólida e irritantemente magnética.

—Te liberan bajo mi custodia— dijo, con un tono informal pero que transmitía autoridad—. Arresto domiciliario. Te quedarás en mi casa hasta que el consejo pueda verificar tu historia.

Los miré a ambos.

—Espera. *¿Arresto domiciliario? ¿En* tu casa?

—Hasta nuevo aviso —confirmó Torren—. Te presentarás a diario y no saldrás de la propiedad sin permiso. Si lo haces, te volveré a meter en una celda. Y la próxima vez, soldaré la puerta.

Mierda. Esto no era lo que quería.

—No necesito que me cuiden.

—¿Estás segura de eso?— preguntó Eryk con un aire demasiado satisfecho de sí mismo. Su sonrisa era lenta, deliberada y demasiado segura para alguien que acababa de ofrecerse voluntario para cuidar de una bruja las veinticuatro horas del día.

Suspiré.

—A ver si lo entiendo. ¿Se sospecha que he maldecido a un niño, me han metido en la cárcel sin pruebas y ahora me voy a mudar con un dracónido?

Torren sacó un juego de llaves y abrió la cerradura.

—Pórtate bien, Morven. O la próxima vez, ningún dragón te salvará.

La puerta de la celda se abrió con un chirrido. Salí, rozando a Eryk mientras intentaba ignorar cómo el calor de su cuerpo se sentía como una hoguera en movimiento.

—Tus cosas —dijo Torren mientras me devolvía el teléfono y el bolso.

—Sonríe, bruja —murmuró Eryk, con su aliento cálido cerca de mi oído—. Podría ser peor. Hago un café excelente.

—Sí, estoy deseando probarlo —dije, con la mirada clavada en el suelo.

Él se rio entre dientes, con una risa grave y peligrosa.

—Esto va a ser divertido.

Sí. *Divertido.* Esa era una forma de describirlo.

Porque ahí estaba, esa mirada. La sonrisa engreída y satisfecha de Eryk, *del tipo «acabo de ganar algo»*. Esa que decía que estaba demasiado contento con toda esta situación. Ni siquiera se molestó en ocultarlo. Sus ojos dorados brillaban como si le acabaran de encargar la mejor misión de su vida.

Y quizá una parte de mí *—la parte realmente estúpida, dominada por las* hormonas— no estaba del todo molesta con la idea de quedarme con él. Porque, claro, el tipo era básicamente un horno andante con pómulos perfectos y unos brazos que parecían sacados de su propia mitología. Pero la parte más sensata de mí, la que no estaba completamente cautivada por su mandíbula, sabía que era una idea *terrible*.

Mi maldición se había hecho pública. Un asqueroso hombre hueco acababa de aparecer en mi celda para decirme que quería que me «uniera al club». Y ahora estaba a punto de hacer de invitada en casa de un dracónido que probablemente pudiera adivinar lo que estaba pensando solo por el color de mi rubor.

Suspiré y murmuré entre dientes:

—Así es como mueren las brujas en los cuentos con moraleja.

La sonrisa de Eryk se amplió.

—¿Qué has dicho?

—Nada —dije rápidamente, esbozando una sonrisa forzada—. Solo estoy deseando que llegue nuestra divertida experiencia de confinamiento para estrechar lazos.

Sus ojos se posaron en mi boca, con esa curva burlona aún presente.

—Bien. Porque pienso hacer que sea memorable.

Y así, sin más, supe que mi vida había pasado oficialmente de mala a catastrófica.

Porque si la maldición no me mataba primero, la proximidad de Eryk sin duda lo haría.

Fantástico.

Cuidada por un dragón.

Esto iba a ser interesante.

# 15

Si hubiera una lista de cosas que nunca querría volver a experimentar, *«estar bajo arresto domiciliario con un dracónido»* ocuparía un lugar entre *«sufrir un brote de la maldición en público»* y *«hacer estallar accidentalmente una reunión del consejo».*

Y, sin embargo, ahí estaba yo.

El trayecto hasta la casa de Eryk fue incómodo, por decirlo suavemente. No sabía qué decir. ¿Debería darle las gracias? Convertirme en su prisionera no era motivo para agradecerle nada. Y esa sonrisa irritante que esbozaba mientras me llevaba en su enorme Range Rover Sport negro me hizo empezar a arrepentirme de haber aceptado esto. Bueno, no es que tuviera otra opción, la verdad.

Eryk conducía en silencio, con un aire demasiado tranquilo para alguien que estaba a punto de convertirse en mi niñera designada por el Estado.

La casa del dracónido —o, mejor dicho, su mansión— era tan enorme, hermosa e imponente como la recordaba.

Encaramada al borde de Gallows Gate, no era tanto una casa como una declaración de intenciones. Muros de piedra ennegrecidos por el paso del tiempo, estrechas agujas que se alzaban por encima de la niebla y ventanas con contraventanas de hierro: irradiaba

antiguo poder y una amenaza silenciosa. El tipo de lugar construido para dragones, no para personas.

Condujo por una pendiente que se curvaba bajo el edificio principal, con los faros reflejándose en el acero y la piedra hasta que el túnel desembocó en un garaje lo suficientemente grande como para albergar a un pequeño ejército, o a un dragón con problemas de aparcamiento. Los todoterrenos y los coches estaban aparcados en perfecta formación, cada uno reluciente como si hubiera sido pulido por magia o por pura intimidación. Me lo imaginaba.

Eryk apagó el motor, cuyo grave rugido resonó contra las paredes de hormigón, y salió como si fuera el dueño del lugar —lo cual, obviamente, era cierto—.

—Por aquí —dijo.

Salí del coche, con mis botas crujiendo contra el suelo pulido. El aire aquí abajo olía a aceite, humo y ese aroma terroso y metálico del fuego de dragón que siempre parecía adherirse a él. Genial. Ahora yo también olía así.

Lo seguí hasta una puerta reforzada con acero al fondo del pasillo. Cuando se abrió, la temperatura cambió y el aire fresco me rozó la piel. El pasillo que había más allá era largo y estrecho, con paredes de piedra resbaladizas por el paso del tiempo, iluminadas por viejos apliques de latón que desprendían un resplandor ámbar parpadeante.

—Acogedor —dije—. ¿Es este el momento en el que me dices que no es una mazmorra y luego demuestras sin lugar a duda que sí lo es?

Se volvió y me miró, levantando una ceja.

—Es el sótano.

—Ajá. Eso es lo que dicen los asesinos en serie.

No respondió, solo siguió caminando.

Subimos por una escalera que olía a piedra húmeda y ceniza, y cuando él abrió la siguiente puerta, una cálida luz nos inundó. Suelos de madera, techos altos, el leve murmullo del calor que emanaba de una chimenea cercana… El repentino cambio del estilo «chic de mazmorra» al lujo «de dragón» me dejó aturdida. Era un lugar masculino, antiguo y sensual. Muy al estilo de Eryk.

Estábamos en la primera planta. Lo reconocí.

Eryk se giró, y sus ojos dorados reflejaron la luz.

—¿Tienes hambre?

—Solo si tienes algo del grupo de alimentos de brujas —dije—. No como carne cruda ni roca frita.

Esa sonrisa otra vez.

—Creo que tengo algo así.

Caminó delante, haciéndome señas para que lo siguiera. Los pasillos eran amplios, llenos de reliquias como espadas, escamas talladas y mapas antiguos que parecían dibujados a mano. Y entonces, en un nicho en penumbra, vi un gran cuadro enmarcado. El lienzo era viejo y estaba agrietado en algunos puntos donde el tiempo lo había carcomido, pero la imagen aún conservaba vida. Una mujer de cabello oscuro estaba de pie junto a un hombre alto bajo un arco de piedra, con la luz del sol derramándose sobre sus rostros. Su sonrisa era suave, casi tímida, del tipo que decía que ella había sido una vez su calma en la tormenta. El brazo de él descansaba protectoramente alrededor de su cintura, y sus ojos —esos mismos ojos dorados que yo conocía demasiado bien— ardían con una devoción silenciosa que el artista había capturado de alguna manera incluso en la pintura desvanecida.

Antes de que pudiera preguntar, Eryk dijo en voz baja a mis espaldas:

—Se llamaba Alarisse.

Lo dijo con suavidad y mesura.

—Era mi esposa— hizo una pausa—. Asesinada por brujas hace más de un siglo. Una escaramuza fronteriza entre aquelarres y clanes dracónidos.

Me giré lentamente. No me miraba a mí, sino al cuadro, con la mandíbula apretada y una expresión indescifrable, de esas que tienen las personas cuando el dolor es demasiado antiguo para expresarlo con palabras.

—Pensaba que las purgas eran principalmente políticas —dije en voz baja.

—Lo eran —respondió—. Pero la política no quema aldeas. La gente sí.

Durante un largo rato, ninguno de los dos habló. Las llamas de los candelabros parpadeaban contra su perfil, bañándolo en oro y sombras.

Ahora todo tenía sentido: la actitud inicial de Eryk hacia mí, una bruja. Y el odio de Draya y Veyrix. Aunque yo no había matado a Alarisse, mi familia sí lo había hecho.

Tragué saliva.

—Es preciosa.

Su mirada no se apartó del cuadro.

—Lo era.

Me giré, con las palabras atascadas en la garganta.

—Yo… Eryk, no era mi intención…

Se encogió de hombros, pero algo brilló en sus ojos.

—No lo hiciste. La mayoría de la gente no pregunta por el pasado. Simplemente dan por hecho que los dragones no tienen uno.

Lo miré, lo miré de verdad, y por primera vez vi el peso que llevaba a cuestas. Aquella quietud no era arrogancia. Era moderación. Control.

Y, por supuesto, mi estúpido corazón eligió *ese* momento para hacer un pequeño baile de claqué en mi pecho.

—Sé que ya lo he dicho antes— dije rápidamente, queriendo cambiar de tema—, pero tu casa es bonita. Tiene ese auténtico ambiente de soltero inmortal.

Él miró por encima del hombro, sonriendo con aire burlón.

—Cuidado, bruja. Podría pensar que estás coqueteando.

—Por favor —dije, cruzando los brazos—. Si estuviera coqueteando, ya te habría prendido fuego.

Su sonrisa se amplió.

—Quizá disfrutaría de eso.

Mis mejillas ardieron como un reactor nuclear.

Lo seguí hacia el interior de la casa, recordándome en silencio que *no* estaba allí por romance. Estaba allí porque era una bruja maldita con un reloj de la muerte marcando el tiempo en mis venas, un monstruo hueco que me tenía en la mira y el consejo pisándome los talones.

Eryk no dijo mucho mientras caminábamos por la casa, sus pasos suaves sobre los suelos de madera oscura. El lugar era ridículo, con techos altos, candelabros de hierro y arcos de piedra que gritaban *estética de señor de la guerra medieval,* pero de alguna manera funcionaba. Por supuesto que sí. El hombre probablemente podría vivir en un volcán y aun así hacer que pareciera sexy.

Llegamos a la parte trasera de la casa y él empujó una puerta que daba a una cocina lo suficientemente grande como para servir en una boda real. Las encimeras de granito pulido se extendían a lo largo de toda la estancia, reluciendo bajo una luz tenue y cálida. Las ollas de cobre colgaban en perfecto orden sobre una enorme cocina, y el aire olía a humo, especias y a él, esa mezcla de fuego y peligro que convertía el pensamiento racional en una prueba olímpica.

—Esto es... impresionante —dije, entrando.

Eryk cogió una sartén.

—Me gusta cocinar— dijo simplemente.

—Ya lo veo.

Sacó algunas cosas de la nevera, entre ellas pollo con algunas verduras, y empezó a cortar como si llevara siglos haciéndolo. Lo cual probablemente era así. Cuando terminó, movió la muñeca hacia la cocina. Una llamarada de fuego de dragón brotó de su palma, encendiendo el gas con un *silbido* agudo.

—Presumido —murmuré, cruzando los brazos.

Sus labios se curvaron, en una expresión que no era del todo una sonrisa, pero tampoco del todo inocente.

—Eficaz— dijo—. Deberías probarlo alguna vez.

—Oh, me encantaría, pero no sé cocinar.

Eryk no se rio, pero sus ojos —maldita sea, esos ojos— brillaron un poco mientras emplataba la comida y la colocaba delante de mí. Pollo, verduras asadas, hierbas; sencillo, pero olía increíble. Luego sirvió una copa grande de vino tinto y la colocó junto al plato.

—Come —dijo.

Quería discutir. De verdad que sí. Pero en cuanto probé un bocado, gemí.

—Bueno—, dije con la boca llena—. Está bien. Tú ganas. Esto está delicioso.

Se apoyó contra la encimera, con los brazos cruzados, observándome.

—Has tenido una visita— dijo finalmente— en la cárcel del juzgado.

Me quedé paralizada con el bocado a medio masticar.

—¿Una visita?

Su mirada se agudizó.

—Había una presencia contigo. Glamour. Torren no pudo sentirla, pero yo sí. —Se acercó, bajando la voz—. ¿Quién era, Rhea? ¿Con quién estabas hablando realmente?

Mierda. No tenía sentido mentirle a un dracónido. Todo su cuerpo era básicamente un detector de mentiras envuelto en músculos.

Así que se lo conté.

Sobre el hombre Hueco, lo que había dicho y cómo mi maldición había reaccionado como si lo reconociera, como si se *alegrara* de verlo.

—Estaba justo ahí— dije, con la voz tensa—. Alto, encapuchado. Su rostro era extraño, como porcelana agrietada por la que se escapaba el humo. Y sus ojos…

Tragué saliva con dificultad.

—Ya no eran ojos. Solo negros. Vacíos. Pero, de alguna manera, podía sentir que sonreía.

Eryk apretó la mandíbula, pero no dijo nada.

—Me dijo que me convertiría en una de esas cosas, como él, si no cedía. —Mi voz sonó áspera y grave—. Dijo que la única forma de vencer mi maldición era unirme a ellos. Convertirme en un Hueco.

Solté una risa aguda que no sonó para nada graciosa.

—Si no lo hago, moriré.

Eryk entrecerró los ojos.

—¿Y tú le crees?

Fijé la mirada en el suelo, donde las vetas oscuras de la madera se difuminaban.

—No lo sé— admití—. Quizá. Todos los Morven que me precedieron acabaron igual. La maldición los destrozó desde dentro, pieza a pieza, hasta que no quedó más que ruina.

Se me hizo un nudo en la garganta, pero seguí hablando.

—Dijo que suplicaría unirme a ellos cuando sucediera. Que cuando la maldición me consumiera, iría arrastrándome a buscarle.

Me pasé una mano temblorosa por el pelo, apartándomelo de la cara mientras intentaba mantener la compostura. Me picaba la piel, con la maldición zumbando bajo ella como un ser vivo, inquieta y a la espera.

—Se equivoca.

La mirada de Eryk no se movió.

Me enderecé y lo miré a los ojos.

—No voy a unirme a ningún culto de las sombras. No voy a ceder. No me importa lo que prometiera o con qué me amenazara. He vivido con esta maldición toda mi maldita vida, y sí, me está matando —noticia de última hora—, pero no me controla. Yo lo hago.

Suspiré.

—Hay más. Dijo que, si no me unía a él, seguiría haciendo daño a otros hasta que lo hiciera. Kevin fue solo el principio.

Se acercó, con voz áspera.

—Entonces ya lo ha convertido en algo personal.

—Sí.

Solté una risa seca que no parecía propia de mí.

—Al parecer, ahora soy muy popular entre la gente de las sombras homicidas. Debe de ser por el pelo rojo.

Eryk no sonrió esta vez. Su mirada permaneció fija en mí, firme e indescifrable, y luego dijo, en un tono tan bajo que las palabras casi retumbaron:

—No volverá a tocar a nadie más. Lo mataré.

Le creí. El problema era que primero teníamos que encontrar al cabrón.

Sentí un escalofrío recorriendo mi espalda; la maldición se avivó en respuesta a mi ira mientras unos hilos arcanos se deslizaban por mis brazos. Por un instante, la habitación se oscureció y los contornos vibraron al dispararse mi poder. Exhalé entre dientes y lo contuve a la fuerza, pero sentí cómo me devolvía el golpe antes de volver a hundirse.

—No soy una de ellos —dije con los dientes apretados—. Y nunca lo seré. Prefiero morir por la maldición antes que ser como él.

—No digas eso —gruñó Eryk—. Ese tipo de rebeldía mata a la gente.

Solté una carcajada, aguda y sin humor.

—¿Sí? Pues tener miedo también.

Inclinó la cabeza, estudiándome.

—¿Crees que la ira va a impedir que la maldición te posea?

—Creo que la ira es lo único que me mantiene siendo *yo* mismo en este momento. Señalé mi pecho con el pulgar— porque si dejo de luchar contra ella, si empiezo a creer que ese monstruo de las sombras tenía razón, más me valdría arrastrarme hasta una tumba y empezar a practicar mi cara de "únete a nosotros".

Eryk negó con la cabeza, con una leve sonrisa en los labios.

—Seguirías discutiendo con la muerte. ¿No es así?

—Probablemente —le dije—. Y ganaría.

Se acercó aún más, y el aire a su alrededor se calentó hasta que lo sentí contra mi piel. No me tocó, pero el calor emanaba de él en oleadas, constante y tranquilizador.

—Eres fuerte, Rhea. Quizá demasiado fuerte para tu propio bien. Pero no confundas luchar con sobrevivir. No son lo mismo.

—Díselo a todos los Morven que murieron intentándolo —le espeté, y al instante me arrepentí del quiebro en mi voz. La verdad me dolía.

Me observó durante un momento, y sus ojos se suavizaron.

—Tú no eres como ellos.

—Quizá aún no— susurré—, pero se acerca.

Las palabras flotaron entre nosotros, densas y pesadas. En algún lugar en lo más profundo de mi interior, la maldición se agitó de nuevo, como si hubiera escuchado la conversación. Tragué saliva con dificultad, obligando a la energía oscura a retroceder, pero esta se resistió, retorciéndose en lo más profundo de mis entrañas y susurrando con ese mismo tono sombrío que había salido del Hueco.

Eryk dio otro paso hacia delante, con voz baja.

—Entonces encontraremos una forma de detenerla antes de que ella te detenga a ti.

Exhalé, sacudiendo la cabeza.

—Lo dices como si fuera sencillo.

—No lo es— su mirada se clavó en la mía, firme e inquebrantable —, pero tú tampoco lo eres.

Y, sin más, mi estúpido corazón decidió que era un buen momento para empezar a latir con fuerza de nuevo. Lo odiaba. Odiaba que un hombre que respiraba fuego pudiera hacerme sentir como si fuera *yo* la que ardiera.

Así que recurrí a lo único que siempre funcionaba: el sarcasmo.

—Sabes, para ser un tipo que cocina con las manos desnudas, das charlas motivadoras sorprendentemente buenas.

Esbozó una sonrisa burlona.

—Mis manos no solo sirven para cocinar.

El calor inundó su mirada y sentí que mi cuerpo se estremecía.

—Escucha, Eryk —comencé, al ver la intención en sus ojos—. No sé qué crees que va a pasar entre nosotros… pero no creo que sea una buena idea.

Se acercó.

—¿Por qué no?

—Por lo que soy. Te lo digo por experiencia: no me queda mucho tiempo.

Me sorprendió que mi voz sonara tranquila, aunque por dentro mi alma gritaba lo injusto que era que fuera a morir. Cuando llegara el momento, ¿recurriría al hombre hueco? ¿Era por eso por lo que había dejado esa moneda, para que pudiera encontrarlos cuando llegara mi hora?

No. No voy a pensar en eso.

—Eso no lo sabes— dijo el dracónido mientras se colocaba a mi lado—. Nadie conoce el futuro.

Solté una breve risa.

—Esto ya lo sé. Tienes que olvidarte de mí.

Eryk extendió la mano y me sacó de mi asiento.

—No puedo. Eres mía. Siempre se supuso que fueras mía.

Resoplé.

—Y tú necesitas ayuda.

—Déjame demostrártelo.

No esperó a que le diera permiso y me atrajo hacia él.

—Eryk— le advertí, pero la palabra salió más suave de lo que pretendía.

No respondió. El calor a su alrededor se intensificó, grave y vibrante. Entonces el aire se transformó, su piel brilló y el fuego comenzó a trepar por sus hombros, descendiendo a toda velocidad por sus brazos en hilos arcanos de oro y carmesí. Las llamas no quemaban. Se movían como seda viva, envolviéndolo, vivas y palpitando al ritmo constante de su corazón.

—¿Qué está pasando? —susurré.

Cuando el fuego me alcanzó, me preparé para el dolor, pero este nunca llegó. Se deslizó por mi piel, ligero como el aliento, y allí donde me tocaba, mi maldición se avivaba. Los hilos arcanos que normalmente se retorcían bajo mi piel se alzaron para encontrarse con la luz, no para combatirla, sino para *bailar* con ella.

La sensación me golpeó como un rayo. La energía se derramó a través de mí, demasiado brillante, demasiado intensa. Cada nervio vibraba, el aire era cortante y dorado. Mi maldición, que ahora estaba desenfrenada y gruñía ante cualquier cosa que considerara un enemigo, se calmó. *Escuchó.* Por primera vez desde que Nyra la había liberado, no se sentía como un monstruo encadenado dentro de mí. Se sentía como una parte de mí que por fin exhalaba.

Las llamas de Eryk nos envolvían a ambos ahora, dos tormentas chocando. Su fuego, mis hilos arcanos. El aire palpitaba, vivo de poder. No me atreví a moverme. No podía.

Se inclinó hacia mí, con la voz áspera pero firme.

—¿Lo sientes?

Asentí con la cabeza, apenas respirando.

—El fuego lo sabe —dijo, con el resplandor reflejándose en sus ojos—. Si no estuvieras destinada a mí, si no fueras lo suficientemente fuerte, te habría quemado. Pero sigues en pie. —Su mirada se clavó en la mía, sin pestañear—. Eso significa algo. Significa que estamos destinados a estar juntos.

Las palabras calaron hondo, y odié lo mucho que deseaba creerle. Porque, durante ese único e imposible momento, no me sentí maldita.

Me sentí *viva.*

Alguien carraspeó.

Di un respingo como si me hubieran pillado haciendo algo ilegal, lo cual, para ser justos, aún podría pasar dependiendo de cuánto durara este «arresto domiciliario». Eryk no se inmutó, ni siquiera parpadeó. Me lo imaginaba.

Las llamas seguían retorciéndose sobre su piel, atenuándose mientras se volvía hacia la voz.

Veyrix estaba en la puerta, con los brazos cruzados y una expresión de desaprobación severa que decía: «Me he topado con algo que realmente no quería ver, pero, además, ya se los dije». Sus ojos dorados se movieron rápidamente entre nosotros, posándose en las tenues marcas de quemaduras que besaban el aire.

—Bueno —dijo secamente—, me alegro de ver que los dos… están ocupados.

El tono de Eryk se volvió grave.

—¿Qué pasa?

La expresión de Veyrix se endureció.

—Ha habido otro ataque.

Todo rastro de tensión entre nosotros se evaporó.

Eryk apretó la mandíbula.

—¿Otro niño?

Veyrix negó con la cabeza.

—No. Una bruja—. Me miró y dijo— Marla.

La palabra me golpeó de lleno.

Por un instante, todo se quedó en silencio. Sin fuego, sin aliento, sin latidos. Solo ese horrible silencio que se produce cuando el universo decide que es hora de arrancarte otro pedazo de ti.

Eryk se enderezó, y su voz se convirtió de repente en un arma.

—¿Dónde?

—En el depósito de cadáveres— dijo Veyrix—. La encontraron sus ayudantes. El consejo ya está allí.

Apreté los puños, temblando, mientras el débil pulso rojo de mi maldición se elevaba como estática bajo mi piel.

*Marla. No. Ella no.*

La mirada de Eryk se cruzó con la mía, feroz y firme.

—Quédate aquí.

—Ni loca— dije, ya en movimiento.

La mano de Eryk se extendió rápidamente, agarrándome la muñeca antes de que pudiera dar otro paso. El calor de su tacto me atravesó, no era doloroso, solo imposible de ignorar.

—No puedes irte— dijo. Su voz era tranquila, lo que lo hacía aún peor. Usaba ese tono cuando la parte de dragón que llevaba dentro tomaba el control.

—Esta vez no.

Lo miré con ira, intentando adoptar mi mejor expresión de *«no voy a recibir órdenes de un peligro de incendio de casi dos metros»*, pero su expresión me acalló antes de que las palabras salieran de mi garganta. No había ira en ella. Solo una determinación pura e inquebrantable, de esas con las que no se puede discutir a menos que te guste que te chamusquen.

Mi maldición se agitó, ardiente e inquieta, sintiendo mi frustración. El resplandor rojo lamía bajo mi piel, hambriento de arremeter, de romper algo, preferiblemente a él. Apreté los dientes y lo contuve, y el esfuerzo dejó un regusto metálico en mi lengua.

—Está bien —mentí entre dientes, con la palabra saboreando a cenizas.

Eryk me miró fijamente durante un largo segundo, con una mirada tan aguda como una espada, como si supiera que ya estaba tramando hacer exactamente lo contrario de lo que él había dicho. Aun así, asintió una vez antes de soltarme la muñeca.

—Bien —dijo, volviéndose hacia Veyrix—. Vamos.

Los dos se dirigieron hacia la puerta, silenciosos y letales, con sus pasos resonando contra el suelo de piedra.

Me quedé allí de pie un buen rato después de que se hubieran ido.

Marla.

Las imágenes de ella surgieron sin que las invitara: sus manos firmes, su agudo ingenio, ese humor seco y mordaz que me hacía sentir comprendida. Se me hizo un nudo en la garganta y tragué saliva con dificultad para contener el ardor que me quemaba detrás de los ojos.

—Ese cabrón hombre hueco —siseé entre dientes, apretando los puños a los costados. Eché un vistazo hacia el pasillo por donde Eryk y Veyrix habían desaparecido.

Ningún arresto domiciliario iba a detenerme. Ningún niñero dragón. Nada.

El aire a mi alrededor crepitaba, una luz roja parpadeaba sobre mi piel como un rayo atrapado en cristal.

Si el hueco me quería tanto… me encontraría.

Estaba a punto de descubrir qué pasaba cuando una bruja maldita lo enfrentaba.

# 16

Esperé hasta estar segura de que Eryk y Veyrix se habían ido antes de moverme.

En cuanto oí cerrarse la puerta principal, exhalé, cogí mi chaqueta y mi bolso, y dije:

—Arresto domiciliario mi trasero.

Si Eryk pensaba que me iba a quedar aquí sentada esperando como una brujita obediente que hace lo que le dicen, era un tonto. Uno muy guapo, pero tonto, al fin y al cabo.

Mi plan de huida estaba aparcado en algún lugar subterráneo, y allí era donde me dirigía.

La mansión de Eryk estaba en silencio, y cada crujido de las tablas del suelo sonaba como si me estuviera delatando. Sus protecciones zumbaban débilmente bajo mi piel y, por un segundo, juraría que oí su voz resonando a través de las paredes: *Quédate aquí, Rhea.*

Sí, ni hablar.

Me deslicé por el pasillo, encontré la puerta que daba al garaje y la atravesé a toda prisa.

A pesar de las prisas, no pude evitar quedarme boquiabierta al llegar. Seis todoterrenos estaban alineados como perros guardianes relucientes y sobrealimentados. Pero aparcado justo en el centro,

bajo un foco que gritaba *«hijo predilecto»*, había un elegante coche negro tan hermoso que hizo vibrar mi lado más perverso.

Un Bentley.

El emblema «B» con alas plateadas brillaba en la parte delantera como una pequeña corona engreída. Este tipo de coche no solo susurraba dinero. Gritaba: «Tengo más caballos de potencia que todo tu linaje».

Solté un silbido bajo.

—Era de esperar que el dragón condujera algo que costara más que las casas de la mayoría de la gente.

Apreté la palma de la mano contra la puerta. Se cerró con un clic como cualquier coche normal, metal y juntas y un botón que decía: *«Esto no es para ti».* Sin runas brillantes. Sin una voz dramática y posesiva que anunciara mi intrusión. Eryk no se dedicaba a los hechizos de protección; se dedicaba al fuego y a los dientes y al tipo de magia que derretía los problemas en lugar de acariciarlos hasta someterlos.

Me agaché, presioné la cerradura y dejé que un único hilo rojo se deslizara por debajo de mi manga, fino y vivo, como un pelo tensado. Se deslizó en el mecanismo, encontró los pestillos y los hizo bailar hasta su sitio con la paciencia de alguien acostumbrado a sonsacar secretos a cosas obstinadas. La cerradura suspiró e hizo clic.

—Ja —dije, deslizándome en el asiento del conductor—. ¿Quién necesita seguridad de primera categoría cuando se tiene la maldita improvisación arcana?

Me deslice hasta el asiento del conductor. «Se requiere autorización de voz», dijo el sistema.

Me aclaré la garganta.

—Eryk. Poderoso dragón de límites cuestionables.

Silencio. Entonces el coche respondió educadamente:

—Voz no reconocida.

—No me jodas»

Recurrí a mi magia. Unos finos hilos rojos se deslizaron de mis dedos, tejiendo en el aire hasta encontrar la matriz de encendido

bajo el salpicadero. La consola parpadeó una vez, dos veces… y entonces el motor rugió al arrancar, grave y perverso.

—Así está mejor.

¿Me freiría viva Eryk si supiera que me estaba llevando su coche más caro sin pedir permiso?

Por supuesto.

¿Me detuvo eso?

Ni por casualidad

Saqué el Bentley del garaje con suavidad, despacio y con cuidado, muy consciente de que las hazañas heroicas sin sentido no me llevarían a ninguna parte. Cada giro del volante sonaba fuerte, y el motor ronroneaba con un sonido grave y presumido bajo mis palmas. Tenía una misión: encontrar a Marla, ver si estaba viva o si era una estatua pálida como Kevin, y luego hacer que el hombre hueco se arrepintiera del día en que se metió con una bruja con una maldición familiar.

La cara de Marla no dejaba de aparecer en mi mente, como esas canciones malas que se te quedan grabadas en la cabeza. No era su expresión habitual, aguda y competente, sino más bien como la de Kevin, flácida y con la piel del color de la arcilla. Ese pensamiento hizo que algo dentro de mí se calentara y se enfriara al mismo tiempo. La furia era una hoja afilada que agudizaba todo: la memoria, la determinación y esa parte fea y obstinada de mí que se negaba a ser una víctima.

Quizá el hombre hueco pensaba que era débil por culpa de la maldición. Quizá pensaba que una sentencia de muerte en cuenta atrás me hacía más fácil de reclutar y que su humo y su espeluznante discurso de venta me resultaban irresistibles. Yo tenía fuego e hilos arcanos y, al parecer, un Bentley que en ningún universo era mío. Puede que estuviera maldita y que no tuviera tantos mañanas como quisiera, pero estaba segura de que tenía hoy, y lo iba a dedicar a que ese cabrón encapuchado deseara haberse quedado en el agujero del que se había arrastrado.

Lo primero es lo primero: Marla. Necesitaba verla —verla de verdad— para saber si había llegado demasiado tarde. Si ella estaba peor que Kevin, el Hueco no solo estaba enviando un mensaje.

Estaba declarando la guerra y yo no era de las que se quedaban de brazos cruzados. Así que pisé a fondo el acelerador, con la noche engulléndonos mientras la ciudad se difuminaba a nuestro paso, y pensé, no por primera vez, que, si morir significaba no hacer nada, prefería pasar la vida que me quedara dando puñetazos primero y haciendo preguntas después.

Saqué mi teléfono y me desplacé por los contactos hasta encontrar a la vampiresa en cuestión.

La línea se activó. —Se supone que estás bajo arresto domiciliario —dijo Selene, con una voz suave como el vino tinto y el doble de peligrosa.

—Sí, sobre eso —dije—. Lo estoy ignorando solo un momento.

Una pausa.

—¿En serio? Me imaginaba que estarías desnuda en la bañera mientras el chico dragón te daba de comer uvas con la mano.

—La verdad es que suena bien —le dije, agarrando el volante con más fuerza—. Oye, ¿te has enterado de lo de Marla?

Selene exhaló un suspiro largo y molesto, como si acabara de interrumpir su manicura.

—Por supuesto que me he enterado. Fui a verla en cuanto me enteré. No pinta bien, Rhea.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Tan mal?

—No responde. No se mueve, no reacciona a la magia. Tiene el mismo tono gris que el chico, solo que peor.

—¿Dónde está ahora?

—En su laboratorio. La han tumbado en otra mesa de la misma sala, como si estuvieran reorganizando los muebles. Entró una bruja sanadora —inútil—, murmuró unos cuantos hechizos, le dio unos toques y se marchó con una mirada que decía *"lo he intentado".* Luego, el consejo me acompañó fuera. Me dijeron que no podía estar allí por *riesgo* de *contaminación*. Después me dijeron que estabas bajo arresto domiciliario.

Apreté el volante con más fuerza de la necesaria.

—¿Te echaron? ¿Del laboratorio de Marla?

—Me dijeron que me fuera a enfurruñarme con los espectros. Yo les dije que se fueran a la mierda con una bata de terciopelo.

La risa de Selene fue aguda y sin humor.

—Es obsceno. Se lavan las manos con la misma arrogancia con la que preparan el té.

Apreté la mandíbula.

—¿Sigue ahí el consejo?

—No lo sé— dijo Selene, con un tono burlón en la voz al otro lado de la línea—. Probablemente no.

—Escucha —dije, tamborileando con el pulgar sobre el volante—. Quedamos detrás de la morgue dentro de diez minutos. Eryk y su amigo el dragón probablemente estén de camino, pero apuesto a que harán una entrada espectacular y luego desaparecerán, como suelen hacer. En cuanto se vayan, me colaré dentro. Necesito ver a Marla... verla de verdad». Si estaba peor que Kevin, no estaba seguro de qué iba a hacer al respecto. Si podía hacer algo. Quizá le pidiera a Yula otro colgante.

Hubo un momento de silencio divertido.

—Diez minutos. Allí estaré— dijo Selene—. Después de tomarme una copa.

—¿Estás pensando en vino en este momento?— pregunté. Porque, al parecer, ahora ofrecía bebidas a los vampiros. Bienvenidos a mi vida.

Ella emitió un sonido que era mitad risa, mitad gruñido.

—No te hagas la graciosa. No ese tipo de bebida. Atraparé a algún pobre incauto por el camino y lo desangraré en mi coche. Rápido, eficiente y sin esnobismo enológico.

—Claro que lo harás —no pude evitar soltar una risa breve y amarga—. De acuerdo, pero cuida que no te arresten por robo de sangre antes de llegar.

—Nunca me arrestan— se rio.

Colgué el teléfono y exhalé hasta que mis hombros se relajaron un poco.

Gallows Gate apareció ante mi vista. Una carretera principal, una hilera torcida de tiendas y el depósito de cadáveres agazapado como

si creyera que era el dueño de la manzana. Se me enfriaron las manos.

—Mierda.

Conduje el Bentley con cuidado por la calle lateral y allí estaban —Eryk y Veyrix— de pie frente al edificio, con los brazos cruzados, hablando como dos leones aburridos. Sentí un nudo en el estómago que me hizo sentir muy mal. Los Bentley no pasaban precisamente desapercibidos por aquí. Giré bruscamente a la derecha, con el corazón a mil, y susurré:

—Por favor, no mires atrás. Por favor, no mires atrás.

No lo hicieron. O eran muy educados, o su atención coincidió a la perfección con mi paranoia. Tomé el siguiente callejón lentamente, cada centímetro un ballet cuidadoso para no rayar la pintura. El Bentley ronroneó como un gato ofendido ante mi falta de delicadeza.

Aparqué en el estrecho callejón trasero, tan pegada al ladrillo que podía oír respirar al edificio. Me quedé allí sentada un segundo, con la frente apoyada en el volante, haciendo respiraciones profundas e inútiles que no servían para calmar la forma en que los hilos arcanos bajo mi piel querían gritar. Entonces abrí la puerta.

Desde la boca en penumbra del callejón, una silueta esbelta se deslizó hacia la luz. Selene emergió como si hubiera estado esperando, con una silueta dramática. Me miró de arriba abajo y luego al Bentley, y su sonrisa era a partes iguales de apreciación y diversión.

—¿Un Bentley? Bonito.

—Intenta no babear —siseé, ya en movimiento—. No tenemos tiempo para envidiar coches.

Me adelantó con paso rápido, con el pelo brillante y los tacones resonando sobre los adoquines mojados.

—Por favor. Solo aprecio un buen coche cuando es otro quien paga el seguro.

Nos metimos por la puerta lateral de la morgue, que cedió con un crujido que sonó sospechosamente como si el edificio se aclarara la garganta, y nos deslizamos dentro. El olor nos golpeó: lejía, metal viejo, el leve aroma a caramelo de la cera enfriándose y algo más

debajo, una crudeza residual que me puso los pelos de punta en los brazos.

Selene me miró de reojo, con expresión severa.

—¿Te das cuenta de que si el consejo descubre que te has escapado de la casa del hombre-dragón, podrían despedirte?

—Lo sé. Pero no es que me estén dando a elegir —dije, con voz firme pero demasiado alta en el silencio—. Voy a ver a Marla. Necesito saber si sigue viva.

Avanzamos por el pasillo de servicio, con las luces fluorescentes parpadeando como insectos molestos. Mantuve la cabeza gacha y agucé el oído. No oía nada, pero tampoco tenía un super-oído como algunos cambiaformas y seres paranormales.

—¿Qué esperas?—preguntó Selene.

Miré a la vampiresa.

—A ver si hay alguien ahí dentro.

Ella negó con la cabeza.

—Solo ese chico y Marla. No huelo la sangre de nadie más.

*¡Qué asco!*

Cuando entramos en la zona del laboratorio, con piedra, metal y el caos de equipos destrozados, parecía como si hubiera pasado una tormenta. Las mesas estaban volcadas, las superficies estaban marcadas por quemaduras y una docena de pequeñas huellas mágicas flotaban en el aire como un perfume desagradable: magia blanca y algo más que olía a azufre.

Marla se había defendido, de eso estaba segura. Pero el Hueco la había derribado, igual que hizo con Kevin.

El equipo de Marla estaba a un lado, con los cables derretidos en ángulos extraños y otra camilla. La de Kevin seguía allí, pálida y lamentable.

Avancé, cada paso una promesa y una acusación. Esto ya no parecía un mensaje. Parecía una guerra.

Selene se movió antes de que yo pudiera hacerlo. Cruzó la habitación en tres largas zancadas y se detuvo junto a la mesa de Marla, con los dedos suspendidos en el aire como si no supiera si tocar o destrozar el mundo. Por primera vez desde que la conocía, algo en ella cambió, se suavizó, como si alguien hubiera abierto una

ventana en una habitación en la que ella había estado fingiendo que no hacía frío.

Su voz se quebró al hablar.

—Marla ha sido mi amiga desde antes de que la mayoría de la gente naciera en este pueblo— dijo, y las palabras cayeron como piedras—Ella…

Selene parpadeó con fuerza, y uno de sus ojos de pestañas doradas brilló húmedo.

—Era la única persona que me aguantaba. Mi compañera de piso durante veinte años. Después de mi sexto marido…— se detuvo y tragó saliva.

—Después de que él muriera, Marla me dejó mudarme con ella. Me preparaba té. Guardaba mis secretos. Se reía de los chistes horribles que no debería haberle contado a nadie. Si Marla muere, yo no… no sé cómo estar aquí sin ella.

Al oír eso, algo dentro de mí se tensó y se vació de rabia. No era el fuego lento del miedo, sino una ira cruda, intensa y punzante.

—No va a morir— dije, y las palabras salieron a la vez como una promesa y una maldición.

—No mientras yo esté aquí. Quienquiera que haya hecho esto lo pagará. Voy a encontrarlo y voy a obligarlo a sanarlos, tanto a Marla como a Kevin.

Selene apretó la mandíbula. Parecía que quería lanzarnos a los dos por los aires y ver cómo la burocracia caía de cabeza.

—¿Quién es?— preguntó, con un gruñido sordo en la voz—. Dime su nombre y yo...

—No tiene un nombre —dije.

Respiré hondo y se lo conté de todos modos porque se merecía la verdad y porque ya no podía cargar con ese peso yo sola. Le expliqué lo del hombre hueco tal y como me habían metido por la garganta en la celda: hechiceras arcanas que se quemaron y no morían; ritos prohibidos que las vaciaron hasta convertirlas en sombra y hambre; sus voces como cristal agrietado; la forma en que encontraban tu magia y un e le susurraba hasta que la escuchaba. Le conté que se había plantado en mi celda y me había dicho que yo

ya era una de ellos, que me *uniría a ellos* cuando la maldición acabara conmigo.

Selene escuchó sin interrumpir. Cuando terminé, se rio: una risa corta, aguda, sin parecer realmente divertida.

—Una secta de brujos huecos quiere que te unas a ellas para la condenación eterna. Encantador.

—Esa no es la palabra que yo usaría.

—¿Estás segura de que es el mismo hueco?— preguntó tras una larga pausa, entrecerrando los ojos.

—Lo estoy.

Eché un vistazo a los escombros, buscando cualquier cosa que pudiera haber pasado por alto en mi primer arrebato de furia. El aislamiento carbonizado colgaba como telarañas, y las pantallas de diagnóstico del laboratorio estaban agrietadas y a oscuras. Unos papeles chamuscados esparcidos por el suelo apestaban a ozono.

Y entonces algo reflejó la luz: pequeño, negro y obsceno contra el gris de las baldosas.

Una moneda.

Yacía medio enterrada en un charco de refrigerante y cenizas. Incluso desde donde yo estaba, podía verla latir, como si alguien hubiera atrapado la noche en metal.

—¿Qué es eso? —preguntó Selene, que había seguido mi mirada. Se acercó poco a poco. Sus dedos se curvaron como garras, pero no la recogió. Inteligente.

—Parece que ya has visto una de estas antes.

Me arrodillé, ignorando el picor del polvo del laboratorio en la nariz, y saqué otra bolsa de pruebas de mi bolso para poder coger la moneda sin tocarla. Estaba fría, extraña, de la misma forma que algo muerto parece extraño junto a algo que respira. La superficie negra se tragaba la luz.

*Únete a nosotros, Rhea Morven.*

*Eres una de los nuestros…*

Ignoré la voz y miré a Selene.

—Sí. Había una en el suelo donde encontré a Kevin— dije, mostrándosela para que Selene pudiera verla.

—Es su tarjeta de visita.

La mirada de Selene se fijó en la moneda, y sus labios se curvaron lo justo para dejar ver un colmillo. —Si esta es su firma —dijo con tono arrastrado—, han firmado oficialmente su sentencia de muerte. Se inclinó hacia mí, con los ojos brillando como granates pulidos.

—No me asusto fácilmente, cariño. Yo devuelvo el mordisco. ¿Y quienquiera que le haya hecho esto a Marla?— sonrió, una sonrisa lenta y salvaje que prometía dolor—. Pienso darle un mordisco bien grande.

La miré fijamente.

—Y así debe ser.

La vampiresa ladeó la cabeza, con la mirada fija en Marla y Kevin.

—No están mejorando. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que…?

La interrumpí acercándome a la mesa de Kevin y tragándome el aire que se me había atascado en la garganta.

Mi colgante —el colgante de Yula, la pequeña joya roja que le había dado a Kevin un destello de color— había desaparecido. En su lugar había una mancha de ceniza y una tira de cuero carbonizado donde antes estaba la cadena. Eso fue todo. La mentira de la esperanza se redujo a cenizas.

—Maldita sea.

Me acerqué a Marla. Su piel tenía ese tono gris enfermizo, y se le había vuelto fina como un hilo en las sienes. Luego, a Kevin. Su color había pasado de parecer enfermo a parecer obsceno. Unas venas negras se entrelazaban bajo su piel, dibujando un patrón como la escarcha sobre el cristal. La carne parecía como si alguien la hubiera ido raspando lentamente: fina, frágil, casi translúcida. La palabra surgió espontáneamente en mi boca: hueca.

¿Era eso lo que hacían? ¿Robar el interior hasta que solo quedara un caparazón?

—¿Cómo la curamos? —preguntó Selene.

—Encontramos al cabrón y le obligamos a revertirlo —dije. La frase sonó más valiente de lo que me sentía—. Todo hechizo tiene su antídoto. Todo lazo se puede deshacer. Tiene que haber una forma de revertir esto.

No tenía ni idea de si eso era cierto, pero me lo creí.

La risa de Selene carecía de humor.

—¿De verdad crees que va a ser un pequeño Hueco cooperativo y deshacerá su obra maestra porque se lo pidas amablemente?

—No —dije—. Pero lo hará si le obligamos. Si le hacemos sufrir lo suficiente y le amenazamos, elegirá la supervivencia antes que el arte.

La sonrisa de Selene era todo dientes y furia.

—Eso sí que es algo por lo que puedo brindar.

Ese estúpido plan parecía el único plan. Y en ese momento, con Kevin y Marla desvaneciéndose ante mis ojos, lo estúpido era todo lo que tenía.

Salimos juntos del laboratorio de Marla, enfadadas, pero no indefensas.

Ahora, si tan solo pudiera hacer mi trabajo sin que el consejo me enviara una tobillera electrónica muy pasivo-agresiva, la vida sería perfecta.

# 17

—¿Arresto domiciliario?— preguntó Morty por segunda vez, como si saboreara cada sílaba—¿Con el hombre dragón?

Negué con la cabeza.

—No *con* el hombre-dragón. En su casa.

—Da lo mismo— se burló el fantasma—. Así que… ¿te escapaste de sus grandes manos escamosas y emocionalmente inaccesibles?

Selene resopló, inclinando su petaca plateada con una sonrisa que decía que sin duda habría pagado por ver eso.

Puse los ojos en blanco.

—No me escapé. Solo… me trasladé momentáneamente.

—Ajá —dijo Morty—. De la guarida del dragón a un probable deseo de muerte. Una jugada audaz.

Selene se apoyó en la barra, curvando sus labios carmesí.

—No sé, estoy impresionada. La mayoría de las mujeres no pueden salir de la casa de un dragón sin que las devoren o las violen. O ambas cosas.

—Sí, bueno, tengo muchos talentos, como ese.

Morty ladeó su cabeza fantasmal.

—Espera... ¿por qué estás bajo arresto domiciliario, exactamente? Me perdí el memorándum.

Suspiré porque explicar mi vida era un trabajo a tiempo completo.

—Torren y el consejo creen que tuve algo que ver con el coma mágico de Kevin. Creen que soy cómplice.

Dejé que las palabras quedaran en el aire.

—Lo cual… es cierto. Pero no de la forma en que ellos piensan.

La sonrisa de Morty se transformó en modo detective total.

—Ah. Así que ayudaste, pero, como, en plan "intenté arreglarlo y sin querer lo empeoré".

—No —dije secamente—. En plan «alguien hizo daño a un niño para llamar mi atención».

—Ah.

Los ojos de Morty se abrieron de par en par con ese horror encantado que solo un fantasma puede mostrar.

—Porque el hombre hueco está haciendo esto para reclutarte, como un club VIP de mierda con un código de vestimenta horrible.

—Exacto —dije—. Membresía exclusiva. Trae tu propia alma.

Selene resopló.

—Qué encantador. Supongo que el servicio de habitaciones está muerto.

Morty sonrió.

—¿Qué va a hacer Eryk cuando descubra que no estás dentro de su castillo a prueba de fuego?

—No me importa.

—Pero al consejo sí le importará— dijo Selene, deslizándose en una silla junto a Morty. Le dedicó una sonrisa perezosa y depredadora que hizo que el fantasma pareciera que fuera a entrar en combustión espontánea.

Si los fantasmas pudieran sonrojarse, Morty habría estado más rosado que un flamenco en una sauna. En lugar de eso, intentó hincharse, echando los hombros hacia atrás y levantando la barbilla, en un intento por parecer duro ante una vampiresa sexy.

Eché un vistazo hacia la ventana abierta. La música flotaba desde fuera, alta, discordante y molestamente alegre.

—¿Siguen todos en la feria? —pregunté—. ¿Se han vuelto locos?

—Sí —dijo Morty, sin dejar de intentar no mirar las piernas de Selene—. Esta noche es la última.

—Después de lo de Kevin y Marla, uno pensaría que el ayuntamiento ya lo habría cerrado —murmuré—. ¿Por qué no lo han hecho?

Selene se encogió de hombros.

—Porque son unos idiotas.

—¿Mi opinión?—dijo Morty, apartando por fin la mirada—, dinero. Festivales como ese atraen dinero de todos los pueblos paranormales vecinos. Brujas, vampiros, cambiaformas, hadas, trolls. Todo el mundo acude en busca de buñuelos carísimos y decadencia moral.

—Hmm.

Crucé los brazos, cabreada porque dejaran que la feria siguiera adelante. Si no estuviera bajo arresto domiciliario, habría conducido hasta el juzgado y les habría dicho lo que pensaba. Pero si lo hacía, estaba segura de que esta vez Torren me mantendría encerrada en la cárcel del consejo durante el resto de mi «arresto domiciliario».

Morty señaló hacia la ventana.

—Bienvenida a Gallows Gate. El único lugar donde el asesinato es malo para la imagen pública, pero bueno para las ventas.

Suspiré y me recosté en la silla, con la mente divagando hacia el reluciente Bentley negro aparcado fuera, junto a la camioneta abollada del personal de la morgue.

Sí. Quizá me sentía un poquito mal por haber robado el coche de Eryk. Solo un poquito. Pero, en mi defensa, estaba prácticamente pidiendo a gritos que lo condujeran. Elegante, reluciente y tan discreto como un dragón haciendo yoga en una fábrica de cristal.

Selene se dio cuenta de mi sonrisa burlona.

—¿Qué?

—Nada— dije—. Solo pensaba que quizá debería haber dejado una nota. "Perdón por robarte el Bentley. Por favor, no me calcines".

Morty sonrió.

—Oh, sí. Eso va a quedar genial. Muy profesional.

—Tranquilo— dije, poniéndome de pie—. Ya estoy bajo arresto domiciliario. ¿Qué va a hacer? ¿Arrestarme con más ganas?

Vaya. Eso sonó mal.

Selene levantó su petaca en señal de saludo.

—Así se habla.

Me hundí en la silla, sintiendo que los acontecimientos del día por fin me pasaban factura. Marla estaba en mal estado. Kevin, peor. Y si yo tenía razón, se estaban transformando en algo… en sombras, en versiones vacías de sí mismos.

No iba a permitir que eso sucediera.

—Y bien, ¿cuál es el plan, Roja?— preguntó Morty.

Metí la mano en mi bolso y saqué la bolsa de pruebas. La moneda negra que había dentro brillaba a través del sello transparente, con la superficie resbaladiza como el aceite. La dejé caer sobre la mesa con un *golpe* seco.

—Esto.

Morty se inclinó hacia delante, con los codos espectrales apoyados en las rodillas.

—¿Te estás aficionando a coleccionar monedas? Porque no me gusta el desorden.

—Si esta moneda es su tarjeta de visita —dije—, voy a usarla.

El fantasma emitió un sonido que era mitad de admiración y mitad de terror.

—¿Cómo dices?

Las palabras se desbordaron, desordenadas y no del todo sensatas.

—Me sintonizaré con ella. Hilos arcanos, resonancia, llámalo como quieras. La moneda late. Zumbando. Puedo entrelazarme con ese zumbido, cabalgar el eco y seguir de dónde viene. Como un GPS mágico.

La sonrisa de Selene se amplió.

—Qué sexy. Una búsqueda del tesoro maldita. Me apunto.

Morty parpadeó.

—¿Seguro que es una buena idea?

—Sí.

Era mi única idea, así que la consideré buena.

Selene dio un sorbo a su petaca como si eso zanjara la discusión.

—Además, me gusta la venganza. Y Marla se merece algo mejor que las migajas que le está sirviendo ese hombre hueco.

—¿Cómo se hace realmente el rastreo?— preguntó Morty—. ¿Te conectas a una moneda y te dice: "Sígueme, idiota"?

Sentí los hilos arcanos rojos bajo mi piel como cables con corriente.

—No exactamente. La moneda deja una huella: hilos arcanos, olor, llámalo como quieras, una huella mágica. Cuando la toco, mi magia responde. Puedo lanzar hilos, como un hilo de pescar. Vibrarán cuando detecten el mismo tipo de pulso, y yo seguiré el tirón más fuerte.

Hice un gesto como si tirara de un hilo en el aire, porque, ¿por qué no dramatizar mi plan?

—No es perfecto. Es ruidoso. Puede que grite y llame la atención. También puede que me lleve directamente a una trampa ingeniosamente tendida. Pero es algo.

Selene aplaudió suavemente.

—Me encantan los planes que pueden matarte o no. Cuenta conmigo.

Morty cruzó sus brazos fantasmales.

—¿Te das cuenta de que esto es: A) ilegal según las normas *del arresto domiciliario*, B) realmente imprudente, y C) posiblemente moralmente ambiguo?

—Marca las tres— dije—, y quizá una cuarta: es todo mío, solo mío.

Selene se levantó, con sus tacones resonando como un metrónomo de fatalidad.

—Prepara tus hilos arcanos, cariño. Yo traeré los complementos necesarios.

Golpeó la petaca contra su palma.

—Y por necesarios, me refiero a sangre opcional. Potenciador del estado de ánimo.

Me colgué la bolsa de pruebas del brazo, sintiendo el frío latido de la moneda a través del cuero.

—Bien. Hacemos esto rápido y en silencio. Seguimos el eco, encontramos al Hueco y le obligamos a revertir cualquier horror que haya estado vendiendo.

Les eché un vistazo a los dos —la pulida amenaza de Selene y la ridícula bravuconería de Morty— y sentí cómo se me dibujaba una especie de sonrisa de guerra.

—Además —añadí—, si alguien pregunta, estoy absolutamente, inequívocamente, *fuera* de arresto domiciliario.

Selene se rio con una risa aguda y encantada.

—Claro, cariño. Dile eso al consejo y llévales buñuelos.

Morty se acercó un poco más.

—Además... son puras formalidades. Política de devoluciones: un hombre hueco no admite devoluciones.

Puse los ojos en blanco, pero no pude contener la sonrisa.

—La única garantía es que voy a encontrar al hombre hueco que hizo esto.

Extendí la mano y pasé un dedo por la bolsa. La moneda vibró bajo mi tacto, como si supiera que iba a llegar.

—Y cuando lo haga… va a aprender lo que se siente al ser vaciado.

Miré a Morty, esperando que dijera algo ingenioso, pero el fantasma se había quedado quieto, con una extraña expresión en el rostro.

—¿Morty? —pregunté—. ¿Qué pasa?

El resplandor de Morty se atenuó un poco, sus contornos se difuminaron como si la recepción fuera mala.

—No… estoy seguro… —dijo, con la voz temblorosa—. Me siento… raro. Como si alguien me hubiera echado agua fría por la columna vertebral. Lo cual es impresionante, teniendo en cuenta que no tengo. Bueno, técnicamente no.

—Cielos, eso no es normal —dije, poniéndome de pie—. Eres un fantasma. Se supone que tú eres el estable aquí.

—¿Estable? ¿Desde cuándo?— preguntó Selene con tono burlón, pero noté un destello de preocupación en sus ojos oscuros.

Morty abrió la boca para responder, pero entonces toda su forma empezó a titilar. En un segundo, era lo suficientemente sólido como para proyectar una sombra tenue, y al siguiente, transparente como el humo de un cigarrillo. Luego volvió a solidificarse, como si alguien estuviera cambiando de canal en su existencia.

—¡Eh, eh, oye! —chilló Morty, mirándose las manos mientras parpadeaban, apareciendo y desapareciendo—. ¿Me estoy muriendo otra vez? Porque *juro* que si esto es otra estafa del más allá...

—¿Morty? —Me acerqué. El aire a su alrededor zumbaba ahora, agudo y eléctrico, y mi magia se estremeció bajo mi piel en respuesta—. ¿Qué te está pasando?

Estaba jadeando, lo cual no debería haber sido posible.

—Es como si… me estuvieran tirando. Algo… algo me está llamando.

Selene frunció el ceño.

—Nada llama a los muertos a menos que quiera utilizarlos.

Fue entonces cuando lo sentí: el tirón débil y aceitoso. Mi maldición se agitó, hilos arcanos se movían bajo mi piel, y mi mirada se posó en la mesa.

La moneda negra.

Vibraba suavemente, la luz a su alrededor se curvaba mientras las sombras se extendían como dedos.

Joder. Eso no había pasado antes.

—Es la moneda— dije—. Le está afectando.

Selene dio un paso atrás con cautela.

—¿Me estás diciendo que esa cosa ahora puede meterse con los fantasmas? Qué versátil.

La silueta de Morty parpadeó violentamente, con un ritmo entrecortado que me revolvió el estómago.

—Está *dentro de mí* —jadeó—. Es como si algo estuviera atravesando el Velo.

Agarré la bolsa de pruebas, el plástico fino y transparente caliente bajo mis dedos. En cuanto la toqué, la fuerza tirando de él se suavizó —solo un poco—, pero Morty seguía parpadeando como una bombilla a punto de fundirse. Mi maldición se desató, hilos arcanos vibrando furiosamente en mi sangre, intentando alcanzar la moneda, *conectar.*

La reprimí.

—¡Ni hablar! Quédate conmigo, Morty. ¡No te atrevas a desaparecer!

—¡No era mi intención!— ladró, con su forma mitad sólida, mitad sombra—. ¡Pero la próxima vez que decidas traer a casa calderilla maldita, quizá deberías investigar un poco!

La moneda volvió a latir, esta vez con más fuerza, como el latido de algo antiguo y hueco.

Selene cruzó los brazos, aunque me di cuenta de que estaba nerviosa.

—Sea lo que sea lo que esté haciendo, tienes que detenerlo antes de que tu amigo fantasma desaparezca.

Apreté con fuerza la bolsa, sintiendo cómo mi propia magia se enroscaba a su alrededor como alambre de púas.

—Lo estoy intentando. Pero me gustaría saber cómo lo está haciendo.

Morty parpadeó una vez más, se estabilizó por un momento y me dedicó una sonrisa temblorosa.

—Genial. Investiga rápido, Roja. Porque si empiezo a hablar en latín o a flotar boca abajo, te perseguiré *para siempre*.

Fijé la mirada en la moneda, con el pulso sincronizado con su ritmo.

—Muy bien, pequeña y espeluznante ficha de pesadilla —dije entre dientes—. Querías llamar mi atención, pues ya la tienes.

Morty se estremeció en el aire, con los bordes de su forma crepitando por la electricidad estática, y entonces… Su voz se apagó.

No más grave. *No.*

—Únete…— a palabra salió distorsionada, hueca, como si algo le susurrara desde dentro— a nosotros.

El sonido no era la voz de Morty. Era la de los Huecos. La reconocí.

Selene se quedó paralizada a mitad de un sorbo, con la petaca suspendida justo debajo de la boca.

—¿Qué ha sido eso?

—Morty —se me hizo un nudo en el estómago—. Repite eso.

Parpadeó, con pánico en sus ojos translúcidos.

—¿Que diga *qué*? ¿Qué he dicho yo…? Espera, ¿acabo de…?— se tapó la boca con ambas manos, horrorizado—. No. No, no, no. Ese no era yo.

Mi maldición ardió en mi pecho, hilos arcanos arañándome las costillas como garras.

—Tienes que estar bromeando.

Los Huecos no se conformaban con convertir a la gente en cascarones. No, también tenían que ir a por mi amigo fantasma.

Ni siquiera lo pensé. Agarré la moneda, aún guardada en su bolsita, me dirigí a la puerta, la abrí de una patada y la lancé tan lejos como pude. Golpeó la grava del exterior con un leve chapoteo.

—¡No te acerques!— grité en la noche como una bruja lunática.

Selene arqueó una ceja.

—¿Te sientes mejor?

—No.

Cerré la puerta y corrí de vuelta hacia Morty. Su resplandor se había atenuado de nuevo, parpadeando en ráfagas irregulares como un letrero de neón moribundo.

—¿Y ahora? ¿Mejor?

La sonrisa de Morty era forzada.

—Define "mejor".

Mi pulso se aceleró.

—Morty.

Él bajó la mirada hacia sus manos semitransparentes.

—No se ha ido, Roja. Sea lo que sea lo que haya hecho esa cosa, *sigue dentro de mí*.

Maldita sea. Esto no pintaba bien. No conocía ningún tipo de magia capaz de hacerle esto a un fantasma. Los nigromantes resucitaban a los muertos, no manipulaban a los fantasmas.

Este cabrón hueco era diferente. Más listo. Posiblemente más poderoso que cualquier nigromante o mago del que hubiera leído jamás.

Pero no me importaba. Iba a encontrarlo de todas formas.

Una idea me vino a la mente en medio de mi furia.

—La moneda. Mierda.

Si esa maldita cosa acababa en manos equivocadas —digamos, un niño curioso—, nunca me lo perdonaría. La moneda tenía que estar bajo llave. O mejor aún, lanzada al sol.

Maldije entre dientes mientras corría hacia la puerta. Solo un novato la habría tirado así. Una bruja inteligente, una Merlín con experiencia, habría pensado antes de reaccionar por puro impulso.

Adivina cuál de los dos era yo esta noche.

Abrí la puerta de un tirón, me lancé hacia delante...

y me di de bruces contra una pared.

Una pared que olía sospechosamente a humo, fuego y colonia cara.

Alcé la vista, ya haciendo una mueca de dolor.

Eryk.

# 18

Di un salto hacia atrás y levanté la vista hacia él. Era *así de* alto.

—Ah. Puedo explicarlo.

El dracónido entró y cerró la puerta tras de sí con el movimiento lento y deliberado de alguien que ya sabía que yo era culpable.

—¿Se te perdió algo?— preguntó, mostrando la bolsa de pruebas con la moneda negra dentro.

Apreté los labios, intentando parecer *inocente pero misteriosa.*

—Sí. Gracias.

Arrebatándole la bolsa de la mano, añadí rápidamente:

—Escucha, sobre tu coche tan caro. Puedo explicarlo.

Eryk miró más allá de mí, hacia Morty y Selene, y luego volvió a mirarme.

—No me importa el coche.

Selene arqueó una elegante ceja, dejando que su mirada se posara en el pecho de Eryk y se demorara demasiado tiempo.

—Claro que no— ronroneó—. Probablemente tengas otros diez iguales. Dime, ¿estás así de… bien formado *por todas partes?*

—Selene —le advertí.

—¿Qué? Aprecio la artesanía.

Morty silbó en voz baja.

—De repente me siento mal vestido.

Eryk ignoró sus bromas, pero su atención se centró en Morty.

—¿Qué le ha pasado?

Morty volvía a parpadear: sólido, luego transparente, luego sólido, como si alguien estuviera jugando a la ruleta fantasmal con sus moléculas.

Me froté la nuca.

—Eso es… más o menos lo que estamos intentando averiguar. Creo que fue la moneda.

—¿La moneda?— repitió Eryk, cambiando de tono.

—Sí— dije, dejando caer la bolsa sobre la mesa—. No lo mencioné antes porque, bueno, estabas muy ocupado haciendo de dragón mandón con eso de "estás bajo arresto domiciliario".

Selene resopló.

—Sí que tiene ese aire.

—Esta moneda— continué—no solo está maldita. Es como una tarjeta de visita. El hueco la usa para marcar a la gente y, de alguna manera, le está… haciendo algo a Morty.

Morty parpadeó violentamente, con la voz cada vez más débil.

—Sería genial que pararas ya, gracias.

Suspiré.

—Sí, estoy en ello—. Levanté la bolsa—. Y no es la única. Encontré otra moneda como esta, mismo diseño, mismas malas vibraciones. Estaba justo donde Kevin se cayó en la feria.

Eryk giró la cabeza bruscamente hacia mí, con tono cortante.

—¿Dónde está?

—Con Yula— dije—. Probablemente la esté diseccionando o intentando conjurarla. O sacrificando una cabra... lo que sea que hagan las brujas oscuras.

Selene dio un paso al frente, sin su habitual sonrisa burlona.

—Esta estaba en el laboratorio de Marla. Este cabrón hueco quería asegurarse de que la encontráramos.

Eso dejó a todos callados.

Eryk apretó la mandíbula, y el calor de sus ojos dorados se suavizó ligeramente.

—Vi a Marla —dijo—. Lo siento.

Selene se quedó inmóvil por un momento y apretó sus labios rojos.

—Deberías estarlo. No es solo una bruja en coma. Es mi amiga. Mi compañera de piso. La única persona que, de alguna manera, aguanta que deje cadáveres en la nevera».

Morty, a pesar de parpadear como una bombilla a punto de fundirse, murmuró:

—Es una forma de guardar las sobras.

Tragué saliva con dificultad.

—Está haciendo daño a la gente a propósito. Por mi culpa. Y esto tiene que acabar. Voy a detenerlo.

El *cómo* aún era una incógnita, pero al menos lo estaba intentando.

La expresión de Eryk se endureció, con un destello de preocupación en su mirada. Se volvió hacia mí.

—Rhea— dijo, pasándose una mano por la cara—. Si el consejo se entera de que te escapaste, desobedeciste una orden directa y te metiste en líos con monedas malditas, perderás tu licencia. Tu trabajo. No serás bienvenida aquí.

Crucé los brazos.

—Entonces supongo que lo añadiré a mi creciente lista de logros vitales: arrestada, maldita, perseguida por fantasmas y desempleada. Lo siguiente… posiblemente muerta.

Selene esbozó una sonrisa burlona.

—Te olvidas de «*irresistible*».

Eryk exhaló por la nariz como si estuviera debatiéndose entre gritarme o besarme.

—Esto no es una broma.

—No —dije en voz baja, mirando a Morty, que seguía parpadeando como una luz de discoteca embrujada—. No lo es. Pero no voy a dejar que una secta de las sombras glorificada haga daño a mis amigos solo porque crean que soy un blanco fácil.

Eryk apretó la mandíbula, con la mirada ardiente, baja y firme.

—Vas a volver conmigo. Mi casa está protegida por Veyrix y Draya. Allí podemos trazar un plan, en un lugar seguro.

—¿Seguro? —pregunté incrédula—. No hay ningún lugar seguro para mí. Ya no. Creo que *la seguridad* y yo llevamos un tiempo sin hablarnos.

—Si Torren te ve salir —continuó Eryk—, te arrastrará de vuelta al consejo y te encerrará en esa celda para siempre.

—No me importa Torren— mi tono sonó más cortante de lo que pretendía, pero era cierto—. No voy a esconderme mientras la gente muere por mi culpa. Yo no pedí esto, y desde luego que no voy a dejar que una secta de las sombras me chantajee para que me una a su espeluznante club de fans.

Eryk se acercó, con el fuego palpitando en el borde de su piel, un pulso de calor visible que hacía vibrar el aire.

—Rhea…

—No—le señalé con el dedo en el pecho—. No puedes encerrarme solo porque *te* haga sentir mejor. No soy una muñeca de porcelana con una etiqueta de "no tocar"». Ni hablar.

El dracónido exhaló por la nariz.

—Nunca dije que lo fueras— entrecerró los ojos, pero esta vez había algo detrás de ese fuego: algo más tierno, incluso protector—. Eres una brujita testaruda.

Arqueé una ceja.

—Me lo tomaré como un cumplido.

Su mirada se clavó en la mía, firme e inquebrantable, y, maldita sea, no podía apartar la vista. No era solo la intensidad. Era la forma en que me miraba, como si estuviera memorizando el hecho de que aún respiraba. Nadie me había mirado así antes. No como un problema que resolver o una maldición que estudiar. Simplemente… *a mí.*

El aire se sentía más denso, más pesado, como si su calor se filtrara en mi piel. Aún podía sentir el fantasma de su fuego de antes, salvaje y vivo, pero controlado. *Él* estaba controlado. Todo en él gritaba moderación y peligro envueltos en un paquete alto y frustrantemente hermoso.

¿Y lo peor de todo? Sabía por qué me quería en su casa. No era solo porque el consejo le hubiera dicho que me cuidara. Podría

haberme metido en cualquier celda o haberme echado en brazos de Torren. Pero no lo hizo. Quería que *estuviera a salvo.*

Era la primera vez que me pasaba.

Me había pasado toda la vida siendo la chica a la que la gente evitaba. La maldita Morven, el peligro mágico andante. Y ahí estaba Eryk, el dracónido, arriesgando su reputación, tal vez incluso su vida, porque pensaba que merecía la pena protegerme.

Mi corazón dio un pequeño y traicionero latido. Fantástico. Justo lo que necesitaba: sentimientos.

Exhaló lentamente y un tenue rizo de humo salió de sus labios.

—No tienes ni idea de cuántos problemas causas.

—Tengo una ligera idea —dije con ligereza—. Si no, no estarías aquí.

Entonces algo brilló en su expresión, algo que se parecía peligrosamente a la ternura.

—Sí —dijo, con voz baja—. Ese es el problema.

Y, de repente, mi estómago dio una vuelta de campana. Porque, a pesar de todo su poder, todo su ardor y su control, no me estaba protegiendo solo por deber. Se preocupaba por mí. Y eso era mucho más peligroso que cualquier maldición.

Selene, recostada en un rincón, agitando su petaca plateada.

—Tiene razón, cariño. Además, ¿alguna vez has intentado mantenerla en un solo sitio? Te resultaría más fácil atar una tormenta. Aunque, personalmente, pagaría un buen dinero por verte intentarlo.

Morty se acercó, titilando ligeramente.

—Yo voto por dejarla ir. Se pone de mal humor cuando la castigan. No le queda bien.

Eryk soltó un gruñido sordo que hizo que una onda de calor recorriera la habitación.

—No lo entiendes. Si mueres…

—Entonces moriré según mis propios términos —le interrumpí—. No porque algún alfa del consejo o un dragón me diga que me quede quieta.

Exhalé un largo suspiro.

—Mira, Eryk. Lo entiendo. Estás preocupado. Pero esto ya no se trata solo de mí. Marla, Kevin, Morty… el hombre hueco lo está convirtiendo en algo personal y no me voy a quedar de brazos cruzados mientras él gana la batalla.

Apretó la mandíbula, pero la ira de sus ojos se suavizó lo justo para que pudiera ver la preocupación que había detrás.

—Eres imposible.

—Gracias —dije—. Lo intento.

Selene sonrió.

—Tiene razón, chico dragón. No puedes encerrarla, pero puedes seguir intentándolo. Es muy entretenido.

Morty resopló.

—Haz unas palomitas y veamos cómo discuten los guapos.

Los ojos de Eryk ardían, a partes iguales de irritación y admiración.

—Vas a acabar muriendo.

—Probablemente —dije, cogiendo la bolsa y dirigiéndome hacia la puerta—. Pero me aseguraré de que el hueco muera primero.

—Deberías llevarle esa moneda a Yula— dijo Eryk, mirándome—. No deberías llevarla encima. Es peligrosa y puede hacerte daño.

Asentí.

—Cierto. Pero primero la usaré para acabar con el culpable.

Eryk se acercó lo suficiente como para que el aire entre nosotros vibrara con su calor.

—Eres imprudente.

—Gracias.

—Eso no era un cumplido.

Incliné la cabeza.

—Aun así, me lo voy a tomar como tal.

Cerró los ojos un segundo, como si estuviera contando hasta diez en dracónico.

—Ni siquiera sabes de lo que es capaz esa moneda.

—Sé lo suficiente.

—Está claro que no.

Fruncí el ceño.

—No empieces.

—Llévasela a Yula— repitió.

—No.

Sus ojos brillaron con un destello dorado.

—Rhea...

—He dicho que no—. Enderecé los hombros—. Si esa cosa me persigue, yo soy el cebo. Más vale que lo aproveche.

¿Cómo? No tenía ni idea.

Un momento de silencio. Selene dejó escapar un silbido bajo.

—Ustedes dos necesitan una habitación o un árbitro.

Eryk se pasó una mano por el pelo, luchando visiblemente por mantener la compostura.

—Me vuelves loco.

—Bienvenido al club —dije, levantando la bolsa—. La membresía incluye trauma gratis.

Él gruñó, murmurando algo en su idioma que probablemente no fuera halagador.

Selene esbozó una sonrisa burlona.

—Bueno, esto es incómodamente sexy. ¿Ya terminaron o debería ir a por palomitas?

Morty volvió a parpadear, con la voz tensa.

—Por si a alguien le importa, estoy a medio camino de convertirme en carne seca de fantasma.

Eché un vistazo a Morty, con su rostro fantasmal aun parpadeando como una bombilla a punto de fundirse, y la ira que sentía se endureció hasta convertirse en algo más agudo y frío.

—Voy a buscarlo— dije. Ya estoy harta de esperar a que dé el siguiente paso.

Selene ladeó la cabeza, arqueando una elegante ceja.

—¿Y cómo piensas exactamente encontrar a un cadáver andante con talento para el teatro? Podría estar en cualquier parte, cariño.

No se equivocaba. El muy cabrón había estado en la feria, en la cárcel del juzgado, en el laboratorio de Marla, siempre un paso por delante, siempre escondido a plena vista. Podía moverse c e a través de las sombras como el humo y deslizarse entre los hechizos protectores como si fueran meras sugerencias, lo que me hacía odiarlo aún más.

Apreté la mandíbula. No me gustaba pensar en mí misma como un cebo. No era una bruja temblorosa esperando a que apareciera el monstruo. Yo era la que cazaba monstruos. Pero si esperaba a que él viniera a mí, sería según sus condiciones. Y después de lo que le había hecho a Kevin, a Marla, no le iba a dar esa satisfacción.

No. ¿Quería jugar? Muy bien. Le daría la vuelta al tablero.

Aun así, pensar en él me ponía los pelos de punta y, lo que era peor, hacía que mi magia se agitara. Mis hilos arcanos palpitaban bajo mi piel, inquietos, ansiosos. Como si *lo* recordaran*.*

Esa era la parte que más me asustaba.

Cuando me había enfrentado a él, mi magia no se había resistido a la suya como debería haberlo hecho. La había buscado. A mis hilos arcanos les había *gustado*: hambrientos, curiosos, atraídos por ese mismo ritmo corrupto. Y eso estaba mal. Todos mis instintos de bruja gritaban que estaba mal, pero a mi magia no le importaba. Reaccionó como si hubiera encontrado algo que reconocía. Algo familiar.

¿Y si por eso había venido a mí? No porque yo fuera especial, sino porque me estaba deslizando. Porque podía sentir que estaba perdiendo el control.

La maldición dentro de mí ya era una bomba de relojería. El Hueco había dicho que moriría por ella, que solo él podía detenerla. Que él podía «salvarme».

Sí. Salvarme convirtiéndome en una de ellos. Una criatura de humo y sombras, medio muerta y medio otra cosa.

Se me revolvió el estómago. Eso no era vida. Eso no era nada. Era una muerte lenta disfrazada de supervivencia.

Si eso era lo que el Hueco quería para mí, le esperaba un duro despertar.

Porque preferiría arder antes que convertirme en uno de *ellos.*

Apreté los puños y una luz roja parpadeó entre mis dedos, finos hilos arcanos que se deshilachaban como chispas antes de desvanecerse de nuevo. Respiré temblorosamente y los reprimí. Ahora no. Todavía no.

El Hueco pensaba que le suplicaría que me dejara unirme a él, que me derrumbaría.

No me conocía en absoluto.

Bajé la mirada hacia la moneda negra, aún guardada en su bolsa. Latía débilmente, como si tuviera un latido, o tal vez fuera el mío. En cualquier caso, se estaba burlando de mí.

—Tengo una idea —dije lentamente, entrecerrando los ojos para mirarla—. Pero puede que no te guste.

Morty gimió.

—Así es como empiezan siempre tus ideas. Dices algo valiente, yo siento pavor y luego algo explota.

—No siempre —repliqué—. A veces las cosas simplemente se incendian.

Selene esbozó una sonrisa burlona.

—Muy reconfortante.

Me incliné hacia delante y bajé la voz.

—Si esta moneda es su tarjeta de visita, quizá también sea su señal. Una forma de comunicarse. Quizá yo pueda…

Se oyó un fuerte golpe en la puerta principal. El sonido resonó en el aire como un trueno.

—Mierda— siseé.

—Es Torren —dijo Morty, con la voz entrecortada por la estática —. ¡Rápido, Roja! ¡Escóndete!

—¿Esconderme?— me burlé—, ni loca.

Enderecé la espalda, ignorando la mirada de Eryk clavada en mí. Si el lobo quería la revancha, se la daría. No estaba dispuesta a volver a hacer de bruja dócil y arrepentida. Esta vez, me defendería.

¿Era una estupidez? Posiblemente. ¿Me importaba? Ni lo más mínimo.

Me dirigí hacia la puerta, con la mano ya extendida hacia el pomo.

—Rhea —advirtió Eryk en voz baja.

—Tranquilo— murmuré, tirando de ella para abrirla— Yo me encargo.

La puerta se abrió de par en par.

—¿Yula? —Parpadeé—. ¿Qué haces aquí?

# 19

Me quedé mirando a la diminuta bruja oscura durante lo que probablemente se consideraría un tiempo socialmente inaceptable, con la boca abierta para darle más dramatismo. Apenas me llegaba al hombro y estaba envuelta en capas negras. Su túnica estaba raída en los bajos, y su cabello plateado sobresalía por debajo de un sombrero torcido que podría ser más antiguo que el propio consejo. Su rostro era todo ángulos marcados y actitud, y su única lente de aumento hacía que su ojo izquierdo pareciera estar perpetuamente indiferente ante la humanidad.

Además, llevaba un bolso que apestaba a pescado rancio y pólvora. Lo cual, sí, tenía sentido.

Eché un vistazo hacia la entrada. Solo el Bentley y mi destartalada camioneta Merlín estaban allí, uno al lado del otro, como las fotos del antes y el después de una crisis de mediana edad.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

Entonces algo largo y de madera me llamó la atención, apoyado casualmente contra el lateral de la puerta. Medía unos metro y medio de alto, era liso y oscuro, con cerdas gruesas atadas con alambre de cobre y unas runas tenues grabadas a lo largo del mango.

Me quedé con la boca abierta.

—Joder. ¿Has *volado* en esta escoba para llegar hasta aquí?

Yula ni siquiera pestañeó. Solo resopló, me empujó a un lado y entró tambaleándose en la comisaría como si fuera la dueña del lugar oliendo a salvia, metal quemado y algo más que no logré identificar.

La vampiresa arqueó una elegante ceja cuando Yula entró, con los labios temblorosos.

—Adorable. Una bruja de bolsillo.

Yula le lanzó una mirada tan fulminante que habría podido descascarillar la pintura.

—Y tú eres la chupasangre que me debe dinero por ese tónico protector que preparé hace dos noches.

Selene sonrió dulcemente.

—Esperaba que lo hubieras olvidado.

Yula entrecerró los ojos y echó un vistazo a la habitación, su mirada barriendo desde el fantasma parpadeante hasta el dracónido melancólico antes de posarse en la bolsa que había sobre la mesa.

—Pensé que dejarían más monedas— dijo secamente.

Yo, sin embargo, seguía obsesionada con lo de la escoba.

—En serio. ¿*Has volado* hasta aquí? ¿En plena noche? ¿Sobre la Puerta de la Horca?

Estaba realmente impresionada. Y, seamos sinceras, un poco envidiosa.

Yula dirigió sus enormes lentes hacia mí.

—¿Y arriesgarme al tráfico? Por favor. Los hechizos protectores hacen maravillas con el viento a favor.

Parpadeé.

—¿Quieres decir que la gente te vio?

—Solo los que miraron hacia arriba— dijo con un resoplido—. Y, en serio, ¿quién mira ya hacia arriba?

Se sacudió un poco de polvo de la manga, dejando tras de sí un tenue rastro de residuos que se parecía sospechosamente a ceniza.

—¿Crees que podrías enseñarme?— pregunté, con la cabeza ya dando vueltas a la idea. Yo. En una escoba. El viento en mi pelo, el dramático abrigo ondeando a mi espalda, dejando un rastro de comentarios sarcásticos en el cielo. ¿Ridículo? Sí. Pero también…

increíble. Podría evitar el tráfico, evitar la incómoda charla trivial con Eryk en el coche, evitar caminar. Imagina las cosas que podría hacer.

Yula ni siquiera dudó.

—No.

Parpadeé.

—Vaya. ¿Sin discusión? ¿Sin dudar? Ni siquiera lo has pensado.

Me dirigió ese ojo gigante y agrandado.

—Sí lo hice. Durante medio segundo. La respuesta sigue siendo no.

—Puedo pagarte.

—No.

—Puedo pagarte *bien.* De hecho, peligrosamente bien. Dinero tan brillante que hará sonrojar a tus frascos de hechizos.

—Sigue siendo no.

—¿Por qué no?— levanté las manos—. ¿No crees que me quedaría bien una? Me compraría una escoba bonita. Algo a medida. Quizá roja. Ya sabes, a juego con la magia. Para dar esa sensación de "bruja en misión".

Yula suspiró con ese aire de resignación que solo las brujas centenarias pueden permitirse.

—Las hechiceras arcanas no pueden volar— dijo, como si fuera lo más obvio del mundo.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué no? ¿Hay alguna ley? ¿Un sindicato de escobas que no acepta nuevos miembros?

—No es la escoba— dijo Yula con sequedad—. Eres tú.

—¿Yo?

Me señaló con un perezoso movimiento de los dedos.

—Tienes demasiada magia. El aire te rechaza. Despegarías y enseguida explotarías. Sería un desastre, un inconveniente, y nunca conseguiría quitar las marcas de quemaduras de mi túnica.

Fruncí el ceño.

—Tonterías.

Yula se apoyó en su escoba como si fuera un bastón, con expresión impasible.

—Limítate a caminar, Morven. Lo último que necesita este pueblo es que caigas del cielo como un fuego artificial enfadado.

—Bien —murmuré, aunque la idea de volar seguía ardiendo en mi pecho—. Pero, para que conste, se me daría de *maravilla*.

—Mm —dijo Yula, dirigiéndose hacia la mesa—. Eso es lo que decían antes de inventar los cascos protectores.

Selene resopló.

—Sí, sí— refunfuñé—. Ríete todo lo que quieras, colmillos. Pero algún día, cuando estés atrapada en un atasco, recuerda este momento.

Selene ladeó la cabeza, divertida.

—Yo vuelo en jet privado.

Gruñí.

—Claro que sí.

Yula volvió a ignorarme y señaló la bolsa.

—¿Dónde has encontrado esta?

—En la morgue— dije—. Marla, la bruja que trabaja allí. Está en el mismo tipo de coma que Kevin.

—No es un coma— corrigió Yula, dando un golpecito a la bolsa—. Es un cambio. Una metamorfosis.

Fruncí el ceño y me acerqué a la mesa.

—¿Qué tipo de cambio?

Yula soltó un suspiro de resignación, de esos que sugerían que llevaba al menos tres siglos lidiando con idiotas y que por fin había llegado a su límite.

—Esto no es magia transmitida por la voz— dijo, inspeccionando la moneda como si fuera algo pegajoso sobre lo que hubiera pisado.

—Lo sé —dije rápidamente—. Y no tuve oportunidad de contártelo. Uno de ellos vino a verme. A la cárcel del juzgado.

Levantó la cabeza de golpe.

—¿Estuviste en la cárcel?

—Arresto domiciliario— le corregí, haciendo un pequeño gesto de dolor—, por ahora.

Al otro lado de la habitación, Eryk se movió, cruzando los brazos con ese aire estoico y taciturno que sin duda pretendía resultar intimidante, pero que sobre todo me hacía darme cuenta de lo irritantemente guapo que estaba al hacerlo. Su mirada se cruzó con la mía, firme, protectora y demasiado intensa para mi tranquilidad.

Los agudos ojos de Yula captaron el intercambio y ella emitió un sonido a medio camino entre una burla y un silbido.

—Por supuesto. Típico de un dracónido.

—¿Qué has dicho? —pregunté.

Yula puso los ojos en blanco, y la lente de su monóculo reflejó la luz.

—Adelante —dijo—. Cuéntamelo todo.

Respiré hondo.

—Se hacía llamar el Hueco y dijo que, si no me unía a "ellos", moriría. Lo llamó mi destino, o alguna tontería melodramática por el estilo. Y eso no es todo. Dijo que seguiría haciendo daño a la gente. A gente como Kevin, como Marla, hasta que aceptara unirme.

La expresión de Yula no cambió mucho, pero sus dedos se apretaron contra el borde de la mesa hasta que la madera crujió.

—Descríbelo.

—Alto. Pálido. Da una sensación espeluznante, como de sombra. Probablemente no se hidrate— dije—. Su magia… no se parecía a nada que hubiera sentido antes. Era fría y vacía, pero de alguna manera… familiar. Mis hilos arcanos… reaccionaron ante ella. Como si la reconocieran.

La vieja bruja se quedó muy quieta. Entrecerró los ojos y casi podía ver las ecuaciones de la fatalidad discurriendo por su mente.

—Esto es lo que temía— dijo finalmente, con voz más tranquila, más baja—. Y mucho, mucho peor.

Selene ladeó la cabeza.

—¿Peor que los muertos vivientes convertidos en maldiciones andantes? Por favor, explícate.

Yula no respondió de inmediato. En cambio, me miró, me miró de verdad, como si estuviera sopesando cada hilo arcano de mi ser contra algo que no quería decir en voz alta. El silencio se prolongó lo suficiente como para que incluso Selene dejara de sonreír con sorna.

Por fin, Yula habló.

—He oído hablar de los Huecos. Hace muchos años. No son una secta, Rhea. Son algo peor.

—Define "peor"», dije—. Porque las sectas ya vienen con túnicas a juego y malas decisiones.

—Los Huecos no son individuos —continuó Yula, con voz baja y precisa—. Son una mente colectiva. Una sola conciencia repartida entre muchos cuerpos. Piensan, actúan y se mueven como uno solo. No hay un verdadero líder, solo una colmena que se obedece a sí misma. En otro tiempo fueron Merlines, hechiceras arcanas. Las primeras de su especie en experimentar con la magia de la resurrección. Pero fueron demasiado lejos: abrieron algo que debería haber permanecido sellado. La magia los consumió, vació sus almas, y lo que regresó ya no era humano.

Tragué saliva; el aire se volvió de repente denso.

—Así que no solo están corrompidos. Están… *reescritos.*

Yula asintió con gravedad.

—Sí. Su magia ya no se parece en nada a la de las brujas. Es poder arcano despojado de su equilibrio. Esencia pura y cruda moldeada únicamente por la voluntad. No están vivas, no están verdaderamente muertas y no están sujetas a ninguna de nuestras leyes mágicas.

Los ojos de Selene brillaron en rojo por un instante.

—Entonces voto por saltarnos las negociaciones y empezar con las decapitaciones.

—Yo lo secundo—dije.

Yula frunció el ceño.

—No lo entiendes. No se puede matar lo que no está vivo en primer lugar. Son magia a la que se le ha dado forma, sin anclaje, que se alimenta de energía, memoria y esencia. Para destruirlos, tendrías que desentrañar lo que los mantiene atados.

—Suena complicado— dije, y estúpido.

—La mayoría de las cosas que merecen la pena lo son— dijo Yula con sequedad.

Me froté las sienes para aliviar la tensión.

—Genial. Así que nos enfrentamos a unos Merlins zombis con mente de colmena que han decidido arruinarme la semana.

Selene levantó su petaca.

—Tus decisiones vitales se vuelven más emocionantes por momentos.

—Y que lo digas.

Suspiré, mirando la moneda negra que brillaba sobre la mesa.

—Dijo que moriré si no me uno a ellos. Que suplicaré para convertirme en uno de ellos.

La mirada de Yula se suavizó, pero solo un poco.

—Entonces más te vale demostrarle que se equivoca.

—Oh, eso pienso hacer— dije, con mi magia agitándose bajo mi piel como una tormenta inquieta—. Y cuando lo encuentre, le voy a demostrar exactamente con qué tipo de bruja no debería haberse metido.

Selene esbozó una sonrisa burlona.

—Así se habla. Primero el asesinato, luego la terapia.

—Exacto—. Miré a Yula a los ojos—. Porque sean lo que sean —Merlins, monstruos, Borg mágicos—, no voy a unirme a su maldito colectivo.

Selene se sirvió un trago de su petaca.

—Por las reuniones familiares horribles.

—¿Qué va a pasar con Kevin y Marla?— preguntó Eryk, rompiendo su silencio. Su voz era cautelosa y firme, pero sus ojos delataban el peso de la pregunta.

Yula se volvió hacia él y, por un segundo, pensé que tal vez respondería como una persona normal. Qué tonta fui.

En lugar de eso, dio dos pasos deliberados hacia delante y, que el caldero me ayude, lo olfateó como un sabueso en el mostrador de perfumes.

Eryk se puso tenso, claramente dividido entre la ofensa y la confusión.

—¿Qué estás haciendo?

Yula entrecerró los ojos y frunció la nariz.

—Dragones —murmuró, como si la palabra tuviera un sabor amargo—. Siempre oliendo a hoguera y a arrogancia. ¿Siguen

marcando sus territorios con quemaduras y alardeando de ello?

Selene ocultó una sonrisa detrás de su petaca.

—Esta me cae bien.

Eryk frunció el ceño.

—¿Perdón?

—No te preocupes —dijo Yula, haciendo un gesto de desprecio con la mano mientras daba un paso atrás—. Conozco bien a los de tu especie. Grandes, malhumorados, excesivamente protectores. Creen que estar encima de la chica la mantendrá a salvo. Es entrañable. Como ver a un perro guardián descubrir la filosofía.

Morty se acercó, sonriendo.

—Quiero decir, no se equivoca. Tienes ese aire de protector alfa dominado a la perfección. Le daría un nueve sobre diez. Pierdes un punto por abusar de él.

—Gracias, *fantasma* —dijo Eryk con tono seco.

Morty se encogió de hombros.

—Solo cumplo con mi deber cívico espectral.

Yula los ignoró a todos, sacudiéndose un polvo imaginario de la capa.

—Ahora —dijo, con la voz de nuevo nítida—, en cuanto a tu pregunta…

Señaló con pereza la bolsa que había sobre la mesa y que contenía la moneda.

—Las almas de Kevin y Marla se están desmoronando. Su energía vital no se está drenando tanto como reescribiendo, como si se raspara un pergamino para dejar espacio a nueva tinta. Los Huecos infectan la esencia, la despojan de identidad y la remodelan en otra cosa.

Selene apretó la mandíbula y su humor desenfadado se desvaneció.

—¿En qué?

Tenía la sensación de que ya sabía lo que Yula iba a decir. O al menos, tenía una corazonada desde que había visto a Marla y a Kevin en la morgue.

—En los de su especie— dijo Yula simplemente—. Acabarán despertando, pero no como ellos mismos. No como las personas que

conocías.

Exhalé bruscamente.

—Entonces… ¿qué? ¿Son solo… reservas para los Huecos? ¿Nuevos reclutas?

—En cierto modo —dijo Yula—. Los Huecos no se reproducen en ningún sentido mortal. Se convierten. Se asimilan. Uno por uno.

La expresión de Eryk se ensombreció. ¿Y no hay forma de revertirlo?

Yula negó con la cabeza.

—No que yo sepa. Una vez que comienza la transformación, es irreversible. La magia infecta los hilos arcanos del alma, como la podredumbre en la madera. Puedes cortarlos, pero se extenderá más rápido de lo que tardas en repararlos.

—Eso no me sirve de nada —espeté—. Inténtalo de nuevo.

La vieja bruja arqueó una ceja.

—¿Crees que me gusta dar malas noticias? Créeme, si pudiera detener esto, lo haría. Marla me caía bastante bien. Una vez me regaló mermelada.

Las fosas nasales de Selene se dilataron.

—Si muere, drenaré a todos los Huecos que encuentre hasta que los océanos se sequen.

—Poético— dijo Yula con suavidad—, pero improductivo. No puedes drenar algo que no está del todo vivo.

Selene gruñó y le mostró los colmillos a la vieja bruja, pero se quedó en silencio.

Me volví hacia Morty. Había estado callado, merodeando cerca de la esquina y parpadeando como una vela moribunda.

—¿Y él?— pregunté—. No está... vivo. No del todo. Pero a él también le está pasando algo. Su cuerpo parpadea, su voz... Dice que se siente raro. ¿Puedes ayudarlo?

Yula lo estudió por encima del borde de su monóculo.

—Ah. El fantasma.

Morty saludó débilmente con la mano.

—Hola. Aquí hay una crisis existencial titilante.

Yula se acercó, con las manos entrelazadas a la espalda.

—No poseo la magia necesaria para revertir lo que ya se ha hecho. Es demasiado tarde para él.

Las palabras me golpearon como un puñetazo.

—No. Eso no es una opción.

—Entonces busca una mejor— dijo Yula con sequedad—. Pero por lo que sé, la maldición del Hueco no está pensada para fantasmas. Está reescribiendo lo que queda de él, pero como no es mortal, no sabe qué hacer con él.

Morty hizo una mueca.

—Así que lo que estás diciendo es que, básicamente, soy un mensaje de error mágico.

—Exactamente —dijo Yula.

El fantasma se encogió de hombros.

—Genial. Siempre quise ser un fallo del sistema.

Apreté los puños.

—Tiene que haber algo que podamos hacer. No me voy a quedar aquí sentada viendo cómo se desvanece.

Yula ladeó la cabeza.

—Puede que no tengas otra opción, Rhea. Quizás se quede así para siempre. Quizás… desaparezca.

Morty se quedó en silencio. El parpadeo se ralentizó, solo por un momento, y su silueta se atenuó antes de estabilizarse de nuevo.

Una chispa de ira se encendió en mi pecho.

—No. Eso no sucederá.

Yula suspiró de nuevo, esta vez con el peso de siglos.

—Puedes enfadarte todo lo que quieras, Rhea, pero la ira no reescribe el destino.

—Quizá no— dije, sintiendo cómo los hilos arcanos de mi magia se agitaban bajo mi piel, ardientes, vivos y furiosos—. Pero yo sí.

Selene esbozó una sonrisa burlona.

—Oh, esto se va a poner bueno.

—Y probablemente estúpido— dijo Morty, parpadeando débilmente—pero bueno.

Yula cruzó los brazos.

—Brujas. Siempre tan dramáticas.

—Y lo dice la mujer que *ha volado hasta aquí* en una escoba. Por favor.

Eryk se acercó, con su presencia llena de calor y humo.

—Estarás más segura en mi casa. Eso no se discute.

Yula resopló.

—Los dragones. Siempre dando por hecho que las brujas son damiselas en apuros.

—Oye —dije, señalando a Eryk—. Soy muchas cosas, pero *damisela* no es una de ellas. Preferiría prenderme fuego. Y créeme, esa no es una metáfora que utilice a la ligera.

Selene sonrió con aire burlón.

—Pagaría por ver eso.

Le hice un gesto para que se callara.

—No. Estos Huecos me persiguen. Dudo que tu fortaleza de dragones los mantenga fuera. Tengo que detener esto. Ahora mismo.

Mis ojos se posaron en la moneda que yacía inocentemente sobre la mesa, brillando como una mala idea con buena iluminación.

—Como dije antes, tengo una idea que no te va a gustar, pero es la única manera.

El ceño de Eryk se frunció aún más.

—¿Qué idea?

Antes de que ninguno de ellos pudiera detenerme, antes de que yo pudiera detenerme, alcancé la bolsa. Mis dedos dudaron durante medio latido, y luego la abrí y saqué la moneda.

—¿Rhea? —La voz de Morty se quebró como si fuera estática—. ¿Estás loca?

—Solo el tipo adecuado de locura —dije.

Esta vez apreté la moneda con fuerza y esperé unos segundos. Entonces, un escalofrío agudo me recorrió el brazo, extendiéndose como escarcha líquida. La habitación se oscureció por los bordes, las sombras se alargaron y los colores se desvanecieron. El aire sabía a hierro y polvo de tumba mientras algo dentro de mí, profundo y antiguo, *se agitaba*.

Mis hilos arcanos se soltaron, desenrollándose por el aire como rayos de luz, retorciéndose, extendiéndose, hambrientos. Pulsaban

al ritmo del débil zumbido que provenía de la moneda.

Me estaba llamando.

No con sonido, sino con intención. Sentí un tirón en las entrañas, suave al principio, pero luego más firme, direccional, como si mi sangre tuviera de repente una brújula y los Huecos estuvieran justo al norte.

Tragué saliva con dificultad, obligándome a respirar. Cuanto más lo aguantaba, más frío hacía, hasta que casi podía ver la escarcha formando una telaraña sobre mi piel. La sensación no era dolor. Era más bien una llamada, una invitación.

Eryk gruñó, dando un paso adelante, con el fuego ardiendo bajo su piel.

—Rhea, basta.

Selene siseó entre dientes.

—O eres muy valiente o muy estúpida. Yo apuesto por lo segundo.

Yula cruzó los brazos.

—Déjala. Ya ha empezado.

Eso no me tranquilizó.

Apreté los dientes y me encontré con la mirada furiosa y preocupada de Eryk.

—Si esta moneda es su tarjeta de visita —dije, con la voz temblando solo ligeramente—, voy a usarla para llamarlos.

Eryk apretó la mandíbula.

—¿Qué quieres decir?

La atracción se hizo más fuerte, tirando de algo detrás de mis costillas. Algo *familiar.* Mis hilos arcanos vibraron en respuesta, como si *quisieran* seguirme. Como si *supieran* el camino.

Levanté la barbilla, con el corazón latiéndome con fuerza.

—Voy a encontrar a los Huecos— dije—, y esta moneda… es mi mapa.

El silencio se abatió sobre nosotros, denso y cargado de tensión.

Selene suspiró y cerró de un golpe su petaca.

—Fantástico. Oficialmente se nos han acabado las opciones sensatas.

Eryk gimió.

—Te van a matar.

—Quizá— dije, apretando la moneda con más fuerza mientras ese hilo invisible tiraba un poco más fuerte, sabiendo que tenía razón—. Pero lo haré con mucho estilo.

# 20

Seguí el tirón fuera de la estación Merlín y por la calle. El aire nocturno seguía cargado de humo de feria y azúcar. El tirón en mis entrañas me empujaba hacia delante, insistente, voraz, y mis piernas obedecían como si fuera la marioneta menos glamurosa del mundo. Mis hilos arcanos se arremolinaban a mi alrededor, cintas de color rojo brillante en la oscuridad, retorciéndose como sabuesos que huelen a una presa. Fuera lo que fuera lo que los llamaba, fuera lo que fuera *lo que me llamaba a* mí*,* estaba cerca.

Mi mano, que sostenía la moneda, estaba ahora entumecida, helada, pero aun así no la solté. No podía. La fuerza me parecía viva. Despierta. Cuanto más me resistía, más se aferraba a mí, como una sirena tarareando mi nombre.

—Esto es una mala idea —dijo Eryk a mi lado, con esa voz tranquila y esa molesta sensatez que me daba ganas de darle un puñetazo. Su brazo rozó el mío, todo calor, músculo y moderación moral—. Te das cuenta de que esto es exactamente lo que quieren.

—Sí —dije. Mi voz sonó más áspera de lo que pretendía, y se me cortó la respiración cuando otra oleada de fiebre me invadió. Arde y me helo a la vez. Mis hilos arcanos luchaban contra la maldición, y la maldición luchaba contra todo lo demás. Mi magia se estaba convirtiendo en un niño pequeño en plena rabieta.

—Entonces para —insistió él, colocándose delante de mí—. No eres lo suficientemente fuerte. No así.

Incliné la cabeza y le dediqué una sonrisa temblorosa.

—Qué gracioso. ¿Crees que alguna vez fui lo suficientemente fuerte para esto?

—Rhea.

Pasé junto a él.

—Estoy bien.

—Estás sudando a través de la chaqueta.

—Sí, bueno, eso es solo mi radiante personalidad saliendo a la luz.

Detrás de mí, Selene caminaba con aire despreocupado, con los tacones resonando en la acera agrietada como si estuviera en una pasarela de medianoche.

—Si se cae muerta, ¿me quedo con su camioneta?

—Selene —gruñó Eryk.

—¿Qué? —Se encogió de hombros—. Es una camioneta bonita. Huele a problemas y a café malo.

—Ambas cosas son ciertas —dije, con la cabeza a punto de estallar. La fiebre subía cada vez más, y sentía cómo el calor se acumulaba detrás de los ojos. Mi piel vibraba con magia, demasiada, demasiado cerca de la superficie. La maldición corría por mis venas como un reguero de pólvora, y podía sentir cómo saboreaba el aire, *hambrienta.*

Apreté la mandíbula.

—No pasa nada —repetí—. Puedo manejarlo.

—No estás manejando nada— dijo Eryk, acercándose de nuevo —. Estás ardiendo.

—¿A los dragones no les gusta el fuego?

—Eso no es… —Se detuvo y exhaló, pasándose una mano por el pelo—. Eres imposible.

—Gracias. Me esfuerzo mucho por serlo.

La fuerza no solo tiraba de mi mano. Me arañaba las entrañas, un susurro frío que se colaba por mis huesos como si ya fuera dueño de mí.

Cada respiración salía en forma de vapor, cada latido del corazón más fuerte que el crujir de la grava bajo mis botas. Los Huecos estaban cerca. Podía sentirlos como una descarga estática contra mi piel, como un segundo pulso que no me pertenecía.

Eryk mantenía el ritmo a mi lado, tenso y en silencio, su calor rozando mi brazo. Selene nos seguía con esa calma enloquecedora suya, la elegancia de un depredador con tacones altos. Ninguno de nosotros hablaba. No hacía falta. El aire mismo contenía la respiración.

Me dije a mí misma que podía hacerlo. Que podía luchar contra ellos. No iba a caminar directamente hacia mi propia tumba con una moneda maldita y brillante y una actitud negativa.

Pero la verdad se coló de todos modos, como siempre lo hace la verdad: lenta, cruel y no deseada. No sabía si podría matarlos. No de verdad. Cada vez que había sentido su magia, sabía igual que la mía. El mismo ritmo, el mismo zumbido bajo la piel.

Quizá por eso me querían a mí.

Quizá por eso no podía detenerme.

Apreté la moneda con más fuerza, el frío calándome en la palma.

—No soy uno de ustedes— susurré, más que nada a la noche, en parte a mí misma—. No lo soy.

La moneda palpitó una vez, fría como la negación.

La sombra de Eryk se cernió junto a la mía.

—¿Qué has dicho?

—Nada— dije, esbozando una sonrisa forzada—. Solo me estoy animando.

Selene resopló suavemente.

—Deberías probar el vodka. Funciona más rápido.

Casi sonreí. Casi. Pero el tirón volvió a sacudirme, con más fuerza, y cualquier atisbo de humor que me quedara se esfumó.

No quería negociar. No quería entenderlos. Quería que esto terminara antes de que se llevaran a nadie más, antes de que la cosa dentro de mí empezara a responder cuando la llamaran.

Así que seguí caminando, adentrándome más en la oscuridad, diciéndome a mí misma que yo era la cazadora y fingiendo que aún no me sentía como una presa.

Giramos por la siguiente calle, el resplandor de la feria parpadeaba en la distancia con luces rojas y doradas girando y el débil eco de las risas mezclándose con el chirrido de las atracciones oxidadas. El olor a caramelo, masa frita y algo metálico flotaba en el aire.

Las risas sonaban extrañas ahora, débiles y monótonas.

La mirada de Eryk se posó en mí.

—No vas a parar, ¿verdad? No vas a entrar en razón.

No respondí. La moneda volvió a latir, una vez, dos veces, y sentí un vuelco en el estómago, como si algo me hubiera enganchado desde dentro y me estuviera arrastrando hacia sí.

—Rhea —me advirtió.

Lo miré, con el sudor resbalándome por la piel. Mis dedos temblaban alrededor de la moneda.

—No voy a parar hasta encontrarlos.

Eryk maldijo entre dientes, pero volvió a ponerse a mi lado de todos modos, con su cuerpo irradiando calor.

La moneda vibró por última vez, arrastrándome más allá de la feria y hacia la parte más oscura de la ciudad, donde las luces se hacían más escasas, la música se desvanecía y las sombras mostraban los dientes.

Y, aun así, no me detuve.

Una parte de mí deseaba tener uno de los colgantes de Yula en ese momento, pero el único que había hecho se lo había regalado a Kevin. La última vez que lo vi, se había desmoronado hasta convertirse en polvo.

Antes, cuando salimos de la estación, Yula se había quedado en el porche viéndonos partir. El viento le levantó la capa, haciéndola ondear lo justo para lograr el máximo efecto dramático.

Me había gritado:

—Ten cuidado, Rhea.

—Lo haré— le había dicho, aunque ambas sabíamos que estaba mintiendo descaradamente.

Mi mano se cerró con fuerza alrededor de la moneda mientras caminábamos. La atracción era más fuerte, como si el mundo mismo

tuviera un latido y yo estuviera caminando directamente hacia su pecho.

Recordé su voz.

—Será más difícil de lo que crees.

Entonces me había dado la vuelta.

—Estoy segura de que lo será.

Pero ella se había ido. Y la escoba también. El porche había crujido, vacío salvo por unas pocas hojas esparcidas y el leve olor a madera vieja y brujería.

—Una brujita rara— había dicho Selene cuando Yula se desvaneció—, pero tiene la mejor sangre embotellada de todo este norte. Una vez conseguí una O negativo de 1962 con notas de canela. Divina.

*Puaj.*

Ahora, el aire nocturno era denso, las luces de feria parpadeaban en la carretera detrás de nosotros como un rastro de malos presagios. El olor a azúcar y humo se aferraba a todo. Mis hilos arcanos se retorcían a mi alrededor como serpientes inquietas, respondiendo al pulso de la moneda. La atracción era más fuerte ahora. Los Huecos estaban cerca.

Solo había conocido a uno, pero con la explicación de Yula de que se trataba de un grupo, tenía la sensación de que pronto vería a muchos más. ¿Diez? ¿Veinte, tal vez? ¿Trescientos? No tenía ni idea. Supongo que estaba a punto de averiguarlo.

Eryk aminoró el paso para adaptarse al mío.

—Te estás tambaleando.

—No es verdad.

—Estás a punto de chocar con una farola.

Me aparté en el último momento y lo miré con ira.

—¿Ves? Estoy perfectamente bien.

Maldita sea. Por poco.

—Rhea, estás ardiendo. —Esta vez su tono no era de enfado. Era suave y bajo, una preocupación teñida de algo más profundo—. Tienes que dejar de forzar tus límites.

—Los límites son para la gente sin maldiciones.

Y sin malas ideas. Odiaba cómo su preocupación me hacía sentir tan blanda y sentimental. Era obvio que el dragón quería algo de mí: una relación. ¿Yo? No estaba segura de estar preparada. ¿Cómo iba a estarlo con la maldición de los Morven a punto de estallar dentro de mí? Pronto no quedaría suficiente de mí como para tener ningún tipo de relación.

El dracónido extendió la mano como si quisiera tocarme, pero luego lo pensó mejor.

—No estás pensando con claridad. Mírate los ojos.

—¿Qué les pasa?

—Están brillando.

—Genial —dije con indiferencia—. Añade eso a mi lista de señales de alarma personales.

Selene caminaba unos pasos detrás, con las manos en los bolsillos del abrigo y los tacones resonando sobre el pavimento.

—Si ella se desata, no voy a hacer de niñera del desastre. Arréglalo tú.

El tirón en mi pecho se hizo más agudo y cruel. El mundo se redujo a un punto frío y magnético que me empujaba hacia adelante. Me faltaba el aliento, y cada latido parecía sincronizarse con algo invisible. Mi maldición intentaba encontrarse con lo que fuera que la estaba llamando.

Eryk se dio cuenta. Siempre se daba cuenta.

—Estás temblando.

—Adrenalina.

—Eso no es adrenalina.

—Si, está bien. Furia justificada, fiebre de la maldición, síndrome de abstinencia de cafeína. Elige lo que quieras.

Exhaló con fuerza antes de coger su teléfono.

—No puedes hacer esto sola.

—No estoy sola. Los tengo a ustedes dos, dos encantadoras pesadillas, aquí mismo.

Él no sonrió.

—Eso no es suficiente.

—Vaya. Qué confianza me inspiras.

Se dio la vuelta y murmuró algo rápido y seco al teléfono, con voz baja, controlada y totalmente profesional. Capté palabras como *«ubicación»* y *«contención»,* con el tono de un soldado que establece un perímetro.

Selene se inclinó hacia mí.

—¿Está pidiendo refuerzos?

—Probablemente.

Ella asintió con aprobación.

—Bien. Odio cuando los hombres creen que pueden hacerlo todo solos. Heroísmo con igualdad de oportunidades.

Eryk colgó y se guardó el teléfono en el bolsillo, con la mandíbula apretada.

—Veyrix y Draya están de camino. Si esto es lo que tú crees que es, no nos enfrentaremos a ello sin estar preparados.

Quería discutir, pero no encontraba las palabras.

—Está bien.

Eryk me miró a los ojos y, por un segundo, vi algo brillar en ellos: miedo. No a mí, sino *por* mí.

—Te estás desmoronando— dijo en voz baja—. Sea lo que sea lo que te llama, no es solo la moneda. Eres tú quien responde.

Tragué saliva con dificultad, sintiendo cómo la fiebre subía. La maldición estaba respondiendo, y él tenía razón. Pero no podía detenerme ahora.

—Tengo que llegar hasta el final— dije—, antes de que encuentre otra forma de llegar a mí.

La fuerza me arrastró fuera de la ciudad como si estuviera atada a una correa. Selene caminaba a mi lado, murmurando sobre sangre y aburrimiento, mientras Eryk se mantenía lo suficientemente cerca como para que el calor de su cuerpo me cosquilleara el lado del cuello.

Si no estuviera febril en ese momento, habría disfrutado de su calor, de su cercanía. Pero no podía.

La moneda ardía fría en mi palma, y mis hilos arcanos se retorcían inquietos, como si intentaran deslizarse y tocar algo que solo ellos podían sentir.

Para cuando llegamos al borde de Gallows Gate, las luces de la feria se habían convertido en una mancha lejana de dorado y rosa, palpitando como un latido moribundo. El olor a masa frita y perfume barato se desvaneció, sustituido por el aroma de la tierra mojada y el ozono. El aire era más denso aquí, como si estuviera pensando en cerrarse sobre nosotros.

Eryk extendió la mano y me rozó el codo.

—No tienes muy buen aspecto.

—Estoy bien —dije apretando los dientes.

Mi voz sonaba más firme de lo que me sentía. La maldición zumbaba bajo mi piel, ansiosa por salir. O quizá era combustión precoz.

Eryk no sonreía. Me observó como si estuviera a un respiro de romperme.

—Estás ardiendo, Rhea.

—Entonces es una suerte que seas ignífugo —dije, pero sentía el pecho oprimido. Cada respiración venía acompañada de esa fría y magnética succión en las entrañas, ahora más fuerte, exigente, insistente. El mundo a nuestro alrededor se deformaba sutilmente, como si el espacio se estuviera escurriendo como una toalla mojada.

Los árboles que teníamos delante se balanceaban, aunque no había viento. Y bajo el débil zumbido de la música de feria, unos susurros se deslizaban por el aire. Docenas de voces, débiles, superpuestas y extrañas.

—¿Oyes eso?— pregunté, deteniéndome en seco.

Eryk se quedó quieto a mi lado, con la cabeza ligeramente ladeada.

—Susurros.

Selene puso los ojos en blanco.

—Genial. Susurros espeluznantes del bosque. Estoy deseando que llegue el momento en que algo nos agarre.

Sentí un escalofrío cuando la moneda latió con más fuerza, más fría. Mi maldición respondió como si reconociera algo, con hilos arcanos temblorosos, ansiosos por conectarse. ¿Una advertencia? ¿O… algo peor?

El tono de Eryk se volvió grave.

—Rhea. Mira tus manos.

Bajé la mirada. Hilos rojos trepaban por mis muñecas como cintas de luz, moviéndose por sí solos. Luego brillaron con más intensidad, casi de color amarillo.

—Si. Esto es nuevo.

—Están respondiendo— dijo Eryk—. Sea lo que sea esto, te está llamando.

—Sí —dije en voz baja—, y creo que mi maldición le está respondiendo.

Frunció el ceño, con la mandíbula apretada, como si quisiera discutir, pero no encontrara las palabras.

El suelo bajo nuestros pies parecía latir. Las luces parpadeaban a lo largo de la lejana línea de árboles: pequeñas luces extrañas que aparecían y desaparecían. Los susurros se hicieron más intensos hasta que lo invadieron todo, trepando por mi cabeza.

Selene ladeó la cabeza, con voz baja.

—Si esto nos mata a todos, solo quiero que conste que te lo advertí.

—Es bueno saberlo.

La fuerza se intensificó, arrastrándome hacia los árboles hasta que sentí que el pulso intentaba saltarme de la garganta.

—Están cerca.

Eryk apretó la mandíbula y la temperatura a su alrededor pareció subir un grado o cinco. Se colocó delante de mí. Su voz sonó grave y áspera, llena de depredador y promesa.

—Si se acercan demasiado, arderán.

Selene esbozó una sonrisa burlona.

—Por fin. Algo en lo que todos estamos de acuerdo.

La última farola a nuestras espaldas parpadeó. Delante, los árboles se balancearon de nuevo, y esta vez supe que no era el viento.

Desde algún lugar en lo más profundo de la oscuridad, un susurro único y familiar se propagó por el aire, deslizándose bajo mi piel.

*Únete a nosotros.*

—Ya están aquí.

Las palabras salieron de mi boca antes incluso de darme cuenta de que las había dicho. La moneda se enfrió en mi palma, el aire se volvió más frío y el bosque que teníamos delante parecía exhalar un largo y lento suspiro que apestaba a tierra húmeda y malas intenciones.

Los ojos de Selene barrieron la oscuridad, con las fosas nasales dilatadas.

—Genial. ¿Y cuál es el plan, líder intrépida?

Plan. Claro. Esa cosita que no tenía. Mi cerebro me ofreció el útil recordatorio de que toda mi estrategia hasta el momento era: *coger la moneda maldita, seguir las vibraciones espeluznantes, improvisar.* Genial.

—Estoy trabajando en ello —dije.

Selene arqueó una ceja perfecta.

—Oh, me siento tan tranquila.

En mi defensa, no lo había pensado muy bien. Quería acabar con los Huevos, claro. Pero también necesitaba que al menos uno de ellos siguiera vivo el tiempo suficiente para deshacer cualquier arte oscuro que hubieran envuelto alrededor de Marla y Kevin. Estaba aquí para acabar con ellos, pero también… quizá no con todos. Solo los suficientes para gritarles. Y amenazarles. Quizá darles un par de bofetadas.

La presencia de Eryk a mi lado era puro calor, firme y tranquilizadora.

—Espero que sepas lo que estás haciendo— dijo, con voz grave y peligrosa.

Exhalé con fuerza, mi maldición arañándome bajo la piel como estática.

—Supongo que estamos a punto de averiguarlo. Pero no me iré hasta que sepamos cómo detener lo que les hicieron a Marla y Kevin. Si eso significa que nos llevamos a uno con nosotros, nos lo llevaremos.

Mis hilos arcanos se agitaban inquietos, deslizándose de mis manos en finas volutas rojas y saboreando el aire como serpientes. Cada pulso de la moneda tiraba ahora con más fuerza.

—Yula dijo que no se les puede matar —añadió Selene—. Entonces, ¿qué hacemos?

—Todo puede ser asesinado— dijo Eryk, y pude ver las escamas pulsando a través de su piel.

Es bueno saberlo.

La línea de árboles se estremeció, como si el propio bosque hubiera respirado. Las hojas susurraron. Entonces, algo más oscuro que una sombra se desprendió de los troncos y comenzó a moverse.

Una silueta. Luego otra. Y otra más.

No caminaban, más bien se deslizaban; sus movimientos eran demasiado suaves, silenciosos y extraños. La luz de la luna se derramaba sobre ellos y se deslizaba de nuevo, como si la luz se negara a tocarlos.

El olor llegó antes que el sonido, a metal quemado y ceniza, lo suficientemente penetrante como para picar y entremezclado con algo dulce y podrido en el fondo. Como azúcar chamuscada y papel viejo retorciéndose en el fuego, me oprimió la garganta y me revolvió el estómago. La maldición dentro de mí se agitó, reconociendo a los de su propia especie.

—¿Son ellos? —La voz de Selene era baja y peligrosa. Sus colmillos reflejaron la luz al deslizarse hacia abajo, y sus garras negras brillaron bajo la luz parpadeante de la farola.

Asentí con la cabeza. Más figuras emergieron de entre los árboles —cinco, diez, veinte— hasta que la oscuridad pareció derramarse sobre la carretera. Perdí la cuenta en algún punto más allá de treinta. Se dispersaron, moviéndose con un ritmo lento y sincronizado que me puso los pelos de punta.

De cerca, eran peores que en mi recuerdo, con las capuchas medio bajadas y los rostros a medio formar. Su piel se tensaba demasiado sobre los huesos, gris y fina como el humo, con hebras negras como la tinta pulsando bajo la superficie. Ojos como charcos de aceite se fracturaban por corrientes de luz, tejiendo telarañas a través de la oscuridad y pulsando al compás de sus latidos —si es que tenían alguno.

Sus cuerpos se movían, nunca quietos. Hilos arcanos —zarcillos oscuros y humeantes— se deshilachaban de sus abrigos,

enroscándose en el aire antes de disolverse y volver a formarse, como si la realidad no pudiera decidir si retenerlos o dejarlos ir. El aire a su alrededor se deformaba, temblando con olas alternas de calor y frío. Traían consigo una tormenta que no pertenecía a este mundo.

No hablaban, pero el silencio tenía peso. Sentí una presión creciente detrás de mis ojos, como si su presencia estuviera reescribiendo el aire mismo. Mis hilos arcanos se soltaron, percibiendo lo erróneo de la situación y resplandeciendo en carmesí como respuesta.

Entonces, uno de ellos se separó del grupo y se acercó flotando. Su capucha se movió, lo justo para que la luz le iluminara el rostro.

Lo había visto antes: la piel estirada, los ojos fracturados, la tormenta bajo su superficie. Era el mismo Hueco que se había quedado fuera de mi celda, el mismo que había susurrado mi nombre como una profecía.

—Rhea Morven —dijo él, y el sonido de su voz se propagó por la noche como un eco bajo el agua.

—Sabía que vendrías.

# 21

El mundo pareció plegarse alrededor de sus palabras. La moneda que tenía en la mano se volvió helada. A mis espaldas, Eryk gruñó, un sonido grave y retumbante que no era del todo humano.

El Hueco sonrió sin mover los labios. Su sombra se extendió hacia fuera, una marea negra pintada en el suelo hasta tocar mis botas y detenerse, como si me estuviera retando a acercarme.

Lo hice.

—Esto no es una visita de cortesía, estúpido. Creo que se te ha caído algo.

Le lancé la moneda negra con un chasquido.

El líder de los Huecos (no sé cómo llamarlo de otra forma) la cogió al vuelo.

—Era un regalo.

—No acepto regalos de monstruos— dije.

Inclinó la cabeza, y esa piel demasiado tensa reflejó la luz de una forma que me revolvió el estómago.

—No es un regalo para ti— dijo en voz baja—. Es un regalo *de* ti.

—Da igual— espeté y parpadeé para quitarme el sudor de los ojos—. No sé qué demonios les hiciste a Marla y a Kevin, pero estoy aquí para decirte que vas a arreglarlo.

Al oír eso, el Hueco se rio.

Sin embargo, el sonido no era una risa normal. Era podredumbre, como cien gargantas secas intentando recordar cómo emitir un sonido que significara alegría, pero sin conseguirlo. Me arañaba la piel, introduciéndose en mis oídos hasta que quise arrancármelos de un tirón.

Detrás de él, el resto de los Huecos se unieron. El ruido se propagó entre ellos como una infección: risas entrecortadas, silbidos, el crujido húmedo de algo que no debería tener pulmones intentando respirar. El aire se cuajó.

Selene hizo una mueca, con los colmillos reflejando la luz.

—Es repugnante. No bebería su sangre ni aunque me pagaras con almas.

Los labios agrietados del líder se curvaron en una imitación de diversión. Inclinó aún más la cabeza, y las articulaciones de su cuello crujieron suavemente, como ramitas bajo los pies.

—¿Arreglarlo?— repitió, con su voz superponiéndose a sí misma, vieja y joven, masculina y femenina, todo a la vez.

—No hay forma de arreglar lo que ya está decidido.

Mi maldición se despertó con un espasmo. Mis hilos arcanos se alzaron en respuesta, filamentos rojos temblando en el aire y zumbando como abejas enfurecidas. Di un paso adelante.

—Vas a arreglarlos— dije, en voz baja y aguda—. Vas a deshacer lo que sea que hayas hecho, o juro que…

Levantó una mano, con los dedos esqueléticos y temblorosos.

—¿Qué harás, pequeña bruja? ¿Quemarnos? ¿Atarnos?

Sus ojos brillaban con esas grietas, latiendo ahora más rápido y al compás de mi corazón.

—Los hicimos hermosos. Los liberamos del dolor y pronto estarán con *nosotros*».

Los demás se balanceaban, susurrando *con nosotros* en un unísono perfecto y quebrado.

El silencio de Eryk ardía más fuerte que cualquier palabra. El calor que desprendía era sofocante, oro líquido sangrando a través de las grietas de su piel mientras los bordes de su control se desmoronaban como vidrio en brasas. Lo sentí a través de mi chaqueta, una fiebre en mi espalda, presionando contra mis costillas.

—Eryk —le advertí en voz baja, pero no se movió. Apretó la mandíbula mientras fijaba la mirada en el líder.

Me volví hacia los Huecos, con la ira punzando a través del miedo.

—¿Crees que convertir a la gente en lo que sea que sea *esto* cuenta como libertad? —Mi voz sonó áspera—. No son dioses. Son parásitos en trajes de piel en mal estado.

La sonrisa del líder de los Huecos se amplió, la fina piel se estiró hasta que pareció a punto de romperse.

—Y, sin embargo, tú tienes la misma hambre.

Mis hilos arcanos siseaban, pulsando con mayor intensidad. Todos ellos temblaban hacia él como si quisieran demostrar que tenía razón. Apreté los puños y contuve la magia, incluso mientras mis palmas se llenaban de ampollas por el calor de Eryk a mi lado.

—Nunca seré como ustedes —dije.

—Lo serás— dijo el Hueco—. Pronto.

Su risa volvió a empezar, grave, arrastrada e interminable. Su sonido hacía que la noche misma pareciera pudrirse.

Mis hilos arcanos se despertaron de golpe.

El aire a mi alrededor zumbaba, cada filamento temblaba contra mi piel como si quisiera salir, como si reconociera algo en él: el mismo ritmo, el mismo pulso. No me estaban llamando a mí. Estaban llamando a lo que había *dentro* de mí.

Apreté los dientes, tratando de reprimir la magia, pero cuanto más luchaba contra ella, más se resistía. Mis hilos arcanos se soltaron, desplegándose en el aire en finas cintas rojas y retorciéndose como si olieran sangre.

Los ojos del Hueco se agrandaron aún más, veteados de aceite negro. El resplandor bajo su piel latía al compás de mi corazón, sincronizándose conmigo hasta que ya no pude distinguir de quién era ese pulso.

—Rhea Morven —repitió él, casi con reverencia—. El plan nunca ha sido que luches contra nosotros.

—Qué curioso —dije, esbozando una sonrisa temblorosa—. Porque estoy a punto de hacerlo.

Se acercó, cada paso susurrando sobre el asfalto. Las sombras se aferraban a él como humo. Detrás de él, los demás le seguían: hombres y mujeres, todos ecos deformados de lo que una vez habían sido. Sus rostros se estiraban hasta quedar delgados, los ojos agrietados, los cuerpos parpadeando como una mala recepción. El olor a metal quemado y a podredumbre dulce inundaba el aire.

Eryk se interpuso delante de mí, ya medio transformado, con las líneas doradas bajo su piel resplandeciendo. Su voz era un gruñido.

—Tienen que retroceder.

La sonrisa del líder de los Huecos se amplió, no con la boca, sino con su *presencia*. El aire se distorsionó, ondulando calor y frío por turnos. «

—Él te protege— murmuró la criatura—, como si la carne y el fuego pudieran protegerte de lo que eres.

Mi corazón latía con fuerza, mi maldición surgiendo como una segunda voz. Los hilos arcanos a mi alrededor zumbaban, brillando hasta que la noche misma se tiñó de rojo. Se extendieron hacia él: traicioneros, anhelantes y vivos.

—Basta— siseé, agarrándome la muñeca como si pudiera contener la magia—. No soy tuya.

—Lo eres— dijo él simplemente—. Siempre lo has sido.

Algo en mi interior se resquebrajó al oírlo, la verdad de sus palabras presionándome las costillas como un puño. Los hilos arcanos se estremecieron y luego se lanzaron hacia fuera, por puro instinto, furia hecha visible. Se enroscaron a su alrededor, atravesando la sombra y el humo. Por un instante, su cuerpo parpadeó y la luz irrumpió a través de las grietas de su piel.

Los demás siseaban, moviéndose al unísono.

Un movimiento a mis espaldas me llamó la atención.

El calor me golpeó primero, una ola invisible que emanaba de él mientras su silueta comenzaba a difuminarse, a doblarse y a *crecer.*

La forma de Eryk se retorció, deliberada e imparable, sus músculos dando paso a algo más antiguo y pesado. Su piel se oscureció hasta parecer metal fundido, brillando en las costuras por donde se filtraba el fuego. Las escamas se ondularon por su cuerpo

en rápida sucesión, captando la poca luz que quedaba, vidrio negro y llamas de bronce entrelazándose como una armadura antigua.

Un sonido profundo y estremecedor brotó de su pecho mientras sus hombros se expandían y las alas se desprendían con un chasquido violento, haciendo que el polvo y el calor se propagaran por la noche. No eran plumas ni cuero, sino más bien obsidiana viva, animada por patrones dorados cambiantes que se movían al ritmo de su respiración.

Su mandíbula se alargó, con los dientes brillando como acero forjado. Los cuernos se arqueaban hacia atrás en una simetría irregular y volcánica. Cuando se enderezó, el suelo pareció encogerse bajo él, el aire curvándose alrededor de su masa mientras el calor pulsaba como un espejismo.

Sí, tener un dragón conmigo molaba.

Un chillido ensordecedor atrajo mi atención hacia el cielo.

Dos siluetas atravesaron las nubes oscuras: un destello azul plateado y una mancha borrosa de bronce.

Golpearon el suelo con fuerza, plegando las alas justo antes del impacto, y sacudieron la tierra bajo mis botas. El asfalto se agrietó, el humo se arremolinó y el calor me expulsó el aire de los pulmones.

El grito del dragón plateado rasgó la noche, puro metal y furia. El de bronce se levantó a su lado, flexionando las alas y con los ojos ardiendo en dorado, mientras ambos se fijaban en los Huecos como verdugos listos para terminar el trabajo.

Vale, que aparecieran dos dragones más fue sin duda mucho más guay.

Antes de que pudiera detener al dragón Eryk, este abrió sus enormes fauces y *exhaló el infierno.*

El fuego no solo salió. *Erupcionó,* una columna de calor dorado y blanco que atravesó el claro como si el mundo hubiera decidido inventar un nuevo tipo de amanecer. El rugido sacudió el pavimento y lanzó por los aires a los Huecos más cercanos como recortes de papel en un huracán.

Levanté un brazo para protegerme la cara y retrocedí unos pasos a trompicones mientras la temperatura se disparaba. Sentí un

hormigueo en la piel y el sudor resbalaba por mi cuello. El aire olía a ceniza, ozono y malas decisiones.

—¡Santo infierno! —jadeé, entre risas y ahogos—. ¡Avisa la próxima vez antes de ponerte en modo barbacoa total!

Las llamas avanzaron imparables, devorando la línea de árboles en una pared incandescente. Los Huecos se retorcían en ella, con siluetas que se contorsionaban y se distorsionaban como una película derritiéndose en un proyector. Algunos gritaban —sin sonido, solo con las bocas abiertas y deformadas—, mientras que otros permanecían inmóviles, con sus sombras desprendiéndose de sus cuerpos.

El calor era insoportable. Mi pelo se levantaba con la corriente ascendente, mis hilos arcanos retorciéndose salvajemente como si no pudieran decidir si querían unirse al fuego o combatirlo.

A mi lado, Selene entrecerró los ojos ante el resplandor, con una mano en la cadera y la otra protegiéndose la cara.

—Fantástico —murmuró, con la voz chorreando disgusto—. Ahí se va otro conjunto. ¿Tienes idea de lo que el fuego de dragón le hace a la seda?

—Estoy bastante segura de que lo mismo que le hace a todo lo demás —dije apretando los dientes, retrocediendo otro paso—. Creo que se me han derretido las cejas.

Ella me lanzó una mirada fulminante, sacudiéndose la ceniza del hombro.

—Si me derrite las botas, lo clavaré con una estaca.

Entonces, Draya y Veyrix se unieron a la diversión. Giraron la cabeza hacia los Huecos que quedaban y escupieron llamas, golpeándolos de lleno.

Pero el líder se quedó allí de pie en medio del infierno, con las llamas curvándose a su alrededor como si estuviera recubierto de teflón resistente a las pesadillas.

Inclinó la cabeza, con la piel agrietándose y los ojos brillando a través del humo.

—El fuego no puede deshacer lo que nació de él— se inclinó hacia el calor, absorbiéndolo, mientras su sombra se alargaba.

—¿Sí?— dije, dando un paso adelante, con mis hilos arcanos chispeando en carmesí por el calor—. Entonces veamos qué te parece *esto*.

Lancé todos los hilos rojos que tenía gritando hacia él, pensando en Marla, en Kevin, en lo que se habrían convertido si no lo detuviera.

Hilos negros y sombríos salieron disparados del líder. Los recibí de frente, mis hilos cortando la oscuridad como relámpagos vivos, porque prefería quemarme viva antes que pertenecerles jamás.

El aire explotó donde nuestra magia chocó.

Los hilos arcanos rojos y negros se enredaron en un frenesí, chisporroteando en el aire con un sonido como de metal contra hueso. Chispas de luz estallaron entre ellos, diminutas fracturas en la realidad que parpadeaban y morían tan rápido como aparecían. Cada vez que mis hilos se encontraban con los suyos, silbaban, gritaban*, luchaban,* pero los negros seguían multiplicándose, dividiéndose, reformándose, vivos de formas que desafiaban todo lo que sabía sobre la magia.

El calor abrasaba el aire. Mi visión se nubló. El líder de los Huecos se movía como humo con un propósito, sus tentáculos cortaban y se enredaban con los míos hasta que apenas podía distinguir dónde terminaba mi poder y comenzaba el suyo.

Mi maldición latía con fuerza bajo mi piel, hambrienta. Los hilos arcanos ya no me obedecían. Temblaban, extendiéndose hacia su oscuridad como si lo *conocieran*. Como si quisieran unirse a él.

*No.*

Apreté los puños, intenté retroceder, pero la magia dentro de mí se rebeló y gruñó, embriagada por el contacto. Mi corazón latía descoordinado y el mundo se inclinó, con los colores apareciendo y desapareciendo.

—Para… —Mi voz se quebró mientras el calor se acumulaba a mi alrededor—. Tú no eres…

Él sonrió, las grietas de su rostro brillando con una luz de fuego apagada.

—Lo sientes. ¿Verdad? La atracción del vacío. Es lo que eres.

—No soy nada como tú —espeté, incluso mi magia temblaba, el rojo sangrando hacia el negro.

El suelo se partió bajo nuestros pies. Eryk, el dragón, giró la cabeza y lanzó otro rugido de llamas. La explosión alcanzó de lleno al líder, pero el fuego se curvó, envolviéndolo como una cortina de calor repelida por el hielo.

El Hueco se rio, un sonido que sonaba como un coro de uñas sobre cristal.

Entonces Selene gritó.

Me di la vuelta. Estaba en el suelo, forcejeando contra una red de tentáculos negros que la envolvían con fuerza, inmovilizándole los brazos mientras se deslizaban por su garganta como cuerdas vivas. Sus garras los desgarraban, pero cada corte solo hacía que brotaran más hilos. Su piel parecía demasiado pálida y sus venas se oscurecían bajo la superficie; la luz se le escapaba como si el mundo la estuviera absorbiendo.

—¡Selene! —Corrí hacia ella, pero la sombra del líder de los Huecos se abalanzó sobre mí, obligándome a retroceder.

Los dragones rugían sobre nosotros, ambos atrapados en el aire mientras más zarcillos se alzaban hacia arriba, cientos, quizá miles, anclándolos en su sitio. Draya, la dragona plateada, chilló, batiendo las alas con pánico mientras los hilos arcanos trepaban por su cuerpo, hundiéndose bajo sus escamas. Veyrix golpeó con fuerza, sus garras desgarrando la oscuridad que solo se reformaba aún más densa.

Intentaban *infectarlos*. Convertir a los dragones —a *los* dragones — en seres Huecos.

—Diablos, no... —las palabras salieron de mí a rabia, inútiles.

El fuego de Eryk chisporroteó contra la tormenta de sombras, las llamas retorciéndose y sofocándose bajo la absoluta aberración de todo aquello. El aire se volvió denso, tóxico, cargado de humo, miedo y magia que había salido mal.

Retrocedí tambaleándome, mareada. Esto no era una lucha. Era una masacre a punto de ocurrir.

Los gritos de Selene se debilitaban y los dragones se debatían, atrapados. Los Huecos eran infinitos, saliendo de los árboles e

inundando el aire mientras sus hilos negros tejían una enorme red viviente.

Mis hilos arcanos temblaban, confundidos, parpadeando entre el rojo y el negro como si no pudieran elegir un bando.

Esto era culpa mía. Yo los había traído aquí.

Debería haber venido sola.

Ahora mis amigos iban a morir por una maldición que debería haber terminado conmigo.

# 22

Las cenizas caían como nieve.

El calor del fuego de los dragones persistía, denso y asfixiante, pero el mundo se había quedado en silencio. Los Huecos dejaron de moverse. Sus hilos arcanos se retrajeron, enrollándose de nuevo en las formas oscuras que los habían engendrado.

El silencio era extraño. Inmóvil. Opresivo.

Me quedé de pie en medio de los escombros, con el pecho agitado, el sabor de la sangre y el humo cubriendo mi lengua. Mis hilos arcanos parpadeaban débilmente en el aire a mi alrededor, medio quemados y temblando como si acabaran de sobrevivir a una tormenta eléctrica.

Al otro lado del claro, el líder de los Huecos atravesó la neblina, intacto por las llamas, con una sombra que se arrastraba tras él como una larga capa. Los demás se apartaron para dejarle paso. Eran docenas, formando un semicírculo y observando.

—Rhea Morven —dijo él, con una voz suave y matizada, con demasiados tonos a la vez—. ¿Lo entiendes ahora?

Quería responder con algo mordaz, algo desafiante, pero me dolía la garganta. Me dolía la magia. Me dolía todo por dentro.

Detrás de mí, Selene yacía en el suelo, inmóvil. Los tentáculos negros por fin la habían abandonado, pero no respiraba con

regularidad. Su cabello, normalmente perfecto, estaba enmarañado con ceniza, su piel pálida como el hueso. Y no era la pálida belleza de los vampiros.

Los dragones se alzaban entre las ruinas del bosque, con el humo enroscándose en sus alas. Incluso ellos parecían conmocionados. Las escamas de Eryk estaban agrietadas, y una luz dorada se filtraba a través de ellas como si fuera sangre.

¿Y yo? Yo temblaba. Mi magia palpitaba detrás de mis costillas como si quisiera salir.

El líder se detuvo a unos metros de mí. Su voz era más tranquila ahora, casi suave.

—Has luchado bien, pero esto se ha acabado.

Me reí, un sonido seco y quebrado.

—Sí, ya he oído eso antes.

Inclinó la cabeza, estudiándome con esos ojos fracturados.

—Estás perdida, Rhea Morven. Siempre has estado perdida. Por eso fuiste elegida.

—No soy una de ustedes— dije, sacando las palabras a la fuerza —. Nunca lo seré.

La sombra del Hueco se estremeció.

—Ya lo eres.

—Vete al infierno.

Él sonrió.

—Lo trajimos con nosotros.

Busqué mis hilos arcanos, pero temblaban inestables. Cuando intenté liberarlos, la luz se apagó como una llama moribunda.

*Genial. ¿Y ahora qué?*

Extendió las manos.

—Si quieres salvarlos —a tus dragones, a tu vampiro, incluso a esos dos mortales que se pudren en sus camas—, puedo dejarlos ir. A todos. Vivos. Ilesos.

Me quedé paralizada.

—¿Qué has dicho?

—Esa bruja llamada Marla y el chico.

El sonido de sus nombres en su voz me revolvió el estómago.

—Están a punto de desaparecer, pero aún no están fuera de nuestro alcance. Únete a nosotros y los liberaré. Los liberaré a todos.

El aire a mi alrededor se agitó, lleno de susurros.

—Únete a nosotros. Únete a nosotros. Únete a nosotros.

—¿Por qué?— mi voz se quebró—. ¿Por qué yo? Estoy maldita, idiota.

—Porque tú eres la puerta— dijo—. Nunca estuviste maldita, Rhea. Estabas sellada. El poder dentro de ti, los hilos arcanos, la sangre, la tormenta, estaba destinado a retenernos. Pero lo abriste, rompiste el sello. Nos despertaste.

Me temblaban las manos. Negué con la cabeza.

—No. Eso no es cierto.

Dio otro paso hacia mí, con las sombras enroscándose alrededor de sus pies como humo con un propósito.

—Lo sientes. ¿Verdad? Cada vez que tu magia brota, nos llama. Nosotros respondemos. Eres una de los nuestros. Eres *nuestra*.

—Prefiero morir.

—La muerte es una ilusión—murmuró—, pero la misericordia no lo es. Entrégate a nosotros y vivirán. Desafíanos y morirán gritando. Todos ellos.

A mis espaldas, Selene se movió débilmente.

—No… le hagas… caso— dijo con voz ronca y luego tosió, salpicando de sangre la ceniza—. Si te unes a ellos, me abriré camino a zarpazos hasta el más allá solo para matarte de nuevo.

Casi sonreí. Casi. Pero los ojos del líder, esas fracturas cambiantes de negro me mantuvieron inmóvil.

—Crees que luchas contra los Huecos— dijo, con la voz volviéndose más fría—. Pero no somos tus enemigos. Somos tu herencia. Tu *verdad*.

Los hilos bajo mi piel se retorcían. Bajé la mirada. Se estaban oscureciendo. Uno a uno, los filamentos rojos a lo largo de mis brazos se atenuaron hasta volverse negros.

—No —susurré—. No, no, no…

Un gruñido profundo resonó a mis espaldas. Me volví para encontrarme con los ojos de dragón de Eryk. Pero pude ver la

desesperación en ellos.

El líder miró a Eryk.

—Se está quemando por ti. ¿Vas a dejar que muera cuando podrías salvarlo?

No podía mirar. El calor que emanaba de Eryk era insoportable ahora. El fuego de dragón se acumulaba en su pecho, su respiración era entrecortada. Se estaba debilitando, su magia flaqueaba. Los dragones estaban perdiendo, Selene se estaba muriendo y Marla y Kevin apenas estaban vivos.

Y todo era culpa mía. Bueno, más o menos. Todos iban a morir por mi culpa, porque este grupo de bichos raros quería que me uniera a ellos.

La voz del Hueco se deslizó en mi mente, suave y dulce como el veneno.

*Acaba con esto. Únete a nosotros. Libéralos.*

Mis manos se alzaron antes de que me diera cuenta. Mis hilos arcanos se elevaron de nuevo, mitad carmesí, mitad negros, atrapados entre opciones que no existían.

El Hueco no mentía. La maldición no me estaba matando.

Me estaba transformando.

El líder de los Huecos se acercó, los contornos de su figura disolviéndose y reformándose con cada palabra, como si la realidad misma no pudiera retenerlo del todo. Su voz se deslizó en los espacios entre los sonidos, suave, íntima y terrible.

—Lo sientes. ¿Verdad? —susurró—. La llamada en tu sangre. El dolor en tus huesos. Nunca estuviste destinada a luchar contra nosotros, Rhea. Estabas destinada a *unirte* a nosotros.

Se me secó la garganta. Podía saborear las cenizas, el calor, la verdad que no quería oír. Mis hilos arcanos temblaban en el aire, parpadeando entre el rojo y el negro como si no pudieran decidirse de una vez.

Él dio otro paso hacia delante, y las sombras a su alrededor se hicieron más densas, como si respiraran.

—Tú lo llamas una maldición. Nosotros lo llamamos la llave. Eres la puerta entre mundos, la cerradura y la mano que la gira. Fuiste creada para esto. Para nosotros.

—No fui creada para nada —logré decir, con voz ronca—. Y menos aún para ti.

Sonrió, con una sonrisa fina y cómplice, mientras las grietas de su piel brillaban.

—Sigue diciéndote eso a ti misma, pequeña bruja, pero la magia que hay en tu interior sabe la verdad. Recuerda de dónde viene.

Mi pulso retumbaba en mis oídos. Estaba mintiendo. Tenía que estar mintiendo. Porque si no era así…

—Déjalos ir— dije—. A Selene, a los dragones, a Marla y a Kevin. Dijiste que los dejarías ir.

—Lo haré —murmuró, mientras su sombra se alargaba hacia mí y rozaba las puntas de mis botas como una invitación—. A todos ellos. Ilesos, liberados del dolor, de la decadencia, del tiempo. Solo hace falta que tú estés ahí.

Detrás de él, los demás Huecos permanecían inmóviles, un muro de siluetas que respiraban al unísono. El aire vibraba con sus susurros:

*Únete a nosotros. Únete a nosotros. Únete a nosotros.*

No era fuerte. No hacía falta que lo fuera. Se me clavaba en la médula de los huesos, constante e implacable.

Eryk dejó escapar un sonido grave y gutural, mitad gruñido, mitad agonía. Sus alas se desplomaron, y la luz dorada entre sus escamas se atenuó. No pude soportar mirar. Era una criatura de fuego, y ellos lo estaban ahogando con la sombra.

—¿Ves?— la voz del líder de los Huecos se suavizó hasta convertirse en algo casi amable—. Incluso el dragón arde por ti. Morirá por ti. Todos lo harán. O puedes acabar con esto.

Se me oprimió el pecho. El peso de la decisión me dejó sin aliento.

—Mientes.

—¿Eso crees? —Inclinó la cabeza, y el movimiento hizo que su piel se agrietara, dejando entrever un líquido negro que brillaba debajo—. Puedes sentirlo. ¿No es así? El hambre. La necesidad. No es a nosotros a quienes temes, es a ti misma.

Ahora estaba cerca, tan cerca que podía ver las finas grietas trepando por su garganta, brillando como venas.

—Nos perteneces, Rhea Morven. Siempre lo has hecho. Lo has sentido desde el primer momento en que la maldición despertó. Ese susurro bajo tu piel, eso no era locura. Era *tu hogar*.

Se me cortó la respiración. Mi corazón latía demasiado rápido, mi magia vibraba dentro de mí como si estuviera esperando permiso.

Quizá Yula se equivocaba. Quizá esto no era una sentencia de muerte, quizá era otra cosa, algo que yo pudiera *controlar.* Si la maldición me estaba convirtiendo en una de ellos, quizá pudiera usarla. Quizá pudiera volverla contra ellos.

El líder extendió la mano, mitad sólida, mitad sombra.

—Podrías salvarlos a todos— dijo, y las palabras rozaron mi mente como seda—. Podrías ser la primera de nosotros en transitar por ambos mundos. Podrías acabar con el dolor, la lucha y la soledad.

Los hilos negros que lo rodeaban se agitaron, susurrando al ritmo de su voz.

*Sálvalos. Únete a nosotros. Conviértete.*

Me temblaban las piernas. Todos mis instintos gritaban que huyera, que luchara, pero mi maldición ya no escuchaba a los instintos. Le escuchaba a *él.*

Me temblaban las manos, mis hilos arcanos se balanceaban hacia los suyos.

Quizá estaba mintiendo. Probablemente. Pero ¿qué otra opción tenía? Eryk se estaba muriendo, Selene seguía atrapada y las alas de los dragones se plegaban bajo el peso de la oscuridad.

Si no detenía esto, si no le daba algo, no quedaría nada que salvar.

Así que di un paso adelante, luego otro, y susurré:

—De acuerdo, lo haré. Dime lo que tengo que hacer.

# 23

Sí, aceptar convertirme en la versión zombi de mí misma no fue precisamente una de las mejores decisiones de mi vida.

Hace un año, me habría reído en tu cara y te habría dicho que te metieras esa idea por algún lugar oscuro y anatómicamente imposible. Pero la vida tiene una forma de hacerte tragarte tus palabras, normalmente con una pizca de ironía y otra de desesperación.

Las cosas cambiaron. *Yo* cambié. En algún momento entre perseguir monstruos, romper reglas y hacerme amiga por accidente de gente que debería haberme conocido mejor, empecé a preocuparme. Por ellos. Por *nosotros.*

Y ese era el problema.

Porque cuando te importaban, harías cualquier cosa para protegerlos. Incluso si eso significaba destruirte a ti mismo en el proceso.

La maldición de los Morven siempre me había estado esperando. Lo sabía desde que tuve edad suficiente para entender por qué los retratos antiguos de la familia se interrumpían bruscamente, por qué había demasiados marcos vacíos y no suficientes tumbas.

No teníamos finales felices. Teníamos breves y brillantes destellos de magia y locura seguidos de la nada.

Cada generación, uno de nosotros se quemaba, y yo era lo suficientemente arrogante como para pensar que podría sobrevivir a ese patrón.

Pensar que podía doblegar algo antiguo y cruel hasta someterlo.

Decir que fue una tontería se queda muy corto.

Y ahora, de pie aquí, entre las ruinas de esta pesadilla, contemplando a una criatura que llevaba las sombras como si fueran su piel, me di cuenta de que la maldición no era lo que yo creía. No era solo decadencia. Era *una conexión*: un hilo que me ataba a algo más antiguo, más oscuro y hambriento.

Los Huecos no me estaban pidiendo nada. Me estaban *ofreciendo* un trato disfrazado de misericordia y una elección que en realidad no era tal.

*Únete a nosotros y les dejaremos vivir.*

*Recházanos y míralos morir gritando.*

Un chantaje con un toque poético.

Miré los rostros huecos detrás del líder, docenas de ellos, con ojos como cristales rotos y susurros que se arrastraban por el aire como humo. Mis hilos arcanos temblaban a mis lados, mitad rojos, mitad negros, traicioneros, que ya parecían saber lo que estaba a punto de hacer.

Quizá así era como siempre había estado destinado a terminar: no con yo salvando el día, sino con yo cediendo.

Quizá pudiera controlarlo. Quizá pudiera convertir esta maldición en algo *mío.*

Y tal vez, solo tal vez, pudiera ganar tiempo suficiente para que las personas a las que amaba escaparan antes de que me devorara por completo.

Los ojos del líder de los Huecos brillaron.

—¿Estás de acuerdo?

Respiré hondo, en un gesto que se asemejó a una rendición.

—Sí.

Mi voz sonaba áspera.

—Libéralos, o el trato se cancela.

La mano del líder se cernió sobre la mía, sus dedos poco más que humo y hueso. Su voz atravesó el aire como seda arrastrada

sobre cristal.

—Libéralos— repetí, esta vez más alto. El resplandor rojo de mis hilos arcanos brillaba sobre el suelo como un latido: el mío, el de ellos, todos entrelazados.

—Un trato es un trato.

No respondió con palabras. Inclinó ligeramente la cabeza y un escalofrío recorrió las filas de los Huecos detrás de él. El bosque suspiró, si es que se podía llamar suspiro a ese sonido húmedo y susurrante, y sentí el cambio antes de verlo.

Los tentáculos negros que rodeaban a Selene se aflojaron, fundiéndose con el suelo como tinta que se disuelve en el agua. Su pecho se elevó bruscamente y abrió los ojos de golpe, brillantes, furiosos y vivos. Tosió una vez y luego se impulsó hacia arriba con los brazos temblorosos.

—Rhea —dijo con voz ronca, poniéndose en pie tambaleándose —. No…

Pero ya estaba de pie, y eso bastaba.

Se oyó un profundo estruendo y los dragones —Eryk, Draya y Veyrix— se estremecieron cuando las espirales negras que los ataban se desintegraron. El aire ardía con el olor a ozono y sombra. Entonces, con un sonido como el de un trueno partiéndose por la mitad, la enorme figura de Eryk se disolvió en una luz cegadora.

Cuando se desvaneció, él estaba allí, con el torso desnudo, ensangrentado y respirando con dificultad. Sus vaqueros, de alguna manera, permanecían intactos. Porque, claro, cómo no iban a estarlo.

—Rhea —dijo, acercándose a mí, con la voz ronca y desesperada —. No hagas esto. Es lo que él quiere.

No me digas.

Cruze mi mirada con la suya, con cada músculo de mi cuerpo temblando. Había demasiado en esa mirada: miedo, furia y algo más profundo que él no estaba hecho para decir en voz alta.

—No hay otra manera —dije en voz baja.

—Siempre hay otra forma —gruñó—. ¿Crees que he luchado tanto tiempo solo para verte entregarte a él? No eres un arma, Rhea. No eres de su propiedad.

—No soy suya —espeté, con la voz quebrada—. Pero si no hago esto, todos los demás pagarán el precio.

Sacudió la cabeza con brusquedad, apretando la mandíbula.

—Si entras ahí, no saldrás.

—Entonces me aseguraré de que valga la pena.

Selene dio un paso tambaleante hacia delante, con sangre en el labio y los ojos ardientes.

—No vas a hacer esto en serio...

—Sí. Por favor, vete. Mi voz se quebró, pero mi magia no. El aire temblaba a mi alrededor, vivo y a la espera. —Por favor. Solo esta vez, haz lo que te digo.

Y entonces, con un simple intercambio de miradas —un entendimiento ancestral y silencioso—, Draya y Veyrix se lanzaron hacia el cielo, con sus alas rasgando el humo y desapareciendo entre las nubes de tormenta que se alzaban sobre ellos.

Nos habían abandonado. Habían abandonado a Eryk.

Pero Eryk no se movió.

El dracónido me miró fijamente, con algo salvaje destellando tras ese dorado: rabia, dolor, un dragón que apenas se mantenía en pie. Entonces, con una voz tan baja que me partió el corazón, dijo:

—No me hagas quedarme aquí y verte morir.

Esbocé una sonrisa que me dolió más que cualquier herida.

—Pues no lo hagas.

—Rhea —susurró, tendiéndome la mano—. Sea lo que sea lo que creas que estás haciendo, esta no es la manera.

Pero ya era demasiado tarde.

Podía sentir cómo la estupidez de aquello se apoderaba de mí, afilada como el metal frío: el tipo de estupidez que recuerdas toda la vida. Quizá fuera lo más tonto y temerario que había hecho jamás. Quizá también fuera lo único que tenía sentido. Ambos hechos convivían en mi pecho como compañeros de piso que se toleraban mutuamente porque así la hipoteca salía más barata.

Me temblaban las manos. En la boca tenía un sabor a hierro y a lluvia vieja. Me imaginé una docena de opciones más seguras, ninguna de ellas real. Me imaginé la cara de Eryk cuando pensara que había elegido un camino diferente, la mandíbula de Selene tan

apretada que podía oír cómo rechinaban sus dientes, a Marla y Kevin confiando en que elegiría la opción inteligente. Si no seguía adelante con esto, cada noche tranquila que viniera después estaría atormentada por la versión de mí misma que se había acobardado y dado la espalda. No podría vivir con ella. No podría cargar con ese tipo de cobardía como si fuera una cicatriz.

Quizá estaría muerta en una hora. Quizá volvería cambiada de formas que las palabras no podrían describir. Quizá me odiaría a mí misma por el resto de mi vida. Pero la alternativa —saber que les había hecho pagar por mi vacilación— me parecía una condena que no estaba dispuesta a cumplir. El arrepentimiento era peor que cualquier herida.

Alcé la vista y me encontré con la mirada negra del líder de los Huecos. El aire a mi alrededor se enrareció, como en ese momento antes de una tormenta en el que todo contiene la respiración.

—Hazlo —dije. Mi voz sonaba firme porque la mantuve firme. En mi interior, una pequeña y obstinada parte de mí celebraba el caos. Por fin estaba eligiendo. Aunque fuera la decisión más estúpida que jamás tomara, sería mía.

La mano del líder de los Huecos se presionó contra mi pecho, justo sobre mi corazón.

Frío. No del tipo que quema, sino del que devora. El mundo se desvaneció, el suelo desapareció, el sonido del viento fue sustituido por un silencio tan profundo que parecía vivo.

Por un segundo, no pude respirar. Entonces el frío me inundó, dedos de hielo enroscándose en cada parte de mí. Se enredaron en mi sangre, hundiéndose más y más, hasta que mi propia magia gritó en protesta.

La luz roja de mis hilos arcanos se encendió, luchando, retorciéndose, *resistiéndose.* Pero el negro se filtró, manchándolo todo.

Mi cuerpo tembló. Los ojos del líder de los Huecos se clavaron en los míos mientras susurraba:

—Convertirse no es la muerte. Es la revelación.

Y el mundo se desvaneció, dejando solo el sonido de los latidos de mi corazón.

Me encontraba en un vacío rojo que latía con destellos de luz oscura como un corazón vivo. Susurros se deslizaban por el vacío, suaves e innumerables, entrelazándose con mis pensamientos hasta que no pude distinguir dónde terminaban los míos y dónde comenzaban los suyos.

*Rhea Morven. Hija del sello. Eres una de nosotros. Siempre estuviste destinada a serlo.*

Las voces se superponían unas sobre otras: masculinas, femeninas, sin edad. Cada palabra era una onda que se propagaba a través de la bruma roja.

Imágenes se formaban a mi alrededor, no recuerdos, sino posibilidades. Vi una versión de mí misma sin dolor. Sin miedo. Mi maldición, desaparecida. Mi magia, ilimitada. Podía verme a mí misma de pie entre ellos, poderosa y completa, con hilos arcanos de sombra pura saliendo en espiral de mis dedos. No me estaba muriendo. Estaba *ascendiendo.*

Inmortal. Indestructible. Libre.

*Esto es lo que podrías ser,* susurraron. *No más debilidad. No más pérdidas.*

Y por un instante, les creí. La tentación se hundió profundamente, como una aguja de calor en el frío.

Pero entonces algo más se agitó. Bajo las voces infinitas de los Huecos, bajo las promesas y el veneno, la maldición de Morven despertó. Enfadada, antigua, *mía.*

La luz roja dentro de mí se enroscó como una serpiente y atacó.

El dolor estalló en mi pecho, salvaje y furioso. Mi maldición chocó con lo que fuera que los Huecos estuvieran vertiendo en mí, el rojo encontrándose con el negro, la creación chocando con la destrucción.

No fue una fusión. Fue una guerra.

Afuera, débil y lejana, oí a Selene gritando mi nombre. El estallido de la magia. El rugido del fuego de Eryk. Estaban luchando... *por mí.*

El Hueco quería devorarme por completo, pero mi maldición se negaba a romperse. Se retorcía desafiante, atrayendo todo lo que podía hacia la luz que apenas quedaba.

Y en ese momento, en medio de la tormenta de rojo y negro, me di cuenta de algo que los Huecos no esperaban.

No me estaban convirtiendo en uno de ellos. Mi maldición no lo permitiría.

Me estaba convirtiendo en algo completamente diferente.

# 24

Quién iba a imaginar que lo que me había atormentado toda mi vida acabaría salvándome.

Y así fue.

La maldición de Morven no quería jugar limpio. No quería compartirme con los Huecos. No.

Y estaba furiosa.

Podía sentirla, como fuego líquido bajo mi piel, furiosa, primitiva y despierta como nunca lo había estado. Mi cuerpo ya no era mío; era un recipiente de luz roja y rabia. Cada latido retumbaba como un trueno. Mi magia gritaba, sacudiendo el aire y negándose a ser contenida.

El líder intentó apretar su agarre, sus hilos arcanos azotándome en un frenesí de fuego negro, pero la maldición no se doblegó. *Contraatacó.*

Mis hilos arcanos rojos explotaron hacia afuera y atravesaron la oscuridad como cables con corriente, fracturando las sombras y abriendo agujeros en el aire. La fuerza me hizo retroceder y lo hizo tambalearse, su forma parpadeando entre lo sólido y el humo.

—¡Rhea! —La voz de Selene atravesó el caos, aguda y distante. No podía verla, solo luz, color y el sabor de la sangre.

El líder de los Huecos se abalanzó hacia mí de nuevo, su cuerpo desintegrándose en cientos de tentáculos negros que se aferraban a

mi magia.

—¡Eres mía! —gritó.

Pero mi maldición no retrocedió. *Devoró.*

La luz roja de mis venas se disparó, salvaje y terrible. Grité, no por el dolor, sino por *el poder* absoluto. Mis hilos arcanos se enroscaron en sus sombras, no para cortarlas, sino para atraerlas hacia mí, absorbiéndolo y tragándome la oscuridad que había intentado apoderarse de mí.

La voz fracturada del líder se rompió en mil ecos.

—No… puedes… contenernos…

—Mírame bien, hijo de puta—dije entre dientes.

De repente, el cuerpo del líder se partió en dos, reformándose a trompicones mientras su voz se fracturaba en docenas de otras —algunas agudas, otras graves, todas retorcidas—. Las sombras brotaban de él en oleadas, espesas y como alquitrán, entrelazándose en algo monstruoso. Los Huecos que había en su interior —todos y cada uno de los que había absorbido— comenzaron a abrirse paso a zarpazos, siluetas negras retorciéndose dentro de su forma semisólida.

No solo luchó contra mí. Se *multiplicó.*

Su rostro se partió en demasiadas bocas, todas hablando a la vez.

—¿Crees que somos uno? ¡Somos *una legión!*

—Sí— dije, con la magia chisporroteando en mi sangre— y no me importa.

Se abalanzó, una masa de sombras retorcidas envueltas en la ilusión de la carne, y el suelo tembló bajo su peso. Sus hilos arcanos atacaron como serpientes, cientos de ellos, rasgando el aire, cada uno gritando mientras volaba.

Mi maldición se alzó para enfrentarse a él, salvaje y furiosa.

Una luz roja brotó de mi cuerpo, ya no eran hilos arcanos, sino arcos de energía pura, vivos y con un propósito. No esperó órdenes. No pidió permiso. *Atacó.*

Las dos magias chocaron en el aire, el rojo y el negro enredándose en una furiosa tormenta. El mundo gritaba a nuestro alrededor, los árboles se inclinaban y el cielo se hacía añicos con

destellos de luz. La presión hacía vibrar mis huesos, arder mis pulmones y ampollarse mi piel por el calor.

Era fuerte. Más fuerte de lo que esperaba. Cada vez que quemaba uno de sus hilos arcanos, más salían arrastrándose de él, alimentados por los miles de Huecos que gritaban en su interior. Sus voces arañaban mi mente, tratando de arrastrarme hacia abajo mientras susurraban promesas, mentiras y una dulce y eterna rendición.

Pero mi maldición no se rendía. Ya estaba hecho*.*

La luz roja brilló con más intensidad y se expandió hacia fuera, mientras el aire temblaba con el sonido de mis latidos, cada vez más fuertes y rápidos, hasta ahogar todo lo demás. Podía sentir cómo se desplegaba la magia de Morven, antigua y despiadada, quemándome por dentro como el sol más vengativo del mundo.

—Deberías haberte quedado en las sombras —dije.

—¡Tú perteneces a los Huecos! —gritó el líder.

Arqueé una ceja.

—No pertenezco a nadie, imbécil.

Se abalanzó hacia mí, con garras hechas de humo y mil voces chillando a la vez. Lo recibí de frente, con mis hilos arcanos en llamas.

El impacto no fue leve. Fue *una detonación.*

Un rugido rasgó el aire mientras mi maldición se tragaba todo su poder. Su silueta en sombras se retorció, sus extremidades se doblaron hacia atrás y sus rasgos se deformaron cuando los hilos arcanos lo atravesaron. Se enroscaron en su cuerpo como agujas en la tela.

Se convulsionó, con fuego negro brotando de las fracturas de su piel.

—Tú… no puedes… contener…

—Te equivocas otra vez— dije, con la voz temblando de rabia—. No te estoy conteniendo. Te estoy acabando.

La luz roja explotó, tan brillante que abrasó la oscuridad del claro. El líder gritó, un sonido que no pertenecía a este mundo y entonces su cuerpo se hizo añicos en una tormenta de cenizas y luz.

La onda expansiva golpeó con tanta fuerza que hizo temblar la tierra. El polvo se extendió hacia afuera impulsado por un viento ardiente y, por un instante, todo quedó en silencio.

Entonces los Huecos comenzaron a tambalearse.

Uno a uno, se quedaron paralizados en pleno movimiento, levantando la cabeza bruscamente como si los tiraran de hilos invisibles. Las sombras bajo su piel parpadeaban salvajemente, sus venas negras palpitaban como rayos atrapados. Grietas de luz pálida los atravesaron, primero en el pecho y luego en la cara, hasta que la oscuridad que los mantenía unidos comenzó a desmoronarse.

Un sonido grave y agudo llenó el aire, algo que no era del todo humano ni del todo real. El más cercano extendió la mano como para mantenerse en pie, pero esta se disolvió en ceniza a la deriva. Otro cayó de rodillas, su grito engullido por el destello cegador que le desgarró el cuerpo.

Y entonces todos desaparecieron, destrozados en un instante, desintegrándose en corrientes de humo negro que se elevaron en espiral, arrastradas por la corriente ascendente de la caída de su líder. El humo se retorcía y se contorsionaba contra la luz, tratando de aferrarse a su forma, pero el resplandor lo redujo a la nada.

Cuando todo terminó, el cielo volvió a estar limpio. Solo quedaban el eco que se desvanecía de la explosión y el agudo y metálico aroma de la magia.

Los escombros se extendían a mi alrededor, con el humo enroscándose en la atmósfera. El poder palpitaba bajo mi piel: ardiente y vivo, pero sin ser Hueco ni maldito. Algo completamente distinto. Algo que no conocía la piedad y que, por primera vez en mi vida, no necesitaba ser salvado.

Temblé donde estaba, mitad purificada, mitad corrompida. Mi magia ardía de calor y frío a la vez, los hilos arcanos ya no eran solo rojos, sino entretejidos con oro y negro como la sombra, cambiantes y vivos.

Selene se tambaleó hacia mí, con los ojos muy abiertos.

—Rhea —susurró—. Que la diosa nos ayude… ¿qué acabas de hacer?

Parpadeé, aun saboreando ceniza y relámpagos.

—¿De verdad quieres saberlo?— mi voz temblaba—. Creo que acabo de comerme a un Hueco.

La vampiresa me miró fijamente.

—Eso es… espantoso.

—Sí —dije, esbozando una sonrisa débil y torcida—. Pero, mirándolo por el lado positivo, estoy bastante segura de que sigo siendo yo. Más o menos.

Una mentira total. En el fondo sabía que había cambiado. Sí, era yo, pero diferente. La antigua yo había desaparecido, borrada.

Eryk dio un paso adelante, con el pecho aún desnudo, manchado de hollín y sangre. Sus ojos dorados ardían con una mezcla de asombro e incertidumbre.

—No eres la misma— dijo en voz baja.

—No —dije, con la voz ahora más suave—. No creo que lo sea.

Bajé la mirada hacia mis manos; hilos carmesí y negros se entrelazaban perezosamente en el aire a su alrededor, retorciéndose y moviéndose como si se estuvieran acostumbrando a respirar un aire nuevo. Mi pulso latía como una tormenta bajo mi piel, profundo y constante, y por primera vez en lo que me pareció una eternidad, no me dolía.

Esperé la fiebre que solía venir tras una oleada, el dolor, el ardor, el agotamiento que me calaba hasta los huesos y que siempre seguía cuando mi magia se descontrolaba. Pero no hubo nada. Ni temblores, ni dolor de cabeza insoportable, ni la sensación de que estuviera a punto de implosionar.

En cambio, me sentía… bien. Fuerte. Íntegra, de una forma que no tenía sentido.

Mi magia zumbaba silenciosamente en mi sangre, no de forma salvaje ni caótica, sino tranquila, enroscada, lista. La maldición ya no me carcomía. Estaba *escuchando.*

—No tengo fiebre —dije, flexionando los dedos y observando cómo una tenue luz roja latía en mis palmas—. Qué raro. Normalmente a estas alturas ya estaría a punto de desmayarme.

Eryk me miró como si acabara de volver de entre los muertos, lo cual, técnicamente, no era incorrecto. Su pecho subía y bajaba, sus ojos brillaban.

—Tu magia… mira… es diferente.

—¿Diferente cómo? —pregunté, aunque yo también podía verlo. Mis hilos arcanos ya no estaban divididos entre negro y rojo. Se habían fusionado —purificados, tal vez— y ahora latían con un rojo más intenso, como sangre viva y relámpagos combinados. Ya no luchaban entre sí. *Eran* yo.

Eryk entreabrió los labios, pero no respondió. Su mirada me recorrió de una forma que me revolvió el estómago, lo cual no era *en absoluto* la reacción que debería haber tenido tras aniquilar a una secta de pesadillas de muertos vivientes.

—Eryk —dije, entrecerrando los ojos para mirarlo—. Me estás mirando fijamente.

Parpadeó y se enderezó ligeramente.

—Acabas de convertirte en luz y has borrado a toda una especie de brujas de las sombras. Perdóname por parecer impresionado.

Incliné la cabeza.

—Impresionado, ¿eh? ¿Así es como lo llamamos?

No lo negó. Apretó la mandíbula, con los ojos aún fijos en los míos, en una mezcla de asombro y algo más oscuro, más ardiente.

Volví a bajar la mirada hacia mis manos, observando cómo la luz roja bailaba entre mis dedos. Esto debería haberme asustado. La maldición de Morven siempre había sido mi mayor temor: el reloj que no deja de marcar las horas, la sombra esperando para devorarme. ¿Pero en ese momento? No me sentía maldita. No me sentía condenada.

Me sentía increíble.

El poder vibraba a través de mí como un latido que pertenecía a la propia tierra. Fuera lo que fuera lo que el hombre Hueco me había hecho, había obligado a la maldición de Morven a defenderse, a sobrevivir a su manera.

No había sucumbido. Había evolucionado.

Ya no era una sentencia de muerte. Se estaba convirtiendo en algo nuevo, un instinto, una fuerza, entretejida en mi magia en lugar de contra ella.

No era mi perdición. Era mi arma.

Una extensión de mi magia. De *mí*.

—Joder —dije, dejando escapar una risa temblorosa—. Creo que la maldición acaba de desarrollar una personalidad.

La voz de Selene llegó desde detrás de mí.

—Maravilloso. Porque el mundo definitivamente necesita a otra como tú.

La vampiresa suspiró.

—Necesito sangre. A estas alturas ni siquiera me importa de quién sea. Solo alguien lento y cálido.

Me volví hacia Eryk, con una sonrisa tenue pero sincera.

—Supongo que esto significa que oficialmente no voy a morir hoy.

Exhaló lentamente, con una mueca en la comisura de los labios.

—Lo dices como si fuera opcional.

Me encogí de hombros, con hilos arcanos titilando a mi alrededor como chispas.

—¿Después de la semana que he tenido? Todo parece opcional.

Y en lo más profundo de mi ser, donde mi maldición solía susurrarme sobre la fatalidad, algo nuevo se estaba agitando: más fuerte, más extraño y muy vivo.

Los Huecos no me habían capturado.

Yo los había absorbido *a ellos.*

# 25

—¿Cómo te sientes?— pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

Marla me miró con los ojos legañosos desde su camilla, con la sábana barata del hospital enredada alrededor de sus piernas. Su rostro había recuperado el color, ya no era el gris pálido y ceroso de antes. Sus ojos eran brillantes y claros, y su cabello, que normalmente llevaba recogido en ese moño al estilo bibliotecaria, se había soltado. Mechones de color gris plateado enmarcaban su rostro, dándole un aspecto a medio camino entre el de una bruja elegante y el de una científica loca.

Se estiró con rigidez y esbozó una sonrisa aturdida.

—Me encuentro bien. —Su voz sonaba ronca, pero estaba *llena de* vida—. ¿Por qué me miras como si acabara de resucitar?

—Porque, en cierto modo, así ha sido —dijo Selene con sequedad, cruzando los brazos. Incluso maltrecha y manchada de sangre, seguía pareciendo salida de un anuncio de perfume gótico, probablemente por culpa del borracho al que había dejado seco detrás de la gasolinera de camino aquí.

Dejé de hacer preguntas después de que se limpiara la boca y dijera:

—No me juzgues. Apestaba a desesperación y vodka. Solo le hice un favor.

Sus ojos oscuros se posaron en Marla con divertida indiferencia.

—Llevabas un buen rato con ese look de Bella Durmiente, salvo por el príncipe y la iluminación decente.

Marla la miró y luego me miró a mí.

—Vaya, eso es inquietante.

—Sí, bienvenida de nuevo— dije, esbozando una sonrisa cansada —. Nos tuviste muy preocupados durante un rato.

Antes de que pudiera dar más explicaciones, un sollozo ahogado resonó en la habitación. La madre de Kevin había abrazado a su hijo con fuerza, casi tirándolo de la camilla. El chico —pálido y tembloroso, pero despierto— la abrazó débilmente, con lágrimas resbalando por los rostros de ambos.

Marla se llevó la mano a la boca.

—¿He sido yo? ¿Lo he curado?

—No —dije, negando con la cabeza—, pero sin duda has ayudado.

Marla entrecerró los ojos.

—Cuéntamelo todo.

Así que le conté todo. Sobre los Huecos, la pelea, el líder y cómo los demás se habían desintegrado cuando lo había derrotado. Para cuando terminé, Marla me miraba como si me hubiera salido una segunda cabeza.

Selene se apoyó contra la pared más cercana, con los brazos cruzados.

—Parece que cualquier maldición que los Huecos te hubieran echado desapareció con ellos— dijo—. Su magia era parasitaria. Si se corta al huésped, la infección muere.

Marla frunció el ceño pensativa, con la mirada oscilando entre nosotros.

—Creo que tienes razón. Es la única explicación que tiene sentido. Cualquiera que fuera la magia que se nos había infundido murió cuando los Huecos fueron derrotados. Y con razón. Somos libres.

—Libres —confirmé, sintiendo cómo la palabra se asentaba en mi pecho—. Por ahora.

Marla soltó un suspiro que debía de llevar conteniendo días. Se echó el pelo hacia atrás, alisándolo hasta darle una forma

vagamente parecida a un moño, aunque la mitad se le erizaba en señal de rebeldía.

—Bueno— dijo—. Eso ya es algo. ¿No?

Asentí con la cabeza, echando un vistazo a la habitación. Kevin y su familia ya se habían ido, dejando la puerta balanceándose tras ellos. Por una vez, la morgue parecía… tranquila.

La mirada de Marla se agudizó de repente. «¿Dónde está Eryk? Creía que habías dicho que estaba contigo».

Ah. El hombre-dragón.

—Se fue a casa —dije—. Estaba herido. No tenía ni idea de si los dracónidos sanaban como los hombres lobo u otros cambiaformas. Había visto la magia de Eryk —cruda, primitiva y más bestia que hechizo—, pero quizá ese mismo poder pudiera cerrar heridas con la misma facilidad con la que provocaba incendios.

Selene dejó escapar un sonido de disgusto desde lo más profundo de su garganta. —Sus *amigos* nos abandonaron. No lo olvidaré.

—Yo tampoco —suspiré—. Pero, en su defensa, no les caigo muy bien. Y, técnicamente, esta no era su lucha. Era mía, en realidad.

—Aun así —dijo Selene, frunciendo los labios—. Fue una falta de clase. Los dragones solían tener honor.

—Sí, bueno, supongo que las cosas han cambiado.

Marla sonrió, aunque su mirada se demoró en mí.

—Te ves diferente— dijo finalmente.

Dudé, bajando la mirada hacia mis manos. El rojo más oscuro aún parpadeaba allí, enroscándose perezosamente alrededor de mis dedos como humo vivo.

—Sí— dije en voz baja—. Eso es… complicado.

—Complicado ¿cómo? —insistió la bruja mayor.

Exhalé, apoyándome contra la fría encimera de metal.

—La maldición de Morven no quería unirse a los Huecos. Se resistió. Con fuerza. Y cuando lo hizo, cambió— la miré—, yo cambié.

Marla frunció el ceño, pero no me interrumpió.

—Siempre pensé que la maldición me estaba matando— dije, pronunciando las palabras lentamente— bueno, que acabaría

matándome como al resto de mi familia. Todos lo sabíamos. Era algo separado de mí, algo que esperaba arrastrarme al abismo. Pero cuando los Huecos intentaron llevarme, ya no lo sentí así. No estaba luchando *contra mí*. Estaba luchando *por* mí. Como cuando Nyra intentó extraer la maldición de mí, se resistió. Solo que esta vez… mucho… mucho más fuerte.

Selene ladeó la cabeza y me observó como si fuera un cadáver especialmente interesante.

—¿Y ahora?

—Ahora…— flexioné las manos, observando cómo parpadeaban los hilos arcanos rojos, de nuevo completos.

—No me siento maldita. No me siento enferma. Me siento… diferente. Más fuerte. Como si ya no fuera una sentencia de muerte, solo… parte de mí. Mi magia, mi sangre, todo ello finalmente decidió llevarse bien.

La mirada de Marla se suavizó, aunque parecía que quería lanzarme unos diez hechizos de diagnóstico solo para asegurarse.

—¿Así que la maldición ha evolucionado?

Me encogí de hombros.

—Más bien dejó de enfadarse y se dio cuenta de que yo soy la jefa.

Selene sonrió con sorna.

—Cuidado. Ese tipo de poder tiende a subirle a la cabeza a la gente.

—No te preocupes— dije, demasiado cansada para devolverle la sonrisa—. Si empiezo a convertirme en una megalómana, puedes apuñalarme con el mango de una escoba.

Selene arqueó una elegante ceja.

—Tentador.

Negué con la cabeza, con una risa atascada en la garganta a pesar de todo.

—Solo estoy sorprendida de haber sobrevivido a esto.

La mano de Marla encontró la mía, cálida y real.

—No solo has sobrevivido, Rhea. Has cambiado la historia.

Quizá tenía razón. O quizá la historia *me* había cambiado *a mí.*

—Ahora, ayúdame a bajar— dijo, apartando la sábana—. Tengo que irme a casa. Siento una necesidad imperiosa de darme un baño caliente y, a ser posible, quitarme de encima cualquier residuo de pesadilla que aún me quede.

—Claro— dije, ofreciéndole mi brazo—, pero ve despacio. Apenas te has recuperado.

—Ja. Me las arreglaré.

La Bruja Blanca se deslizó de la camilla con una estabilidad sorprendente, aunque sus rodillas temblaron ligeramente antes de estabilizarse.

—Aún lo tengo— murmuró entre dientes, alisándose el abrigo arrugado.

Selene resopló.

—Por los pelos de una rana calva.

Marla le lanzó una mirada antes de volverse hacia mí.

—¿Ya se lo has contado al consejo?

Hice una mueca de dolor.

—Todavía no. Yo, eh… técnicamente sigo bajo arresto domiciliario. Pensé en enviar una nota con la máquina de escribir antes de que Torren decida aparecer por aquí para agobiarme. Otra vez.

Marla asintió, apretando los labios.

—Muy sensato. Aunque dudo que todos se lo crean. Los Huecos no estaban aquí por el consejo, Rhea. Estaban aquí por ti.

Suspiré, frotándome las sienes.

—Sí, me di cuenta. Me hace muy popular. ¿No?

—Eres una anomalía mágica andante con una maldición recién despertada que acaba de devorar a una legión de criaturas del vacío.

La voz de Selene era seca como un hueso.

—Te van a organizar un desfile.

La miré.

—Por favor, el consejo no hace desfiles. Hacen informes mordaces y reuniones incómodas.

Marla se rio entre dientes, pero no la contradijo.

—Aun así, deberías prepararte. Tendrán preguntas. De esas que no acaban bien para nadie que responda con sinceridad.

—Genial —dije—. Estoy deseándolo.

Marla me apretó el brazo ligeramente.

—Pero quizá no todos estén en tu contra. Brunika ha estado intentando ablandarles el corazón hacia ti. ¿No es así? Eso es lo que me contaste.

—Sí— dije, recordando la conversación que tuve con la troll cuando estaba en mi celda—. Dijo que hablaría bien de mí. O al menos que intentaría convencer al resto de que no soy un apocalipsis andante. Pero ¿sinceramente?— me encogí de hombros — es poco probable».

—Quizá —dijo Marla—, pero han pasado cosas más extrañas. Como que tú estés viva ahora mismo.

—Cierto.

Marla sonrió y luego miró hacia la puerta, con el cansancio volviendo a posarse en su rostro.

—Aun así, deberías irte a casa. Descansa. Si viene el consejo, que esperen. El mundo puede permitirse dejar de girar durante unas horas.

—Buen consejo— dije, guiándola hacia la salida—. Aunque algo me dice que mi mundo no *deja de girar*. Simplemente pasa a *girar más rápido*.

Selene nos seguía, murmurando algo sobre necesitar una bebida lo suficientemente fuerte como para matar a un elefante.

Mientras ayudaba a Marla a salir al aire fresco de la noche, el silencio me golpeó de nuevo: ni susurros, ni hilos arcanos, ni Huecos esperando en las sombras. Por primera vez en días, el mundo parecía limpio.

Por supuesto, eso probablemente significaba que se estaba preparando para volver a armar un lío.

—¿Te vas a casa?— preguntó Selene, con un tono lleno de aspereza y diversión.

Intenté no sonreír.

—Todavía no. Creo que me pasaré por casa de Eryk. Ya sabes… para asegurarme de que está bien.

La boca de Selene se curvó en una sonrisa burlona.

—Claro. *Para asegurarte de que está bien.* Así es como lo llaman los jóvenes hoy en día.

—Por favor —dije, poniendo los ojos en blanco—. Casi se mata. Solo quiero asegurarme de que no le falte ninguna parte importante del cuerpo.

—Y sabemos cuáles son las partes importantes. ¿No es así?— dijo Selene con una risita.

Sí, había caído de lleno en la trampa.

Marla me lanzó una mirada cómplice, con su cabello gris brillando bajo las luces parpadeantes de la morgue.

—Ve a estar con él. Se te nota en la cara. Ve. Se merece que lo visites. Y tú te mereces sentir algo más que agotamiento, para variar.

—Sí, sí— suspiré, pero se me oprimió el pecho de todos modos.

Porque tenía razón.

Eryk se había quedado cuando los demás huyeron. Se había mantenido a mi lado cuando el mundo se había ido al infierno, literalmente, y no había huido, ni siquiera cuando debería haberlo hecho. Ni siquiera cuando el fuego que ardía en su interior se estaba apagando y sangraba por heridas que habrían matado a cualquier otra persona.

Ese tipo de lealtad le hacía algo peligroso a una persona. Especialmente a alguien como yo, que había pasado la mayor parte de su vida esperando que la gente se marchara.

—¿Te llevo? —preguntó Selene, sin dejar de sonreír—. Yo conduzco. Tú puedes quedarte mirando dramáticamente por la ventana.

Negué con la cabeza.

—No. Creo que iré andando. Necesito un rato de tranquilidad.

La sonrisa de Selene se amplió.

—Bien, pero si vuelves oliendo a dragón, te diré que te lo advertí.

Marla se rio entre dientes y me apretó la mano con suavidad.

—Buenas noches, Rhea. Y… gracias por salvarnos.

—No hay de qué— dije, con la garganta más oprimida de lo que debería.

Se marcharon, Selene deslizándose por la calle como si la noche le perteneciera y Marla cojeando, pero orgullosa, tarareando algo que podría haber sido un hechizo o simplemente alivio.

Me quedé sola en el aire fresco. Las estrellas empezaban a asomar entre la bruma, tenues y temblorosas, como si aún no estuvieran seguras de que el mundo fuera seguro. El viento traía el leve olor a humo de la batalla, pero debajo había algo más limpio. Esperanza, tal vez. O al menos la ilusión de ella.

Me metí las manos en los bolsillos y empecé a caminar por la carretera.

Mi mente no dejaba de volver a Eryk, a sus ojos dorados, a la forma en que me había mirado cuando todo había terminado. Como si no supiera en qué me había convertido, pero estuviera jodidamente seguro de que aún quería averiguarlo.

Esa idea me provocó un dolor silencioso, agudo y dulce. Por primera vez desde que lo conocí, no había un reloj de arena colgando sobre nosotros. No me estaba muriendo. La maldición de Morven no estaba esperando para devorarme por completo.

Quizá ahora tuviéramos realmente una oportunidad.

Y, por el caldero, quería aprovecharla.

# 26

Para cuando llegué al castillo de Eryk —o fortaleza de dragones, o cualquier otro nombre exagerado con el que se le conociera—, mis pies eran una zona catastrófica. Sangrando y llena de ampollas, me cuestionaba todas las decisiones de mi vida.

Caminar todo ese trecho por el bosque de noche no fue la idea más brillante, pero me dio tiempo para pensar en todo lo que había pasado, en todo en lo que me había convertido. Y pensar, al parecer, era mi nueva afición desde que había logrado no morirme.

La maldición de Morven. Mi maldición.

Ya no susurraba. No me arañaba ni amenazaba con quemarme desde dentro. En cambio, se sentía... *asentada,* como un dragón dormido bajo mi piel, cálido y pesado, pero mío. Por primera vez, no era mi enemiga. Era parte de mí.

Quizá eso debería haberme asustado, pero, en cambio, me parecía bien. Como si la maldición llevara siglos esperando a que alguien dejara de tratarla como a un monstruo y simplemente la dejara respirar.

El aire se volvió más cálido al atravesar la verja de hierro forjado y subir por el camino de grava bordeado de antorchas titilantes que siseaban con el viento nocturno. Las llamas proyectaban largas sombras danzantes sobre el sendero de piedra negra, y cada paso resonaba en la vasta quietud. El lugar olía a cedro y a humo, a

magia antigua y a algo *que era* claramente *él*: hierro, calor y ese leve aroma a ozono que le seguía cada vez que usaba su poder.

Mi corazón dio una extraña voltereta. Me dije a mí misma que solo eran los nervios o el agotamiento. Desde luego, no era ninguna emoción que se relacionara con la atracción.

La finca se alzaba ante mí, con sus torres afiladas y sus muros de obsidiana que brillaban tenuemente a la luz de las antorchas. Era el tipo de casa que gritaba: «Acumulo tesoros y, de vez en cuando, prendo fuego a las cosas».

Subí los escalones de la entrada, cada uno lo suficientemente ancho como para celebrar una cena, y me detuve frente a las ridículas puertas dobles. Eran altas, talladas con símbolos de dragones, y probablemente protegidas con un hechizo para incinerar a cualquiera lo suficientemente tonto como para intentar entrar.

Mi reflejo me devolvía la mirada desde la superficie metálica oscura. Tenía el pelo revuelto, las botas hechas trizas y parecía alguien que acababa de sobrevivir a un pequeño apocalipsis. Pero había algo más allí también, algo vivo en mis ojos. Un nuevo brillo. Poder, tal vez. O simplemente la ausencia de miedo.

Levanté la mano y llamé a la puerta. El sonido resonó como un desafío.

Una parte de mí esperaba que no estuviera en casa, porque si abría esa puerta, no tenía ni idea de lo que diría o haría. Como, por ejemplo, *abalanzarme sobre él.* No es precisamente un comportamiento profesional por parte de Merlín. Estoy bastante segura de que en algún sitio hay una norma que prohíbe abalanzarse sobre los vecinos, especialmente si son dragones.

Aun así, mis hormonas opinaban lo contrario. Y mi pulso también. Esa estúpida cosa latía con fuerza en mi pecho como si estuviera animándome a tomar malas decisiones.

Pero, sobre todo, solo quería verlo. Asegurarme de que aún respiraba. Todo lo demás era solo… ruido que fingía poder controlar.

Porque después de todo, después de la oscuridad, el fuego y los hombres huecos, una verdad seguía impactándome más que todo eso junto.

Ya no tenía miedo a morir.

Pero me aterrorizaba absolutamente lo que pasaría después... con él.

La puerta se abrió de par en par.

—Hola —dije—. Soy yo. *¿Soy yo? ¿Por qué demonios dije eso?* Me llevé las manos a la cabeza mentalmente. *Gran comienzo, Rhea. Justo en el clavo.*

Eryk sonrió, de esa forma que probablemente venía con etiquetas de advertencia.

—Ya veo.

Se apoyó en el marco de la puerta con una mano en la cadera, con un aire desenfadado y exasperantemente perfecto. La luz del fuego del vestíbulo se reflejaba en su cabello oscuro, aún húmedo y ligeramente rizado en las puntas. Llevaba una camisa negra, de algún tipo de seda cara y suave que se ajustaba a su pecho como si hubiera sido bendecid mente por los dioses, y unos pantalones oscuros que le quedaban demasiado bien.

Olía a calor, a cedro y a un ligero aroma a fuego de dragón. Mmm.

—Te ves bien —solté antes de que mi cerebro conectara y, acto seguido, hice una mueca—. Quiero decir… estás bien. Luces bien. No es que *estés guapísimo,* pero… —exhalé, rindiéndome—. Pareces alguien que no ha estado a punto de morir hoy. Así que eso está bien.

Su sonrisa se amplió, divertido.

—Vaya cumplido. ¿Debería enmarcarlo?

—No te pases.

Él se rio entre dientes, un sonido tan profundo y cálido que derritió algo vital dentro de mí.

—¿Has caminado hasta aquí solo para decirme que estoy bien?

—Quería asegurarme de que estabas bien— dije, levantando la barbilla—. Estabas herido. Vi cómo se te agrietaban las escamas, todo ese colapso de dragón al borde de la muerte, y pensé que quizá necesitarías… no sé. Una poción curativa. O sopa.

Eryk ladeó ligeramente la cabeza, estudiándome.

—Sopa —repitió, con voz baja y burlona—. ¿Eso es lo que le has traído al dragón? ¿Sopa?

—Cállate. Era solo una idea.

Se rio suavemente, acercándose un poco más.

—Estoy bien, Rhea. Los dragones se curan rápido.

—Ahora lo veo. Aun así…

Me detuve porque me estaba mirando así otra vez. Como si yo fuera lo único en el mundo que importara. Como si tal vez *yo* fuera el fuego que él necesitaba.

El espacio entre nosotros se acortó, cargado de tensión y vibrando. Mi pulso se aceleró. De repente me volví hiperconsciente de todo: el calor de su cuerpo, el leve aroma a humo, la forma en que sus ojos brillaban dorados bajo la luz.

La mirada de Eryk se posó en mí, deteniéndose lo justo para hacer que se me revolviera el estómago.

—Te ves diferente— dijo en voz baja—. Más… viva.

—Sí, últimamente me estoy decantando por el rollo de «no estar muerta», dije. —Me siento bastante bien.

Eso me valió una sonrisa, una que comenzó lentamente y se extendió hasta ser totalmente impresionante.

—Me gusta— dijo.

Mi cerebro se cortocircuitó.

—Eh. Gracias.

Se rio de nuevo, y que el caldero me ayude, quería tirarlo hacia abajo por esa camisa y besarlo hasta que mi nueva maldición suplicara clemencia.

En lugar de eso, me moví con torpeza, pasándome las manos por los vaqueros.

—Bueno… sí. Tú estás bien. Yo estoy bien. Todo el mundo está bien. Una charla estupenda.

—Rhea —dijo él, con voz baja y llena de calidez—, ¿alguna vez dejas de salir corriendo en mitad de una conversación?

—No —dije automáticamente—. Es parte de mi encanto.

Su sonrisa se volvió pícara.

—Entonces quédate quieta por una vez.

Y con eso, se hizo a un lado, abriendo la puerta aún más. La tenue luz detrás de él se derramó sobre mí, dorada y acogedora.

—Entra— dijo—, antes de que se te hagan aún más ampollas en esos pies de bruja. Y quizá me cuentes qué te ha traído aquí realmente.

Dudé solo un segundo antes de pasar junto a él; el roce de su brazo contra el mío bastó para hacer vibrar cada hilo arcano que había en mí.

Sí. Era una idea terrible.

Y, sin duda, iba a hacerlo de todos modos.

Eryk cerró la puerta y yo lo seguí, o, mejor dicho, le seguí el culo. Era un culo de lo más apetecible.

Me llevó al mismo estudio de antes, el que tenía una decoración inspirada en los dragones: pesados tomos alineados en las paredes, una chimenea de piedra lo suficientemente grande como para asar un buey y armas expuestas como si fueran obras de arte. En el centro había una enorme mesa de roble, con la superficie marcada y ennegrecida por demasiados experimentos con fuego.

—¿Te apetece algo de beber? ¿Vino? —preguntó el dracónido, dirigiéndose ya hacia un aparador que parecía tallado a partir de los escombros de un castillo.

—Vino, por favor. Tinto, si tienes —dije, intentando parecer despreocupada. Como si no supiera que probablemente tenía una bodega llena de botellas que costaban más que mi camioneta. Las casas como esta siempre las tenían.

Asintió una vez y desapareció por una puerta lateral, moviéndose con esa gracia silenciosa y exasperante que me hacía cuestionar mis propias habilidades motoras. Exhalé, paseándome durante medio segundo antes de dejarme caer sobre el enorme sofá de cuero marrón que parecía capaz de devorarme entera. El sillón chirrió suavemente bajo mi peso mientras intentaba sentarme como una persona normal: hombros hacia atrás y con naturalidad, no como si estuviera a punto de implosionar de los nervios.

El fuego crepitaba. La habitación olía a cedro y a humo y, vagamente, a él.

No tuve tiempo de darle muchas vueltas porque él regresó con dos copas de vino tinto intenso. De los buenos: de esos que vienen acompañados de palabras como *«cosecha»* y *«embotellado en la*

*finca*» y que, desde luego, *no se beben de un trago como si fuera zumo de uva.*

Me entregó uno, y sus dedos rozaron los míos durante medio segundo de más.

—Espero que te guste— dijo con voz grave—. Es de mi bodega. Un Burdeos de 1874, más añejo que la mayoría de las guerras.

Asentí con la cabeza, fingiendo saber lo que eso significaba.

El primer sorbo tocó mi lengua, suave, oscuro y absolutamente pecaminoso.

—Vaya. Esto está bueno. Ridículamente bueno. ¿Es de una bodega o es la sangre de los reyes?

Él sonrió.

—Una reserva privada. Me alegro de que te guste.

—Oh, me gusta— dije y tomé otro sorbo. Y otro más. Entonces, porque mi cerebro decidió que íbamos a hacerlo, me bebí el resto de la copa como si me estuviera hidratando después de una maratón.

Eryk parpadeó, levantando una ceja.

—Esa es… una forma de beberlo.

—Sí —dije, dejando la copa vacía sobre la mesa—. Tengo un paladar sofisticado. No lo entenderías.

Su boca se curvó en esa sonrisa lenta y cómplice que hacía que mi pulso se acelerara de forma sospechosa.

—Creo que empiezo a entenderlo.

—En fin —dije rápidamente, tirando de un hilo suelto de mi manga—, solo he venido a darte las gracias. Por, ya sabes, *no* morir. Y por ayudarme… a no morir. Y para asegurarme de que estás bien. Porque estabas herido. Muy herido. Hubo mucho fuego y sangre y, eh, cosas heroicas de dragones.

Su diversión era palpable. Apoyó un hombro contra la repisa de piedra de la chimenea, con un vaso en la mano, mirándome como si fuera un rompecabezas que disfrutaba resolviendo.

—¿Así que has venido hasta aquí, sangrando y agotada, solo para ver cómo estaba

Me encogí de hombros, fingiendo indiferencia.

—Bueno, alguien tenía que asegurarse de que no estuvieras mudando el pelaje o algo así.

La risa de Eryk fue grave y suave, deslizándose por la habitación como el calor.

—Me alegro de que hayas venido— dijo, con la mirada fija en mí —. Me alegro de verdad.

Algo en la forma en que lo dijo hizo que mi corazón se detuviera por un instante. El fuego crepitaba a sus espaldas, el olor a humo se arremolinaba en el aire y, por un segundo, olvidé cómo respirar.

Me aclaré la garganta, tratando de llevarnos de vuelta a aguas más tranquilas.

—Sabes, probablemente deberías tomártelo con calma unos días. Nada de levantar peso. Nada de escupir fuego.

—Lo intentaré— dijo, con los ojos brillantes— , aunque no prometo nada en cuanto a lo de no escupir fuego.

Oh, que el caldero me ayude. Esto era una mala idea.

Una idea muy, muy atractiva y sexy.

—Y sigues bajo arresto domiciliario —dijo el dracónido, con voz grave y divertida.

—Técnicamente —dije—, pero me gusta pensar en ello como una sugerencia flexible.

Eryk se impulsó desde la repisa de la chimenea y dejó el vaso sobre la mesa con lenta deliberación. El movimiento fue fluido y depredador, de esos que hacen que el espacio entre nosotros se sienta al instante demasiado estrecho. Debería haber dicho algo —cualquier cosa—, pero las palabras no me salían. Mi cerebro se había desconectado en el momento en que sus ojos dorados se clavaron en mí.

Se detuvo justo delante de mí, lo suficientemente cerca como para que el calor de su cuerpo rozara mi piel como un susurro. Su aroma —fuego, cedro y peligro— me envolvió, mareándome.

—Lo siento —dijo, con la voz ahora más suave—. Siento que mis amigos se hayan ido. Deberían haberse quedado.

Tragué saliva con dificultad, intentando no fijarme en cómo se le tensaba la camisa sobre el pecho.

—No pasa nada —dije, y de alguna manera logré encogerme de hombros—. Los amigos están sobrevalorados.

Eso me valió una sonrisa. No su habitual sonrisa encantadora y educada, sino la más oscura. La que decía: «Estoy pensando en cosas que te harían sonrojar».

—Ah, ¿sí? —murmuró, bajando la mirada brevemente hacia mi boca—. Es bueno saberlo.

Debería haber dado un paso atrás. No lo hice.

En cambio, él extendió la mano y sus dedos rozaron mi muñeca, ligeros como la electricidad estática.

—Siempre haces eso— dijo.

—¿Hacer qué?— susurré.

—Fingir que no estás aterrorizada cuando te estás quemando por dentro.

—Yo no...

Pero entonces me puso de pie, de repente y sin esfuerzo, y todas las palabras que podría haber dicho se me escaparon de la cabeza.

Mis manos se posaron en su pecho: sólido, cálido y muy vivo. Su corazón latía con fuerza bajo mis palmas, firme e inquebrantable, a diferencia del mío, que básicamente estaba haciendo una danza interpretativa.

Me miró, con las comisuras de los labios curvadas hacia arriba.

—¿Sigues segura de que solo has venido a ver cómo estaba?

Le dediqué una sonrisa débil.

—Por supuesto. Todo un ambiente de visita a domicilio profesional.

—Ajá —, su pulgar rozó mi mandíbula, lenta y peligrosamente—. Porque estaba a punto de decir… que no parece muy profesional.

—Debe de ser el vino— dije, con una voz más débil de lo que me hubiera gustado—. Una reserva muy fuerte.

Se río en voz baja, con un sonido gutural, y ese sonido hizo todo tipo de cosas impías con mi determinación.

—Probablemente deberías volver a sentarte— dije, aunque ninguno de los dos se movió—. Aún te estás recuperando.

—Me encuentro bien —dijo, inclinándose lo suficiente como para que su aliento rozara mi mejilla—. De hecho, me encuentro mejor que bien.

Se me revolvió el estómago.

—Claro. Metabolismo de dragón. Curación rápida.

Su sonrisa se amplió.

—Yo diría que tiene sus ventajas.

Tragué saliva con dificultad. Probablemente lo había oído.

Eryk se inclinó hacia mí, con esa chispa inconfundible de deseo iluminando sus ojos, y cada nervio de mi cuerpo se puso en alerta. Sus manos se alzaron para acunar mi rostro, cálidas y firmes, antes de que su boca encontrara la mía.

El primer contacto fue calor —calor puro y abrasador— y luego su aliento se detuvo contra mis labios, un sonido grave que hizo que mi pulso se acelerara. Cuando profundizó el beso, mi corazón se olvidó por completo de su función. Sabía a chocolate negro y a fuego, una mezcla de peligro y consuelo que nunca vi venir.

Mis dedos se deslizaron bajo su camisa, recorriendo una piel que estaba casi demasiado caliente, sus músculos moviéndose bajo mi tacto. Lo atraje hacia mí, ávida de su peso sólido, de la sensación de seguridad que me daba su cuerpo presionado contra el mío.

Dondequiera que mis manos lo tocaran, surgían chispas: diminutas ráfagas de magia y deseo que se enroscaban en mis venas.

Un suave gemido se me escapó cuando sus palmas ásperas y callosas se deslizaron bajo mi abrigo, rodeándome la espalda y atrayéndome con fuerza. El calor de su tacto se hundió profundamente, y la fuerza que había en él hizo que mis rodillas flaquearan un poco, el mundo reduciéndose a nada más que su sabor, su tacto y la salvaje, imposible atracción entre nosotros.

Besar a Eryk fue… un nivel completamente nuevo de peligro. Cada pensamiento que jamás había tenido sobre el autocontrol hizo las maletas y se marchó. Le devolví el beso, desesperada y sin aliento, y de repente parar no parecía una opción.

Sus labios eran cálidos, sin duda, y lentos en un momento, pero hambrientos al siguiente. Su sabor, a vino oscuro y calor, me atravesó como una descarga eléctrica.

Un sonido grave y áspero se le escapó, desde lo más profundo de su pecho, y me llegó directamente al alma. Sus manos se deslizaron

por mi cintura, agarrándome por las caderas antes de que una bajara más, rodeándome y empujándome contra él.

Su fuerte presión no dejaba lugar a dudas sobre lo mucho que me deseaba.

Y, por el caldero, yo también lo deseaba, con tanta intensidad que la razón no tenía ninguna posibilidad.

—Me vuelves loco —susurró con voz ronca entre besos, y luego me chupó el labio inferior.

—Yo también me vuelvo loca.

Se apartó lo justo para que sus labios recorrieran la línea de mi mandíbula, rozando el punto sensible debajo de mi oreja antes de rozar mi garganta. Su aliento era cálido contra mi piel cuando murmuró:

—Está en mi naturaleza querer mantenerte a salvo… proteger lo que me importa.

Mi pulso se aceleró.

—¿Yo te importo?

Las palabras salieron más suaves de lo que pretendía, pero ya era demasiado tarde.

Levantó los ojos hacia los míos, ardientes y seguros.

—Sí.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo, en parte deseo, en parte incredulidad. Nadie me había dicho nunca algo así, no sin condiciones ni condiciones. Por un segundo, mi corazón se derritió tanto que casi esperaba que se derramara por algún lugar vergonzoso.

Le miré a los ojos, con la respiración entrecortada.

—Entonces… ¿qué significa eso exactamente? ¿Tú y yo? ¿Qué *es* esto?

La boca del dracónido se curvó en esa sonrisa astuta y devastadora que me golpeó justo en las entrañas.

—Esto— dijo, con voz grave y áspera—, es lo que queramos que sea.

Antes de que pudiera pensar en algo ingenioso, o, sinceramente, en cualquier cosa, Eryk me levantó en volandas y me dejó caer sobre la gruesa alfombra frente a la chimenea. Era tan mullida que

prácticamente me tragó entera, lo cual era apropiado porque el dragón que en ese momento se cernía sobre mí parecía dispuesto a hacer lo mismo.

Entonces volvió a besarme, con profundidad y ansia, mientras sus manos recorrían cada centímetro de mi cuerpo como si quisiera asegurarse de que seguía siendo real.

Sonreí contra su boca, sin aliento, entre risas y al borde de la locura. Mis dedos se enredaron en su pelo mientras nuestro beso se intensificaba, nuestras lenguas encontrándose con un entusiasmo que probablemente infringía algunas normas urbanísticas.

Gruñó, con una voz tan ronca que se me curvaron los dedos de los pies.

—Eres jodidamente sexy.

Arqueé una ceja.

—Tú tampoco estás nada mal.

La sonrisa de Eryk era puro pecado. Luego me besó de nuevo, bajando por mi cuello, y cada roce de sus labios me provocaba deliciosas sacudidas. Sus manos se deslizaron desde mi cintura hasta el dobladillo de mi camiseta, y me arqueé antes incluso de darme cuenta, dándole permiso en silencio.

Cuando su mano cálida se deslizó bajo la tela, rozando mi piel, jadeé. Su pulgar me rozó ligeramente, provocándome, y se me cortó la respiración.

—Quítate los pantalones —logré decir entre respiraciones entrecortadas—. Antes de que pierda lo que me queda de cordura.

Se apartó lo justo para esbozar una sonrisa burlona, con esos ojos dorados y esa confianza engreída.

—¿Es eso una orden, Merlín?

—Sí —dije, mirándolo con ira y sonriendo al mismo tiempo.

Eryk se rio entre dientes, su voz un murmullo grave contra mi oído mientras susurraba:

—Como desees.

Y así, sin más, nos perdimos, sumidos en el calor, el fuego y la locura de todo aquello. El mundo exterior dejó de existir. Solo existía el sabor de él, el tacto de sus manos y el ritmo constante e

imposible de nuestra unión, enredados en una noche demasiado buena como para salir ilesos.

# 27

Me desperté a la mañana siguiente enredada entre sábanas de seda. Una cosa estaba muy clara: los dracónidos eran amantes *excepcionales*.

Generosos. Concentrados. Con una resistencia que, francamente, merecía su propio club de fans.

La luz de la chimenea se había apagado y la habitación olía a cedro, humo y momentos divertidos. Pero cuando me di la vuelta, Eryk no estaba allí. En su lugar, encontré una nota cuidadosamente doblada sobre su almohada.

*Tenía que ir a arreglar algunas cosas. Quédate aquí y desayuna. Volveré pronto.*

*—Eryk*

Gruñí, apretando la nota contra mi pecho. *Arreglar algunas cosas* era el código de los dragones para decir «perseguir a Draya y Veyrix y recordarles quién es el alfa». Y bien por él. Alguien tenía que achicharrarles las escamas por largarse en pleno apocalipsis.

Aun así, desayunar sola en una mansión me resultaba extrañamente deprimente. Quiero decir, ¿quién quería tomar café importado y comer huevos en un plato de oro cuando el dragón que los había cocinado estaba fuera resolviendo disputas de dominio?

Así que, naturalmente, me fui.

Y sí, caminé. Otra vez.

Pero esta vez no me dolió. Sin ampollas, sin ardor. Mi cuerpo se sentía… ligero. Lleno de energía. Completo. Como si cada célula se hubiera reescrito de la noche a la mañana.

Me detuve a mitad del camino de grava y miré mis manos. Mis hilos arcanos latían bajo mi piel: rojos, constantes, vivos.

—Supongo que el sexo con fuego de dragón ahora cuenta como curación mágica —me dije a mí misma—. Que alguien lo incluya en el manual médico de Merlín.

Sonreí con aire burlón, sacudiendo la cabeza. El poder de Eryk había rozado el mío la noche anterior. Su magia era feroz, antigua y tan viva que hizo que la mía se elevara para encontrarse con ella. Y mi energía se sentía tan diferente ahora. Mi maldición ya no parecía una maldición.

Sin fiebre. Sin fatiga. Solo poder: equilibrado, controlado, mío.

Fuera lo que fuera lo que era ahora, no estaba maldita. Era otra cosa, algo nuevo.

Aun así, necesitaba respuestas, y solo había una persona que pudiera tenerlas. Yula. Mi tía segunda, medio reclusa, traficante a tiempo completo de conocimiento prohibido. Se iba a volver loca cuando le contara lo que había pasado.

Pero antes de eso... tenía que irme a casa.

Quería ver a Morty.

*Debería* estar bien. Si Marla y Kevin se habían curado, entonces, lógicamente, el fantasma ya no estaría infectado por cualquier residuo de hombre Hueco que hubiera estado flotando por ahí. Pero la lógica no era precisamente fiable en mi mundo. Y, sinceramente, después de anoche, necesitaba algo familiar, solo para sentirme con los pies en la tierra por un rato.

Así que sonreí para mis adentros, sin dejar de caminar con la luz del sol calentándome la cara. Por primera vez en años, mi vida no parecía una cuenta atrás.

Y sí, quizá eso tuviera algo que ver con el dragón.

Pero, sobre todo, era porque por fin me sentía libre.

Entonces, ¿éramos pareja ahora? ¿Salíamos juntos? ¿Amigos con derecho a roce? ¿O solo era su bruja de rebote postapocalíptica con un pelo excelente?

Porque, sinceramente, las líneas estaban un poco difuminadas después de todo eso *de salvar el mundo juntos y luego tener sexo salvaje y atlético* con *un dragón*.

Di una patada a una piedra en el camino y suspiré.

—De verdad que debería haber un manual para estas cosas.

Salir con un dracónido sonaba romántico hasta que recordabas que podía, literalmente, prender fuego al ambiente —y a los muebles— si las cosas se ponían demasiado intensas. Lo cual, a juzgar por la noche anterior, no era una preocupación infundada.

Aun así… sentí un nudo en el pecho que no tenía nada que ver con el miedo. Él se había quedado cuando todos los demás habían huido. Me había mirado como si fuera más que la bruja maldita de la que todos hablaban en voz baja, como si valiera la pena luchar a mi lado. Como si valiera la pena… *quedarme con él.*

Maldita sea. Estaba empezando a *sentir algo*.

Me metí las manos en los bolsillos de la chaqueta y seguí caminando. Los pájaros cantaban, la luz del sol se filtraba entre los árboles y yo estaba teniendo una crisis interna sobre si estaba en una relación o solo en una aventura interespecífica muy elaborada.

Técnicamente, seguía bajo arresto domiciliario. Lo que significaba que, si el consejo se enteraba de que había salido de la guarida del dragón, probablemente añadirían «estupidez criminal» a mi ya emocionante lista de infracciones.

Por otra parte, teniendo en cuenta la noche que había pasado, podían juzgarme si querían. Yo dormiría perfectamente.

¿Qué *éramos* Eryk y yo, al fin y al cabo? Él no era precisamente del tipo romántico. Nada de cenas a la luz de las velas, nada de confesiones empalagosas. Era más bien… *ardiente y devorador.*

Sonreí a pesar mío. «Sí, era de esperar».

Aun así, había algo entre nosotros. Algo que iba más allá de la lujuria, la adrenalina o el trauma compartido. Cuando me miraba, no veía lástima. Veía curiosidad. Fuego. Quizá incluso algo peligrosamente cercano al cariño.

Y eso me aterrorizaba más de lo que ningún hombre Hueco jamás podría hacerlo. Porque podía soportar maldiciones, monstruos y la muerte. ¿Pero el amor?

Eso era territorio desconocido.

La estación Merlín apareció antes de lo que esperaba. O bien había caminado a paso ligero o había estado demasiado ocupada analizando en exceso mi nueva situación con el dragón que quizá fuera mi novio como para darme cuenta de que los kilómetros pasaban volando.

—Rhea —llamó alguien.

Reduje el paso y entrecerré los ojos hacia la entrada. Brunika estaba cruzando la calle, con sus anchos hombros y su paso decidido, sus pesadas botas crujiendo contra la grava. Su gruesa trenza le caía por la espalda y las cuentas tintineaban suavemente con cada paso.

*Ah, mierda.*

Eché un vistazo a mi camioneta, casi planteándome si podría lanzarme al asiento del conductor y escapar sin problemas. No es que eso fuera a servir de mucho. Los trolls no solían perder carreras a pie.

—Hola —dije con la mayor naturalidad que pude—. Si esto es una visita de control del arresto domiciliario, solo estaba… dando un paseo autorizado.

Su ceño fruncido no se movió. Por supuesto que no. La expresión habitual de Brunika era una lección magistral de desaprobación.

La troll se acercó a mí, sobresaliendo una buena cabeza por encima de mí. Maldita sea. Era una mujer corpulenta, lo suficientemente musculosa como para ganar un pulso a un oso pequeño.

—No estoy aquí para llevarte de vuelta a las celdas —dijo finalmente, con voz grave y tranquila—. Torren ha retirado los cargos.

Parpadeé.

—Espera, ¿qué?

Brunika cruzó los brazos, sin parecer impresionada.

—Después de que el consejo escuchara a Marla, decidieron que no tenías la culpa de lo que pasó con los Huecos. No podías haberlo controlado, y el chico, Kevin, está bien. No recuerda gran cosa.

Anoche parecía estar bien, pero sus padres se lo habían llevado antes de que pudiera echarle un vistazo.

—Me alegro de oírlo.

Brunika asintió una vez.

—Está en casa. Conmocionado, pero vivo. El consejo da el asunto por zanjado.

Exhalé un largo suspiro.

—Entonces… ¿eso es todo? ¿Estoy libre? ¿Se acabó el arresto domiciliario?

Aunque, para ser sincera, no me importaría seguir un poco más con lo del arresto domiciliario. Quizá un día más. Quizá una semana más.

Su boca esbozó algo parecido a una sonrisa burlona.

—No exactamente.

Claro. Siempre había un *pero.*

La mirada de Brunika se clavó en la mía.

—Aun así, agrediste a un miembro del consejo en ejercicio.

Gruñí.

—Fue un accidente. Nunca fue mi intención atacar así. Simplemente sucedió.

—Quizá sea así— dijo ella, indiferente—, pero el consejo no puede ignorarlo. La disciplina debe ser visible.

—Claro— exhalé—. Ejemplo público, orden moral, lo que sea que mantenga sus túnicas planchadas.

La troll no se rio, pero sus ojos brillaban de diversión.

Durante medio segundo, casi lo digo: le dije que no se preocupara, que no tenía que mirarme como si todavía anduviera por ahí con una maldición a punto de estallar atada a mis venas. Que ya no era peligrosa, que no estaba maldita ni condenada. Diferente, sí, pero no de la forma en que todos temían.

Pero las palabras se me atascaron. Demasiado pronto. Demasiado complicado.

Incluso Brunika, a pesar de su franca honestidad, podría pensar que mentía solo para salir de este lío. Asentiría educadamente, tal vez incluso fingiría creerme, pero la próxima vez que me viera,

captaría ese destello de duda en sus ojos. De esos que dicen *que una vez maldita, siempre maldita.*

¿Y el consejo? Que el caldero me ayude. Se volverían locos.

Ni siquiera se lo había contado aún al Grupo Merlín, no porque no quisiera, sino porque no había tenido la oportunidad. O tal vez porque la verdadera pregunta no era *cuándo* se lo diría. Era *si* lo haría.

¿Le diría a Lysandra que la maldición de Morven había desaparecido? ¿Que había renacido en algo nuevo?

No.

Porque «algo nuevo» no era algo que ellos celebrarían. Era algo a lo que darían caza. Y todos sabíamos que a Lysandra no le caía precisamente bien. Estaba claro que me había enviado aquí para que fracasara.

La broma le ha salido mal.

Así que me tragué la verdad, la guardé en lo más profundo de mi ser y le di a Brunika lo único que pude ofrecer: una leve sonrisa y un asentimiento que no significaba absolutamente nada.

—¿Y ahora qué?— pregunté—. ¿Arrestos domiciliarios por segunda vez? ¿Me encadenan al radiador?

—Nada tan dramático —dijo ella—. Te van a descontar el sueldo de una semana y te asignarán tareas administrativas. Informes de incidentes. Todos ellos.

Parpadeé.

—¿Todos?

Brunika asintió una vez.

—Todos los expedientes sin clasificar de la cola regional. Dijeron, y cito textualmente : "Si tiene tanta energía, que la canalice de forma productiva".

—Genial— murmuré—. Muerte por burocracia. Al menos es lenta y dolorosa.

A Brunika se le crispó la boca.

—Tómatelo como una forma de forjar el carácter.

—Claro», dije—. Si por carácter te refieres al síndrome del túnel carpiano.

La trol frunció los labios, pensativa.

—Bien. Entonces nos entendemos.

—¿Tengo otra opción?.

—No…

Se dio la vuelta y empezó a bajar por mi camino de entrada.

—Intenta portarte bien, Morven—dijo por encima del hombro—. A algunos nos gustaría pasar una semana tranquila».

—Haré todo lo posible— dije en voz baja.

Me di la vuelta, subí al porche delantero y empujé la puerta para abrirla. Me envolvió el aroma familiar a polvo, tinta y un ligero olor a ozono.

—¿Morty? Ya estoy de vuelta. Tengo tantas cosas que contarte.

Nada.

El silencio fue inmediato y denso, de esos que te erizan el vello de la nuca.

—¿Morty? —volví a llamar, esta vez más alto—. Si te estás escondiendo porque crees que he traído compañía, solo estoy yo. Ni dragones, ni vampiros, ni hombres Huecos. Lo prometo.

Seguía sin haber respuesta.

Fruncí el ceño y me dirigí hacia el despacho. Las tablas del suelo crujían bajo mis botas, el aire estaba más frío de lo habitual y las sombras, de alguna manera, más densas. Por una fracción de segundo, me pregunté si tal vez los Huecos no se habían desvanecido, pero entonces una voz llegó desde detrás de mí.

—Oye, Roja.

Di un salto de casi treinta centímetros.

—¡Por los dedos de los pies de dios del caldero Morty!

Pero entonces me quedé paralizada.

Porque Morty —mi compañero de piso fantasma, transparente y semiluminoso— ya no era transparente.

Estaba allí, en la puerta, con las manos en los bolsillos, el pelo perfectamente peinado hacia atrás como una estrella de cine de los años veinte, y sólido. Completamente, imposiblemente *sólido.*

Se me secó la boca.

—¿Qué demonios es esto?

Esbozó esa sonrisa torcida que yo conocía demasiado bien.

—No estoy seguro, pero no me quejo.

Parpadeé y volví a parpadear.

—Morty, tú estás...

Extendió la mano y me agarró la mía antes de que pudiera terminar. Lo primero que sentí fue el calor. Luego, el peso. Su piel estaba firme bajo mis dedos, su pulso era constante.

Me apretó la mano.

—Estoy vivo.

Me quedé mirando nuestras manos entrelazadas como si me hubieran traicionado personalmente.

—No. No, eso no es… Morty, no puedes estar vivo. Eres un fantasma. Se supone que estás muerto.

—Lo estaba— dijo, con una sonrisa que se suavizó—. En algún momento de anoche, sentí… algo. Un cambio. Como si el mundo exhalara. Y entonces… ¡bum! Aquí estoy. Carne, sangre y un repentino antojo de beicon.

Me reí, medio sorprendida, medio histérica.

—Eso es imposible. Lo único que tiene sentido es que, cuando derroté a los Huecos, lo que te hicieron se revirtió. Se invirtió. Te drenaron la vida, y cuando fueron destruidos, quizá toda esa energía fue a parar a algún sitio. Quizá te trajo de vuelta.

Silbó en voz baja.

—¿Me estás diciendo que la muerte de los malos me ha dado una segunda oportunidad en la vida? Me la quedo.

—Morty, esto es… —Negué con la cabeza, sonriendo a pesar del nudo que tenía en la garganta—. Es increíble, y yo también he cambiado.

Levantó las cejas.

—¿Cómo has cambiado? ¿Te ha salido un brazo de más o algo así?

—Ja, ja. No. La maldición de Morven. Ya no me está matando. Ahora es… parte de mí. Estoy en equilibrio.

Hice un gesto vago hacia mí misma.

—Supongo que no estoy maldita. Solo me he mejorado.

Morty se rio, esta vez con una risa cálida y sincera, y durante un segundo nos quedamos allí de pie, sonriendo como idiotas.

—No me lo puedo creer— dijo—. Has roto tu maldición. A mí me late el corazón. Joder, Roja, estamos en racha.

—Sí— dije en voz baja, con un nudo en el pecho—. Supongo que los dos hemos logrado una segunda oportunidad.

El aire estaba cargado de una emoción que ninguno de los dos sabíamos muy bien cómo manejar. Así que, como era de esperar, lo estropeé.

—Bueno —dije, aclarando la garganta—. Ahora que ya no eres un fantasma, por fin puedes ir a por Selene.

La sonrisa de Morty vaciló y luego se torció hacia un lado.

—¿Crees que ahora le interesan los vivos?

—Creo que haría una excepción— bromeé.

Él se rio entre dientes, frotándose los ojos.

—Sí, bueno. Ya veremos.

Pero lo capté: las lágrimas que intentaba ocultar. Morty Callahan, el fantasma convertido en humano de habla dura y sarcástico, se estaba emocionando de verdad.

Antes de que pudiera decir nada, un agudo *clac-clac-clac* resonó por toda la estación.

Los dos nos dimos la vuelta.

La máquina de escribir volvía a teclear sola, con las teclas volando tan rápido que la cinta traqueteaba.

Exhalé.

—Y aquí vamos.

Morty gruñó.

—Ni siquiera pueden darte un día libre completo, ¿eh?

—No— sonreí mientras caminaba hacia el escritorio—. Bienvenido de vuelta al trabajo, compañero.

Las teclas de la máquina de escribir golpeaban con fuerza y rapidez, y el repiqueteo resonaba por toda la Estación Merlín hasta que un último tintineo cortó el aire como el repique de una campana. Me dirigí a la oficina, con Morty pisándome los talones.

Me incliné hacia él. Siete palabras. Solo siete.

TU DRAGÓN NO ES LO QUE PARECE

Parpadeé. Luego volví a parpadear.

—¿Qué demonios es esto?

Detrás de mí, Morty silbó en voz baja.

—Me encantan estos mensajes crípticos. ¿Qué crees que significa?

*Tu dragón no es lo que parece.*

Las palabras me ardían detrás de los ojos mucho después de que la máquina de escribir dejara de teclear. Las volví a leer, más despacio esta vez, como si tal vez cambiaran si les daba la oportunidad. No lo hicieron.

¿Quién escribió esto? ¿El consejo? ¿Lysandra? ¿El Grupo Merlín? ¿O alguien completamente diferente? ¿Alguien que quería que dudara de él?

Quería restarle importancia, calificarlo de otra táctica burocrática para infundir miedo. Pero Eryk no era precisamente un libro abierto. La mitad del tiempo no sabía qué se escondía detrás de esos ojos. Se movía como un hombre que llevaba siglos en sus huesos y secretos tan profundos que uno podría ahogarse en ellos. Quizá eso fuera parte de su atractivo. Quizá ese fuera el problema.

Una parte de mí quería ir directamente a su casa y restregarle este mensaje en la cara. La otra parte, la que había estado a punto de morir demasiadas veces como para contarlas, me decía que esperara. Que observara.

Pensé que por fin había superado lo peor. La maldición ya no era una sentencia de muerte. Por primera vez en mi vida, realmente creía que podía tener algo parecido a un futuro, tal vez incluso uno que no terminara en llamas o en arrepentimiento. Pero ahora… ahora había una nueva sombra bajo mi piel, susurrándome que me había equivocado al creer en las segundas oportunidades.

La voz de Morty rompió el silencio.

—¿Estás bien, Roja?

Miré fijamente la máquina de escribir una vez más, con la tinta aun brillando.

—No estoy segura— dije en voz baja—, pero lo estaré.

La luz del sol se colaba por las ventanas, atrapando las motas de polvo que flotaban perezosamente. Debería haberme parecido tranquilo, normal, pero no fue así. Ya no.

En algún lugar ahí fuera, Eryk estaba resolviendo «cosas de dragones», fuera lo que fuera que eso significara.

Y ahora no podía dejar de preguntarme qué era lo que realmente estaba resolviendo. Quién *era* en realidad.

Pero una cosa era segura: pasara lo que pasara, yo ya no era la misma bruja que había entrado en Gallows Gate.

Ni maldita. Ni destrozada.

Solo lo suficientemente peligrosa como para sobrevivir a todo aquello.

¡No te pierdas el próximo libro de la serie «Los misterios Merlín»!



# LIBROS DE KIM RICHARDSON

SERIE LOS MISTERIOS DE MERLÍN

*Licencia para conjurar*

*Bruja bajo libertad condicional*

*Conducta mágica reprobable*

*Bruja bajo asedio*

SERIE LAS BRUJAS DE HOLLOW COVE

*La Bruja de las Sombras*

*Hechizos de Medianoche*

*Noches Encantadas*

*Mojo Mágico*

*Maleficios Prácticos*

*Perversas Costumbres*

SERIE SOMBRA Y LUZ

*Caza Oscura*

*Vinculada A La Oscuridad*

*El Ascenso de la Oscuridad*

*El Regalo Oscuro*

*Maldición Oscura*

*Ángel Oscuro*

*Ataque Oscuro*

SERIE GUARDIANES EL ALMA

*Elemental*

*Horizonte*

*Inframundo*

*Seirs*

*Mortal*

*Segadores*

*Sellos*

CRÓNICAS DEL HORIZONTE

*Ladrón de Almas*

*El Alto Mando de la Oscuridad*

*Ciudad de Sombra y Llamas*

*El Señor de la Obscuridad*

REINOS DIVIDIDOS

*Doncella de Acero*

*Reina Bruja*

*Magia de Sangre*

SERIE MÍSTICA

*El Séptimo Sentido*

*La Nación Alfa*

*El Nexus*

# SOBRE LA AUTORA

Kim Richardson es una autora best-seller del *USA Today,* galardonada por sus libros de fantasía urbana, fantasía y por sus libros para adultos jóvenes. Vive en el este de Canadá con su marido, dos perros y un gato muy viejo. Los libros de Kim están disponibles en ediciones impresas, y con traducciones en más de siete idiomas.

Para saber más sobre Kim, visita:

www.kimrichardsonbooks.com